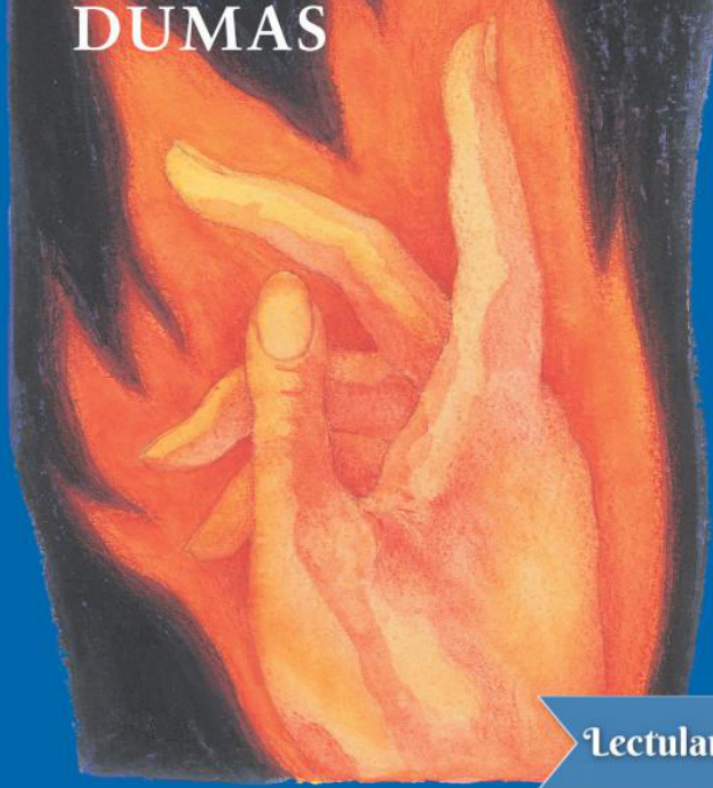
LEYENDAS DEL CÁUCASO Y DE LA ESTEPA

ALEXANDRE DUMAS



Lectulandia

Incansable recopilador de relatos y anécdotas legendarias, Alexandre Dumas
(1802-1870),
autor de *Los tres mosqueteros* y de *El conde de Montecristo*, escribió también cuentos para niños, inspirados en las brumosas tierras alemanas. En 1858, realiza un viaje a Rusia. Entre las montañas del Cáucaso y el mar Caspio descubre un pueblo áspero, al que se referirá indistintamente como checheno, lesguio o tártaro, y enfrentado a los ocupantes rusos. Con delicado estilo oriental, no exento de humor, nos cuenta la historia del joven príncipe tártaro Iskander, que, con la ayuda de uno de aquellos cabecillas que hostigan a los invasores rusos, consigue casarse con su amada. Volga arriba, no lejos de Kazán, los aguerridos héroes dejan paso a personajes entregados a todos los excesos imaginables. Por ejemplo, un siervo fiel, Jacquot, relata su historia, que en realidad es la de su siniestro señor: una macabra intriga será el broche que cierre la historia de este boyardo, arquetipo de todos los desenfrenos imaginables del antiguo régimen.

El romántico irredento que fue Dumas, fascinado por todas las pasiones y maldades que zarandean el espíritu humano, presta lo mejor de su genio narrativo a estos tres cuentos que desvelan una faceta, no por poco conocida menos asombrosa, de este monstruo de la inspiración literaria que sabía cómo cautivar a lectores de todas las edades, desde el principio hasta el final.

Alexandre Dumas

Leyendas del Cáucaso y de la estepa

ePub r1.0
Titivillus 28-12-2024

Título original: *Leyendas del Cáucaso y de la estepa*
Alexandre Dumas, 2005
Traducción: Gregorio Cantera, 2005
Ilustración de cubierta: Jesús Gabán
Contiene los relatos: *Las gachas de la condesa Berta* (*La bouille de la comtesse Berthe*, 1844); *La bola de nieve* (*La boule de neige*, 1862); y *Jacquot el desorejado* (*Jacquot san Oreille*, 1859)
Colección: Las Tres Edades,
n.º
120

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:

SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,

CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA

Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.

¿QUÉ COSA ES?

Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Las gachas de la condesa Berta

Prefacio

Antes de nada, mis queridos niños, he de deciros que como he corrido mucho mundo, algún día, gracias al título de trotamundos que acabo de otorgarme, escribiré un *Robinson*, que, si no tan bueno como el de Daniel Defoe, será mejor que todos los que se hayan escrito después.

El caso es que una vez, durante uno de los muchos viajes de los que os hablo a todas horas, tuve ocasión de remontar en un barco de vapor el curso del viejo Rhin, como lo llaman los alemanes, para admirar, con un mapa y una guía sobre la mesa, todos esos hermosos castillos, cuyas almenas, en palabras de un poeta amigo mío, el tiempo ha tenido a bien desmigajar por las riberas del río. Todos desfilaban ante mí y me contaban su más o menos poético pasado, hasta que, con gran sorpresa por mi parte, me topé con uno cuyo nombre ni siquiera venía en el mapa. Como había hecho en más de una ocasión desde que zarpáramos de Colonia, recurrí a un tal señor Taschenburch, nacido en 1811, el mismo año que aquel pobre rey que jamás llegó a reinar[1]. Era un hombre fornido y de corta estatura, imbuido de prosa y poesía, con las que abrumaba al primero que se le ponía a tiro. Le pregunté, pues, por aquel castillo. Se paró a pensar un momento, y me dijo:

—Se trata del castillo de Wistgaw.

—¿Sabe usted a quién perteneció?

—Ciertamente. A la familia Rosemberg. Allá por el siglo XIII, como su estado amenazara ruina, fue reconstruido por el conde Osmond y la condesa Berta, su esposa. Tales obras dieron pie a una leyenda muy curiosa.

—¿Cuál?

—No creo que le apetezca oírla. Es un cuento infantil.

—Pero, por Dios, señor Taschenburch, no hay que ser tan tiquismiquis. Ni piense que su relato no haya de ser de mi agrado por tratarse de un cuento infantil. ¡Mire usted!

Y le mostré un librito preciosamente encuadernado que llevaba en el bolsillo. Era un volumen que recogía tres cuentos: *Caperucita Roja, Piel de asno* y *El pájaro azul*[2].

—¿Qué me decís ahora?

—He de confesar que se trata de tres obras maestras —repuso, con gran seriedad.

—Que allanan cualquier prevención por vuestra parte de contarme esa leyenda.

—No la hay, puesto que me habéis demostrado que sois persona capaz de apreciarla.

—Pero todo el mundo sabe que, en los cuentos de hadas, pues presumo que vuestra leyenda es uno de ellos o algo parecido…

—Pues, sí.

—Que en esos cuentos pesa mucho el título, y si no, fíjese en la belleza de los que acabo de enseñarle.

—El título del mío no es menos interesante.

—¿Cuál es?

—*Las gachas de la condesa Berta*.

—Mi querido señor Taschenburch, ardo en deseos de oírlo.

—Escúchelo, pues.

—En ello estoy.

Y así comenzó su relato:

Las gachas de la condesa Berta

Quién era la condesa Berta

Había una vez un valeroso caballero llamado Osmond de Rosemberg, que había elegido por esposa a una hermosa muchacha, de nombre Berta. Bien sé que aquella muchacha poco tendría que ver con las grandes damas de nuestros días. Aunque, sin lugar a dudas, sería tan noble como la que más. Quiero decir con esto que no sabía cantar en italiano ni leía en inglés y que sólo hablaba alemán antiguo; tampoco sabía bailar la galopa, el vals de dos

tiempos ni la polca. En cambio, era una persona bondadosa, dulce, sensible y siempre velaba por que ningún desliz empañase el espejo de su reputación. Cuando recorría sus propiedades —desde luego no en calesa y con un perrito faldero sentado enfrente, sino a pie y con una limosnera en la mano—, el *Dios os lo pague* agradecido de un anciano, una viuda o un huérfano sonaba más dulcemente a sus oídos que la balada más melodiosa del más célebre de los trovadores; canciones que, por otra parte, recompensaban hasta con una moneda de oro los mismos que negaban una de cobre a cualquier menesteroso con el que se cruzasen, por mucho que vieran al pobre desdichado aguantar a pie firme, semidesnudo, aterido y con un sombrero agujereado en las manos.

Los *cobolds*

Como el suave rocío que deja la felicidad, Berta y su esposo parecían acaparar todas las bendiciones de la comarca. Doradas cosechas cubrían los campos; descomunales racimos de uvas curvaban las parras, y si, por azar, una nube negra, preñada de granizo y relámpagos, rondaba por el castillo, un invisible soplo la desviaba enseguida hacia los dominios de algún otro malvado castellano, donde descargaba con devastador placer.

¿Quién arrastraba aquellos nubarrones? ¿Quién preservaba de heladas y tormentas las tierras del conde Osmond y de la condesa Berta? Os lo diré: los enanitos del castillo.

Porque habéis de saber, queridos niños, que hubo un tiempo en el que existía en Alemania una raza de minúsculos y bondadosos geniecillos, hoy por desgracia ya desaparecida: el más alto de aquellos seres no alcanzaba ni siquiera las seis pulgadas. Se llamaban *cobolds*. Donde más disfrutaban esos geniecillos, tan viejos como el mundo, era en las mansiones de aquellos señores que eran buenos a los ojos de Dios. Detestaban, por tanto, a los malvados, y los martirizaban con pequeñas travesuras a su medida. Pero utilizaban todo su poder, que se extendía incluso a los elementos, para velar por aquéllos cuya bondad natural les hacía semejantes a ellos. No otra era la razón de que dichos enanitos, que desde tiempo inmemorial vivían en el castillo de Wistgaw, donde habían conocido a los padres, abuelos y antepasados del conde,

tuviesen en tan gran estima a Osmond y a la condesa Berta. Ellos eran quienes soplaban con todas sus fuerzas, y alejaban de aquellas benditas tierras cualquier nube portadora de rayos y pedrisco.

El viejo castillo

Un buen día, Berta se llegó hasta la estancia donde se encontraba su marido, y le dijo:

—Mi señor, el castillo es viejo y amenaza ruina. No podremos vivir mucho más tiempo en un caserón tan destartalado. A no ser que tengáis una idea mejor, creo que tendríamos que procurarnos una nueva residencia.

—Nada me gustaría más —respondió el caballero—; pero hay algo que me preocupa.

—¿De qué se trata?

—Aunque jamás los hayamos visto, es imposible que no hayáis oído hablar de esos bondadosos *cobolds*, que han fijado su residencia en los cimientos de nuestro castillo. En alguna ocasión, mi padre oyó decir a su abuelo, quien, a su vez, lo había sabido por boca de alguno de sus antepasados, que tales geniecillos eran la bendición de esta casa. Es muy posible que se hayan acostumbrado a vivir aquí. Si se enojasen por las incomodidades que les pudiéramos ocasionar y nos abandonasen, a lo peor nuestra felicidad se iría con ellos.

Berta se mostró de acuerdo con tan prudentes consideraciones, y ambos esposos tomaron la decisión de seguir en el castillo, a pesar del estado en el que se encontraba, con tal de no importunar a aquellos minúsculos y bondadosos geniecillos.

La embajada

Aquella misma noche, mientras la condesa Berta y el conde Osmond estaban acostados en un gran lecho con dosel, sustentado por cuatro columnas salomónicas, oyeron un ruido parecido a una multitud de pasitos que se aproximaban por el lado del salón. Al poco, observaron cómo se abría la puerta de la alcoba y se acercaba hasta ellos una embajada de los enanitos que hemos mencionado. Abría la marcha el embajador, ataviado con caros ropajes, según la

moda de la época: llevaba capa de piel, chaleco de terciopelo, calzas bicolores y unos zapatitos desmesuradamente puntiagudos; al costado, lucía una espada del más fino acero, cuya empuñadura era un único diamante. En las manos, sostenía una gorra pequeña, adornada con plumas, y tras aproximarse al lecho de los esposos, se dirigió a ellos con las siguientes palabras:

Nos han llegado rumores de que,

Confiados en un próspero destino,

Esta tarde, la idea se os vino de

Vuestros padres aderezar el castillo.

¡Eso está bien! ¡Es un viejo caserón!

El tiempo ni perdona a las viejas piedras.

Y, en los días de lluvia, hasta el agua

Se cuela por el emparrado de hiedra.

Sea, pues, derruida la vieja mansión:

Que surja una nueva, aún más hermosa.

Mas que, del pasado, la antigua virtud

Habite la nueva morada esplendorosa.

El conde Osmond se quedó tan sorprendido que sólo pudo responder con un ademán amistoso a tales manifestaciones, lo que pareció satisfacer al embajador, quien se retiró, no sin antes haberse inclinado ceremoniosamente ante los esposos.

Como el mayor inconveniente para sus proyectos había quedado resuelto, al día siguiente, el conde y la condesa se despertaron muy satisfechos. Animado por el consentimiento que le habían otorgado sus minúsculos y bondadosos amigos, Osmond mandó llamar a un eminente arquitecto, el cual, tras dar el visto bueno inmediato a la

idea de echar abajo el castillo, puso a algunos de sus hombres a esa tarea, al tiempo que otras cuadrillas extraían sillares de las canteras o abatían enormes encinas para las vigas, y abetos para los solivos. En menos de un mes, el viejo castillo fue arrasado hasta los cimientos. Pero como, al decir del arquitecto, la construcción del nuevo se demoraría no menos de tres años, entretanto el conde y la condesa se trasladaron a vivir a una pequeña alquería que poseían en los alrededores del castillo.

Gachas con miel

Las obras del castillo avanzaban a pasos agigantados, gracias a que, por el día, trabajaban los albañiles, mientras que, de noche, lo hacían los enanitos. Al principio, los obreros se asustaron mucho al comprobar cómo, cada mañana, cuando volvían al trabajo, las hileras de ladrillos habían aumentado considerablemente. Transmitieron sus inquietudes al arquitecto. Y éste se lo dijo al conde, quien no tuvo más remedio que confesar que, aunque no estaba seguro, todo le llevaba a pensar que sus amigos los enanitos, sabedores de sus deseos de trasladarse al nuevo castillo, eran quienes realizaban las obras nocturnas.

Hasta que un día, en uno de los andamios, apareció una pequeña carretilla, no más grande que una mano. Por su primorosa factura, madera de ébano y montura de plata, cualquiera hubiera pensado que se trataba del juguete de algún príncipe. El albañil que la encontró se la mostró a sus compañeros y, al caer la noche, se la llevó a casa, como regalo para su hijo. Pero cuando el pequeño trató de cogerla, la carretilla se puso en movimiento ella sola, y salió por la puerta con tal celeridad que, aunque el pobre obrero corrió tras ella como una gacela, desapareció en cuestión de segundos. Al instante el hombre escuchó unas agudas risotadas, estridentes y prolongadas: eran los *cobolds* que se burlaban de él.

No obstante, al igual que sus compañeros, estaba encantado con que los enanitos se hubieran hecho cargo de aquella tarea porque, de no haber contado con su ayuda, no habrían acabado la obra del castillo ni en seis años. Lo que, por otra parte, cuadraba con las cuentas que se había hecho el arquitecto, porque esos dignos remolcadores de piedras tienen la fea costumbre de mentir, y no

contar nunca más que de la misa la media. Quiera Dios, mis queridos pequeños, que nunca hayáis de sufrirlos en vuestras propias carnes.

De modo que, al final del tercer año, cuando ya las golondrinas han dicho adiós a las ventanas de nuestras latitudes, y los pájaros obligados a vivir en nuestros fríos parecen más tristes y menos numerosos, comenzó a perfilarse la silueta del futuro castillo, aunque aún faltaba mucho para que estuviese acabado. Al verlo así la condesa Berta, un día en que se dedicaba a supervisar las obras, les dijo a los albañiles, con dulce voz:

—Esforzados trabajadores, ¿creéis que las obras avanzan todo lo rápido que es menester? El invierno llama ya a nuestras puertas y tanto el conde como yo estamos tan a disgusto en esa alquería que nos encantaría abandonarla para mudarnos al hermoso castillo que construís. Si os dierais prisa y pudiéramos entrar a vivir en él de aquí a un mes, os prometo que, el día en que el guión ondee en la torre más alta, os prepararé unas gachas con miel como para chuparse los dedos. Es más, os juro que cada aniversario de tan feliz día, vosotros, vuestros hijos y vuestros nietos, os relameréis con el dulce que habré de prepararos, y que lo mismo harán mis hijos y mis nietos.

En la Edad Media, una invitación para degustar unas gachas con miel no era tan poca cosa como, a simple vista, pueda parecer; desde luego era una invitación a la que no se podía hacer ascos, pues tal era la fórmula a la que se recurría entonces para convidar a un estupendo y copioso banquete. El «véngase mañana a tomar unas gachas con miel con nosotros» equivalía a lo que decimos ahora cuando invitamos a alguien a que se pase por casa para tomarse una sopa: en ambos casos queda claro que la invitación es para comer bien, con la única diferencia de que las gachas se tomaban a los postres, mientras que la sopa es la antesala del almuerzo.

Tras oír tal promesa, a todos los trabajadores se les hizo la boca agua. Trabajaron con mucho más ahínco, y pusieron tanto empeño, que el día uno de octubre el castillo de Wistgaw estaba terminado.

Llegado el momento, la condesa Berta, fiel a su promesa, preparó una magnífica comida para todos los que habían trabajado en la obra. Fue tal el número de asistentes que el convite hubo de celebrarse en el exterior.

Durante la sopa, el tiempo fue espléndido, y nadie hubiera pensado en los inconvenientes de celebrar un banquete al aire libre. Pero cuando llegó el turno de las cincuenta fuentes de gachas con miel, unos espesos y helados copos de nieve cubrieron los platos.

Tal circunstancia deslució el final del convite, y contrarió tanto a la condesa Berta que decidió que, en el futuro, la celebración tendría lugar durante el mes de las rosas, de forma que el aniversario del banquete, en el que habrían de servirse las famosas gachas con miel, quedó fijado para el primer día de mayo.

Además, Berta dejó establecida tan emotiva costumbre en un documento por el que se obligaba, al igual que a sus sucesores y descendientes, fuera cual fuera el título que detentasen sobre el castillo, a deleitar a sus vasallos con unas gachas con miel cada primer día de mayo. Y dejó dicho que, tras su muerte, no hallaría reposo si alguno de ellos no observase puntualmente tan piadosa conmemoración.

Redactado y escrito en pergamino por un notario, Berta estampó su firma en el documento, que fue lacrado con el sello condal y depositado en los archivos de la familia.

La aparición

A lo largo de veinte años, con idéntica bondad y magnificencia, Berta presidió el banquete que había instituido. Mas, cuando iba a cumplirse el vigésimo primer aniversario de dicha celebración, murió en olor de santidad, yendo a ocupar su lugar en la cripta de sus antepasados, mientras era llorada tanto por su marido como por todos los habitantes de la comarca. Dos años más tarde, tras haber observado escrupulosamente el compromiso adquirido por su esposa, falleció también el conde Osmond. Como único heredero de la familia quedó su hijo, el conde Ulrich de Rosemberg, quien, como digno sucesor del valor de Osmond y de las virtudes de Berta, no sólo no cambió nada de lo tocante a sus súbditos, sino que hizo todo cuanto estuvo a su alcance para mejorar su suerte.

Pero, de repente, una gran guerra estalló y, tras remontar el curso del Rhin, numerosos batallones enemigos se apoderaron de los castillos construidos a orillas del río. Provenían del corazón de Alemania; se trataba nada menos que del conflicto que enfrentó al

emperador con los burgraves [3].

Ulrich no fue capaz de hacerles frente; y aunque, como el caballero extraordinariamente valiente que era, con gusto se hubiera dejado enterrar bajo las ruinas del castillo, pensó, sin embargo, en las desgracias que una resistencia a la desesperada habrían de ocasionar en sus dominios y, para preservar mejor los intereses de sus vasallos, se retiró a Alsacia, tras dejar a su viejo administrador, Fritz, a cargo de aquellas tierras y posesiones que habían de caer en manos del enemigo.

El general que comandaba las tropas que se apoderaron del lugar se llamaba Dominik. Tras encontrarlo muy de su gusto, se alojó en el castillo, y ordenó a sus tropas que acampasen en las cercanías del mismo.

De origen humilde, el general era un hombre que había comenzado su carrera como soldado raso y que había accedido al generalato gracias al favor de algún príncipe, más que por su valor o sus méritos.

Os cuento todo esto, mis queridos niños, para que no penséis que estoy en contra de las personas que llegan a algo tras salir de la nada. Al revés, gozan de mi mayor consideración quienes son merecedores de los honores que les ha reservado el destino. Dicho esto, no olvidéis nunca que hay dos clases de soldados de fortuna, los que la alcanzan por sí mismos y los que medran para conseguirla.

Este general no era más que un brutal y grosero advenedizo. Tras haberse alimentado de mendrugos de rancho y agua fresca, pretendía recuperar el tiempo perdido: exigía que le sirvieran los más deliciosos platos y los vinos más exquisitos, y tiraba las sobras de la comida a los perros, en lugar de permitir que las personas más cercanas a él tomasen parte en aquellos festines.

Así que, el mismo día de su llegada al castillo, llamó al viejo Fritz y le entregó una lista de las exacciones que pensaba imponer en aquellos dominios. Tales exigencias eran tan desproporcionadas, que el intendente se postró a sus pies y le suplicó que no tratase con tanto rigor a unos pobres campesinos.

Pero la única respuesta que obtuvo del general fue que, como lo que más le desagradaba en el mundo era escuchar las quejas de la gente, duplicaría las gabelas a la primera protesta que se produjese.

El general, por ser el más fuerte, gozaba de los derechos de los vencedores. Y todos hubieron de resignarse.

Habida cuenta de la manera de ser del general Dominik, no hay que esforzarse mucho para imaginar cómo fue recibida la explicación de Fritz acerca del legado de la condesa Berta. Con desdén, el general se rió de aquella propuesta, y agregó que eran los vasallos quienes tenían la obligación de dar de comer a los señores, y no al revés. En consecuencia, animaba a los invitados habituales de la condesa Berta a que comiesen el primero de mayo donde bien les viniera en gana, pero, desde luego, no en su casa y a sus expensas.

Así que, por primera vez en veinticinco años, pasó fecha tan solemne sin que los alegres campesinos de los dominios de Rosemberg se sentasen alrededor de una acogedora y hospitalaria mesa. Pero era tan grande el terror que inspiraba Dominik, que nadie se atrevió a protestar. Por otra parte, Fritz había cumplido las órdenes recibidas, y todos los campesinos estaban al corriente de que el respeto a las antiguas tradiciones no entraba dentro de las intenciones del nuevo señor.

En cuanto a Dominik, aquel día, durante la cena, se dio a los excesos habituales. Tras poner centinelas en las puertas y en los corredores del castillo, se retiró a sus aposentos, se acostó y se durmió.

Pero, en contra de sus hábitos, el general se despertó en mitad de la noche. Al principio, como estaba tan acostumbrado a dormir toda la noche de un tirón, pensó que ya era la mañana del día siguiente. Pero pronto constató su error: ni siquiera había clareado y, a través de las contraventanas entornadas, comprobó que las estrellas aún brillaban en el cielo.

Además, sintió en el alma algo verdaderamente fuera de lo común: un terror indefinido, el presentimiento de que iba a pasar algo extraordinario. Le pareció que el aire temblaba a su alrededor, como agitado por las alas de espíritus nocturnos. Su perro preferido, que estaba amarrado en el patio, debajo de las ventanas de sus habitaciones, aulló tristemente. Al oír tan lastimero quejido, un sudor helado cubrió la frente del nuevo propietario del castillo. En aquel mismo momento, con lentitud y de forma apagada, el reloj comenzó a desgranar las campanadas de medianoche. Con cada

tañido, el terror de aquel hombre, a quien todos tenían por valiente, se acrecentó de tal manera que, al oír el décimo toque, no fue capaz de soportar la angustia que se había apoderado de él. Tras apoyarse en un codo, se dispuso a levantarse para ir hasta la puerta y llamar a los centinelas. Pero cuando sonaba la última campanada, en el momento en que se disponía a tocar el suelo con el pie, oyó cómo la puerta, que estaba seguro de haber cerrado por dentro, se abría sola y giraba sobre sus goznes, como si careciera de cerradura y cerrojos. Casi al instante, un mortecino resplandor invadió la estancia, al tiempo que escuchó cómo unos ligeros pasos se acercaban hasta donde él estaba, lo que hizo que se estremeciera de pies a cabeza. Al cabo, apareció a los pies de la cama una mujer envuelta en un enorme sudario blanco. En una mano llevaba encendida una de esas lámparas de cobre que suelen verse junto a las tumbas. En la otra, sostenía un pergamino escrito, firmado y sellado. Con largos cabellos que le llegaban hasta los hombros, la mirada lija y sin mover ni uno de los músculos de la cara, la mujer se aproximó y, al llegar al lado de aquél a quien buscaba, acercó la lámpara al pergamino para que la luz lo iluminase por completo.

—Cumple lo que está escrito —le conminó.

Y mantuvo la luz cerca del documento el tiempo necesario para que Dominik, con ojos despavoridos, leyese el escrito por el que, de forma irrefragable, quedaba instituida la costumbre que se había atrevido a desafiar.

Una vez hubo dado fin a tan terrible lectura, el fantasma se retiró tal como había aparecido, tétrico, silencioso, gélido. La puerta se cerró a su paso, desapareció la luz y el díscolo sucesor del conde Osmond se dejó caer en la cama, donde permaneció hasta la mañana siguiente, sumido en un estado de angustia tal que le avergonzaba, pero que no era capaz de dominar.

Pan de rancho y agua fresca

Con el brillo de los primeros rayos del sol, se deshizo el encantamiento. Dominik saltó de la cama y, furioso por no saber a qué atribuir aquel terror que se había apoderado de él, llamó a los centinelas que habían estado de guardia aquella noche en puertas y corredores. Los pobres acudieron muertos de miedo, porque se daba

la circunstancia de que, al filo de las doce de la noche, un sueño irresistible se había adueñado de ellos, sin que pudieran decir más tarde, al despertar, cuánto tiempo habían permanecido dormidos. Afortunadamente, como todos coincidieran a la puerta del general, convinieron en afirmar que habían estado en vela durante la guardia. Además, como en el momento del relevo, ya estaban completamente despiertos, confiaban en que nadie se daría cuenta de aquel quebrantamiento de la disciplina. A preguntas de su superior, todos respondieron que ignoraban de qué mujer les hablaba, y que no habían observado nada anormal. Fue entonces cuando el administrador, presente durante el interrogatorio, confesó a Dominik que no se trataba de una mujer, sino que había recibido la visita del espectro de la condesa Berta. El general frunció el ceño. Pero, sobresaltado por lo que Fritz acababa de decirle, se quedó a solas con él. Enterado de que, por expreso deseo de la condesa, aquella costumbre había llegado a ser una obligación para todos sus sucesores —o futuros propietarios del castillo, quienes quiera que éstos fuesen— mediante una declaración firmada ante notario que se conservaba en los archivos, ordenó a Fritz que fuera en busca del documento. Nada más verlo, tuvo que reconocer que era el mismo que la aparición llevaba en la mano. Hasta aquel mismo momento, Dominik no había tenido noticia de la existencia de aquel pergamino, pues había puesto buen cuidado en darse por enterado de todos los documentos que hacían referencia a las obligaciones de los demás para con él, pero no se había preocupado lo más mínimo de los deberes que él pudiera haber contraído con los demás.

A pesar de lo claro que era el documento, después de haberlo leído y releído atentamente, y aunque Fritz le rogó que no echase en saco roto la advertencia que había recibido, Dominik no hizo caso de lo que había pasado. Aquel mismo día, convidaba a un espléndido banquete a todo su estado mayor. Iba a ser una de las más fastuosas celebraciones que hubiera ofrecido.

Y a pesar de que las órdenes pertinentes habían sido impartidas aquella misma mañana, como Dominik inspiraba tanto pavor, la mesa estaba suntuosamente dispuesta a la hora prevista: los más delicados platos, los más exquisitos vinos del Rhin, de Francia y de Hungría, esperaban a los comensales, quienes se sentaron alabando grandemente la magnificencia del general. Pero cuando éste ocupó

su lugar, exclamó lívido de cólera, tras soltar un espantoso juramento:

—¿Quién es el burro ignorante que me ha servido este pan de rancho?

Porque, en efecto, en el servicio del general había uno de esos panes que reciben los soldados; el mismo que, en su juventud, había tenido que comer en tantas ocasiones.

Todo el mundo se miró con sorpresa, incapaces de imaginar que hubiera nadie tan osado como para gastar tamaña broma a un hombre tan orgulloso, vengativo y colérico como el general.

—¡Tú, ven aquí! —dijo el militar a un criado, que se encontraba a sus espaldas—. Llévate este pan.

El sirviente obedeció con la impetuosa prontitud que infunde el miedo. Pero, por más que lo intentó, le resultó imposible retirar el pan de la mesa.

—Señor —dijo, tras una serie de esfuerzos baldíos—, debe de estar clavado a la mesa, porque no lo puedo retirar.

Entonces el general, de cuya fuerza se decía que era similar a la de cuatro hombres, cogió el pan con ambas manos y trató de levantarlo. Pero, junto con el pan, alzaba la mesa; al cabo de cinco minutos, agotado y sudoroso, se dejó caer en la silla.

—¡Ponme, ponme de beber! ¡De lo mejor! —espetó con enojo, tras alzar la copa—. Ya me enteraré de quién me ha gastado esta broma; así que, tranquilo, que será recompensado según sus merecimientos. A cenar, señores, a cenar. Bebo para desearles un buen provecho a todos.

Se llevó la copa a los labios y, al momento, escupió el trago que había sorbido, mientras gritaba:

—¿Quién es el rufián que me ha servido este infame brebaje?

—Yo, señor —dijo el sirviente, que aún tenía la botella en las manos, hecho un manojo de nervios.

—¿Qué contiene esa botella, miserable?

—Vino de Tokai, señor.

—No me mientas, bribón. Esto es agua.

—Pues será que el vino se ha convertido en agua al pasar de la botella a la copa de mi señor —respondió el criado—, porque he servido lo mismo a dos de sus comensales, y ellos atestiguarán que se trata de vino húngaro.

El general se volvió hacia ellos, y ambos ratificaron lo que acababa de manifestar el criado.

Dominik frunció el ceño, y empezó a darse cuenta de que la broma era mucho más pesada de lo que había imaginado en un primer momento, porque si hasta entonces había creído que se la había gastado algún ser vivo, ahora comprendía que, con toda probabilidad, su origen había que buscarlo en el reino de los muertos.

Deseoso de confirmar por sí mismo todos estos extremos, tomó la botella que aún tenía el criado entre las manos y sirvió una copa de vino de Tokai al comensal que estaba sentado a su lado. El color del licor era el normal, semejante al topacio licuado. A continuación, se sirvió una copa para sí, de la misma botella; pero, a medida que derramaba el líquido en la copa, el vino adoptaba el aspecto, la transparencia y el gusto del agua.

Ante aquella doble alusión a la humildad de sus orígenes, Dominik sonrió con amargura; y, como no quería permanecer ni un minuto más junto a aquel pan negro, que parecía clavado a la mesa sólo para humillarle, hizo una seña a su ayudante de campo, un joven perteneciente a la más rancia nobleza alemana, para que intercambiasen sus puestos en la mesa. El muchacho obedeció, y el general fue a sentarse enfrente.

Pero no gozó de más tranquilidad en el nuevo sitio que en el anterior. Mientras que en manos de su ayudante de campo, el pan se despegaba de la mesa sin dificultad y se convertía en pan normal, todos los trozos que Dominik se llevaba a la boca se convertían en pan de rancho y, al revés que en el milagro operado en las bodas de Caná [4], su vino se convertía en agua.

Enojado, Dominik quiso comer algo, cuando menos, y echó mano de un enorme espetón de alondras asadas, pero nada más tocarlos los pájaros recuperaron el movimiento de las alas, echaron a volar y fueron a caer en las bocas de los campesinos que contemplaban, desde lejos, aquel magnífico banquete.

Grande fue su sorpresa al ver la ganga que les llovía del cielo. Como tal suceso se les antojó de lo más singular tuvo tanta repercusión que, todavía hoy, se dice del hombre que concibe falsas esperanzas que *más vale pájaro en mano que ciento volando*.

En cuanto a Dominik, a quien cabe el honor de haber dado

origen a dicho refrán, hay que decir que estaba furioso. Tras reconocer su inanidad para hacer frente a un poder sobrenatural, afirmó que no tenía hambre ni sed, y que no probaría ninguno de aquellos exquisitos manjares, lo que hizo que el banquete resultara deslucido, porque ninguno de los convidados supo ya muy bien cómo comportarse.

Aquella misma noche, Dominik anunció que acababa de recibir una carta del emperador en la que le exigía que trasladase el cuartel general a otro lugar. Como, según él, las órdenes eran más que tajantes, partió de inmediato.

Ni que decir tiene, queridos niños, que la misiva del emperador sólo era un pretexto, y que no era por respeto a las órdenes de Su Majestad por lo que aquel ilustre soldado levantaba el campo, sino por miedo, no sólo de recibir, aquella misma noche, otra visita de la condesa Berta, sino porque estaba convencido de que todo el tiempo que permaneciese en aquel maldito castillo estaría condenado a comer pan negro y a beber agua.

En cuanto se hubo ido, el intendente se encontró, en un armario en el que la víspera no había nada, una bolsa muy pesada, repleta de monedas, junto con un papel en el que alguien había escrito: «Para las gachas con miel».

En un principio, el anciano se asustó. Pero, al reconocer la caligrafía de la condesa Berta, destinó aquel bendito dinero a los preparativos de la comida anual que, aunque sólo fuera por el hecho de que aquel año había sufrido un retraso de algunos días, resultó aún más espléndida que en anteriores ocasiones.

Y lo mismo ocurrió cada primer día de mayo, gracias al dinero que dejaba la condesa Berta. Tras la retirada de las tropas del emperador, y veinticinco años después de que su padre se hubiera ido de allí, el hijo de Ulrich, Waldemar de Rosemberg, sentó sus reales en el castillo.

Waldemar de Rosemberg

El conde Waldemar no había heredado el carácter bondadoso de sus antecesores. Quizá el largo exilio en tierras extranjeras había contribuido a agriar su temperamento. Afortunadamente, tenía una esposa que, con su dulzura y bondad, atemperaba el amargado y

mordaz espíritu de su marido. Así que los campesinos, desposeídos de todo tras veinticinco años de guerra, consideraron el regreso del nieto del conde Osmond como un feliz acontecimiento.

Por otra parte, y como, a pesar tan prolongada ausencia, se había mantenido la celebración instituida de forma ineludible por la condesa Berta para todos sus descendientes, cuando llegó el primer día de mayo —fecha que, ante cualquier novedad, esperaban los campesinos con impaciencia para emitir un juicio sobre los nuevos amos—, la condesa Wilhelmine consiguió que su marido le permitiera organizar la celebración. Como era una persona encantadora, todo resultó estupendamente. Y los campesinos pensaron que había retornado la época dorada del conde Osmond y de la condesa Berta, aquella de la que tanto les habían hablado sus padres.

Al año siguiente, la fiesta se celebró como de costumbre, pero el conde Waldemar excusó su asistencia pretextando que consideraba indigno de un caballero el hecho de sentarse a la misma mesa que sus vasallos. Así que Wilhelmine asistió en solitario a las gachas con miel. Aclaremos que, a pesar de la ausencia del ilustre propietario del castillo, el banquete no resultó deslucido, porque los campesinos ya se habían dado cuenta de que era a ella, al bondadoso corazón de la condesa y al ascendiente que tenía sobre el conde, a quien debían aquella felicidad de la que disfrutaban.

Y así pasaron dos o tres años más, en los que los campesinos tuvieron ocasión de percatarse de las enormes dosis de bondad a las que Wilhelmine tenía que recurrir para mitigar los continuos estallidos de cólera de su esposo. Como un escudo entre el conde y sus súbditos era su enérgica dulzura. Pero, para su desgracia, el cielo les arrebató pronto a su protectora: murió mientras daba a luz a un niño precioso, a quien se le puso el nombre de Hermann.

Sólo un corazón de pedernal no habría lamentado la desaparición de aquel ángel del cielo, que en el mundo respondía al nombre de Wilhelmine, y hasta el conde Waldemar lloró amargamente durante unos cuantos días a la digna compañera que había perdido. Pero el corazón del conde no era dado a la ternura. Y si alguna vez le sucedía experimentar tal sentimiento, no sabía cómo lograr que éste fuera duradero. De todos es sabido, además, que el olvido crece más deprisa que la hierba sobre las tumbas.

Transcurridos seis meses, el conde Waldemar se olvidó de Wilhelmine y tomó una segunda esposa.

¿Y quién fue la víctima de este segundo matrimonio? Pues, desgraciadamente, el pobre pequeño Hermann, quien había llegado a la vida por una puerta revestida con cortinajes de duelo y que, antes de darse cuenta de lo que es una madre, supo de la condición de huérfano. Su madrastra descuidó las atenciones para con aquel niño que, aunque no fuera hijo suyo, sería el heredero de las posesiones familiares, en su calidad de primogénito, y lo puso en manos de un ama de cría atolondrada, que dejaba al pequeño Hermann solo y lloroso en la cuna la mayor parte de los días, mientras ella acudía a todas las fiestas, bailes o jaranas que se le antojaban.

Canción de cuna

Sin hacerse idea de lo tarde que era ya, un día en que pelaba la pava colgada del brazo del jardinero, el ama oyó que daban las doce. Y de pronto cayó en la cuenta de que había dejado solo al pequeño Hermann desde las siete de la tarde. Regresó al castillo de manera precipitada y, al amparo de la oscuridad, cruzó por el patio sin que nadie la viera. Llegó hasta la escalera y subió, sin dejar de mirar con inquietud a todos lados, sin hacer ruido al andar y sin apenas respirar, porque a falta de los reproches que no le hacían el conde, por su despreocupación, y la condesa, por su falta de cariño, su conciencia no dejaba de recordarle lo censurable de su negligencia. Sin embargo, se quedó más tranquila cuando, al acercarse a la puerta de la habitación, no oyó los gimoteos del niño: probablemente, se habría quedado dormido de tanto llorar. Más tranquila, pues, buscó la llave en sus bolsillos, la introdujo con cuidado en la cerradura, la hizo girar muy lentamente y empujó la puerta con suavidad.

Pero después de que la puerta cediera y ella paseara su mirada por la estancia, aquella malvada ama se puso lívida y se echó a temblar, porque sus ojos vieron algo que le resultaba incomprensible. A pesar de que, como ya hemos dicho, tuviera la llave en el bolsillo, llave de la que no existía ninguna copia, una mujer había entrado en la habitación durante su ausencia; una

presencia femenina, pálida, taciturna y sombría, estaba de pie al lado del pequeño Hermann. Su mano mecía lentamente la cuna, mientras que de sus labios, blancos como el mármol, brotaba una canción que no había sido compuesta para voces humanas.

A pesar del pavor que sentía, el ama, como pensaba que, al igual que ella misma, se trataba de una criatura perteneciente al reino de los vivos, dio unos pasos en dirección a aquella aya que parecía no verla y que, muy quieta, entonaba su terrible y monótono cántico.

—¿Quién sois? —preguntó el ama—, ¿de dónde habéis salido? ¿Cómo habéis entrado aquí, si solamente yo tengo llave?

A modo de respuesta, la desconocida extendió uno de sus brazos, y declamó:

Nada me es imposible, ni hay puerta cerrada.

Cincuenta años en la quietud de mi tumba,

Y me han asaltado los lloros de la criatura.

De pronto, he sentido, bajo la losa pétrea,

Cómo mi corazón revivía y se estremecía

En el polvo que, de lo que fui, aún queda.

Pobre niño, nacido con funesta suerte

De mal padre, y cuya madre ha muerto,

A quien cuidan manos de áspero afecto,

Que al mal sólo opones tu debilidad.

Mecido en la noche, gracias a tus lloros,

Igual que un pájaro a fuerza de trinar.

Hoy, dormirás aquí abajo; mañana,

Cuando se desperece la aurora,

Para librarte de tan ardua noria,

A una voz mía, desde eternas esferas,

Un ángel radiante descenderá, y

Bajo sus alas, cerca de mí te traerá.

Tras pronunciar estas palabras, el fantasma de su bisabuela, porque de ella se trataba, se inclinó sobre la cuna y besó a su biznieto con el mayor cariño. Aquel niño de mejillas sonrosadas se había quedado dormido con una sonrisa en los labios. Pero cuando los primeros rayos de sol se colaron por los cristales de la ventana, descubrieron que estaba tan pálido y frío como un cadáver.

Al día siguiente, lo bajaron a la cripta familiar, donde fue enterrado cerca de su bisabuela.

Mas no temáis, hijos míos, que el pobre Hermann no estaba muerto. Aquella noche, la bisabuela abandonó su tumba de nuevo, tomó al niño en sus brazos y se lo llevó al rey de los *cobolds*, un minúsculo genio, muy valiente y muy leído, cuyo palacio estaba ubicado en una gran caverna bajo el lecho del Rhin. Tras escuchar la petición de la condesa Berta, aceptó hacerse cargo de la educación del infante.

Wilbold de Einsenfeld

Al ver que había muerto el único heredero de la familia Rosemberg, grande fue la alegría de la madrastra. Pero Dios la hizo concebir falsas esperanzas, pues no tuvo hijos ni hijas y, al cabo de tres años, falleció ella también. Waldemar la sobrevivió aún durante tres o cuatro años más, pero murió en un accidente de caza. Hay quien dice que fue un jabalí herido, pero hay también quien asegura que lo mató un campesino a quien había mandado azotar.

De forma que el castillo de Wistgaw y todas sus tierras fueron a parar a manos de un pariente lejano, llamado Wilbold de Einsenfeld. Si bien no podía decirse que fuera un hombre malo, era peor que eso: era un ser despreocupado por su alma, ni bueno ni malo, que hacía el bien o el mal, pero no movido por el amor ni por

el odio; una veleta atenta sólo al qué dirán, para quien la razón siempre estaba de parte del último que había hablado. Por lo demás, era valiente, y valoraba la bravura, pero se dejaba engañar fácilmente por remedos de osadía, al igual que por las apariencias en cuanto a la virtud y al espíritu se refiere.

De modo que el barón Wilbold decidió irse a vivir al castillo del conde Osmond y de la condesa Berta. Con él se llevó a una niña pequeña, muy linda, que se llamaba Hilda. Lo primero que hizo el entonces administrador fue poner al corriente a su nuevo señor de los ingresos y gastos anejos a la propiedad. Entre las cargas, figuraban las gachas con miel que, a trancas y barrancas, habían perdurado hasta aquel momento.

Como el intendente explicase al barón que sus predecesores habían otorgado gran importancia a dicha celebración, y que él mismo creía que dicha institución traía aparejadas las bendiciones del Señor, Wilbold no sólo no se mostró contrario, sino que ordenó expresamente que, cada primer día de mayo, se celebrase el ritual con el mismo esplendor que antaño.

Transcurrieron así varios años, y todos los primeros de mayo, el barón ofrecía unas gachas tan abundantes y suculentas que los campesinos, en reconocimiento de su esmero por dar cumplida cuenta de los deseos de la condesa Berta, pasaban por alto todos sus defectos, que, por otra parte, no dejaban de ser numerosos. Además, se dio el caso de que, por benevolencia o por picardía, otros señores adoptaron la costumbre del castillo de Wistgaw y, con motivo de festejar una conmemoración o sus propios cumpleaños, también regalaban a sus súbditos con unas gachas, más o menos dulces. Pero entre todos ellos, había uno en quien no sólo no cundió el ejemplo, sino que procuraba impedir que los demás señores lo adoptasen o lo siguiesen. Tal hombre era uno de los más íntimos amigos del barón, uno de sus más asiduos comensales y uno de sus consejeros más considerados. Se le conocía como el caballero Hans de Warburg.

El caballero Hans de Warburg

En cuanto a su aspecto físico, dicho caballero era una especie de gigante, que medía seis pies y dos pulgadas, dotado de una fuerza colosal. Iba siempre armado con una espada, con la que

acostumbraba a golpearse el muslo tras cada gesto amenazador que dejaba entrever. También llevaba un puñal, que solía sacar siempre que la ocasión lo requería, como gesto de acompañamiento a lo que afirmaba.

Desde un punto de vista moral, era el hombre más cobarde que jamás haya pisado la tierra, hasta el punto de que, cuando sus propias ocas le perseguían con sus graznidos, huía de ellas como alma que lleva el diablo.

Como acabo de relataros, el caballero Hans no sólo no había adoptado la costumbre de las gachas, sino que había recurrido a todo para que tal uso no se extendiera entre aquellos de sus vecinos sobre los que ejercía una mayor influencia. Pero no se paró ahí: envalentonado con los éxitos que conseguía en este terreno, se propuso que Wilbold renegase de tan antigua como respetable costumbre.

—Pardiez, mi querido Wilbold —solía decirle—: convendréis conmigo en la bonita manera que tenéis de tirar el dinero, y mantener a esos haraganes que se burlan de vos, antes incluso de haber hecho la digestión de la comida con que los regaláis.

—Querido Hans —le respondía Wilbold—, creedme si os digo que, más de una vez, me he parado a pensar en lo que me decís; aunque sólo se celebre una vez al año, bien es verdad que ese banquete me sale más caro que cincuenta de los normales. Pero ¿qué queréis que haga? Se trata de una costumbre a la que va ligada la felicidad de mi familia.

—¿Y quién os ha contado todas esas pamplinas, querido Wilbold? ¿Vuestro anciano administrador? Ahora lo entiendo todo. Como en cada banquete os sisará no menos de diez escudos de oro, tiene interés en que el festín se perpetúe.

—Pero hay más —añadía el barón.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—De las amenazas de la condesa.

—¿A qué condesa os referís?

—A la condesa Berta.

—¿Y vos hacéis caso de todas esas historias de comadres?

—¡Por Dios! Están más que comprobadas. Incluso con pergaminos que se guardan en los archivos.

—¿Así que resulta que tenéis miedo de una vieja?

—Mi querido caballero —respondió el barón—, no tengo miedo de ningún ser vivo, ni de vos, ni de ningún otro. Pero confieso que tengo un gran respeto por esos seres que, carentes de carne y de huesos, se dignan abandonar el otro mundo para venir a éste a hacernos una visita.

Hans se echó a reír.

—En mi lugar —le preguntó el barón—, ¿vos no tendríais miedo?

—Yo no le temo ni a Dios ni al diablo —fue la respuesta de Hans, estirando todo su corpachón.

—Os tomaré la palabra —le dijo el barón—; no queda mucho para la celebración del próximo aniversario. Dentro de quince días será primero de mayo. Así que lo intentaré.

Mas como, con anterioridad a esa fecha, el barón se había reunido en alguna ocasión con el intendente, retractó de su primera decisión, que era la de que no hubiera gachas, y dispuso que se ofreciera una comida normal a sus vasallos, no un banquete.

Los campesinos se extrañaron de aquella frugalidad, a la que no estaban acostumbrados, pero no formularon ni la más mínima queja. Se limitaron a pensar qué razones tendría su señor, normalmente tan generoso con esas cosas, para llevar a cabo economías.

Pero no ocurrió lo mismo con esos seres que estaban al tanto de todo y que regían los destinos de los propietarios del castillo de Wistgaw. Durante la noche que siguió a aquella austera comida, armaron tal escándalo que nadie pegó ojo en el castillo, pasándola todos en danza, entretenidos en abrir y cerrar todas las puertas y ventanas, con objeto de saber la razón de los golpes de unas y del violento entrechocar de las otras. Pero nadie vio nada, ni siquiera el barón, que se tapó la cabeza con las mantas, igual que vosotros, niños, cuando estáis asustados. Así estuvo toda la noche, sin chistar y tapado hasta las orejas.

Hilda

Como todos los hombres de carácter débil, Wilbold solía mostrarse obstinado en algunas cosas. Y, por otra parte, tenía la impresión de que había conseguido cierta impunidad. El hecho de

no haber dormido una noche no le parecía un castigo insoportable. Si, además, como había ocurrido en esta ocasión, se había ahorrado mil florines, había hecho un negocio redondo.

Así que, envalentonado por las arengas de Hans, pero no del todo decidido a cortar por lo sano con tan piadosa costumbre, al año siguiente, convocó a sus súbditos para el día uno de mayo. Pero esta vez se atuvo a los términos estrictos del legado, que no mencionaban ningún banquete antes de las gachas. Ordenó, pues, que sólo se sirvieran las gachas, viudas, sin acompañamiento de carnes ni vino; hubo hasta quienes, dotados de un paladar más refinado, notaron que estaban menos dulces que el año anterior. De lo que dedujeron que el barón Wilbold no sólo había borrado de un plumazo la primera parte del festín, sino que había procurado economizar hasta en la miel.

Ni que decir tiene que los visitantes nocturnos se enfadaron de verdad. Durante la noche, no sólo hubo un espantoso escándalo en el castillo, sino que, a la mañana siguiente, aparecieron rotos todos los cristales de las ventanas, todas las lámparas y toda la porcelana. El administrador hizo una relación de los desperfectos, y llegó a la conclusión de que los gastos que aquello había supuesto ascendían a lo mismo que los señores de Wistgaw destinaban, en el pasado, a los banquetes del primer día de mayo.

Al intendente no le cupo ninguna duda, y le presentó a Wilbold las cuentas, para que comprobase que ambas arrojaban idéntico balance.

En esta ocasión, Wilbold montó en cólera. A pesar de haber presenciado la terrible jarana que aquella noche había puesto el castillo patas arriba, no había visto a nadie a quien pudiera hacer responsable del desaguisado. Todo ello le inducía a pensar que la condesa, que no había vuelto a aparecer desde la noche en que había mecido al pequeño Hermann, llevaba muerta el tiempo suficiente como para no abandonar su tumba. Y como, en definitiva, aquella historia le iba a costar cada año lo mismo, decidió quedarse con el dinero y destinarlo a reponer el mobiliario destrozado, antes que dar de comer a sus súbditos. En consecuencia, resolvió que al año siguiente no les daría nada, ni siquiera las gachas. Pero como estaba seguro de que ponerse en contra de la vieja costumbre provocaría en la condesa Berta una cólera similar al tamaño de la

ofensa, decidió abandonar el castillo el 28 de abril, y no regresar allí hasta el 5 de mayo.

Mas he aquí que tan funesta idea topó con la oposición de una persona encantadora. Iba ya para quince años desde que el barón Wilbold de Einsenfeld había tomado posesión del castillo y, en ese tiempo, aquella preciosa niña, que tuvimos ocasión de ver en la cuna, había crecido y se había convertido en una hermosa joven. Era una muchacha encantadora, dulce, piadosa y compasiva, siempre encerrada en sus aposentos, cuyo gusto por la soledad la había dotado de una serena y permanente melancolía, que concordaba perfectamente con su rostro y con su no menos bello nombre, Hilda. Así, con sólo verla pasear por el jardín durante el día y escuchar el canto de los pájaros, que parecía entender, o con observarla de noche sentada en la ventana mientras contemplaba las nubes que, de vez en cuando, ocultaban la luna, con la que parecía hablar, hasta los corazones más indómitos se imaginaban que algún día serían capaces de amar, mientras que los más sensibles se encandilaban por el amor que ya sentían.

Así que, cuando Hilda se enteró de que su padre había decidido suprimir las gachas con miel de aquel año, le hizo todas las observaciones posibles, dentro de los límites que impone el respeto filial. Pero ni su dulce voz ni sus cálidas miradas lograron que el barón cambiase de opinión, obstinado como estaba por culpa de los pésimos consejos de su amigo Hans.

En la fecha que había establecido, abandonó, pues, el castillo, no sin dejar dicho al administrador que aquella costumbre de las gachas con miel ya había durado demasiado y que, a partir del siguiente año, estaba dispuesto a abolirla, no sólo por el gasto que suponía, sino porque, además, constituía un mal ejemplo para sus vecinos.

Tras comprobar que nada podía hacer para que su padre volviese a la buena senda, Hilda reunió sus pequeños ahorros, que ascendían a la suma que habría tenido que gastarse el barón, y se fue a pie por todas las aldeas que dependían del señorío, para explicar, en voz alta, allí por donde pasaba, que, como su padre se había visto obligado a ausentarse y aquel año no podía ofrecerles las gachas con miel, le había dejado el encargo de distribuir el dinero del banquete entre los pobres, enfermos y ancianos de

aquellas tierras.

Los campesinos la creyeron, o fingieron dar por buena aquella explicación. Además, como no guardaban muy buen recuerdo del último de los convites, se mostraron encantados con tan magnífica limosna, en lugar de la frugal comida, y bendijeron la mano mediante la cual el barón Wilbold repartía sus bondades entre ellos.

Pero nadie podía engañar a los espíritus del castillo, que de ningún modo dieron crédito a la mentira piadosa de la bella Hilda.

La mano de fuego

El cuatro de mayo, Wilbold regresó al castillo, y lo primero que hizo fue enterarse de lo que había pasado durante su ausencia. Tras saber que todo había estado tranquilo, que no había habido quejas por parte de sus súbditos y que los espíritus no habían armado ningún escándalo, pareció convencido de que su testarudez había terminado por cansarles y que se había deshecho de ellos para siempre. Después de besar a su hija y dar las instrucciones pertinentes para el día siguiente, se retiró a dormir tranquilamente.

Pero apenas se metió en la cama, se armó tal escándalo en el castillo y sus alrededores como jamás han tenido que soportar oídos humanos. En las cercanías de la mansión, los perros aullaban, las lechuzas piaban, los búhos ululaban, los gatos maullaban y los truenos retumbaban. En el interior, no se oía sino un arrastrar de cadenas, muebles que se caían o piedras que rodaban. Era tal el ruido, el jaleo, había tal barullo, que parecía que todas las brujas de aquellos parajes, convocadas por el gran Satán, hubieran cambiado el lugar de celebración de sus aquelarres y, en vez de reunirse en Brochen[5], como siempre, hubieran elegido el castillo de Wistgaw.

A media noche, cesó el ruido, y se hizo el más profundo silencio, de forma que todo el mundo oyó las doce campanadas, una tras otra. Al dar la última, Wilbold, ya más tranquilo, sacó la cabeza de debajo del cobertor y se atrevió a echar un vistazo a su alrededor. Se le pusieron los pelos de punta y un sudor frío bañó su rostro: una mano de fuego salía de la pared que había en frente de su cama, y con la yema de un dedo, como si de una pluma se tratase, escribía en los oscuros muros de la estancia:

Para acatar la voluntad de la condesa Berta,

Barón de Wilbold, siete días Dios te concederá.

Si no, artífice de tu ruina, con tus ojos verás,

Que la mansión de Wistgaw de las manos se te va.

A continuación, la mano desapareció, y se borraron todas y cada una de las letras, en el mismo orden en que habían sido escritas. Cuando la última de ellas desapareció, la estancia, que por un momento había permanecido iluminada gracias a aquellos versos de fuego, quedó sumida en la más profunda oscuridad.

Al día siguiente, todos los sirvientes del barón, desde el primero hasta el último, le pidieron licencia para no volver a trabajar allí, ya que no querían seguir en el castillo.

Él, que en el fondo de su corazón tenía tantas ganas como ellos, si no más, de abandonar aquel lugar, les respondió que, como no quería prescindir de tan buenos criados, había tomado la decisión de trasladarse a otra de sus residencias, y dejar la hacienda de Wistgaw en manos de aquellos espíritus que parecían reclamar la posesión del castillo.

Así que aquel mismo día, a pesar de las súplicas de Hilda, abandonaron el viejo caserón y se fueron a vivir al castillo de Einsenfeld, heredad que el barón había recibido de su padre, y que estaba situado a media jornada de viaje de Wistgaw.

El caballero Torald

En aquellos momentos, dos hechos eran la comidilla de las tierras de Rosemberg. El primero, la marcha del barón Wilbold de Einsenfeld; el segundo tenía que ver con la aparición del caballero Torald por aquellos parajes.

Dicho caballero era un apuesto joven de veintiún o veintidós años que, a pesar de su mocedad, conocía ya las principales cortes europeas, donde había alcanzado gran reputación gracias a su valor y a sus maneras corteses.

Se trataba, en efecto, de uno de los caballeros más cabales, y se contaban cosas maravillosas acerca de su educación. Se decía que,

de niño, había sido confiado al rey de los enanitos, quien, como príncipe muy versado en toda clase de disciplinas, había jurado que haría de él un consumado caballero. Con esta idea en la cabeza, le había enseñado a leer manuscritos antiguos, a hablar todas las lenguas vivas, e incluso muertas, así como a pintar, a tocar el laúd, a cantar, a montar a caballo, el manejo de las armas y los mejores lances del buen justar. Cuando el muchacho cumplió los dieciocho años de edad, y su tutor, el rey, observó con satisfacción que había alcanzado la perfección en todo lo que esperaba de él, le regaló el famoso caballo Bucéfalo[6], que no desfallecía jamás; la famosa lanza del caballero Astolfo, que descabalgaba a todo aquel que rozaba con su punta de diamante; y la famosa espada Durandarte, que quebraba las armaduras más resistentes y fuertes como si fueran de cristal. Y a tan preciados regalos había añadido otro aún mejor: una bolsa en la que siempre había veinticinco escudos de oro.

No es difícil de creer, pues, que la aparición de tan eximio caballero provocase tanto revuelo en la comarca. Sin embargo, tras atravesar el pueblo de Rosemberg, a lomos de su magnífico caballo, armado con su buena lanza y la espada al costado, había desaparecido y nadie había vuelto a saber nada de él.

Ni que decir tiene que tanto misterio sólo sirvió para que aumentase, por aquellos parajes, la curiosidad por todo lo relativo a dicho caballero.

No faltaban comentarios acerca de que se le había visto al anochecer, frente al castillo de Wistgaw, a bordo de una barca que se mecía suavemente en la rápida corriente del Rhin, pero que no se movía del mismo sitio, como si estuviera anclada. Había quien aseguraba que lo había visto en la cima de un elevado peñasco, situado frente a las ventanas de Hilda y hasta entonces sólo hollado por las garras de halcones, gerifaltes y águilas, con un laúd en la mano. Pero todo aquello no eran más que rumores, y no había nadie que estuviera en condiciones de afirmar con certeza que se había cruzado con el caballero Torald desde el día en que, armado de pies a cabeza, y a caballo, había pasado por el pueblo de Rosemberg.

Conjuradores de espíritus

Como ya sabéis, mis queridos pequeños, la mano de fuego había concedido al barón de Wilbold un total de siete días para que se arrepintiese. Pero éste, envalentonado por los malos consejos del caballero Hans de Warburg, optó por no volverse atrás en cuanto a la decisión tomada. Es más, para demostrar cuán firme era su resolución, decidió que dedicaría los tres últimos días de dicho plazo a fiestas y orgías, con el pretexto de querer celebrar el aniversario del nacimiento de su hija, que era exactamente el ocho de mayo. Porque Hilda había venido al mundo en el mes de las flores.

Por lo demás, el caballero Hans tenía otro motivo para ir a visitar con mayor frecuencia a su amigo el barón de Wilbold: se había enamorado perdidamente de la hermosa Hilda. Y aunque ya rozaba los cuarenta y cinco, es decir, que triplicaba en edad a la muchacha, no dudó en hablarle a su amigo de sus aspiraciones matrimoniales.

Wilbold nunca había prestado demasiada atención a esas sutilezas sentimentales sobre las que las jóvenes cifran sus sueños de tristeza o de alegría, de dolor o de felicidad. Como tampoco él se había casado por amor, lo que no le había impedido llevar una feliz vida de pareja, porque la baronesa era una buena mujer, jamás se le había pasado por la cabeza que Hilda necesitase adorar a un marido para ser feliz junto a él. A tales reflexiones había que sumar la gran admiración que sentía por el valor de su amigo Hans, el conocimiento exacto que tenía de su fortuna, cuando menos no inferior a la suya, y la costumbre de tener siempre como invitado a tan charlatán y dicharachero caballero, que le divertía enormemente con sus historias de combates, torneos y duelos, en los que, por supuesto, siempre salía bien parado.

Aún no había dicho ni que sí ni que no a la propuesta del caballero, pero le había dejado caer que le encantaría que se dedicase a conquistar el corazón de Hilda, cosa que no había de resultarle difícil a un paladín tan valiente, galante e ingenioso como él.

Desde aquel momento, el caballero Hans redobló sus atenciones para con la gentil dama de sus pensamientos, quien recibió todas aquellas manifestaciones amorosas con su circunspección y modestia habituales, como si fingiera no darse cuenta del objetivo

final de tantos cumplidos por parte de Hans.

El quinto día, pues, tras la aparición de la mano de fuego, era el aniversario del nacimiento de Hilda y, según su proyecto de hacer de los tres días siguientes una pura celebración, el barón de Wilbold había invitado a todas sus amistades a un magnífico banquete. Por supuesto, en las invitaciones que había cursado, no había olvidado a su dicharachero e inseparable camarada, el caballero Hans de Warburg.

Una vez llegados, los invitados pasaron al comedor. Cuando todos se dirigían a ocupar su lugar en la mesa, se oyó el sonido de un cuerno, y el mayordomo anunció que acababa de presentarse un caballero a la puerta del castillo de Einsenfeld, que solicitaba hospitalidad.

—¡Pardiez! —exclamó el barón—. ¡No carece de olfato el mozo! Dadle la bienvenida y decidle que esperamos que tenga a bien acompañarnos.

Cinco minutos más tarde, el caballero hizo acto de presencia.

Se trataba de un joven de veinte o veintidós años, de cabellos negros y ojos azules; avanzó por la estancia con una soltura tal que dejaba ver bien a las claras que, en el transcurso de sus andanzas, se había habituado a aceptar la hospitalidad de los más altos señores.

Aquel gesto altivo llamó la atención de todos los comensales y, tras reparar en ello, el barón Wilbold quiso, como anfitrión, cederle su propio puesto en la mesa al recién llegado. Pero el desconocido rechazó tal honor y, tras responder a la sugerencia del barón con un cortés cumplido, se acomodó en un lugar secundario.

Como nadie conocía a aquel caballero, todo el mundo tenía puestos los ojos en él con curiosidad. Sólo Hilda mantenía la mirada baja. Mas cualquiera que la hubiera observado en el momento en que el paladín traspasó el umbral del salón, se habría dado cuenta de que la muchacha se había ruborizado.

El banquete era magnífico y festivo. El vino corría a raudales. Y todo el mundo se daba cuenta de la exquisita cortesía con que el barón Wilbold y el caballero Hans brindaban y bebían cada uno a la salud del otro.

Pero raro hubiera sido que, a lo largo del convite, no saliesen a relucir las apariciones del castillo de Wistgaw.

El caballero Hans comenzó a tomar el pelo al barón, a propósito

del terror que le inspiraban tales cosas, miedo que éste no tenía empacho en confesar, como hombre valeroso que era.

—¡Pardiez, mi querido caballero! —comentaba el barón—. Ya me hubiera gustado veros en mi lugar, cuando aquella terrible mano de fuego escribió en la pared aquellos malditos cuatro versos. No se me ha olvidado ni una de sus sílabas.

—¡Bobadas! —replicaba Hans—. Imaginaciones de un espíritu ahíto. Desde luego, yo no creo en fantasmas.

—Porque aún no os habéis topado con ninguno. ¿Qué habríais hecho si os hubiera ocurrido a vos?

—Le habría conjurado —repuso Hans, tras llevarse, aparatosamente, la mano a la espada—, y de un modo tal que, os aseguro, jamás se le hubiera ocurrido volver a ponerse delante de mí.

—Pues, en ese caso, tengo una proposición que haceros, Hans —sugirió el barón Wilbold.

—¿De qué se trata?

—Conjurad al espíritu de la condesa Berta para que no vuelva a aparecerse nunca más en el castillo de Wistgaw, y os daré cualquier cosa que me pidáis a cambio.

—¿Cualquier cosa que se me ocurra?

—Pues ¡claro que sí! —replicó el barón.

—¡Sed precavido! —continuó el caballero, con una risotada.

—Exorcizad al espíritu de la condesa Berta, y pedidme lo que os venga en gana.

—¿Estaríais dispuesto a concedérmelo, fuere lo que fuere?

—Tenéis mi palabra de caballero.

—¿Incluso la mano de la hermosa Hilda?

—Hasta la mano de mi hija, sí.

—¡Padre! —exclamó la joven castellana, con un tono de suave reproche.

—¡Claro que sí, mi querida Hilda! —respondió el barón, ya entonado gracias a unas cuantas copas de tokai y de braunberger—. ¡Mantengo lo que acabo de decir! Caballero Hans, os he dado mi palabra. Conjurad al espíritu de la condesa Berta y os daré la mano de mi hija.

—¿Concederíais la misma recompensa, señor barón —preguntó el joven desconocido—, a quien fuese capaz de culminar felizmente

tal hazaña, caso de que el caballero fracasase en su intento?

—¿Fracasar, yo? —exclamó Hans—. ¿Por quién me habéis tomado?

—No se trata de una conjetura, caballero —respondió el desconocido, con una voz tan melodiosa, que se hubiera dicho que sus palabras salían de la boca de una mujer.

—¿Queréis decir que estáis convencido de ello? ¡Por todos los diablos, mi desconocido señor! —replicó el caballero, a voz en cuello—. ¿Os dais cuenta de que vuestro comentario sólo revela una gran impertinencia?

—En cualquier caso, la pregunta que he dirigido al señor Wilbold de Einsenfeld en nada ha de perjudicar a vuestros proyectos de matrimonio, caballero, puesto que no habrá otro que lo intente hasta que vos no os hayáis dado por vencido.

—¿Y quién será la persona que se avenga a realizar una hazaña en la que haya fracasado el caballero Hans?

—¡Yo! —repuso el desconocido.

—Pero —dijo el barón—, para que yo aceptase vuestro gentil ofrecimiento, mi querido huésped, sería conveniente que al menos supiese cuál es vuestro nombre.

—Soy el caballero Torald —respondió el joven.

Como aquel nombre gozaba de tanto predicamento por toda la región, al oírlo, todos los convidados se pusieron en pie para saludar a la persona que acababa de identificarse como tal. Ni siquiera Wilbold se creyó dispensado de manifestar sus más corteses parabienes al joven.

—Caballero —le dijo—, por muy joven que seáis, vuestro nombre goza de tanta reputación que establecer una alianza con vos sería un orgullo para las mejores familias. Sin embargo, conozco al caballero Hans desde hace veinte años, en tanto que a vos acabo de saludaros por primera vez en mi vida. Por esa razón, creo que no debería aceptar vuestro ofrecimiento, a no ser que éste venga acompañado del beneplácito de mi hija.

Hilda se sonrojó como la grana.

—Siempre he mantenido —respondió Torald—, que sólo tomaría por esposa a aquella mujer de cuyo amor estuviese seguro.

Desde el momento en que el caballero se había dado a conocer, Hans observaba un absoluto mutismo.

—Sea, caballero —añadió el barón—; dado que dejáis la cosa en manos de mi hija, y puesto que permitís que sea mi amigo Hans quien se someta a la prueba en primer lugar, no veo razón para no daros también mi palabra, a expensas de ulteriores indagaciones acerca de vuestra familia.

—Señor barón, mi familia es una de las mejores de Alemania. Es más —comentó, con una sonrisa—, voy a daros una noticia que ni siquiera imagináis: creo que vos y yo estamos unidos por algún lazo de parentesco.

—¿Somos parientes? —exclamó Wilbold, sorprendido.

—Así es, señor —respondió Torald—, pero ya aclararemos eso más adelante. Por el momento, el único asunto que ha de ocuparnos es el de conjurar el espíritu de la condesa Berta.

—Eso es —agregó Wilbold—; confieso que se trata de algo que mucho me complacería ver resuelto cuanto antes.

—Pues, sea —dijo Torald—; que el caballero Hans pruebe esta noche; yo lo intentaré a la siguiente.

—¡Pardiez! —añadió Wilbold—. Así me gusta, las cosas claras. Caballero Torald, sois un joven valeroso. Permitid que os estreche la mano.

Wilbold le tendió la mano, y Torald la tomó entre las suyas con una reverencia.

Hans seguía callado y taciturno.

Wilbold se volvió hacia él y, para su sorpresa, constató que estaba muy pálido.

—Bueno, amigo Hans —le dijo—, espero que todo esto sea de tu agrado. Como hace un momento manifestabas tu impaciencia por enfrentarte con los espíritus, deberías darle las gracias al caballero Torald, quien te ha ofrecido la oportunidad de verlos esta misma noche.

—Cierto, cierto —respondió el caballero—. Pero de nada valdrá: sé que voy a perder el tiempo, porque los espíritus no aparecerán.

—Os equivocáis, caballero Hans —le interrumpió Torald, con el tono de un hombre seguro de lo que hace—: claro que vendrán.

Hans se puso lívido.

—Por eso —añadió Torald—, si queréis cederme vuestro puesto, caballero Hans, de buen grado lo aceptaré, y trataré de salir con bien de la primera arremetida de los fantasmas. Quizá se muestren

menos terribles en el segundo lance que en un primer momento.

—¡Por Dios, caballero! —dijo Hans—. Tanto me da ser el primero o el segundo. Mas si queréis someteros a la prueba en primer lugar…

—No, no —zanjó Wilbold—. Hay que hacer las cosas tal como las hemos acordado. Hay que seguir un orden, señores. Esta noche, Hans; el caballero Torald, mañana; de modo que…

Llenó la copa y la alzó.

—¡A la salud de los conjuradores de espíritus! —brindó.

Todos hicieron lo mismo, pero, con gran sorpresa, el barón se dio cuenta de que al caballero Hans le temblaba la mano al llevarse la copa a los labios.

—Está bien —dijo Wilbold—; después de la cena partiremos.

Con lo que el pobre caballero Hans se sintió tan atrapado como un ratón en una ratonera.

En un primer momento, al comprometerse a llevar a cabo tal proeza, había pensado que podría salir con bien de ella gracias a una de sus habituales fanfarronadas. Es decir, que contaba con fingir que entraba en el castillo, pasar la noche en algún sitio de los alrededores y, a la mañana siguiente, contar con todo lujo de detalles la terrible lucha que había sostenido con los espíritus. Pero sus planes se vinieron abajo ya que, por culpa del desafío del caballero Torald, todo aquel asunto se había puesto tan serio que Hans pensaba, y con razón, que ni su amigo ni su rival le quitarían los ojos de encima. Y así fue. Tras la cena, el barón Wilbold se puso en pie y anunció que él mismo, en persona, acompañaría al caballero Hans; y que para que no hubiera protestas, ni por su parte ni por la del joven caballero, le dejaría encerrado bajo llave en el dormitorio y precintaría la alcoba con su propio sello.

No había forma de dar marcha atrás. Hans tan sólo solicitó permiso para ir a recoger la coraza y el casco, para mejor resistir al enemigo, caso de que éste llegase a hacer acto de presencia. Su solicitud fue atendida.

Hans se fue a su residencia y se armó de pies a cabeza, para dirigirse, a continuación, al solitario castillo de Wistgaw.

La comitiva estaba compuesta por el barón Wilbold de Einsenfeld, el caballero Hans, el caballero Torald y tres o cuatro de los invitados que, encantados con el acontecimiento, fuera cual

fuera su desenlace, esperarían noticias en una alquería propiedad del barón de Wilbold, situada a una media legua del castillo.

Llegaron a Wistgaw a eso de las nueve de la noche, la hora más indicada para dar comienzo a aquella empresa.

Hans estaba muy preocupado, pero hizo de tripas corazón y logró mantener una apariencia serena. El castillo estaba sumido en la más profunda oscuridad, y como ni un solo ruido perturbaba el silencio reinante, el lugar resultaba espectral en verdad.

Cruzaron el desierto vestíbulo y pasaron por enormes salones revestidos de sombrías tapicerías e interminables pasillos. Finalmente, abrieron la puerta del funesto dormitorio. La estancia estaba fría, tranquila y silenciosa, como el resto de las dependencias del castillo.

Hicieron un gran fuego en la chimenea, encendieron la lámpara y los candelabros, y desearon las buenas noches al caballero Hans. Tras cerrar la puerta con llave, el barón Wilbold colocó los precintos, junto con una banda de papel, en la que estampó dos sellos con sus armas.

Finalizadas estas operaciones, todos desearon por última vez las buenas noches al encerrado y se fueron a dormir a la alquería.

Una vez solo, lo primero que se le ocurrió a Hans fue escaparse por la ventana. Pero no había ninguna posibilidad, porque ésta daba a un precipicio, que la oscuridad de la noche hacía que pareciese más profundo.

Golpeó los muros, pero éstos tan sólo le devolvieron un sonido sordo y opaco, que indicaba que no había ninguna puerta disimulada tras ellos.

Le gustase o no, allí tenía que quedarse. El caballero Hans comprobó que todas las piezas de su armadura estuvieran bien ajustadas, si llevaba la espada al cinto, si el puñal salía de la vaina con facilidad y si la visera del casco subía y bajaba bien. Una vez que se hubo cerciorado de que, por ese lado, todo estaba en orden, se sentó en un gran sillón frente a la chimenea.

Las horas pasaban y allí no aparecía nadie, con lo que el caballero Hans comenzó a sentirse más tranquilo. Además, había tenido tiempo para pensar. Como no había ningún acceso secreto tras las paredes y la puerta principal estaba cerrada con llave, los espectros tendrían tantas dificultades para entrar en aquella

estancia como él para abandonarla. Si bien es cierto que también había oído decir que a estos seres les importaban poco tales obstáculos, porque podían pasar sin dificultad a través de paredes y ojos de cerraduras, aquella constatación hizo que se sintiera más seguro.

En honor del caballero Hans, hemos de decir que ya estaba a punto de dar una cabezada, cuando sintió un enorme estruendo en el tiro de la chimenea. De inmediato, echó un leño al fuego, ya medio apagado, con la intención de chamuscarles las piernas a los espíritus, si es que optaban por utilizar aquel camino. Avivadas, las llamas subieron hasta la repisa con cantarín chisporroteo. Pero para su sorpresa, el caballero Hans observó que, por la embocadura de la chimenea, asomaba el extremo de una tabla de un pie de ancho, que se movía y se hacía más larga a ojos vista, sin que fuera capaz de distinguir a los causantes de aquel suceso. El tablón bajaba y bajaba, lentamente y un poco inclinado, hasta que llegó a tocar el suelo, estableciendo una especie de puente por encima de las llamas. Al poco, y como si de una montaña rusa se tratase, una multitud de enanitos comenzó a deslizarse por la tabla; al frente de ellos, iba el rey, que, armado de pies a cabeza, como el caballero Hans, parecía guiarles al combate.

A medida que descendían por aquella especie de puente, y gracias a las ruedas del sillón, Hans retrocedía, de forma que, para cuando el rey y su ejército estuvieron formados en orden de batalla delante de la chimenea, Hans ya se encontraba al otro extremo de la alcoba, pegado a la pared, único obstáculo que le impedía ir más allá, de modo que entre ambos bandos se abría un espacio considerable.

Tras deliberar, durante un momento y en voz baja, con sus generales, el rey de los enanitos se adelantó, solo, en aquel espacio.

—Caballero Hans —le espetó, con ironía—, más de una vez he oído elogios acerca de tu gran valor, si bien es verdad que siempre salían de tu boca. Pero como un caballero no ha de mentir jamás, he dado por bueno que decías la verdad. Por eso, se me ha ocurrido desafiarte a un combate entre tú y yo. Como he sabido que, con gran valentía, te habías ofrecido al barón Wilbold para conjurar al espectro que ronda por el castillo, he solicitado y obtenido de dicho espíritu, íntimo amigo mío, el honor de ocupar su lugar durante

esta noche. Si resultas vencedor, el espíritu se compromete, a través de mí, a abandonar el castillo y a no regresar jamás. Si eres vencido, confesarás tu derrota con toda lealtad y cederás tu puesto al caballero Torald, a quien no me resultará difícil derrotar, puesto que jamás le he oído vanagloriarse de haber propinado una estocada a nadie. Por todo ello, y como estoy seguro de que aceptas el reto, ahí va mi guante.

Tras estas palabras, el rey arrojó, con altivez, un guante a los pies del caballero.

Mientras aquel personaje desgranaba su discurso, con clara vocecita, el caballero Hans le observaba con atención. Convencido de que su estatura no sobrepasaba las seis pulgadas y media, comenzó a sentirse más tranquilo, pues no le parecía que semejante adversario fuera muy de temer. Recogió, pues, el guante, con una cierta seguridad, y se lo puso en el dedo meñique para contemplarlo de cerca.

Se trataba de una manopla de piel de ratón almizclero, sobre la que iban cosidas, con gran destreza, unas diminutas escamas de acero.

El rey de los enanos permitió que Hans examinase el guante a su gusto y, tras un momento de silencio, le preguntó:

—¿Y bien, caballero? ¿Cuál tu respuesta? ¿Aceptas, o no, el reto?

El caballero Hans contempló de nuevo a aquel campeón que se atrevía a desafiarle y que no le llegaba ni a la mitad de la pierna. Tranquilizado por su escasa estatura, respondió:

—¿Con qué armas, caballerito?

—Cada uno con las nuestras; tú, con la espada, y yo, con el látigo.

—¡Cómo! ¿Vos con vuestro látigo?

—Sí; es el arma que utilizo normalmente, porque como soy bajito, me permite llegar más lejos.

Hans se echó a reír a carcajadas.

—¿Y pelearéis conmigo únicamente con vuestro látigo?

—Naturalmente. Ya te he dicho que tal era mi arma.

—¿Y no echaréis mano de ninguna otra?

—No.

—¿Lo prometéis?

—Palabra de caballero y de rey.

—Entonces —repuso Hans—, acepto el desafío.

Y arrojó a su vez el guante a los pies del rey.

—Bien —replicó el rey, tras dar un paso atrás para no verse aplastado por la manopla—. ¡Que suenen las trompetas!

Al instante, doce soldados, subidos en un taburete bajo, tocaron una fanfarria guerrera, mientras presentaban al rey el arma con la que había de luchar.

Era un pequeño látigo, con una única esmeralda por empuñadura, de la que salían cinco cadenas de acero de tres pies de largo, en cuyos extremos brillaban unos diamantes del tamaño de un guisante. A excepción de los preciosos materiales con que estaba hecho, el látigo del rey era muy parecido a uno de esos zorros con los que se sacude la ropa.

El caballero Hans, por su parte, pletórico de confianza en sus fuerzas, blandió la espada.

—¡En guardia! —le dijo el rey al caballero.

—¡A vuestras órdenes, majestad! —respondió Hans.

Al momento, las trompetas interpretaron una melodía aún más guerrera que la anterior, y comenzó la pelea.

Tras recibir los primeros golpes, el caballero comprendió rápidamente cuán grande había sido su equivocación al menospreciar el arma de su adversario. Aun protegido por la coraza, sentía cada latigazo como si lo recibiera a pecho descubierto, porque allí donde golpeaban los cinco diamantes, el hierro se abollaba como si fuera mantequilla. En lugar de defenderse, Hans comenzó a chillar y a dar alaridos, a correr por toda la habitación, a saltar por encima de los muebles y a subirse a la cama, incapaz de librarse del implacable látigo del rey de los enanitos. Hasta las piezas militares que tocaban las trompetas se plegaron a las circunstancias y adoptaron el tono y compás de un galop.

Se trata, mis queridos niños, de la misma melodía que, más adelante, descubriría nuestro gran compositor Auber[7], y que, sin decir nada a nadie, habría de introducir en el quinto acto de *Gustave*.

Tras cinco minutos de carreras, el caballero Hans se puso de rodillas y pidió clemencia.

Entonces, el rey dejó el látigo en manos de su escudero y recuperó el cetro.

—Caballero Hans —le dijo—, te has comportado como una mujer. Espada y puñal no son, pues, las armas que más te convienen. Lo tuyo es el huso y la rueca.

Tras decir esto, le tocó con el cetro, y Hans sintió cómo toda su persona experimentaba un profundo cambio. Los enanitos se echaron a reír, y todo desapareció como si de una visión se hubiera tratado.

El caballero de la rueca

Lo primero que hizo Hans fue echar un vistazo a su alrededor. Estaba solo.

A continuación, se contempló a sí mismo, y grande fue su extrañeza.

Iba vestido como una vieja. Su coraza se había convertido en unas enaguas de muletón rayado; el casco se había transformado en cofia; la espada, en rueca, y el puñal, en huso.

Si además tenéis en cuenta, hijos míos, que, a pesar de aquella nueva indumentaria, el caballero Hans aún lucía barba y bigotes, convendréis conmigo en que su aspecto era no sólo grotesco, sino ridículo.

Cuando se vio así ataviado, el caballero Hans no pudo evitar una mueca que le hizo parecer aún más feo y extravagante. Se le ocurrió la idea de desvestirse y acostarse en la cama, para que no quedase ni rastro de lo que allí había sucedido. Dejó la rueca en el sillón y trató de desatarse la cofia. Pero, al instante, la rueca saltó del sillón donde la había colocado, y le dio tales palmetazos en los dedos, que Hans se vio obligado a hacer frente a aquel nuevo adversario.

Al principio, trató de defenderse, pero la rueca se batía tan bien que al cabo de un rato optó por guardar las manos en los bolsillos, momento que la rueca aprovechó para recuperar tranquilamente su posición, al lado de Hans, con lo que el caballero tuvo un momento de respiro.

Aprovechó el instante para observar a su enemigo. Era una rueca normal, igual que otra cualquiera, aunque algo más elegante, pues su extremo superior terminaba en una cabecita gesticulante y

burlona que parecía sacarle la lengua al caballero.

Mientras se acercaba a la chimenea Hans hizo como que sonreía a la rueca, y, como quien no quiere la cosa, la asió y la arrojó al fuego.

Pero en cuanto ésta sintió el calor, se irguió, en llamas, y echó a correr detrás del caballero, quien, en esta ocasión no sólo recibió una buena somanta, sino que a punto estuvo de acabar todo quemado, y tuvo que pedir clemencia.

Al instante, las llamas se extinguieron, y la rueca volvió a quedar humildemente colgada de su cinturón.

La situación era difícil, porque ya empezaba a amanecer. El barón Wilbold, el caballero Torald y los demás no tardarían en presentarse. Hans no paraba de rumiar cuantas ideas se le pasaban por la cabeza para deshacerse de aquella maldita rueca, cuando se le ocurrió que podía arrojarla por la ventana.

Mientras tarareaba algo para no despertar sospechas, se acercó a un ventanal y, tras abrirlo como si fuera a contemplar el paisaje y respirar el aire puro de la mañana, se hizo con su extraño enemigo, lo arrojó al precipicio y cerró la ventana. Pero al momento oyó un ruido de cristales rotos y se volvió hacia el otro ventanal: la rueca, que acababa de tirar por una ventana, había regresado por la otra.

Como ya había sido engañada dos veces, en esta ocasión, la rueca se puso furibunda. Se abalanzó sobre Hans y le dejó el cuerpo maltrecho a cabezazos. El caballero era un puro alarido.

Mas una vez que vio que Hans caía aturdido en el sillón, se apiadó de él y se colgó, de nuevo, de su cinturón.

En aquel instante Hans pensó en algo que sirviera para aplacar la cólera de su enemiga. Y se puso a hilar.

Al punto, la rueca dio muestras de satisfacción: la cabecita pareció animarse, entrecerró los ojos de puro contento y se puso a tararear una cancioncilla.

En ese momento, Hans oyó ruido en el pasillo y quiso dejar de hilar. Pero no parecían ser tales los deseos de la rueca, que le dio tales palmetazos en los dedos que se vio obligado a seguir con la labor.

Los pasos sonaban cada vez más cerca, hasta que, por fin, se detuvieron ante la puerta. Hans estaba que se lo llevaban los demonios, porque iban a verle vestido de aquella guisa y dedicado a

tal menester. Pero no había forma de hacer otra cosa.

En efecto, al poco, la puerta se abrió, y tanto el barón Wilbold, como el caballero Torald y las tres o cuatro personas que iban con ellos, se quedaron estupefactos ante el insólito espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Hans, a quien habían dejado pertrechado con su armadura de caballero, iba ataviado como una vieja, con huso y rueca incluidos.

Los recién llegados se morían de risa. Hans no sabía dónde meterse.

—¡Pardiez! —dijo el barón Wilbold—. Parece que eran revoltosos los espíritus que se os han aparecido, amigo Hans. Contadnos qué os ha sucedido.

—No es lo que imagináis —respondió Hans, que esperaba salir con bien del asunto gracias a su fanfarronería—. Se trata de una estratagema.

Pero en aquel momento la rueca, sabedora de que iba a decir una mentira, le dio tal palmetazo en las uñas, que el caballero gritó de dolor.

—¡Maldita rueca! —musitó, para añadir—: es una argucia que se me ha ocurrido; al considerar el hecho de que el espectro era el de una mujer, de nada valía esperarle con otras armas que no fueran una rueca y un huso.

Al instante, y a pesar de las suplicantes miradas que Hans arrojaba sobre la rueca, ésta se enfureció y comenzó a golpearle de nuevo enérgicamente en las uñas, hasta que el barón Wilbold le dijo:

—Creo, caballero Hans, que mentís, y que no es otra la razón de que la rueca os vapulee de esa manera. Decidnos la verdad y la rueca os dejará en paz.

Como si hubiera comprendido lo que acababa de decir el barón, la rueca hizo una profunda reverencia ante él, al tiempo que, con un gesto, aquella cabecita confirmaba que Wilbold estaba en lo cierto.

Y Hans se vio obligado a contar lo que había pasado con pelos y señales. De vez en cuando, se apartaba un poco de la verdad y recreaba algún episodio para resaltar su valentía. Pero la rueca, que permanecía tranquila si decía la verdad, en cuanto falseaba algo, se le venía encima y se ensañaba con él de tal manera que al caballero

no le quedaba más remedio que volver a la senda de la verdad, de la que se había apartado por un instante.

Concluido el relato, desde el principio hasta el final, la rueca hizo una burlona reverencia a Hans, dedicó un saludo cortés al resto de los presentes y se fue por la puerta, a saltitos, sin olvidarse del huso, que la seguía como un niño que va detrás de su madre.

En cuanto al caballero Hans, una vez seguro de que la rueca se había largado, salió a toda prisa por la misma puerta y corrió a esconderse en su castillo, abucheado por todos los chiquillos del lugar, que le tomaron por alguien que iba disfrazado.

El tesoro

La noche siguiente, era el caballero Torald quien había de estar en vela. El joven se había preparado para aquella aventura nocturna con tanta humildad y recogimiento como Hans lo había hecho con liviandad y fanfarronería.

Al igual que ocurriera con el caballero Hans, Torald fue conducido y encerrado en el dormitorio, el cual fue precintado de nuevo. Pero no quiso llevar armas consigo, puesto que, según él, de nada sirve ofrecer humana resistencia a los espíritus, ya que éstos provienen de Dios.

En cuanto se quedó solo, rezó devotamente sus oraciones y esperó la aparición del espectro, sentado en el mismo sillón.

Llevaba así varias horas, sin quitar los ojos de la puerta, pero sin observar nada de extraordinario, cuando, a sus espaldas, oyó un leve ruido y sintió que alguien le rozaba en un hombro.

El joven se volvió: era el fantasma de la condesa Berta.

Lejos de asustarse, el muchacho le sonrió, como si de una vieja amiga se tratase.

—Torald —le dijo la aparición—, has llegado a ser lo que yo esperaba de ti, un joven bueno, generoso y valiente. Recibe, pues, la recompensa que mereces.

A continuación, y tras hacerle una seña para que la siguiera, se fue hacia la pared. La tocó con un dedo y el muro se abrió para dejar a la vista un gran tesoro que el conde Osmond había escondido allí hacía mucho tiempo, cuando, por causa de la guerra, se había visto en la tesitura de abandonar el castillo.

—Tuyo es este tesoro, hijo mío —dijo la condesa—; y para que nadie te reclame nada, sólo tú podrás abrir esta pared pronunciando una palabra, que no es otra que el nombre de tu amada, Hilda.

Tras esto, la pared se cerró de nuevo, herméticamente, de tal forma que resultaba imposible ver ni la más mínima rendija.

Tras dirigir al caballero una última sonrisa y hacerle una graciosa inclinación de cabeza, el fantasma desapareció, igual que se desvanecen las nubes de vapor.

Al día siguiente, Wilbold y sus acompañantes entraron en el dormitorio y se encontraron con que el caballero Torald estaba plácidamente dormido en el sillón.

El barón despertó al joven, quien esbozó una sonrisa al abrir los ojos.

—Amigo Torald —le dijo Wilbold—, esta noche he tenido un sueño.

—¿Qué habéis soñado? —preguntó Torald.

—Soñé que no te llamabas Torald, sino Hermann, y que eras el biznieto del conde Osmond, a quien se había dado por muerto, aunque no lo estuvieses, y que, esta noche, se te ha aparecido tu bisabuela Berta para mostrarte un tesoro.

Torald comprendió que aquel sueño era una revelación del cielo para que el barón Wilbold de Einsenfeld no albergara ninguna duda sobre el particular.

El joven se puso en pie sin decir nada y, tras indicar al barón que le siguiese, se detuvo ante la pared.

—Señor Wilbold, cierto es vuestro sueño. Yo soy aquel Hermann a quien todos dieron por muerto. Es verdad que mi bisabuela Berta se me ha aparecido esta noche, y me ha mostrado un tesoro. Ahí tenéis la prueba.

Tras decir esto, Hermann, pues en efecto era él aquel pobre niño al que la condesa Berta había recogido en su tumba y confiado al rey de los enanitos, pronunció el nombre de Hilda y, tal y como había prometido el fantasma, la pared se abrió.

A la vista de aquel tesoro, en el que no sólo había monedas de oro, sino también rubíes, esmeraldas y diamantes, Wilbold se quedó deslumbrado.

—Está bien, primo Hermann —le dijo—; sé que has dicho la verdad. Tuyos son tanto el castillo de Wistgaw como mi hija Hilda.

Pero, con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Hermann, alarmado.

—Que no olvides invitar, todos los primeros de mayo, a los campesinos de Rosemberg y alrededores a las gachas de la condesa Berta.

Como imaginaréis, Hermann aceptó tal condición con satisfacción.

Conclusión

Ocho días después, Hermann de Rosemberg se casó con Hilda de Einsenfeld. Y mientras el castillo se mantuvo en pie, todos sus descendientes convidaron, generosa y puntualmente, a las gachas de la condesa Berta, cada primero de mayo, a todos los habitantes de Rosemberg y su comarca.

La bola de nieve

Cuarenta grados a la sombra

Como un canto de difuntos de un esplendoroso día de mayo que acaba de borrarse con destino a la eternidad, así se lamentaba la voz triste y sonora del almuédano.

—¡Por Alá! ¡Qué calor hace en Derbent! Sube a la azotea, Kassim, y observa si el sol ya se oculta tras las montañas. ¿Está todo rojo por poniente? ¿Hay alguna nube en el cielo?

—No, tío; hacia el ocaso todo sigue tan azul como los ojos de Kitshina. El sol se acuesta en toda su majestad, como una rosa flamígera incrustada en el pecho del atardecer: ni siquiera su última mirada sobre la tierra dispone de una sutil bruma que traspasar. Ya ha desplegado la noche su abanico de estrellas; ya se ha hecho la oscuridad.

—Sube, sube hasta la azotea, Kassim —exclamó la misma voz— y fíjate bien, a ver si se desprende el rocío del cuerno de la luna. ¿No se oculta tras el arco iris nocturno, igual que una perla en su irisada concha?

—No, tío; la luna parece flotar en medio de un océano azulado, y baña el mar con lenguas de fuego. Los tejados están tan secos como las estepas del Mogán, y los escorpiones corretean por ellos, tan felices.

—O sea —añadió el viejo, con un suspiro— que mañana hará tanto calor como hoy. Kassim, lo mejor será que tratemos de dormir.

El viejo se durmió y soñó con el dinero que atesoraba. Su sobrina hizo lo propio, pero sus sueños eran los propios de una muchacha de dieciséis años en cualquier lugar del mundo, es decir, tenían más que ver con el amor. Toda la ciudad se entregó al

descanso, contemplando en sueños cómo Alejandro Magno construía las murallas que defienden el Cáucaso o forjaba las puertas de hierro de Derbent.

A eso de la medianoche, todo estaba en calma.

En aquel silencio universal, sólo se oían las voces de los centinelas cuando gritaban «Slushe!» (¡Alerta!), y el lamento del mar Caspio, que besaba con sus húmedos labios la ribera ardiente y arenosa.

Daba la sensación de que las almas de los difuntos se dedicasen a charlar con la eternidad, lo que era tanto más probable por cuanto que nada se asemejaba más a un inmenso cementerio que aquella ciudad de Derbent.

Desde mucho antes de que luciese la aurora, la superficie del mar parecía echar llamaradas, y las golondrinas, más madrugadoras que el *mulá*, cantaban ya en la mezquita.

Hay que decir, sin embargo, y en honor a la verdad, que no se le adelantaron demasiado, porque el ruido de sus pasos las obligó a levantar el vuelo. Aquél, con la cabeza entre las manos, dio una vuelta entera a la cúpula sin dejar de llamar a la oración, con modulaciones que conferían a su voz la apariencia real de un cántico:

—Despertaos y levantaos de la cama, musulmanes, que mejor es orar que dormir.

Una voz respondió a aquel reclamo, y se oyó:

—Sube a la azotea, Kassim, y mira a ver si desciende la bruma desde las montañas de Lesguistán. ¿No se torna oscuro el color del mar?

—No, tío; las montañas parecen revestidas de oro puro y el mar brilla como un espejo. Hasta la bandera de la fortaleza de Nasenkal pende a lo largo del mástil, como el velo que rodea la cintura de una joven. El mar está en calma. Ni la más leve brisa es capaz de levantar una mota de polvo en el camino. Nada se mueve en la tierra, y en el cielo, todo es prístina pureza.

El rostro del anciano se ensombreció y, tras haber realizado sus abluciones, subió hasta la azotea a entonar sus oraciones.

Extendió la esterilla que llevaba bajo el brazo y se puso de rodillas. Cuando terminó de recitar sus plegarias de memoria, se puso a rezar con sinceridad:

—*Bismillahir rahmanir rahim!* —exclamó, sin dejar de mirar con tristeza a su alrededor. Expresión que significa: «¡Que mis súplicas lleguen hasta el santo y misericordioso nombre de Dios!».

Para continuar, en tártaro, y que nosotros transcribimos en nuestra lengua, aun a riesgo de privar a la oración del tío de Kassim del poético florilegio de imágenes que le prestaba el idioma del Turkestán:

—Nubes de primavera, criaturas también de este mundo, ¿por qué os detenéis en las cimas de las peñas? ¿Por qué os ocultáis en grutas, como si fuerais forajidos lesguios? Bien está que os guste vagar por las montañas y reposar en cumbres graníticas, cubiertas de nieve. Pero, caprichosos seres del aire, ¿no podríais entreteneros en algo que no sea absorber toda la humedad de nuestros pastos para arrojarla, más tarde, en bosques inaccesibles para el hombre, que no devuelven a nuestros valles sino cataratas de guijarros, tan parecidos a los huesos resecos de vuestras víctimas? Contemplad cómo nuestra pobre tierra muestra las bocas abiertas por millares. Se muere de sed, e implora un poco de lluvia. Fijaos en las temblorosas espigas: se quiebran en cuanto una mariposa comete la imprudencia de posarse en ellas; sin embargo, alzan la cabeza, al acecho de un poco de humedad, pero sólo para hacer frente a los rayos de un sol que las consume como el fuego. Los pozos están secos; las flores ya no huelen; se marchitan y caen al suelo las hojas de los árboles; los pastos se agostan, la granza se pierde; los grillos ya no pueden cantar, mientras las cigarras emiten sin cesar su metálico sonido; los búfalos se baten por un poco de barro húmedo, y nuestros jóvenes se pelean por dos gotas de agua. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué será de nosotros? La sequía es la madre del hambre; el hambre engendra la peste, y ésta es la hermana del bandidaje. ¡Fresca brisa de las montañas, tráenos en tus alas la bendición de Alá! Vosotras, nubes, que sois las ubres de la vida, derramad sobre esta tierra vuestra leche celestial. Tornaos tormentas, si así lo deseáis, pero refrescad estos parajes. Acabad con los pecadores, si tal es vuestro deseo, pero saciad a quienes son inocentes. Grises nubes, iguales que las alas de los ángeles, traednos un poco de fresco. ¡Venid, acudid, volad! Apresuraos: seréis más que bienvenidas.

Por más que rezaba el viejo tártaro, las nubes seguían sin

aparecer. Hacía tanto calor, era tan sofocante, que los habitantes de Derbent buscaban un poco de fresco hasta en el interior de los hornos.

Y eso que era el mes de mayo, cuando en San Petersburgo se oyen, hacia el nordeste, los crujidos del hielo del lago Ladoga al quebrarse, con la amenaza añadida de llevarse por delante los puentes del río Neva; cuando cualquiera puede atrapar un catarro por el mero hecho de atravesar la plaza de Isaac, o se arriesga a sufrir una fluxión pulmonar a la vuelta de una de las esquinas del palacio de Mármol. No otro es, precisamente, el momento en que los ciudadanos se gritan, desde el Smolni [1] al muelle inglés:

—¿Va a salir usted? ¡No se olvide la pelliza!

Mientras en San Petersburgo, por esas fechas, se piensa en la primavera, que quizá llegue, en Derbent ya están ocupados con la cosecha, que está a punto de comenzar.

Hacía ya cinco semanas que no había caído ni una gota en Daguestán del Sur. Los termómetros habrían marcado cuarenta grados a la sombra, si hubiera habido una sola umbría donde medirlos. En realidad, al sol, la temperatura alcanzaba los cincuenta y dos grados.

Nada más terrible que un período de sequía en Oriente, porque devasta los campos y priva de alimento a todo ser: pájaros, animales y hombres. En una región donde siempre resulta difícil, cuando no imposible, cosechar el trigo, la sequía es siempre el heraldo de la hambruna. Los asiáticos viven al día, sin acordarse de la jornada anterior, sin preocuparse por el mañana. Tal es su forma de vida, porque la pereza y el *farniente* son sus más dulces goces. Pero, cuando no hay un José [2] para explicarles el significado de las siete vacas flacas, cuando la desgracia se les viene encima con los terribles trazos del hambre, cuando el *mañana* ya es *hoy*, es cuando estos hombres comienzan a quejarse de su falta de medios suficientes para vivir. Mas, en lugar de buscarlos, se indignan, y en el momento en que sería preciso poner manos a la obra, los peligros no hacen sino aumentar por causa del miedo que sienten, del mismo modo que éstos parecían disminuir cuando se negaban a pensar en ellos.

Sólo desde esta perspectiva es posible hacerse una idea de la inquietud que reinaba en Derbent, ciudad tártara y, por ende,

asiática por los cuatro costados, cuando aquellos calores africanos empezaron a llevarse por delante las esperanzas de todos, comerciantes y campesinos.

Para ser más exactos, en la época a la que nos referimos, había en Daguestán algunas razones añadidas para alimentar los temores. Corrían los tiempos del muridista Kasi Mulá, padre adoptivo de Jamil[3]; los habitantes de la región andaban revueltos, y en los campos había más balas que semillas de trigo; en lugar de trabajarlas, los caballos habían arrasado las tierras; los incendios habían asolado las casas, y los rayos del sol tan sólo caldeaban ruinas; en lugar de ocuparse de las cosechas, los pobladores de las montañas marchaban tras los estandartes de Kasi Mulá, o se ocultaban en grutas y bosques para huir de los rusos y caer sobre ellos cuando más desprevenidos estaban.

No resulta difícil adivinar las consecuencias de tal situación: el imperio del hambre. Como no había habido siembra, tampoco había cosecha, y todo lo que no se había llevado la guerra, en vajillas de plata, armas preciosas o maravillosas alfombras, se vendía a cambio de nada en el bazar. A cambio de un saco de harina, uno podía hacerse con el más hermoso collar de perlas de todo Derbent.

A quienes carecían de vajilla, armas, alfombras o perlas, no les quedaba más remedio que mermar el tamaño de sus rebaños, obligados como se veían a comerse las cabezas que les habían dejado amigos y enemigos, es decir, rusos y guerrilleros de las montañas. Por la misma razón, los pobres no tenían más remedio que abandonar las cumbres donde se guarecían para llegarse hasta la ciudad y dedicarse a pedir limosna, aunque normalmente se dedicaban a tomar lo que no era suyo, en lugar de mendigar.

Por fin, unos cuantos barcos cargados de harina llegaron procedentes de Astrakán: por las buenas o por las malas, los ricos habían tomado la decisión de ayudar a los pobres, y el pueblo se mantuvo tranquilo durante una temporada.

La cosecha por venir, por otra parte, aún podía salvar la situación.

Llegó la fiesta del Khatil, y los habitantes de Derbent la celebraron como era debido.

Esta festividad religiosa conmemora el destino del sah Hussein, primero de los califas y mártir de la secta de Alí[4]. Con la alegría

infantil que caracteriza a los pueblos orientales, los pobladores del lugar habían llevado a cabo los fastos correspondientes.

Gracias a estas celebraciones, que constituían la única distracción popular a lo largo del año, habían dejado un poco de lado sus preocupaciones por la cosecha y por el calor; aunque todo parecía indicar que éstas no se les habían ido de la cabeza, y que se habían limitado, sencillamente, a dar gracias al cielo porque la lluvia no hubiera deslucido el disfrute de aquellos placeres. Pero, cuando las fiestas tocaron a su fin y hubieron de volver a la realidad, cuando se despertaron con la boca reseca y contemplaron con sus propios ojos los campos devastados por el sol, a punto estuvieron de perder la cabeza.

Resultaba curioso contemplar la agitación de tantas barbas morenas y pelirrojas, así como escuchar el sonido que producía el roce de infinidad de dedos en otros tantos rosarios.

Los rostros comenzaron a demacrarse, y no se oían más que murmullos.

En ningún caso era para tomar a risa la pérdida de una cosecha, y tener que pagar dos rublos por cada medida de harina, sin saber a ciencia cierta qué precio alcanzaría al día siguiente.

De modo que los pobres miraban por su vida, y los ricos por sus dineros: un único pensamiento unía, pues, estómagos y bolsillos.

Fue entonces cuando aquellos musulmanes se pusieron a orar en la mezquita. Pero la lluvia no hizo acto de presencia.

Decidieron, en consecuencia, entonar sus plegarias al aire libre, en mitad de los campos, porque se les ocurrió que así se les vería y oiría mejor. Pero no cayó ni una gota.

¿Qué más podían hacer? Recurrir a la magia.

Los muchachos del lugar extendieron pañuelos por las calles para recoger las monedas que la gente quisiera darles. Con la suma así obtenida, compraron velas y agua de rosas. A continuación, ataron ramas de árboles al cuerpo del más apuesto de ellos, le adornaron con flores y cintas, y fueron en procesión con él por las calles, sin dejar de recitar invocaciones a Gudul, el dios de la lluvia.

Una estrofa de agradecimiento era el broche final de aquellos himnos, y todos estaban seguros de que Gudul escucharía la plegaria de sus fieles.

De modo que, por espacio de tres días, los jóvenes entonaron sin

cesar estos versos de acción de gracias, que nos atrevemos a traducir, sin otra pretensión que la de plasmar sólo de manera aproximativa la belleza de la poesía árabe.

Gudul, Gudul, dios de la lluvia,

Decretaste el final de la sequía,

Y el agua ya cae desde el cielo.

Ve, muchacha, a la fuente

Y regresa con tu jarra llena;

Dóblese tu espalda por el peso.

Toda la juventud de Derbent bailaba en torno a aquel muchacho tártaro, cubierto de cintas y flores, tan seguros de que la lluvia llegaría que, como acabamos de leer, enviaban por delante a las jóvenes a las fuentes del lugar.

Las nubes se arremolinaron, y el cielo se oscureció como el rostro del avaro que se ve obligado a devolver el dinero que le han confiado. La tristeza con que el tiempo gris envuelve la tierra llegó a dominar la ciudad.

Cuanto más apagado parecía el cielo, más contentos se mostraban los habitantes de Derbent.

Hasta que, por fin, cayeron algunas gotas, y todos exclamaron:

—*Sekur Allah!*

Mas poco duró la alegría: por la parte de Persia, se levantó un viento tan cálido que parecía salir de la boca de un horno, y arrastró con él todas las nubes hasta San Petersburgo, donde tornaron a la tierra en forma de nieve. Y el sol brilló aún con más fuerza, las espigas se agostaron, las flores se amustiaron y hasta los más fieles creyentes comenzaron a poner en duda el poder de Gudul, aunque no así el de Mahoma.

Había comenzado un nuevo día. El sol recorrió su ardiente trayectoria hasta ocultarse tras las montañas, igual que un caminante fatigado en las ardientes arenas del desierto.

Fue precisamente durante ese mismo día, y la mañana que le

siguió, cuando tuvieron lugar esos diálogos entre la hermosa Kassim y su tío, tal como los hemos relatado al principio de este capítulo.

El anciano tártaro había dirigido a las nubes la plegaria que hemos intentado traducir. Pero, a pesar del fervor con que la recitó, ese día, como el anterior, había transcurrido sin que apareciera ni una sola gota de lluvia.

Fue en ese momento cuando el comandante de Derbent comprobó que el termómetro marcaba cuarenta y dos grados a la sombra, y cincuenta y dos a pleno sol.

Un santón musulmán

Si alguna vez, querido lector y viajero, tus pies te llevasen hasta Derbent, fuere cual fuere el punto cardinal de tu procedencia, no dejes de contemplar la principal mezquita de la ciudad.

Porque, como diría un católico, no hacerlo sería como ir a Roma y no ver al papa.

Además, ¿qué otra cosa podría contarse de esa ciudad, si no se ha admirado la gran mezquita?

Una vez vista, las cosas parecen de otro color.

—La gran mezquita, afirmarás mientras echas mano de la caja de rapé, si eres un erudito, o mientras sacudes simplemente la ceniza, en el caso de que seas un fumador corriente, la gran mezquita fue una iglesia cristiana, aunque de eso hace ya mucho tiempo…

Continúa, pues, que yo asumo toda la responsabilidad.

—Sí; se trata de una iglesia, más bien de un templo cristiano, puesto que está orientado hacia el este, mientras que las mezquitas musulmanas, situadas en el noreste como la que nos ocupa, han de mirar hacia el sureste, si se nos concede la licencia de valernos de estos términos marineros, en dirección a las dos ciudades santas, a saber, La Meca, donde nació el profeta, y Medina, lugar en el que está enterrado.

Esta explicación te dotará de una aureola de sabiondo que no hace daño a nadie. Pero continúa.

—A la entrada, repararás en un enorme patio, con un pozo en medio y unos magníficos plátanos que lo cobijan bajo su sombra. Tres puertas, que siempre están abiertas, llaman a los musulmanes a

la oración, tanto simbólica como realmente.

Un versículo del Corán decora el frontispicio de la puerta principal. Entremos, mas no olvidemos quitarnos el calzado y alejar de nuestro ánimo toda tentación terrenal, porque nadie puede entrar en la casa de Alá cubierto con el polvo del camino ni con pensamientos impuros. Nos pondremos de rodillas y rezaremos. Olvidaremos nuestros méritos, y tendremos sólo en cuenta nuestras faltas. *La illah il Allah! Muhammad Allah*!, es decir, «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta».

En ese instante, es conveniente que tosas un poco y hagas un pequeño alto. Merecen la pena estos gestos, porque te asemejan un poco a los turcos.

Pero continuemos.

—Los musulmanes recitan sus plegarias con lentitud, de rodillas o sentados sobre una esterilla, según pasen del estado de adoración al de éxtasis, y nada, sobre todo en la segunda fase, desvía su atención del rezo.

Entonces, los recuerdos, como a todo buen narrador, te llevarán atrás, hacia el pasado, y te preguntarás: ¿qué se hizo de los cristianos que erigieron este templo? Salvo en el cielo, ¿quién guarda su memoria en estos lugares? Han caído en el olvido, incluso para los cronicones de Derbent, y hoy sólo se recitan versículos del Corán en el mismo lugar que, en tiempos lejanos, escuchó los salmos del rey profeta.

Llegado al final de tu relato, y con todo el derecho a ser considerado como miembro de número de la sección de arqueología e inscripciones clásicas de la Academia Francesa, prosigo con mi narración que, debo recordarte una vez más, se refiere a hechos que ocurrieron en realidad. Continúo, pues.

Entre los musulmanes de cualquier raza, y muy especialmente entre los del Daguestán, el patio de las mezquitas constituye el lugar habitual de reunión, donde los negociantes van a comentar asuntos de carácter comercial, y los jefes tártaros ventilan cuestiones de índole política. Los primeros sólo tienen un objetivo, el de cómo engañar a sus clientes; los segundos comparten otro, a saber, cómo derrocar al señor de turno. Los primeros han jurado ante Alá que siempre serán honrados; los otros han hecho lo propio con respecto al emperador. Pero en Asia, y esto es algo realmente

singular, que escandalizaría por demás a funcionarios, jueces o senadores de nuestras latitudes, el juramento no representa más que una mera formalidad, no compromete a nada.

¿No querrá decir esto, por casualidad, que los asiáticos, a quienes tan atrasados consideramos, en cuanto a civilización se refiere, nos han tomado la delantera?

La verdad es que, si así fuera, resultaría muy humillante, y deberíamos apresurarnos por acompasarnos con ellos.

Comprenderá el lector que en aquellos días de calor tan espantoso que hemos descrito, el patio de la mezquita, único lugar arbolado y con sombra, a tan sólo cuarenta grados, estuviera repleto de gente. Efendis de barba blanca y muftíes de barba roja parloteaban en círculos más o menos amplios, según el nivel de su elocuencia. Pero ni la sabiduría de los primeros ni la santidad de los segundos arrancaban al cielo una sola gota de agua, y aquellas barbas, diversas tanto en longitud como en color, se declaraban impotentes para dar con algo que pudiera arreglar las cosas. Se hablaba mucho, y más aún se discutía, aunque discursos y diatribas siempre terminaban con la misma expresión:

—*Nedgeleikh?* (¿Qué haremos?).

Con los hombros alzados hasta las orejas y las cejas levantadas hasta las papajas[5], todas aquellas conversaciones convergían en un solo grito:

—*Amani, amani!* (¡Sálvanos, sálvanos!).

Finalmente, uno de los príncipes presentes tomó la palabra.

No sólo era de sangre real, sino que además era tenido por santón, dos atributos que, antiguamente, iban de la mano en Francia y en Rusia, pero que, en nuestros días, ya sólo pasa en Oriente.

Hay que decir, sin embargo, que tanto la beatitud como la realeza las había recibido en herencia. Estaba emparentado en septuagésimo segundo grado con Mahoma, y todos los parientes del profeta detentan, como bien es sabido, la santidad en algún grado. Animó su elocuencia con una bocanada del humo de un narguile, y su piquito de oro resplandeció a través de unas cuantas vaharadas de tabaco turco.

—*Amani, amani*!, suplicáis a Alá, mientras pensáis que Dios podría perdonaros por el mero hecho de pronunciar tales palabras,

y aceptar vuestro arrepentimiento sin más, sin ninguna prueba. ¡No! No es posible besar el Corán con los labios aún manchados de grasa de carne de cerdo. ¡Jamás engañaréis a Dios con vuestros halagos ni con vuestras súplicas! Él no es un gobernador taimado, sino que os conoce a fondo desde siempre. ¡Vuestros corazones están más manchados que el libro de los pecados del ángel Djebrael! ¡No imaginéis siquiera que podáis purificar vuestras almas de un plumazo, con ayunos y oraciones! A la luz del sol, como cuando es de noche bajo el resplandor de las estrellas, Dios observa vuestra conducta, conoce cada uno de vuestros pensamientos y atiende a los latidos de vuestros corazones. Sabe perfectamente cómo vais a las droguerías y, con la excusa de adquirir una crema, compráis en realidad aguardiente disimulado con una etiqueta falsa. Jamás podréis engañar a Dios con vuestras argucias. Las palabras de Mahoma son taxativas a este respecto: «Quien ha bebido el vino de la vid en este mundo no beberá el licor del gozo en la otra vida». ¡No, no habrá lluvia para vuestras cosechas, puesto que habéis cegado el manantial de las aguas procedentes del cielo! ¡Habéis puesto a prueba la paciencia del Señor! ¡Alá es grande, y en vosotros anida la causa de vuestros padecimientos!

Calló el orador, elevó la vista al cielo, se atusó la barba pelirroja y, en aquella actitud, pareció que fuese Júpiter a punto de agitar su omnipotente mano cargada de un manojo de relámpagos.

En honor a la verdad, hay que decir que Mir Hayi Festahli Ismael Ogli era un sabio muy respetado. Desde el momento en que comenzó su discurso, fue como si la multitud estuviese disfrutando del murmullo de un arroyo o del canto de un ruiseñor. Cada una de sus palabras era como un bálsamo para la audiencia, y no había en todo el Daguestán un solo efendi que comprendiese ni la mitad de lo que decía. Hasta el mismo intérprete del comandante de Derbent, Mirza Alí, que había estudiado, meditado y comentado a todos los poetas del Farsistán[6], había terminado por claudicar, tras haber hablado con él durante más de dos horas:

—Es superior a mí.

Expresión que, en tártaro, se corresponde con un refrán ruso que creo que también puede considerarse como patrimonio del francés: «Me doy por vencido».

En esta ocasión, sin embargo, el orador se había decantado por

la claridad, y todo el mundo había entendido lo que quería decir, como no era para menos en circunstancias tan graves. Su razonamiento había calado hondo. Todos le rodeaban con respeto y temor, sin dejar de farfullar que tenía razón, que decía la verdad, y, como las abejas, le regalaban con las mieles de sus elogios.

Se dirigió, pues, de nuevo a la concurrencia, con el aplomo que le había otorgado aquel primer éxito:

—Escuchadme, hermanos; todos somos culpables a los ojos de Alá, y yo, más que ninguno de vosotros: nuestros pecados han llegado hasta el tercer cielo, pero, por suerte, hay siete; así que nos quedan cuatro para implorar la misericordia divina, la misma que castiga por igual a justos y pecadores. Pero, a veces, basta con que haya un solo santo para que se decida a perdonar a todo un pueblo. Os propongo, pues, lo siguiente. No sé si os parecerá aceptable, pero esto es lo que tengo que deciros: no es la primera vez que Daguestán implora la bendición de la lluvia. Nuestros padres y nuestros abuelos, que eran más sabios que nosotros, tenían por costumbre, en tales circunstancias, elegir de entre todos los jóvenes musulmanes a un muchacho puro de alma y de cuerpo, al que enviaban, junto con las oraciones y las bendiciones de todos ellos, a la cumbre de la montaña que está más cerca de Alá, por ejemplo, a la cima del monte Shaj-Dag[7]. Una vez allí, el joven había de orar con unción, como hombre que eleva sus súplicas en nombre de todo un pueblo. A continuación tenía que recoger nieve inmaculada de aquella montaña, hacer con ella una bola del tamaño de su cabeza, ponerla en un ánfora y, sin que ésta tocase el suelo, traerla hasta aquí, hasta Derbent. Una vez en la ciudad, tenía que derramar la nieve ya fundida en el mar. ¡Alá es grande! En cuanto la nieve ya derretida del

Shaj-Dag

se mezclaba con el agua del mar Caspio, todas las nubes se arremolinaban sobre el mismo lugar en que el que se había llevado a cabo el ritual y, a continuación, la lluvia caía de forma torrencial y devolvía la vida a la tierra reseca.

—¡Cierto, cierto! —gritaron todos.

—A mí me lo contó mi padre —decía uno.

—Y a mí, mi abuelo —añadía otro.

—Y yo lo he visto con mis propios ojos —terció un anciano de

barba blanca, cuya punta todavía se antojaba rojiza.

Todos se apartaron para prestar mejor atención a las palabras de aquel hombre entrado en años.

—Fue mi propio hermano quien partió en busca de la bola de nieve, y el milagro del agua del mar Caspio fue tan dulce como la miel. Las gotas de lluvia que cayeron fueron del tamaño de un rublo de plata. Hasta donde alcanza la memoria, nunca hubo una cosecha como la de aquel año.

El anciano se calló, y se alzó un griterío unánime.

—Hay que elegir a un mensajero, ahora mismo, y enviarlo al Shaj-Dag sin perder ni un solo instante.

—¡Al Shaj-Dag, al Shaj-Dag! —gritaron todos a una.

Y como un reguero de pólvora, el clamor corrió por toda la ciudad, y Derbent al completo reprodujo el eco de las palabras pronunciadas en la mezquita con una sola voz.

—¡Al Shaj-Dag, al Shaj-Dag!

Acababan de dar con la solución de aquella catástrofe: ya sabían el remedio que les garantizaría la presencia de la lluvia. Y todo el mundo saltaba de contento y daba gritos de alegría.

Sobre todo los ricos, encantados de que se hubiera dado con un remedio que no les iba a costar ni una sola copeca. Nadie como los pudientes para apreciar el ahorro.

La juventud, por su parte, se mostraba satisfecha.

—Van a elegir a uno de nosotros; de uno de nosotros dependerá la suerte del Daguestán.

Pero ¿dónde encontrar a un joven puro de alma y cuerpo? Si es tarea difícil en cualquier población, en las asiáticas…

Al pensar en ello, los habitantes de Derbent no disimularon su preocupación, lo que mitigó en parte las primeras manifestaciones de júbilo.

¿Dónde dar con un joven inocente, que no hubiera conocido ni el gusto del vino ni la dulzura de un beso? Todos se pusieron a pensar muy sesudamente. Primero, optaban por uno; a continuación, por otro; el primero les parecía demasiado joven; el segundo, demasiado espabilado. Uno no tenía bigote todavía, mientras que otro lo tenía ya más que poblado. Era un terrible problema, de difícil solución.

Lo que acabamos de decir no resulta demasiado complaciente con los ciudadanos de Derbent, pero hemos de repetir que nos ceñimos al relato de una historia real, así que la verdad por encima de todo.

Si esto fuera una novela, tenga por seguro el lector que ya le habríamos presentado al protagonista.

—Deberíamos elegir a Sofarkuli —sugerían unos—; ¡es tan tímido como una doncella!

Tan recatado, en efecto, que, por miedo a nadie sabe qué, se le había visto saltar tres días antes desde la azotea de su vecina, dirigirse rápidamente a su casa y cerrar la puerta a cal y canto.

—¿Y Murad Anet? ¡Lleva una vida tan tranquila y solitaria como la de un lirio!

Pero al punto surgió una voz que contó cómo, todavía no hacía un mes, después de una visita a la droguería, y tras regresar a su casa con un frasco de bálsamo en cada mano, aquella flor inmaculada había entonado tales canciones que hasta los mismísimos demonios se habrían tapado las orejas.

Se mencionó también el nombre de Mamad Rasul. Nadie podía hablar mal de él, pero todos lo pensaban. En su casa vivía una hermosa lesguia que había comprado en el pueblo de su padre. No había pagado por ella más de veintinueve rublos, pero se había negado a desprenderse de ella por cien. Después de todo era hombre, y ya se sabe que hasta el sable del más puro acero jamás se ve libre de orín.

La búsqueda parecía inacabable. Se hablaba mucho de un joven determinado, por ejemplo, pero siempre aparecía otro.

Comenzó a cundir el desánimo entre los habitantes de Derbent y, en las circunstancias que padecían, de ahí a la desesperación no había más que un paso.

—¿Qué os parece el bey Iskander? —exclamó una voz anónima.

—¡Es verdad, Iskander! ¡Muy bien! ¡El bey Iskander es el más adecuado! ¿Cómo nos habremos olvidado de él? ¡Parece increíble! ¡Es incomprensible! ¡Cómo olvidar que hay rosas en un ramo de flores, o granadas en una bandeja de fruta! ¡Oh, Alá! ¡El calor ha secado nuestras mentes!

—¡Está bien! —clamó una voz—. ¡Demos gracias a Alá por haber dado con nuestro hombre! ¡Vamos en busca de Iskander!

—¡Sí, sí! ¡Vayamos! —gritó la multitud.

—¡Él es nuestra salvación! —aseguraban todos—. ¡Nuestro querido, honrado y valiente Iskander! ¡Apenas come, y no bebe nada! ¡Carece de amigos entre los infieles! ¡Nunca se le ha visto en un burdel! ¿Quién le ha visto mirar a una mujer? ¿Quizá usted?

—No.

—¿Y usted?

—Ni mucho menos; vive más solo que la luna.

—¡Corramos a casa de Iskander! —exclamaron algunos.

—Pero no se entra en su casa así como así.

—¿Por qué?

—Porque es tan serio que uno no sabe cómo dirigirse a él; tan orgulloso que sólo le dirige la palabra a uno a modo de respuesta; tan silencioso que cualquiera diría que cada vocablo que pronuncia le cuesta un rublo. ¿Alguno de vosotros le ha visto reírse alguna vez?

—¡Pues yo no!

—Ni yo.

—Tampoco yo. Habrá que pensárselo dos veces antes de ir a su casa.

—Sólo hay un hombre capaz de afrontar ese riesgo —sugirió una voz.

A lo que todos respondieron:

—Ese hombre es, sin duda, Mir Hayi Festahli Ismael Ogli.

Parecía justo que quien primero había aconsejado lo que hacer culminase la tarea que había comenzado.

—¡Ve, por favor, Hayi Festahli! —exclamaron todos los presentes—. ¡Habla con Iskander en nuestro nombre! ¡Consigue que haga lo que le pedimos! ¡Nadie te iguala en elocuencia!

Aunque Hayi Festahli no pareció muy entusiasmado con el honor que le solicitaban, consintió a la postre en hacerse cargo de aquel asunto. Dos beys se ofrecieron para acompañarle, el gordo Hussein y el flaco Ferzali. Y allá se fue la embajada a cumplir con su cometido.

—¡Todo está en orden! —coreó la multitud, aliviada.

—Ahora me siento tranquilo —dijo alguien—; es como si Iskander ya hubiera aceptado.

—Si Festahli quiere, seguro que lo conseguirá —añadió otro.

—¡Sería capaz de conseguir hasta que un pobre le entregase la mitad de su barba!

—¡Es más taimado que el propio demonio!

—¡Un hombre respetable!

—¡Y tan inteligente!

—¡Conseguiría que una serpiente danzase sobre su cola!

—¡Con esa elocuencia…! Cuando habla, no parece que sean palabras lo que sale de su boca…

—¡Son flores!

—¡No da tiempo ni a que los oídos disfruten de ellas!

—Aunque os engañase, lograría que os condenasen por haber tratado de timarle a él.

—Es una pena que no sea él quien esté en condiciones de ir en busca de la bola de nieve.

—No es tan casto.

—Ni tan sobrio.

—Ni tan valiente.

—Ni tan…

Pongamos punto final aquí en lo que se refiere al elogio de Mir Hayi Festahli. Como dicen los tártaros, no somos de esos que, tras haber lavado los ojos de un hombre con agua de rosas, le damos, mientras se los seca, un escorpión en vez de una cereza o una flor de acónito en lugar de jazmines.

El bey Iskander

El venerable Hayi Festahli caminaba con lentitud, mientras ascendía por la maraña de calles que conducían a la parte alta de la ciudad, donde se alzaba la casa de Iskander. De vez en cuando, pasaban por algunas callejas tan angostas que sus dos acompañantes, Hussein y Ferzali, se veían obligados a cederle el paso y a seguirle en fila india, humillación a la que procuraban sustraerse en cuanto la anchura de la calle permitía el paso de tres personas de frente. A veces, trataban de entablar conversación con aquel hombre que había cumplido con el deber sagrado de peregrinar a La Meca, pero éste iba tan absorto que nos les oía y, en consecuencia, no les contestaba; es más, estaba tan distraído que ni siquiera reparaba en que, cuando escupía a derecha o izquierda,

siempre alcanzaba la negra barba de Hussein o al barbirrojo de Ferzali. El ensimismamiento llegó a ser tal, que ambos acompañantes comenzaron a molestarse.

—¡Qué hombre tan extraño! —exclamó Hussein—; le hablas y, en lugar de responderte, te escupe.

—¡Ojalá se le llene la boca de barro! —replicó Ferzali, al tiempo que se limpiaba las barbas—. Con razón dice el refrán que si el amo está en casa, basta con mencionar su nombre para que te franquee la puerta, pero que si está ausente, nada se adelanta con romperla. Es inútil hablar con Mir Hayi Festahli: tiene la cabeza en otro sitio; no hay nadie en casa.

Pero erraba Ferzali (el de la *rosada barba*, tal como se le conocía en Derbent, porque en lugar de utilizar los potingues que emplean los tártaros para teñirse la barba —el primero de tales afeites la tiñe de rosa, mientras que el segundo la torna negra—, sólo utilizaba el primero de ambos tintes, razón por la que su barba siempre mostraba el color de la aurora en el momento de insinuarse en el horizonte): no es que no hubiera nadie en casa, sino que aquella cabeza estaba tan metida en sus cosas y las propias ideas se le agolpaban con tal estrépito que le impedían hasta escuchar la voz de su conciencia. No era fácil, pues, que oyera a nadie. Sus pensamientos discurrían en este sentido: «¡Cuidado, Festahli! Cada paso que te acerca a casa de Iskander es una zancada hacia el peligro. Recuerda la grave ofensa que le infligiste. ¡Prudencia, Hayi Festahli, mucha precaución!».

¿Qué había pasado entre Hayi Festahli y el bey Iskander, pues? Lo resumiremos.

Iskander había nacido en Derbent, cuando la ciudad se encontraba ya bajo dominio ruso, situación que se remonta a 1795. Pero su padre había sido íntimo amigo del último kan, el mismo que había sido expulsado de sus dominios por los ejércitos de Catalina. En 1826, aquel príncipe había muerto de pena al saber que los persas, a quienes ya hacía en Derbent, habían sido puestos en fuga en Kuba. Antes de morir, hizo prometer a su hijo, que tenía quince años a la sazón, que nunca sería súbdito de los rusos ni amigo de los habitantes de Derbent, los mismos que habían puesto en fuga a los persas.

Tales fueron las circunstancias en que le sobrevino la muerte.

Pero sus creencias, sus costumbres, sus opiniones, todo perduró en aquel hijo; ideas, pensamientos y aspiraciones que eran exactamente opuestos a los que albergaban los pobladores de Derbent. De modo que al joven Iskander le bastaba con un poco de arroz, un sorbo de agua, algo de luz y aire libre.

En primavera, cuando el mundo entero se rendía al soplo del amor y la poesía, él ensillaba su hermoso caballo de Karabaj; se echaba al hombro un magnífico fusil de Uayi Mustafá, el armero más reputado de todo el Daguestán; se llevaba a la mano su intrépido halcón dorado, y se lanzaba a recorrer valles y montañas a la caza del faisán, hasta que caía rendido, si es que la completa satisfacción de una pasión llega a extenuar a nadie. En esos momentos, se bajaba del caballo, al que dejaba pacer a su aire, y se tumbaba bajo la sombra de algún árbol enorme, a la vera de un arroyo cuyo murmullo le arrullaba. No sabemos si tan dulces armonías le llevaban a soñar, si sus sueños se basaban en la realidad, y ni siquiera si era más poeta que filósofo, o más racional que soñador. Lo único que sabemos es que vivía gracias al hecho de sentirse vivo, que no es moco de pavo.

Durante el invierno, cuando la nieve, barrida por la ventisca, golpeaba contra las ventanas, lo que más le gustaba era escuchar los aullidos del viento que se colaba por la chimenea. Reclinado en una alfombra, contemplaba el baile de las brasas o seguía las volutas de humo que salían de su pipa. ¿Veía en aquellas chispas la imagen del diablo? ¿O se imaginaba que los ángeles flotaban en el humo del tabaco? Al menos es lo que aseguraba. El caso es que vivía en un reino carente de nombre, como único señor, y hundía sus manos en celemines de esmeraldas, perlas y diamantes; un dominio en el que disfrutaba de mujeres, al lado de las cuales las huríes verdes, amarillas o azules prometidas por Mahoma a los verdaderos creyentes, eran poco más que calmucas o samoyedas; se entretenía con fantásticos juegos, en los que se enfrentaba con gnomos, gigantes y magos; y así hasta que se dormía, en compañía de los fantasmas que alumbraba su imaginación, de modo que, al despertar, hasta tal punto confundía tales imágenes con la realidad que terminaba por no saber si lo había vivido o sólo soñado.

En ocasiones, le pedía a su escudero lesguio que cantase para él. Éste no se hacía de rogar, y entonaba canciones que evocaban la

libertad de sus paisanos de las montañas, así como su arrojo en el combate o a la hora de cazar, cadencias que inflamaban el corazón asiático de Iskander. Limpiaba la hoja de su daga o amolaba la punta de su chascás, mientras musitaba:

—¿No tendré ocasión de volver a luchar jamás?

Tal deseo no tardó mucho en verse cumplido. Kasi Mulá puso asedio a Derbent, lo que ofreció a los valientes del lugar una ocasión única para poner a prueba sus cualidades.

Como es natural, bey Iskander no la dejó pasar.

A lomos de su magnífico caballo de Karabaj, al que no arredraban montañas ni abismos, realizó unas cuantas incursiones con los tártaros, siempre en primera línea. Si bien era posible llegar hasta donde él, jamás nadie pudo tomarle la delantera: más que galopar, volaba como las águilas y, gracias a su fusil, enviaba la muerte hasta muy lejos; tras agotar la munición, se lo echaba a la espalda y se precipitaba sobre las huestes enemigas, puñal en alto, sin dejar de proferir salvajes gritos.

Tras combatir en las proximidades de Kuba, y después de haber dispersado a los lesguios de un viñedo que habían ocupado, los tártaros, a pesar de la victoria conseguida, se dispersaron de forma desordenada, a la manera asiática, con dos de las cabezas cortadas al enemigo envueltas en una bandera. Las tropas rusas ya habían regresado a la ciudad. Pero un joven oficial ruso y algunos tártaros, entre los que se encontraba Iskander, se habían rezagado en las proximidades de una fuente. Aunque balas de fusil y de cañón silbaban a su alrededor, el joven ruso bebió de aquella agua limpia y clara. Mas, al alzar la cabeza, vio frente a él a Iskander, vestido con una sencilla chilaba blanca, cuyas mangas remangadas permitían ver que tenía las manos y los brazos teñidos de sangre hasta los codos. Le vio apoyado en su fusil, con los labios fruncidos en un gesto de desprecio, los ojos llorosos y presa de la ira.

—¿Qué te pasa, Iskander? —le preguntó el oficial ruso—. Me parece que has cumplido con tu deber y que no tienes razones para quejarte de nada.

—¡Cobardes! —acertó a decir—. Cuando se trata de dar un paso al frente, procuran andar despacio. Pero, en cuanto tocan a retirada, parecen cabras salvajes.

—A pesar de todo —apostilló el joven ruso—, creo que nuestra

es la victoria.

—Sin duda; pero hemos perdido al pobre Ismael.

—¿Ismael? —inquirió el militar ruso—. ¿El joven que vino a pedirme que le entregase unos cuantos cartuchos al principio de la refriega?

—El mismo. Era la única persona a la que yo quería de los de Derbent. ¡Un ángel… y ahora lo hemos perdido! —y se enjugó una sola lágrima que le temblaba entre los párpados, y que no parecía que fuera a seguir su trayecto natural.

—¿Lo han capturado? —preguntó el oficial ruso.

—¡No; está muerto! —replicó Iskander—. Aunque era más valiente que cualquier adulto, se comportaba con la imprudencia de un niño. Quiso coger un racimo de uvas y cruzó el espacio que le separaba de unos majuelos. Allí se dejó la cabeza. Ante mis ojos, unos lesguios se la troncharon. No pude acudir en su ayuda, porque tenía que habérmelas con diez enemigos, de los cuales sólo fui capaz de acabar con tres. Fue en ese momento, cuando tocaron a retirada. ¡Y esos miserables insultan ahora a sus restos! Vamos —gritó a tres o cuatro tártaros que le escuchaban—, ¿quién de vosotros conserva aún una esquirla de cariño, de fe o de valentía? Quien la tenga vendrá conmigo a rescatar el cuerpo de un camarada.

—Iré contigo —dijo el oficial ruso.

—También nosotros —añadieron dos de los tártaros.

Los cuatro se abalanzaron contra los lesguios, quienes al no prever un ataque tan repentino y creer que tras aquellos cuatro hombres vendrían muchos más, se dieron a la fuga; actitud que les permitió llegarse hasta el lugar en el que se encontraba el cadáver, recogerlo y trasladarlo a la ciudad, a cuyas puertas esperaba su madre, quien se arrojó sobre aquel cuerpo decapitado, con unos gritos, sollozos y lamentos que partían el alma.

Iskander la contemplaba con el ceño fruncido: ya no era una sola lágrima la que bailaba entre sus párpados, sino que torrentes de llanto surcaban su rostro.

La desesperación de una madre era capaz de enternecer a aquel corazón de león.

—¡Es una pena que no seas ruso como nosotros! —exclamó el oficial, al tiempo que le tendía la mano.

—¡Lo mismo te digo por no ser tártaro! —repuso Iskander, mientras se la estrechaba.

Pero hablemos de otra cosa. Está claro que los bigotes, aparte de ser la contundente imagen de la pubertad, representan la antesala del amor.

Iskander no había escapado a la común naturaleza. Con cada pelo del bigote que le nacía en el labio superior, le crecía al mismo tiempo un anhelo en el corazón: deseos difusos, que no acertaba a explicarse, semejantes a las ramas del naranjo, que exhiben flores y frutos a la vez. ¿Por qué les gustarán tanto los bigotes a las mujeres? Quizá porque, como símbolo del amor que son, beben de sus mismas fuentes y se estremecen con el ardor de similares ansias. Porque, ¿qué reclama un joven, que anda con la cabeza alta, los ojos brillantes y el rostro risueño, a su propio labio sonrosado, el mismo en el que aflora el bigote? Desde luego que no va en busca de honores ni de fortuna: espera tan sólo un beso.

Un bigote virginal es como un puente tendido entre dos bocas enamoradas; un bigote…

Mas dejemos los bigotes de lado, que nos llevarían muy lejos. Además, ¿por qué, si uno luce ya mostachos canosos, hablar de quienes aún los exhiben negros o rubios?

Sea cual sea su aspecto, este asunto de los bigotes nos aleja de nuestra narración. Volvamos, pues, a ella.

Según tenía por costumbre, durante el mes de abril que acababa de pasar, Iskander había salido de caza. Era un día hermoso, un verdadero festín primaveral. Aunque no lucía el sol, hacía bueno; estaba fresco, pero sin humedad. Iskander paseaba entre un océano de verdor y flores. Hacía ya varias horas que cabalgaba de gruta en gruta, de colina en colina: buscaba algo que echaba de menos, sin saber qué era a ciencia cierta. Por primera vez en su vida, le costaba respirar y el corazón le palpitaba sin motivo; inquieto, el pecho se le agitaba al contemplar el velo de una mujer.

A propósito de velos, permítasenos una digresión.

En el pasado, al aventurarse por las calles de Derbent, Iskander jamás hubiera reparado en el velo de una mujer, aunque ésta estuviera desnuda hasta la cintura. Pero, desde el día en que se había acariciado con sus propios dedos los extremos de aquel incipiente bigote moreno, cada nariz, cada labio sonrosado, cada

ojo, azul o castaño, que vislumbraba a través de los pliegues de un velo, le dejaba helado y ardoroso a la vez. Jamás había estudiado anatomía, claro está. Mas, a pesar de su ignorancia, era capaz de imaginarse a una mujer desde la punta del pie hasta el tul que le cubría la cabeza, sin error ni omisión, y para ello le bastaba con ver un pie cubierto de seda, envuelto en una pantufla de terciopelo, al final de un pantalón de preciosa tela, aderezado con un cordón dorado o plateado.

No puedo asegurar si, en aquella precisa ocasión, la caza fue buena. Sólo puedo decir que el cazador estaba más que distraído, tanto que en lugar de ir en busca de los lugares solitarios donde normalmente se cobijan faisanes y perdices, dirigió los pasos del caballo hacia dos o tres aldeas en las que nada se le había perdido.

Pero el tiempo era espléndido y, tanto a las puertas de los poblados como encaramado en alguna azotea, esperaba divisar a uno de esos seres que se representaba con la misma precisión que un Cuvier[8], en el caso de mastodontes o ictiosauros, pterodáctilos o cualquier otro monstruo antediluviano.

Una pena, pero se vio limitado a contemplar más de lo ya conocido. Las mujeres se encontraban a las puertas de las casas o en las azoteas, porque las musulmanas que, en ocasiones, alzan el velo ante las miradas de los infieles, jamás lo hacen en presencia de sus paisanos. Así que los vagos deseos del bey Iskander, al no dar con un rostro en el que posarse, se dispersaron al viento.

Y el joven se entristeció, suspiró hondo, soltó la brida del caballo y consintió en que éste le guiase a donde le pareciera bien, algo en lo que deberían imitarle siempre aquellos viajeros, o enamorados, que dispongan de una montura inteligente.

De modo que el animal se sabía un camino precioso que les llevaba a casa, y en el que había un manantial que formaba un estanque bajo unos altos plátanos, en donde solía beber. El caballo siguió aquella senda.

El bey Iskander ni se fijó en la dirección que tomaba el animal.

Por otra parte, le importaba un comino; no perseguía más que un sueño.

A ambos lados de aquel sendero, se desplegaban todo tipo de visiones. Mujeres, siempre veladas por supuesto, pero cuyos tules, como por descuido, siempre permitían contemplar algo que

hubieran debido ocultar.

De súbito, Iskander obligó al caballo a detenerse: tuvo la impresión de sentirse transportado del reino de los sueños a la realidad.

A orillas de la fuente, se ocultaba una muchacha de quince o dieciséis años, tan hermosa como jamás hubiera pensado que podía serlo una mujer. En aquella agua cristalina, se lavaba la cara, coloreada como una rosa gracias al sol de abril. Se miraba en aquel reflejo ondulante, sonreía y disfrutaba tanto con su sonrisa que no acertaba a distinguir nada más, olvidada como estaba de los pájaros que cantaban sobre su cabeza y que parecían decirle: «¡Contémplate en el agua clara, hermosa niña! ¡Nunca se habrá visto flor tan lozana, ni nunca se reflejará en ella otra igual!».

Seguro que las aves se lo decían en verso, pero nos vemos obligados a expresarnos en prosa, habida cuenta de que desconocemos las normas por las que se rige la poesía del canto de las aves.

Y tenían razón aquellos embaucadores cubiertos de plumas: difícil es imaginarse flor más pura, más lozana y más hermosa que aquella que había crecido a orillas del estanque en el que se contemplaba.

Era una de esas flores como sólo Granville ha sabido pintar: cabellos negros, unos ojos como estrellas, dientes de perla y mejillas de piel de melocotón. Todo cubierto por un velo hecho no con ese tejido opaco y basto que oculta lo que cubre, sino con una tela tan fina, vaporosa y transparente, que parecía tejida con los hilos que se escapan del huso de la Virgen a la llegada del otoño.

Y si cualquiera, ojo al acecho, seguía en línea descendente las líneas de aquel rostro se encontraba con algo muy diferente: después del cuello, que podría servir de modelo como *torre de marfil* de la escritura, venía…

Lo que venía a continuación, tapado a medias bajo una fina pelliza blanca, con adornos azules, y una casaca de raso en color cereza, era tan hermoso que el pobre Iskander no fue capaz de contener un grito de admiración.

Tras emitir aquel alarido, Iskander hubiera deseado haber nacido mudo: acababa de expulsarse a sí mismo del paraíso.

Al oírlo, la joven se volvió, y también profirió una exclamación.

Se echó por encima de aquel velo transparente otro más tupido, y escapó, o más bien voló, no sin pronunciar dos veces el nombre del bey Iskander.

El joven, mudo a destiempo, en lugar de echar a correr, se quedó quieto, con los brazos estirados, como si tratase de retener aquella realidad que, al huir, amenazaba con tornarse otra vez fantasía; y sin aliento, con la mirada perdida, como Apolo ante la huida de Dafne.

Pero, al contrario que el dios, que no tardó en seguir los pasos de la bella ninfa, Iskander no se movió del sitio, mientras el velo blanco disminuía hasta convertirse en un objeto del tamaño de una mano a través de aquellos arbustos por los que corría.

Cuando lo hubo perdido de vista, sufrió otra clase de agitación, porque la vida, que se le había quedado en suspenso durante unos instantes, le penetraba a grandes oleadas, invadía ruidosa y violentamente su corazón.

—¡Por Alá! —exclamó—. ¿Qué dirían de ella o de mí, si alguien nos hubiera visto? ¡Qué hermosa es! ¡Sus padres van a regañarla! ¡Qué ojos! ¡Pensarán que habíamos quedado aquí! ¡Qué labios! Y sabe mi nombre, porque, mientras huía, por dos veces lo ha pronunciado.

Y volvió a sus ensoñaciones, si por tal puede considerarse aquel estado en el que la sangre bulle, en el que una música de harpas inunda los oídos y en el que, a plena luz del día, uno es capaz de ver estrellas en el firmamento.

La noche hubiera sorprendido a Iskander a orillas de aquel estanque en el que parecía haberse dejado el corazón, si el caballo que, por un instante, había sentido las riendas tensas, no hubiera notado que se relajaban, razón por la que siguió adelante, sin hacer caso al jinete.

Iskander llegó a su casa completamente enamorado.

Y lamentamos no haber tenido tiempo ni espacio en este capítulo para relatar los motivos de la animadversión de Iskander hacia Mir Hayi Festahli. Prometemos, pues, desvelárselo al lector en el siguiente.

En el que Iskander descubre el nombre de aquella que ya sabía el suyo

No obstante el bey Iskander no olvidaba los consejos que su padre solía darle: «Ni la más hermosa de las rosas dura más de un día, pero la más pequeña de las espinas es para toda la vida… Corteja a las mujeres, pero no llegues a amarlas, a no ser que quieras convertirte en su esclavo… El amor sólo sale bien parado en las canciones. En realidad, el miedo acecha sus balbuceos, se desarrolla en el pecado y, al final, siempre culmina en el arrepentimiento».

A estas tres reflexiones, añadía una cuarta, consecuencia inevitable de las anteriores: «Nunca mires a la mujer de otro, y jamás escuches a la tuya».

En honor de Iskander, aclaremos que olvidó tales consejos en menos de cinco minutos.

Estaba claro que el joven tártaro estaba enamorado y tenía miedo; en él se cumplía la primera de las predicciones de su padre: «el miedo acecha los balbuceos del amor».

¡Con lo tranquilo que dormía el pobre Iskander tan sólo unos días antes, cuando las noches se le antojaban cortas, pero reparadoras!

Ahora no paraba de dar vueltas, mordía la almohada y el cobertor de seda le asfixiaba.

¿Quién sería *aquella mujer*?

Cuando se repitió por décima vez la misma pregunta, abandonó el lecho y se puso en pie.

¡*Aquella mujer*!, odiosas palabras.

Porque el amor no soporta expresiones indefinidas, especialmente los amores que tienen lugar en el Daguestán.

Mientras no supiera su nombre, Iskander le otorgaría uno figurado.

—Tengo que saber cuál es el nombre de mi… Leila —se dijo para sí, mientras se ajustaba la daga a la cintura—. Aunque me deje la vida en el intento, he de saber su nombre.

Un instante después, ya estaba en la calle.

Estaba claro que el diablo se había dejado alguna de sus tentadoras serpientes en Derbent. A quien no le ciega el reptil de la ambición, y cuántos hombres célebres se han disputado esa ciudad, le pierde el veneno del amor, como lo confirman tantos jóvenes que han perdido la cabeza en Derbent.

Sin duda, de esta clase era el reptil que había mordido a Iskander.

Deambuló por las calles, se fijó en las puertas de todas las casas, trató de traspasar con su mirada paredes y velos.

Todo en vano.

¿A quién podría preguntarle su nombre? ¿Quién le mostraría la casa en la que moraba? La curiosidad de su corazón le impelía a seguir la búsqueda, aunque no sabía adónde dirigir sus pasos.

Se mezcló con la multitud, y acabó en la plaza del mercado, un lugar más que apropiado si quería saber el precio de la carne, pero no para enterarse del nombre de su amada.

Se acercó al puesto de un armenio. Como venden de todo, los originarios de Armenia son personas que conocen a todo el mundo.

Aquél era pescadero.

—¿Por qué no te llevas un buen pagel, bey Iskander? —le dijo el armenio.

Mas, hastiado, el joven se apartó del puesto.

Se acercó a continuación a la tienda de un orfebre tártaro, famoso por sus esmaltes.

—¡Que Dios sea contigo! —dijo al entrar.

—¡Que Alá te conceda la felicidad! —repuso el orfebre, sin apartar la vista de la turquesa que trataba de engarzar en una sortija.

En la mesa que se encontraba a espaldas del orfebre, había una escudilla de plata, repleta de diferentes objetos más o menos preciosos.

Iskander ahogó un grito.

Acababa de ver un pendiente que, con toda seguridad, había contemplado el día anterior en la oreja de la desconocida.

El corazón empezó a latirle, como si ya hubiera dado con la primera letra del nombre ansiado, como si la hermosa mano, de uñas sonrosadas, de su dueña le indicara que se acercase.

No se atrevía a abrir la boca, ni a preguntar, porque no sabía qué decir. Le temblaba la voz, y se sintió confuso.

De pronto, una idea se le vino a la cabeza: una auténtica treta militar, de esas que culminan con la conquista de ciudades.

Volcó el platillo en sus manos, como si buscase una joya determinada. Como el orfebre sabía quién era, le dejaba hacer.

Extrajo el pendiente de entre el revoltijo de piezas y se lo guardó en uno de los bolsillos. A continuación, dijo:

—¡Vaya! ¡Se me ha caído un pendiente! —mientras colocaba el resto de los adornos en la escudilla.

—¿Qué pendiente? —le preguntó el joyero.

—El de las campanillas.

—¡Por Alá! ¡Busca por todos lados, Iskander! ¡Ni por cincuenta rublos me gustaría perderlo!

—No puede haberse perdido. Pero el caso es que no lo veo por ningún sitio —añadió.

—Mis ojos ya no son lo que eran —repuso el orfebre, tras dejar la sortija que trataba de engarzar, para ponerse en pie y mirar por la mesa, con las gafas en la frente.

Iskander dio unos pasos y fingió continuar con la búsqueda del pendiente.

—No lo encuentro —dijo después, para añadir—: parece que sí se haya perdido.

El orfebre se retiró las gafas de la frente y las dejó en la mesa.

—¡Por Alá! ¡Mira lo que has hecho bey Iskander!

—Pues que he perdido un pendiente. Nada más.

—No te haces ni idea de lo que puede pasarme. Ese viejo truhán de Hayi Festahli es capaz de entablar una querella contra mí. ¡Un pendiente con un esmalte de Bakú!

—¡No me tomes el pelo, Yafar! ¡Qué cosas tienes! ¿Acaso un hombre tan circunspecto como Hayi Festahli, un descendiente del profeta, un santón, habría de llevar pendientes?

—¿Y quién te ha dicho semejante cosa?

—Que yo sepa no tiene ni esposa ni hijas.

—¡Claro que no! ¡Ese viejo avaro es mucho más que tacaño! Pero va a hacer unos diez años que su hermano Shafi huyó a Persia y dejó aquí a su mujer y a su hija, que entonces tenía seis años. Ahora ya tiene dieciséis.

—¡Ya está; lo conseguí! —se dijo Iskander—. ¿Y cómo se llama su sobrina? —preguntó en voz alta.

—Kassim —repuso el orfebre.

—Kassim, Kassim… —repitió Iskander, en voz baja.

Aquel nombre le pareció mucho más bonito que el de Leila, apelativo que dejó inmediatamente de lado, como un limón del que

ya se ha exprimido todo el jugo.

—Desde que se fue su padre —añadió, en voz alta—, me figuro que la pequeña habrá crecido.

—Ya sabes cómo van las cosas en esta tierra, Iskander. Un pequeño de un año aparenta dos. Una niña de cinco parece tener diez años. Así que nuestras jóvenes son como las cepas del viñedo que, apenas plantadas, ya dan fruto. No la he visto jamás, pero su tío dice que es la muchacha más hermosa de todo Derbent.

Iskander depositó el pendiente en manos del orfebre y abandonó el establecimiento como una flecha. Ya sabía todo lo que quería, es decir, el nombre y la morada de su amada.

Se fue por el camino más corto a casa de Hayi Festahli: no esperaba ver a Kassim, pero a lo mejor sí oía su voz. ¿Quién sabe? Quizá más tarde saliera con su madre y, entonces, la vería. Ella se imaginaría que él se encontraba allí por algo que tuviera que ver con su tío.

Pero, como Iskander se había figurado, la casa del anciano Hayi Festahli estaba cerrada, como siempre: en todo Derbent, no había casa de más difícil acceso.

Y oyó, no la voz de Kassim, sino los ladridos de un perro que, cada vez que se acercaba a la puerta, gruñía con más fiereza.

Por fin, la puerta se abrió, pero sólo para dejar salir a una abominable vieja, con una escoba en la mano.

Parecía una bruja camino del aquelarre.

La mujer ni se tomó la molestia de cerrar la puerta después: de no haber oído cómo una mano echaba el cerrojo, hubiera pensado que la puerta se había cerrado sola.

Iskander estaba decidido a no moverse de allí hasta la noche, o hasta el día siguiente si fuera preciso, hasta que Kassim saliera de casa. Pero su presencia sería detectada con rapidez, y Hayi Festahli traduciría tal actitud por «está enamorado de mi sobrina; la ocultaré, pues, más celosamente que nunca».

De modo que resolvió regresar a su casa. Se sentó en una alfombra.

Sin temor de que nadie le viera u oyera, se retorció por el suelo, rugió y aulló.

Porque el amor de Iskander se manifestaba como el de los leones.

Los buenos musulmanes, los verdaderos creyentes, no se hacen ni idea de eso que nosotros llamamos el amor ideal. Por eso, Iskander parecía rabioso: deseaba a Kassim al instante, sin tardanza, en aquel mismo momento.

En aquellos momentos, era como uno de esos lectores que se saltan el prefacio de un libro para ir directamente al capítulo primero.

¡Una raza tan peligrosa para los literatos como para tíos con hermosas sobrinas!

Pero Iskander pronto se dio cuenta de que, por mucho que se retorciera todo el día en la alfombra, aunque rugiera durante una semana o aullase a lo largo de todo un mes, nada de aquello le serviría para estar más cerca de Kassim.

Y optó por emplear otros métodos.

A fuerza de pensar en el tío de Kassim, cayó en la cuenta de que, si bien él no tenía tío, sí que tenía una tía. ¡Una tía!

¿De qué vale una tía, si no es para proteger los amoríos de sus sobrinos?

Una tía no vale nada más que para eso.

Nadie sabe de una tía que haya servido para otra cosa. Tampoco quien esto escribe.

Así que se fue a comprar una pieza de seda para un vestido, y corrió a casa de su tía.

Su tía se hizo cargo del paño, escuchó la historia de los amores de su sobrino, y como toda tía, por muy anciana que sea, recuerda siempre los tiempos de su juventud, la tía de Iskander, tras suspirar a cuenta de aquella época pasada, prometió que haría todo cuanto estuviera en su mano para que los dos jóvenes llegaran a conocerse.

—Vente por aquí mañana a mediodía, hijo mío —le dijo—; enviaré a alguien para que vaya a recoger a Kassim, con la excusa de que me gustaría aplicarle un poco de sombra en los párpados. ¡Te esconderé tras esa cortina, perillán! Pero te estarás quieto; que no se te oiga ni respirar. Y sobre todo, no digas a nadie ni una palabra de lo que voy a hacer por ti.

No es difícil de imaginar que Iskander volvió a su casa encantado.

Se acostó temprano, con la esperanza de conciliar el sueño, porque, una vez dormido, el tiempo se le haría más corto.

Pero se había pasado el momento en que el descanso le habría sentado bien.

Se durmió a eso de la una, y se despertó a las dos.

A las siete de la mañana, ya estaba en casa de su tía, con la disculpa de que pronto serían las doce del mediodía.

Cada vez que oía un ruido en la puerta, corría a ocultarse tras la cortina.

Luego, se acercaba a su tía, sin dejar de negar con la cabeza y repetirse que la muchacha no aparecería.

Un poco más tarde, se puso furioso, y hasta pataleó.

—Si no viene —exclamaba—, incendiaré la casa de su tío, de forma que tenga que salir de allí, si no quiere quemarse dentro: tal será el momento en que yo la tome, la suba al caballo y huya con ella.

Su tía procuraba tranquilizarle a cada momento, y le comentaba:

—No podía ser ella; no son más que las nueve…, o las diez…, o las once.

A mediodía, sin embargo, su tía le aseguró que ahora sí se trataba de la joven.

Al igual que su pariente, Iskander había sentido el ruido de los tacones de unas babuchas en el enlosado del patio, y había corrido a ocultarse tras la cortina.

Y, en efecto, allí estaba la joven, en compañía de su amiga Kitshina, la de los ojos azules, como se la conocía.

Ambas jóvenes se descalzaron en el umbral de la puerta, y fueron a sentarse al lado de la dueña.

Los velos que las cubrían cayeron al suelo, lo que provocó un ligero temblor en el cortinaje, pero, por suerte, ninguna de las dos miraba para aquel lado de la estancia.

Al contrario, tenían los ojos puestos en la mujer mayor, que daba vueltas a una alcuza de *kohol*, un fino polvo de antimonio, con ayuda de un pincelito de marfil.

Kassim se puso de rodillas delante de la buena mujer, que empezó por pintarle las cejas y los párpados. Cuando, para facilitarle la tarea, Kassim alzó sus hermosos ojos, Iskander sintió como si una bala le hubiese traspasado el corazón.

Hasta la propia anciana se quedó prendada de aquella belleza tan celestial y, arrastrada por el embeleso, le dijo a la joven al

tiempo que la besaba:

—Mi preciosa Kassim, ¿crees que pronto me mandarás llamar para que te maquille en los baños, acompañada por las dulces canciones de tus amigas? Ojalá que estos ojos tan hermosos se abran sin una sola lágrima cada mañana, y se cierren con un beso todas las noches.

Kassim suspiró, y devolvió un dulce beso a la anciana tía.

Iskander oyó el suspiro y sintió el calor de aquel gesto.

—Mi tío, Festahli, dice que aún soy muy joven —repuso Kassim, con un deje de tristeza.

—Pero ¿qué te dice el corazón? —preguntó la tía.

Kassim se hizo con una pandereta que colgaba de la pared y cantó, a modo de respuesta:

Bella aurora, ¿por qué sentir tan pronto

La caricia de las plumas de tus alas?

Hermoso joven, ¿por qué me abrasas

El corazón con el fuego de tus miradas?

¿Por qué, si he visto, en cielo despejado

Brillar los astros, a imagen de Dios?

¿Por qué, si en medio de la tormenta,

He contemplado la ígnea serpiente del rayo?
¿Por qué, males temidos o implorados,

Alegría o terror de los cielos,

Sol, rayos y aurora desdeñados,

No soy capaz de olvidar tus rasgos?

Y mientras entonaba el último verso de la canción que acababa de improvisar, Kassim se sonrojó hasta las orejas. A continuación, se

echó a reír como la niña que era, dejó la pandereta en el suelo y se echó en brazos de su amiga. Las dos muchachas se pusieron a reír como locas.

¿De qué se reían? ¿Qué tenía de risible aquella situación?

La anciana lo entendió a la primera y, para satisfacción de su sobrino, trató de descubrir de inmediato el secreto de aquel enigma.

—Niña, tan fragante como una rosa —exclamó, mientras jugueteaba con las sortijas de Kassim—, si mi sobrino hubiese escuchado la canción que acabas de entonar, hubiera traspasado con su pecho los muros de esta casa para contemplar a la dueña de esa voz y, tras haberla observado, se la habría llevado, igual que el león con la cabritilla.

En ese instante, un recipiente lleno de agua de jazmín, que estaba encima de un cofre situado al lado de la cortina, se vino al suelo y se rompió en mil pedazos.

La anciana se volvió; las dos muchachas palidecieron.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Kassim, con voz temblorosa.

—¡Maldito gato negro! —repuso la anciana—. Siempre me arma alguna.

Kassim pareció recuperar la calma.

—No me gustan nada los gatos negros —añadió—. Dicen que prestan su piel al diablo en determinadas ocasiones, y que tal es la razón de que sus ojos refuljan en la oscuridad. Vamos, Kitshina. Mamá sólo me ha dado permiso para estar una hora fuera de casa, y ya se oye de nuevo la voz del *mulá*.

Con frialdad, Kassim besó a la anciana, pero ésta, al adivinar que aquel desdén sólo era afectado, le comentó mientras las acompañaba hasta la puerta:

—¡No ha pasado nada! Por más que te enfades, Kassim, sabes que me encantaría verte con una guirnalda de flores en el pelo. Para mí, tu felicidad es tan importante como un hilo de oro, y yo sé de un hombre a quien no le importaría unir su alma a la tuya con la misma clase de hilo. Pero quédate tranquila, niña mía, que sólo Alá, él y yo estamos al tanto.

Kassim abrió unos ojos como platos, porque la extrañeza hizo que se pusieran el doble de grandes. En aquel momento, ya se encontraba en el umbral de la casa, y su amiga, tras ella, la

empujaba con suavidad. Pero la puerta ya se cerraba y, por toda explicación, hubo de conformarse con el ruido de la llave al girar en la cerradura.

Cuando ésta regresó a la estancia, Iskander casi asfixia a su tía entre sus brazos. La buena mujer no cejaba en sus reproches acerca de que no había sabido estarse quieto en su puesto de vigía.

—¡Cuando se cayó el jarrón, creí morirme! ¡Travieso muchacho! Si Kassim hubiera adivinado la causa del estropicio, te habrías visto en la tesitura de darme sepultura.

—¡No me eches la culpa, tía! —exclamó Iskander—. ¿Cómo podía permanecer quieto, si el corazón casi me estalla al contemplar el rubor que cubría las mejillas de Kassim en el momento en que mencionaste mi nombre? No he sido capaz de quedarme quieto: me hubiera gustado cubrirla de besos. Así es la vida: hay que recoger lo que uno siembra.

—No, si la siembra se ha realizado en tierras de otros.

—Cómprame, pues, esas tierras, tía; no permitas que desfallezca, como el ruiseñor en las espinas del rosal. Kassim ha de ser mi mujer. No tardes en pedirle la mano a su tío, y siempre te estaré tan agradecido como ahora estoy enamorado. Lleva a buen término tu embajada, tía, y te prometo que tendrás la mejor pareja de búfalos de todo el Daguestán.

Al día siguiente, el bey Iskander recibió la respuesta de Mir Hayi Festahli.

Pero, desde luego, no era la que esperaba.

La transcribimos a continuación, para que el lector pueda hacerse una idea del estado de ánimo con que la recibió el pobre Iskander.

—Dile de mi parte, a tu Iskander —fue la respuesta de Festahli a la anciana tía—, que no me he olvidado de su padre, que era un animal. Un día, delante de todo el mundo, me llamó… Mas no repetiré lo que dijo. Y jamás pude resarcirme de aquello, porque era la época en que los rusos se entrometían en nuestras vidas. Pero no he olvidado la ofensa, y aún la guardo viva en mi corazón. Pague, pues, el hijo por los pecados del padre. No soy como un perro, que lame la mano que le ha pegado. Pero, las cosas claras: aunque no hubieran pasado tales cosas, tampoco daría la mano de mi sobrina a Iskander. ¡No me faltaba nada más que convertirme en el tío

político de semejante individuo! Sólo aquí, en Derbent, hay más de setenta beys tan buenos como él. Cuando quiera, le hago la lista. ¿Me hablas de dote? Si se arruinase, quizá obtuviese la dote de mi sobrina, pero ¿de qué vivirían en adelante? ¿Tiene parientes a quienes recurrir en caso de necesidad? ¿Cuántos huevos de cuervo recibe como renta de sus aparceros? ¿Cuántos haces de ortigas saca de sus tierras? El pordiosero de tu sobrino no tiene nada; está desnudo el pobretón de tu sobrino. Así que mi respuesta es no, y no habrá de ser otras cien veces más. ¡No quiero golfos en mi familia! Y menos con una cabeza y una bolsa tan vacías que, si alguien soplase, ambas volarían por los aires… De modo que, adiós, señora.

Cuando, con pelos y señales, su tía le llevó tal respuesta, cualquiera que conociese el carácter del bey Iskander habría entendido la rabia que se adueñó del joven.

Al cabo de un rato, sin embargo, ya había tomado una decisión: juró que se vengaría, y de forma terrible, de Mir Hayi Festahli.

No hay que olvidar que era tártaro.

No otra era la razón de que Hayi Festahli anduviera absorto por las calles que subían hasta la casa de Iskander; de que, preocupado como iba, escupiese ora en las barbas negras de Hussein, ora en las pelirrojas de Ferzali, y de que, al llegar a la puerta, llamase con discretos golpes, en vez de dar muestras de impaciencia.

Toma y daca

Iskander no era rico, y estaba soltero. Por eso, resultaba fácil que sus puertas se abriesen de par en par, y no sólo a medias, porque no tenía miedo de que ningún visitante fuera hasta allí para admirar a su mujer o echar un vistazo al cofre de sus tesoros.

Por lo mismo, recibía a los visitantes, no en el umbral de la puerta como es costumbre entre los musulmanes que son padres de familia, sino en su propia habitación, la más retirada de toda la casa. Porque ninguna de sus pertenencias podía llamar la atención de ningún ladrón, ya fuera de dinero o de corazones.

—¡Bienvenidos! —gritó, pues, a los recién llegados, desde dentro, sin preocuparse ni siquiera de saber quiénes eran.

La puerta se abrió.

Como su escudero había ido a dar de comer al caballo, fue el

propio Iskander quien les franqueó el paso, aunque se quedó boquiabierto al ver que, en la calle, se encontraban Mir Hayi Festahli y sus dos acólitos.

La sangre se le subió a la cabeza: lo primero que se le ocurrió fue llevarse la mano al puñal.

Pero, tras realizar un violento esfuerzo, la curiosidad prevaleció sobre la cólera que sentía.

Se llevó una mano a la altura del pecho, saludó a los visitantes y les invitó a entrar.

Se sentaron en unas alfombras, se atusaron las barbas con dignidad oriental, alisaron las túnicas que llevaban y comenzaron a parlotear de asuntos intrascendentes.

Tras cinco minutos de cortés conversación, Mir Hayi Festahli abordó la cuestión que los había llevado hasta allí.

Y habló de las amenazas que se cernían sobre todo el Daguestán, y sobre Derbent, en particular, caso de que la sequía se prolongase tan sólo una semana más.

Tras cada cosa que decía, se volvía hacia sus acompañantes, como si recabase su ayuda. Pero éstos permanecían mudos y, si no le escupían en las barbas, no era por falta de ganas.

Por su lado, Iskander no parecía conmovido en exceso por la patética perspectiva que esbozaba Mir Hayi Festahli acerca de los horrores que sufrirían tanto la región como la ciudad: tan sólo el color de su rostro permitía adivinar que algo bullía en su interior.

Y llegó el momento en que Hayi Festahli puso fin a su perorata con una triple exclamación:

—¡Una maldición! ¡Una maldición! ¡Una maldición caerá sobre Derbent!

—Parece probable —repuso Iskander.

—¡Seguro! —añadió Hussein.

—¡Está claro! —se lamentó Ferzali.

Ante tal cúmulo de certezas, se produjo un silencio, que Iskander aprovechó para escrutar a sus visitantes. Pero éstos se mantuvieron callados.

Iskander comenzó a impacientarse.

—Hermanos, no habréis venido hasta aquí —comentó—, para que lloremos y enjuguemos nuestras lágrimas en común. Por otra parte, me da la impresión de que, tanto por vuestra parte como por

la de las personas que os envían hasta mí, traéis alguna embajada que concierne a mi augusta persona, y que tenéis que decirme algo más importante que todo lo que he escuchado hasta ahora.

—Impresionante el tino de nuestro hermano —repuso Hayi Festahli, con una inclinación.

Con un torrente de perífrasis orientales acerca del honor que correspondía a Iskander por haber sido el elegido, le expuso el sacrificio que los habitantes de Derbent esperaban que llevase a cabo.

Pero Iskander frunció el ceño de modo terrible.

—¡Extraña elección! —exclamó, con vehemencia—. Hasta el día de hoy, los habitantes de Derbent, por quienes he luchado, aunque a fuer de sincero he de decir que lo hacía más por mí que por ellos, no sólo no me han dirigido la palabra, sino que ni siquiera me saludaban. Pero he aquí que me hacen esta petición, a la que yo no aspiraba y de la que no soy digno. Cierto que hay enormes precipicios en las montañas del

Shaj-Dag,

parajes que, por otra parte, son la guarida del bandolero

Mulá-Nur,

y que hay diez posibilidades contra dos de que me despeñe por uno de esos precipicios, y una contra veinte de que muera asesinado. Pero les da igual: les sirvo para esta empresa, y se han acordado de mí. Dadme una sola razón para que a mí, que disfruto con el calor y el sol, se me ocurra pedir nubes y lluvia a Alá. Por el contrario, estoy encantado con tener la casa seca, el establo en perfecto estado, y con que no haya niebla ni barro por la calle. Además, el sol hace que se multipliquen los huevos de cuervo, y no necesito la lluvia para que crezcan mis ortigas. ¡Os burlabais de mí porque no cultivaba trigo! Si no me dedico al trigo, ¿por qué habría de interesarme por vuestras cosechas? Todos vosotros calumniasteis a mi padre, le robasteis, le expulsasteis y me despreciasteis. ¡Y ahora resulta que queréis que ponga en riesgo mi vida para utilidad vuestra y que implore, en vuestro nombre, la misericordia de Dios! Pero está claro que estoy errado: sólo habéis venido hasta aquí para insultarme de nuevo y, para que no falte de nada, han confiado tal embajada al santón, al honorable Hayi Festahli. Pero no es posible cargar a un camello cuando está erguido; ha de estar de rodillas. Y

yo, como podéis ver, estoy de pie.

Altivo como un rey y terrible como un dios, Iskander se puso en pie.

—Y ahora —añadió—, Hayi Festahli y yo tenemos un minúsculo asunto pendiente. Os dejamos solos durante unos instantes. Espero que sepáis disculparnos, dignos señores.

Hizo una seña para que Hayi Festahli le siguiera a la estancia contigua.

Al verla, el rostro del santón musulmán se alargó y se ensombreció como una noche de otoño. Se puso en pie, con la sonrisa en los labios. Pero, como todo el mundo sabe, hay dos clases de sonrisas, la que adelanta los labios para besar y la que muestra los dientes para morder.

Los dos pasaron a la otra habitación.

Dado que nos quedamos a la puerta de la estancia que ocupaban Hayi Festahli e Iskander, no sabríamos decir de qué hablaron durante ese rato Hussein, el de la barba negra, y Ferzali, el pelirrojo.

Al cabo de un rato, ambos enemigos regresaron al primero de los cuartos, tan radiantes como las diamantinas insignias del León y del Sol que lucen los ministros persas a ambos lados de la pechera.

Iskander se dirigió a los comparsas, y dijo:

—En un primer momento, tenía mis razones para no atender a las súplicas de los habitantes de Derbent. Pero el honorable Hayi Festahli, que Dios guarde, me ha dado tan buenos motivos para tomar la decisión contraria, que estoy dispuesto a ir a buscar la nieve en las cimas del

Shaj-Dag,

incluso a riesgo de despeñarme por un precipicio o de jugarme la vida por culpa de

Mulá-Nur.

Todo está en manos de Alá y, si una sentida y fervorosa oración es capaz de conmover Su divino corazón, me atrevo a pensar que Su misericordia se ablandará, y que las nubes llorarán tantas lágrimas que la tierra saciará su sed por este año y el que viene. Esta misma noche me pondré en camino. Rezad, que yo cumpliré con mi obligación —y añadió—: El tiempo vuela, así que no os entretengo más.

Los enviados dieron las gracias a Iskander, calzaron sus pies de nuevo y abandonaron la casa.

Iskander se quedó a solas, como apetecía.

—¡Bueno! —exclamó feliz, cuando comprobó que ya nadie podía oírle—. Ese viejo farsante de Hayi Festahli no es tan malo como pensaba. Me odiaba a muerte, porque, un día, mi padre, delante de todo el mundo, le había llamado hijo de… ¡no importa! Y ahora, como un verdadero patriarca, entierra su resentimiento en aras del bien común y me concede la mano de su sobrina, a cambio de un poco de nieve… ¡Un hombre cabal!

Por su lado, mientras se alejaban de la casa, Hussein y Ferzali comentaban:

—Ese hombre, Iskander, es más que eso: es un ángel. Estaba dolido con Derbent y furioso con Festahli; pero en cuanto ha oído de las lágrimas y los sufrimientos de los más pobres, no ha sido capaz de decir que no.

A su vez, toda la población se puso a cantar y a bailar, tras enterarse de la respuesta afirmativa de Iskander.

Mientras tanto, Festahli reía para sus adentros.

—¡Palabras, palabras! —musitaba—. No son más que eso, especialmente en ausencia de testigos. Nadie podrá obligarme a cumplirlas. Si hubiera tenido que presentarme ante la gente con una negativa de Iskander, me hubiera muerto de vergüenza. Por otra parte, no he olvidado añadir la fórmula de cortesía, referida siempre a la condición de que su aventura termine con bien. Puede ser que Iskander no regrese. Escarpadas son las sendas del
Shaj-Dag
y nadie se atrevería a poner en duda la crueldad de
Mulá-Nur.
¡Ya veremos, ya veremos!

Ocasión tendremos de comprobar que el tal Mir Hayi Festahli Ismael Ogli era todo un santón. Descendía del Profeta.

Pletórico de contento, Iskander dio un beso a su magnífico caballo de Karabaj, al tiempo que exclamaba:

—Palabra de honor, que están locos, si piensan que hago todo esto por su trigo. Pero por Kassim, por mi hermosa y adorada Kassim, no sólo escalaría el
Shaj-Dag,

sino que sería capaz de llegar a la luna. ¡Ibrahim, échale avena al caballo!

Oda a una nariz

¿Os habéis parado a pensar alguna vez, queridos lectores, en lo admirable que resulta una nariz?

¡Una nariz, ni más ni menos!

¿Y en cuán útil le resulta a todo aquel que alza, como dice Ovidio, el rostro al firmamento?

¡Aunque parezca raro, quizá por una cuestión de extraña ingratitud, a nadie se le ha ocurrido escribir una oda a la nariz! Y esta idea se me ha tenido que ocurrir a mí, que no soy poeta ni pretendo rozar la suela de los zapatos de nuestros bardos.

A decir verdad, parece que la nariz lleva una maldición encima.

¡Mira que han inventado cosas los hombres para los ojos!

Han compuesto rimas, formulado cumplidos, construido caleidoscopios, pintado cuadros, imaginado decorados, e incluso inventado gafas.

Lo mismo sucede con las orejas.

Sin olvidar, claro está, los pendientes, ahí tenemos *Roberto el Diablo, Guillermo Tell, Fra Diavolo*, los violines de Stradivarius, los pianos de Érard o las trompetas de Sax [9].

¿Y qué decir de la boca?

Libros como *La Cuaresma, La cocinera burguesa, El almanaque del gastrónomo, El diccionario del goloso*. Se han inventado toda clase de sopas, desde la *batinya* rusa [10] hasta la sopa francesa de coles. Ha gozado de la reputación de los hombres más importantes, y ahí están como prueba las chuletas al modo de Soubise o las morcillas al estilo de Richelieu. Se han establecido comparaciones entre los labios y el coral; los dientes y las perlas, o el aliento y el benjuí. Bocas hay que han probado pavos reales con sus propias plumas, becadas no vaciadas, y ya se asegura que, en un futuro próximo, degustaremos alondras asadas.

Por el contrario, ¿qué se ha inventado para el disfrute de la nariz?

La esencia de rosas y el rapé.

¡Pues eso no está bien, mis queridos filántropos, mis queridos

maestros y poetas, colegas del mundo de las letras!

Sin embargo, hay que ver con qué fidelidad dicho miembro…

—¡No es un miembro! —clamarán los sabios.

Perdón, señores, rectifico, tal apéndice, y continúo, ¿qué puede compararse con la fidelidad de dicho apéndice?

Porque los ojos duermen, las bocas enmudecen y los oídos ensordecen.

Pero la nariz siempre está ahí, al acecho.

Vigilante durante el descanso, no ceja en su contribución a la salud de cada cual. Las otras partes del cuerpo, los pies o las manos cometen torpezas: las manos siempre se dejan coger en la masa; los pies tropiezan por falta de agilidad y hacen que nos caigamos, porque son torpes.

Incluso en este último ejemplo, ¿quién paga los platos rotos la mayoría de las ocasiones? Son los pies los que trastabillan; pero el castigo recae en la nariz.

¡Cuántas veces no habremos oído decir que alguien se ha roto la nariz!

Innumerables son las narices rotas desde el principio de los tiempos, pero reto a quien sea a que me hable de una sola de ellas que haya sido culpable de tal desafuero.

Y, sin embargo, la culpa de todo siempre la tiene la pobre nariz, que soporta todos los sinsabores con paciencia evangélica. Si bien es cierto que, a veces, comete la impudicia de roncar, ¿quién ha oído quejarse nunca a una nariz?

Sin olvidar que la naturaleza ha hecho de ella un instrumento admirable, gracias al cual podemos aumentar o disminuir, a voluntad, el volumen de la voz. Sin mencionar tampoco el inestimable servicio que nos presta como intermediaria entre nuestro espíritu y la esencia de las flores. Pero dejemos de lado su utilidad, y fijémonos tan sólo en su vertiente estética, en su belleza.

Tal que un cedro del Líbano, tiene a sus pies el hisopo del bigote; como pilar central que es, constituye la base del doble arco de las cejas; en el capitel de dicha columna, se aloja un águila, es decir, el pensamiento. Florecen las sonrisas en torno suyo. No olvidemos la altivez del apéndice nasal que Ayax dirigía contra la tempestad, cuando sostenía aquello de que huiría a pesar de todos los dioses[11]. Recordemos el valor de la nariz del gran Condé[12],

que recibió tal apelativo gracias a ella, y cómo destacó en los frentes de batalla españoles, en los que el vencedor de Lens y de Rocroy tuvo la osadía, o la imprudencia, de echar por la borda el bastón de mando. ¿Y qué decir del aplomo de la nariz de Dugazon[13] cara al público, cuando mostraba las cuarenta y dos formas en que podía moverla, a cual más cómica?

No creo que sea justa la condena al olvido en que la ingratitud de los hombres ha sumido a la nariz hasta el día de hoy.

Quizá el origen de esta injusticia haya que buscarlo en la pequeñez de estos apéndices en el mundo occidental.

Pero no sólo hay que tener en cuenta las narices de los occidentales.

También las hay orientales, y bien hermosas.

Si alguno de los habitantes de París, Viena o San Petersburgo alberga alguna duda sobre la pretendida superioridad de las narices occidentales, el vienés debería remontar el Danubio, el parisino montarse en un barco a vapor y el ruso subirse a un *perecladdoï*, y pronunciar las palabras mágicas: «¡A Georgia!».

Desde este instante, me erijo en portavoz de una profunda humillación. Aunque uno luciera en Georgia una de las mayores narices de Europa, la de Hyacinthe o la de Schiller, pongamos por caso, en la frontera de Tiflis sería observado como una rareza, y se murmuraría que por allí había pasado alguien que, por desgracia, había perdido la nariz durante el trayecto.

Porque desde la primera calle de la ciudad, incluso al poner los pies en los primeros arrabales de la misma, cualquiera habrá de aceptar que todas las narices, ya sean griegas, romanas, alemanas, francesas, españolas y hasta napolitanas, habrán de ocultar su ridículo en las entrañas de la tierra ante la magnitud de las narices georgianas.

¡Así de hermosas, robustas y magníficas son las narices de Georgia! ¡Por Dios que lo son!

Las hay de todas las formas imaginables: redondas, gruesas, largas, anchas.

Y de todos los colores: blancas, rosas, rojas, violetas.

Las hay que lucen adornos de rubíes o de perlas, incluso yo he visto alguna con aderezo de turquesas.

No hay más que presionar con dos dedos a cualquiera de ellas

para que expela una cantidad de humor acuoso equivalente a una pinta de vino de Kaketia.

En Georgia, una ley de Wachtang IV abolió la toesa, el metro y la archina[14]. Sólo mantuvo la nariz como unidad de medida, y las telas se miden por narices.

Y así, no es extraño oír de alguien que ha adquirido diecisiete narices de tarlatana para hacerse una bata, o siete narices de kanaos para un pantalón, o una nariz y media de raso para confeccionar una corbata.

Por supuesto que las señoras de Georgia son de la opinión de que esta unidad de medida es mucho mejor que cualquiera de las habituales en Europa.

De todos modos, y en cuanto a narices se refiere, no hay que hacer de menos a los apéndices propios del Daguestán.

Y así, en medio de la cara de Hayi Yusuf, natural de Derbent, a quien Dios le conserve siempre unos hombros tan fuertes, se eleva una cierta protuberancia para la cual sus paisanos aún no han dado con el nombre adecuado: unos la llaman trompa; otros, timón, y no falta quien se refiere a ella como mango.

¡Tres hombres podrían dormir bajo su sombra!

Natural, pues, que semejante nariz fuera respetada en Derbent, con ese calor de cincuenta y dos grados, porque bajo aquel apéndice, o sea a la sombra, sólo hacía cuarenta grados.

A nadie sorprenderá, por tanto, que Yusuf fuera designado como guía de Iskander.

Aunque, en puridad, no sólo fue debido al tamaño de su nariz.

Como lo indica el título de Hayi que hemos antepuesto a su nombre de pila, Yusuf había peregrinado a La Meca, para lo cual había cruzado Persia, Asia Menor, Palestina, el desierto, parte de la Arabia Pétrea y una zona del mar Rojo.

A su regreso, Yusuf había contado verdaderas maravillas de las cosas que le habían acontecido durante el viaje: los peligros por los que había pasado, los bandoleros de los que se había librado, y hasta los animales salvajes a los que, como un nuevo Sansón, había quebrado la quijada.

Por eso, cuando aparecía por el bazar de Derbent, la gente se apartaba para ceder el paso al león de las estepas.

Al decir de los bigotes más puntiagudos y de las más luengas

barbas nadie ponía en duda su valor, especialmente cuando el bey Yusuf se lanzaba a cortar cabezas con su piquito de oro. Se contaba que, tras escalar una montaña de Persia, tan alta era aquélla que, una vez llegado a la cima, había colgado su papaja del cuerno de la luna. Durante el tiempo en que permaneció en aquellas alturas, sólo se había alimentado de tortillas de huevos de águila y, llegada la noche, se refugiaba en cavernas en las que, cuando estornudaba, el eco le respondía con un Dios te ayude. Cierto es que la mayoría de las veces hablaba sin pensar, pero lo que decía constituía un motivo de reflexión para los demás. ¡Qué animales no habría visto! ¡Con qué hombres tan diferentes no se habría cruzado! Había visto animales de dos cabezas y una sola pata; había convivido con hombres carentes de cabeza, y que pensaban con la barriga.

Como sus aventuras ya estaban un poco pasadas de moda, en un primer momento, nadie había reparado en él para enviarle en busca de la bola de nieve. Pero cuando Iskander fue designado para tal misión por aclamación popular, Yusuf montó en su caballo persa, se ciñó un puñal de Andrev, una pistola de Kuba y un chascás de Vladikavkas y, de aquella guisa, se dio una pomposa vuelta por las calles de Derbent, mientras afirmaba:

—Si os parece bien, puedo acompañar al pobre Iskander; porque ¿qué sería de ese chiquillo sin tenerme a mí a su lado?

—De acuerdo. Ve con Iskander —le respondieron.

Y volvió a su casa para reforzar sus pertrechos defensivos con una coraza de mallas de cobre, y su armamento, con un fusil de Nuka. Unas botas amarillas, de tacón alto, completaban su indumentaria. De la silla del caballo, colgó el sable y el látigo.

Con semejante arsenal, apenas era capaz de dar un paso.

Como estuvo preparado mucho antes que Iskander, le esperó a la puerta de su casa, sin dejar de decir:

—¿Cuándo pensará salir?… Si hubiera sido yo el elegido, ya haría más de dos horas que me habría puesto en camino.

A eso de las seis de la tarde, Iskander salió de casa, a lomos de su caballo de Karabaj, con el atuendo y las armas que solía llevar.

Cruzó la ciudad con lentitud, no porque quisiera hacerse notar, sino porque todas las calles que iban desde su casa hasta las puertas de Derbent estaban abarrotadas.

Se acercó al bey Yusuf, le tendió la mano, saludó una vez más a

los habitantes del lugar y partió al galope.

Yusuf iba detrás, montado en su corcel de Khorasán. Durante un rato, fue posible distinguir jinetes y monturas; pero, al poco, ya sólo se distinguía una estela de polvo y, más tarde, nada: hombres y caballos habían desaparecido.

Al llegar a un inmenso cementerio, Iskander obligó a su caballo a aminorar el paso.

Comenzaba a hacerse de noche.

Pero Iskander no pensaba ni en las tinieblas ni en el camposanto; sólo tenía a su amada Kassim en la cabeza.

Yusuf miraba a izquierda y derecha con bastante recelo, y aprovechó el paso lento de Iskander para acercarse al joven.

Iskander estaba sumido en sus pensamientos.

Cualquiera que haya sido joven de espíritu alguna vez, o que haya estado enamorado de todo corazón, al igual que todos los jóvenes y enamorados que se hayan visto obligados a alejarse de los parajes en que vive su amada, comprenderá con facilidad los sentimientos que bullían en el pecho de Iskander. Sin duda es una locura pensar que, por respirar el mismo aire, nuestros sueños hayan de ser parejos; o que, por elevar diez veces la vista a una misma ventana, incluso si ésta permanece cerrada, hayan de acompañarnos hasta diez recuerdos diferentes. Pero son extravíos que reconfortan. Nuestra fantasía siempre es más pintoresca que la realidad. La imaginación es como la poesía: vuela tan ligera como los ángeles y los pájaros, y sus blancas alas jamás se ven mancilladas por el barro o el polvo de los caminos.

La realidad, por el contrario, es como la prosa: se pierde en los detalles; cuando se inclina sobre el blanco cuello de una novia, no repara en una piel más o menos fina, sino en si las perlas del collar son verdaderas o falsas; lo mismo corteja a un marido, que acaricia a un perro o da dinero al servicio.

¡Más vale, pues, que viva la poesía!

Tales eran, poco más o menos, las reflexiones que se hacía Iskander, sólo que él las hacía con veinticinco años menos que el autor de estas líneas, lo que debía de conferirles el color de las rosas y el aroma del espino albar, cuando, hete aquí que Yusuf le tocó el brazo.

—¿Qué hay, Yusuf? —preguntó, tras apartarse de sus

ensoñaciones.

—Pues que, como no hemos querido permanecer con los vivos en la ciudad, tampoco veo razón para que nos quedemos en este cementerio con los muertos. ¡Que ardan todos estos ataúdes, si no parece que todas las lápidas vayan a alzarse y que ese patíbulo de ahí no alargue hasta nosotros su negro y descarnado brazo!

—Eso que es suspira por ti, Hayi Yusuf, y teme que te vayas a escapar de él —replicó Iskander, entre risas.

—¡Escupiría en las barbas de quien tuvo la idea de plantarlo ahí! —repuso Yusuf—. ¡Que Alá me guarde! Cada vez que paso por este lugar, aunque me considero buen musulmán y hombre de corazón puro, siempre tengo la sensación de que va a abalanzarse sobre mi cuello. Además, sé sincero, Iskander: si no estuviéramos bajo dominación rusa, no permaneceríamos aquí mucho tiempo, con el fusil a la espalda y el pie en los estribos. ¡Abajo las caravanas! ¡Ya me encargaría yo de desbaratarlas y de reducirlas al tamaño de un grano de mijo!

—La verdad, Yusuf, no sabía que fueras tan valiente por la noche… Cuando el asedio de
Kasi-Mulá,
te vi luchar a la luz del día, aunque, ciertamente, no estoy seguro de haberte visto. ¿Te encontrabas fuera de Derbent por aquel entonces?

—Querido Iskander, ¿es que nunca dejarás de burlarte de mí? ¿No recuerdas que, precisamente ante tus ojos, le corté la cabeza a un lesguio que luchaba tan encarnizadamente conmigo que, cuando ya rodaba su testa por el suelo, me dio un mordisco tan fuerte en el pie que hoy en día, cuando el tiempo va a cambiar, todavía me duele? ¿No me negarás que presenciaste aquello?

—Dios no me concedió tal favor.

—Además, ¿acaso son hombres los lesguios? ¿Merece la pena jugarse la cabeza ante sus balas? Si acabo con un lesguio, no pasa nada; pero si las cosas suceden al revés, Alá se verá en un aprieto para buscarme sustituto. Así que, una vez muerto aquél, pensé para mí que ya había tenido bastante de lucha cuerpo a cuerpo. Todos los días iba hasta la fortaleza, porque me había hecho cargo de una pieza de artillería; yo era quien calculaba el tiro, situaba la pieza y le decía a un soldado que abriera fuego. Al instante, comenzaba el

baile allí donde yo había dirigido el disparo. ¡Por Alá, que me lo pasé en grande! Nunca me he jactado de ello, pero a ti, que eres amigo mío, te diré que, a la vista de las bajas que le causaba, yo fui la causa principal de que
Kasi-Mulá
levantase el sitio. ¡Y pensar que por una acción así no se me ha concedido condecoración alguna, ni siquiera la cruz de san Jorge…! ¿No te ha parecido oír algo? —preguntó el valeroso paisano, tras arrimarse un poco más a Iskander.

—¿Qué demonios quieres que oiga, aparte del ulular del viento y los aullidos de los chacales?

—¡Malditos animales! Los mataría a todos, machos, hembras y a toda su parentela. ¿Por qué harán eso?

—Quizá intuyan que, mañana por la noche, podrán darse un festín con nuestros cadáveres. ¿No crees, Yusuf, que al que le toque tu nariz irá más que bien servido?

—¡Déjate de bromas pesadas, Iskander! Las palabras a destiempo siempre traen enredos. Además, es la hora preferida de los forajidos; en cuanto cae la noche, todos se echan a los caminos. ¡Anda, Iskander, que si nos diéramos de bruces con
Mulá-Nur!

—¿Quién es Mulá-Nur? —dijo Iskander, como si no conociese a quien acababa de nombrar su compañero de viaje.

—¡Más bajo, Iskander, chitón! Por Hussein y Alí te conjuro, o no seguiré más allá contigo. El maldito
Mulá-Nur
tiene orejas en los árboles. Cuando menos lo piensas, aparece como un rayo.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasa entonces?

—Que te hace prisionero. Le gusta reír y gastar bromas; pero, ya sabes, al estilo de los forajidos. Si sabe que eres un avaro, te limpiará todo lo que lleves encima, sin olvidar que, además, pedirá un rescate por ti. Pero si cae sobre un pobre, no sólo no le quitará nada, sino que se lo dará.

—¿Cómo es eso? ¿Que ayuda a los desfavorecidos?

—Así es; ha habido varios casos. Por ejemplo, a unos valientes

muchachos que estaban enamorados, les dio los veinticinco rublos que les hacían falta para comprar a sus mujeres. A otros, sin embargo, les aligeró tan sólo del peso en oro equivalente a las balas que llevaban en la cartuchera. Incluso se ha dado el caso de que no pida más que los rublos que quepan en la hoja de su puñal. Siempre dice que no puede hacer otra cosa, porque es un pobre negociante, y toda actividad comercial tiene sus riesgos, especialmente aquélla a la que él se dedica.

—Pero —repuso Iskander, con una sonrisa—, ¿todos los sorprendidos van desarmados en lugar de llevar fusiles? A ver si va a resultar ahora que

Mulá-Nur

es de hierro…

—¿De hierro, dices? Puro acero, amigo mío, porque las balas rebotan contra él como en el granito. ¡Alá es grande!

—De ser cierto lo que dices, Yusuf, casi prefiero creer que

Mulá-Nur

es el diablo en persona, porque hay que ser un demonio, no una criatura humana, para desvalijar a una caravana entera.

—¡Cómo se nota, hijo mío, que jamás has salido de la dehesa! ¿Quién te ha dicho que

Mulá-Nur

carezca de cuadrilla? Muy al contrario: le acompañan muchos hombres que piensan que más vale comer el pan cocido por otros que esforzarse en cultivar aquello que nos procura ese pan. ¡Por Alá, que no le faltan secuaces! Incluso yo lo he pensado alguna vez. Si no tuviera parientes y una herencia a la vuelta de la esquina, osado y aventurero como soy… ¿Qué haces Iskander? ¿Adónde vas? Ya sabes que, para el diablo, la oscuridad es como la luz del día, y más en esta noche tan negra como los propios infiernos. Dime, Iskander, ¿en qué piensas?

—Pienso que no eres un buen jinete, Hayi Yusuf.

—¿Mal jinete, yo? ¿No te da vergüenza decir una cosa así? Es una pena que no fueras testigo de cómo puse en fuga a una banda de forajidos en los alrededores de Damasco. Sin jactancia, puedo decirte que, una vez libres, la caravana entera de peregrinos se puso a mis pies, y con razón. Había matado a tantos que tenía el fusil teñido de rojo y hasta se disparaba solo. En cuanto al sable, la hoja

más bien parecía de púas, como un peine. Siete cayeron muertos allí mismo; a otros dos, los capturé vivos.

—¿Y qué hiciste con ellos?

—Al día siguiente, los quemé vivos, porque me molestaban.

—¡Eso es cruel, Yusuf!

—¿Qué quieres que haga? ¡Yo soy así!

—¿Y no te da vergüenza contar esas cosas? Al menos tu fusil fue más pudoroso que tú: cuando menos, se había puesto rojo.

—¿No me crees? Pues pregunta a Safar Kuli, que lo vio todo.

—¡Qué pena que haya muerto hace una semana!

—¡Tienes razón! ¡Podía haber esperado un poco! Pero cualquiera que te oiga pensará que soy un cobarde. ¡Por Alá, ponme frente a una docena de malhechores y verás cómo me deshago de ellos! ¡Ponme a prueba! Dime dónde están, y verás… Pero que no sea por la noche: no me gusta pelear en la oscuridad; prefiero que el sol sea testigo de mi bravura, y además, tengo por costumbre apuntar siempre al ojo derecho de mis contrincantes.

—¡No salgo de mi asombro, Yusuf! ¡Hasta serías capaz de vértelas con una docena de forajidos!

—¡Con eso no tengo ni para empezar!

—Ojalá llegue pronto el día en que nos topemos con una partida de bandoleros. Con que fueran doce, me daría por satisfecho. Te prometo que te los dejaré todos a ti, Yusuf; no les tocaré ni un pelo, ni siquiera con el mango del puñal.

—Hijo mío, más vale no tentar al diablo, porque siempre acaba por aparecer. Además, si los ladrones son como los demonios, no olvides que estamos en sus dominios, así que es preferible no provocarlos. La noche se torna cada vez más oscura, como si Satán se hubiera apoderado de la luna. ¡Maldita noche, que ni siquiera nos deja ver el camino por el que vamos! ¡Socorro! ¡Ayuda!

—¿Qué pasa?

—¡He caído en manos de un bandolero! ¡Suéltame, demonio de forajido!

—Indícame dónde está y abriré fuego.

—¡Como si fuera tan fácil! ¡Es como si tuviera garras! Me tiene atrapado, como un halcón a su presa. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? Veamos de arreglar las cosas en paz —exclamó Yusuf, mientras Iskander se aproximaba a él.

—¡Ya me parecía a mí! ¡Qué grandes son los ojos del miedo! El ladrón del que hablas es un matorral de arbustos espinosos, tan comunes por estas tierras. Amigo Yusuf, creo que habría sido mejor que fueras a buscar agua a una fuente, a lomos de un asno, que venir conmigo a por la nieve del monte
Shaj-Dag.

—¿Un matorral, dices? Te juro que era un lesguio, o alguien de Chechenia. Al ver cómo echaba mano al puñal, ha preferido soltarme.

—¿Con esta oscuridad? ¡Si hasta tú mismo aseguras que el diablo se ha llevado la luna! ¡Cómo iba a darse cuenta de que echabas mano al puñal!

—Todo el mundo sabe que esos bribones son como los gatos, y ven en la oscuridad. ¡Iskander! ¿Qué hay ahí, delante de nosotros?

—Un río. ¿Cómo es posible que, con una nariz como la tuya, no huelas el agua? Mira, mi caballo tiene un olfato más fino que el tuyo.

—¿Vamos a cruzar el río esta noche?

—Por supuesto que sí.

—No me parece prudente, Iskander; es mejor que esperemos a mañana. No es ninguna tontería tratar de atravesar un río a estas horas, y menos el río Negro.

Pero Iskander se encontraba ya en mitad de la corriente.

Yusuf prefirió seguir los pasos de su compañero antes que quedarse atrás. Se metió en el río y, tras quejarse de lo fría que estaba el agua, asegurar que alguien le tiraba por los pies y encomendarse a Alá porque se consideraba ya perdido, consiguió llegar a la otra orilla.

Continuaron ambos su camino, y cruzaron, sucesivamente, los ríos Alcha y Velvet.

Al despuntar el día, se encontraban a orillas del caudaloso río Samur: sus aguas arrastraban enormes piedras y árboles arrancados, que flotaban en su superficie como briznas de paja en un arroyo.

En esta ocasión, Iskander escuchó el consejo de Yusuf e hizo un alto.

Desmontaron, para que descansasen las caballerías, y se tumbaron también ellos en el suelo, cubiertos con los *burkas*.

Pero Yusuf no era hombre capaz de dormir, si antes no había

contado alguna de sus proezas.

E Iskander le escuchaba, sin interrupciones, sin hacerle de rabiar. Sentía que el sueño se apoderaba de él.

Uno contaba cosas que jamás habían ocurrido; el otro soñaba con el porvenir.

Al cabo de un rato, al ver que hablaba solo, Yusuf optó por conciliar el sueño.

Hacía ya mucho que Iskander dormía.

Mulá-Nur

Qué agradable es despertar con los primeros rayos del sol, sobre todo si nos acarician a través de un cortinaje de seda y retiran el negro manto de la noche del rostro de la mujer que reposa a nuestro lado, tan lozana como las gotas de rocío en las hojas. Más dulce aún resulta abrir los ojos, tras un breve descanso, a un cielo sereno, y contemplar cara a cara la faz sonriente de la naturaleza. Porque la prometida siempre resulta más bella que la esposa, y ¿qué es la naturaleza, sino la eterna prometida del hombre?

Con lentitud, Iskander entreabrió los párpados, aún vencidos por el sueño, y admiró el magnífico espectáculo de la mañana. Se vio rodeado por un bosque, esplendoroso en su verdor meridional, al tiempo que, muy por encima de su cabeza, resplandecía entre brumas la nevada cumbre del
Shaj-Dag.
A sus pies fluía el turbulento Samur, que tan pronto se precipitaba en cascadas, como se remansaba en las ondulaciones de la corriente de su caudal, a modo de enormes anillos, como una serpiente que se desliza por las rocas.

En la orilla del lecho de aquel turbulento río, cantaba un ruiseñor.

Iskander permaneció en éxtasis durante un instante. Pero justo cuando el pájaro se disponía a reanudar su cántico interrumpido, un espantoso ronquido de Yusuf le devolvió a la realidad.

La nariz de su compañero sobresalía del *burka* no menos de dos o tres pulgadas. Iskander se la retorció, y Yusuf se despertó.

—¿Qué ocurre? —exclamó Yusuf, tras abrir los ojos sobresaltado—. ¡Ah, eres tú! ¡Vete al diablo! ¿Cuándo se ha visto

que se pueda retorcer la nariz a un hombre, igual que un funcionario ruso agita la campanilla para reclamar la presencia de un ordenanza? Has de saber, Iskander, que si Alá ha concedido a un ser humano la merced de una nariz como la mía, es para que todos los demás la respeten y admiren. Como yo también admiro y respeto mi apéndice nasal. Y espero que tú hagas lo mismo, a no ser que desees que tengamos una pelea.

—Discúlpame, amable Yusuf. Pero cuando tengo prisa, siempre tiro a la gente de lo primero que encuentro a mano. Como estabas tapado con el *burka*, la primera y única cosa que he encontrado fue la nariz, y por eso, te he tirado de ella.

—Iskander, está claro que un día tendremos nuestras diferencias, y te garantizo que ese día no augura nada bueno para ti. ¿Qué diablos pretendes? ¡Explícate!

—Es que ese maldito ruiseñor, con sus trinos, me impedía oír tus ronquidos. Roncas de un modo tan armonioso que, comparada con las melodías que entonas de forma natural en sueños, la yurna georgiana parece una trompeta de feria.

—¡Eso es, adúlame ahora! Pero ojalá que no te alimentes durante el resto de tu vida más que del aroma de las rosas y que todas sus espinas se te claven en las botas, si se te vuelve a ocurrir…

—¿No oyes nada, Yusuf? —reclamó Iskander, sin dudar en interrumpirle.

—No, nada —repuso Yusuf, tras atender a tal ruego con cierta inquietud—: sólo la voz del *mulá* de Seyfuri.

—¿Y qué dice, Yusuf? Que ya es hora de que los fieles musulmanes despierten, porque más vale orar que dormir. Tenemos un largo camino por delante, Yusuf. Recemos nuestras plegarias y pongámonos en marcha.

No sin dejar de gruñir, Yusuf accedió. Tenía la impresión de que, en aquella disputa, Iskander había perdido terreno, cosa que le ocurría tan pocas veces en la vida que hubiese preferido sacar un poco más de partido del estado de ánimo en que se encontraba su compañero.

Tras llevar a cabo sus abluciones y recitar sus oraciones, los viajeros se dispusieron a vadear el río.

Aunque la corriente no iba muy crecida, cualquiera que esté

familiarizado con los ríos de montaña, y muy especialmente con el Samur, sabe de antemano que cruzarlo es siempre más peligroso que un combate cuerpo a cuerpo.

Porque todo depende de la caballería que uno monte: un paso en falso, y adiós.

Sin embargo, la fuerza de la costumbre hace que los viajeros se despreocupen de este tipo de avatares, y eso que todos los años más de uno encuentra el descanso eterno en las aguas de algún río.

Gracias a su destreza tanto como a lo acostumbrados que estaban a este tipo de riesgos, sin olvidar las magníficas monturas de que disponían, ambos llegaron sanos y salvos a la orilla opuesta del Samur.

Pero en el momento en que se vieron de nuevo en tierra firme, Yusuf, que durante el trance había permanecido más callado que una tenca, comenzó a rezongar de nuevo.

—¡Que el diablo se lleve este maldito río! —exclamó—. ¡Más valdría que arrojasen un cerdo a sus aguas! Y pensar que durante el otoño y el invierno baja tan seco que, por más que una rana lo cruzase, no llegaría a mojarse las ancas…

—¿Dónde pararemos en Seyfuri? —reclamó Iskander, sin atender a las jeremiadas de su acompañante, porque, dejado atrás el peligro, pronto lo había olvidado—. No conozco a nadie de por allí, y los caballos tienen que comer, igual que nosotros.

—¡Ya les chamuscaría yo las barbas a esos bribones con una antorcha! —replicó Yusuf—. Seguro que, sin una orden del gobernador, no nos darán ni una gota de agua, ni un rábano siquiera, aunque vean que nos morimos de hambre y de sed.

—Los habitantes de Seyfuri no son ni mejores ni peores que los de Derbent. Y siempre podremos recurrir a los tártaros.

—Ya veremos. A lo mejor, si les ofrecemos dinero, conseguimos algo. Según vamos, mira tú en los patios de tu lado, que yo haré lo propio por el mío. Puede que nos topemos con una barba ya gris, que siempre son mejores que las pelirrojas. Los aparceros suelen tener las barbas canas, mientras que los ricos lucen barbas pelirrojas; los de barba pelirroja tienen dinero y hermosa mujer, dos razones para cerrar la puerta en las narices a dos apuestos mozos como nosotros. ¡Hombre, aquí está lo que yo buscaba! —exclamó Yusuf, al ver a un hombre de barbas grises—. Amigo, ¿podríamos

descansar durante una hora en su casa y llevarnos algo a la boca?

—¿Están ustedes de servicio? —preguntó el hombre, un tártaro alto y serio.

—Pues no.

—¿Llevan una orden del gobernador?

—Sólo llevamos algo de dinero, nada más.

—Eso me basta para darles la bienvenida. En muchas ocasiones he acogido a señores procedentes de Khorasán y, gracias a Alá, ni ellos ni sus monturas han tenido queja de Agraín.

Les franqueó la puerta, y los viajeros entraron en el patio; desmontaron, desensillaron los caballos y les dieron avena.

Digamos, de pasada, que los habitantes del Daguestán son extremadamente pulcros; las casas son casi siempre de ladrillo, de dos alturas y blanqueadas con cal.

Así era la vivienda de Agraín, quien invitó a sus huéspedes a subir hasta el primer piso.

Yusuf no se hizo de rogar, y allá se fue, por delante de Iskander.

Antes de entrar en el primero de los cuartos, Agraín les reclamó las armas y las puso contra la pared, para dar a entender que, una vez en su casa, él mismo se hacía cargo de su seguridad.

Como es costumbre, por otra parte, los viajeros no dudaron ni por un instante en acceder a los deseos de su anfitrión.

Una vez en la habitación, no vieron más que pantalones de mujer por todas partes.

Por lo general, nada irrita tanto a un asiático, y más si es musulmán, que el hecho de preguntarles acerca de sus mujeres.

Hayi Yusuf se moría de ganas por saber algo acerca de todos aquellos pantalones. Pero Agraín mostraba uno de esos rostros que son capaces de helar la sonrisa en los labios a cualquiera que pretenda gastarle una broma.

—¿Habrá un poco de arroz para nosotros, amigo? —preguntó al tártaro.

—Ni el profeta comió en su vida nada parecido al arroz que preparaba mi mujer —repuso Agraín—. ¡Por Alá, que todos mis huéspedes se desgastaban los dedos de tanto relamérselos! Era tan untuoso…

—¿Qué quiere decir? —inquirió Iskander a su compañero.

—No tengo ni idea; pero me da la sensación de que, tal y como

se expresa en pasado, este tipo parece que va a conformarse con ofrecernos los pantalones de la que fue su mujer.

—¡No es mala idea! —replicó Iskander—; bien llenos de grasa están… —a continuación, se dirigió al tártaro—: Amigo, ¿sería posible que nos dieras un plato de sopa y un trozo de carne? Veo pan y queso ahí, pero el pan está revenido, y el queso demasiado seco.

—¿Sopa? ¿Y de dónde la sacaría? —repuso Agraín—. ¿Carne? ¿Cómo podría conseguirla? El kan Muel se llevó todos mis corderos. ¡Mi mujer, mi joven y bella Umi, ella sí que cocinaba bien!

El tártaro se relamía.

—¿Dónde está tu hermosa y lozana Umi? —se interesó Yusuf.

—Muerta y sepultada —contestó el tártaro—. Con ella, enterré los últimos cincuenta rublos que tenía. No me quedan más que sus pantalones para llorar en ellos.

Y el hombre cogió unos pantalones, y se puso a besarlos sin dejar de sollozar.

—¡Bonito recuerdo! —añadió Yusuf—. ¿Así que la joven y preciosa Umi era una mujer encantadora? Danos, pues, un tazón de leche a cada uno, y la lloraremos a tu lado.

—¿Leche? ¡Tenías que haber visto a mi amada Umi! Ella era quien ordeñaba las vacas, con unos dedos más blancos que la propia leche. Al faltar Umi, ya no hay vacas; si no hay vacas, menos habrá leche, así que…

—Ya empiezas a ponerte un poco cargante con tu maravillosa y lozana Umi. Cincuenta copecas, si nos das un tazón de leche a cada uno. De lo contrario, ¡vete a paseo! —y le empujó fuera de la habitación—. ¡Vendería a su madre por dos cebollas, esa mala bestia! —prosiguió Yusuf, tras sentarse al lado de Iskander e hincar los dientes en el queso—. Tengo la sensación de que todos los gallos de por aquí me cantan en el estómago, y este bribón intenta darnos de comer los pantalones de la hermosa y joven Umi… ¡Mírale! Se dedica a toquetear nuestros fusiles y a charlar con gente que pasa por la calle. ¿Qué demonios tendrá que platicar ese truhán con aquel maldito lesguio, en lugar de traernos algo de comer? ¡Es peor que una bayadera de Schummak! ¡Que Alá nos proteja! Tengo tanta hambre, que me comería hasta el pez que provocó el diluvio universal al pasar del Ganges al mar[15]. ¡Despabílate, y tráenos

algo de comer!

—¡Ya va! —contestó el tártaro.

En efecto, unos instantes después, reapareció con un tazón de leche en cada mano.

Los viajeros mojaron el pan en la leche, mientras su anfitrión proseguía con los sollozos, en el mismo punto donde los había dejado, al contemplar de nuevo los pantalones de su mujer.

Tras dar cuenta de tan frugal refrigerio, Yusuf arrojó sesenta copecas encima de los pantalones que habían pertenecido a la joven y bella Umi. Montaron a continuación en los caballos y, tras volver al camino que conducía a las montañas, pronto dejaron atrás el villorrio de Seyfuri.

—Mira a ver si alguien nos sigue —le dijo Yusuf, siempre desconfiado, a Iskander—, porque el lesguio que hablaba con Agraín no nos quita el ojo de encima para ver adónde nos dirigimos.

Y así era. Encaramado a un otero, más atrás del lugar donde cabalgaban nuestros viajeros, podía distinguirse al interlocutor de su anfitrión tártaro.

Pero cuando el lesguio comprendió que también él era observado, desapareció.

—¿Qué pasa? —preguntó Iskander.

—¡Que no me fío ni un pelo de esos perillanes de lesguios!

—O sea que, de hacerte caso a ti, cada pastor sería poco menos que un bandolero.

—¡Sólo me faltaba oír que los pastores de por aquí son buena gente! Claro; son los bandidos quienes asesinan viajeros y asaltan caravanas. Pero no olvides que son precisamente los pastores quienes los alimentan, a cambio de una parte del botín. ¿Quién compone la partida, la banda de

Mulá-Nur?

Bandidos de las montañas. ¿Y quién les da de comer a todos? Pues esos pastores.

—Tal como hablas, da la impresión de que

Mulá-Nur

y los suyos no sean de carne y hueso como nosotros. Voto al diablo, que me entran ganas de encontrarme cara a cara con ese bandolero, aunque sólo sea por la pura curiosidad de comprobar si, como

dicen, tiene la piel a prueba de balas.

—¡Otra vez con lo mismo! ¡Y eso que no eres un perro infiel para formular semejantes deseos! ¿Tanto le cuesta a tu cuerpo cargar con tu alma, o llevar la cabeza sobre los hombros? Gustoso daría mi nariz al diablo por darme de bruces con un león en vez de con

Mulá-Nur…

Y ahora, ¿por qué te detienes?

—Si no tuvieras tanto miedo, no nos habríamos extraviado. Mira dónde estamos. Ni el diablo sería capaz de pasar por aquí sin ayuda de un farol.

Se encontraban en una escarpada montaña, en lo que ya eran las primeras estribaciones del

Shaj-Dag.

Por aquellos parajes, el camino se tornaba tan aventurado que los jinetes se vieron obligados a descabalgar y amarrarse a la cola de sus monturas.

Llegaron, por fin, a una pequeña planicie, y Yusuf, que había permanecido mudo mientras hubo peligro, comenzó, según tenía por costumbre, a jurar y perjurar una vez superado éste.

—¡Que el diablo con su rabo convierta toda esta montaña en arenisca, y que todos los jabalíes del Daguestán vengan a hozar en ella! ¡Ojalá un terremoto la zarandee y un rayo la pulverice!

—Tuya es la culpa y, sin embargo, la tomas con la montaña —replicó Iskander, con un encogimiento de hombros—. ¿No me decías que conocías este camino como la palma de la mano, y que me llevarías por los desfiladeros del

Shaj-Dag

igual que por los vericuetos del bazar? No te preocupes, dijiste, porque no hay peñasco en el que no haya jugado a las tabas, ni gruta en la que no haya tirado alguna canica.

—¡Pues, claro que sí! ¿Acaso no subí, hace tres años, hasta el más elevado de los picos del

Shaj-Dag?

Te juro que, entonces, no me pareció tan escarpado como ahora.

Desde el lugar en el que se encontraban los viajeros, se divisaba el

Shaj-Dag,

como una muralla coronada de blancas almenas, que no eran sino de nieve.

Al punto, cayeron en la cuenta de que sería imposible escalar la montaña por aquella vertiente.

Y decidieron intentarlo por la ladera oriental. Pero era más fácil tomar la decisión que ponerla en práctica. Por aquellas arduas y escarpadas pendientes, todo parecía hostil y solitario, y sólo los graznidos de unas cuantas águilas venían a perturbar aquella lúgubre tranquilidad, que tanta semejanza guardaba con la muerte.

Iskander se volvió y miró a Yusuf, como si quisiera saber qué podían hacer.

—¡Que mil millones de maldiciones caigan sobre las cumbres del malhadado
Shaj-Dag!
¡Mira cómo recibe a quienes vienen a hacerle una visita! ¡Se cubre las orejas con un gorro, se encierra en sus murallas y retira las escalas! ¿Por dónde iremos ahora? ¿Por la montaña, o por debajo de ella? Puedes dejarte guiar por quien quieras, mi querido Iskander. Yo voy a recurrir a mi cantimplora —y, dicho y hecho, sacó de la faltriquera una bota que llevaba, llena de aguardiente.

—¡Maldito y miserable pecador! —exclamó Iskander—. ¿No tienes bastante con tu propia locura, como para añadirle la del vino?

—No es vino; es aguardiente.

—Da lo mismo.

—No, exactamente. Mahoma prohibió el vino, pero no el aguardiente.

—Como no creo que se hubiera descubierto en aquella época, difícilmente el Profeta había de condenar algo que entonces no existía.

—En eso te equivocas, Iskander. Como profeta que era, Mahoma sabía muy bien que, más tarde, se inventaría el aguardiente. Y si no lo supo, es que era un falso profeta.

—¡Basta de blasfemias, Yusuf! —repuso Iskander, con el ceño fruncido—; vamos a pensar por dónde tiramos.

—¡Aquí encontraremos el camino! —añadió Yusuf, tras dar una palmadita a la cantimplora.

Se llevó la bota a los labios, y sorbió cuatro o cinco tragos de

aquel licor cuya ortodoxia estaba en entredicho, al tiempo que entornaba los ojos beatíficamente.

—Yusuf, Yusuf —exclamó Iskander—; permíteme que te dé un consejo: con tal brújula, llegarás antes al infierno que al paraíso.

—¿Qué quieres que te diga, Iskander? Antes de abrazarme a la bota, no era capaz de distinguir ni una vereda, mientras que ahora soy capaz de divisar hasta doce sendas diferentes.

—Me parece bien, Hayi Yusuf; pero no seré yo quien las siga —repuso Iskander—. Puedes ir por la derecha, por la izquierda, o por donde quieras. Yo voy a iniciar la ascensión de frente. Si uno de los dos da con un camino practicable, volverá aquí, y llamará al otro o esperará a que aparezca. Démonos una media hora de exploración. ¡Hasta dentro de un rato!

Vigorizado por los tragos de aguardiente, Hayi Yusuf ni siquiera se dignó responder a Iskander. Y se fue, henchido de valor, en busca de un camino.

Por su parte, Iskander, tal y como había dicho, sujetó al caballo por la brida e inició la ascensión de cara.

El día tocaba a su fin.

De cómo Yusuf alcanzó la cima mucho antes de lo que hubiera deseado

Precisamente por encima del lugar en el que ambos viajeros se habían separado, allí donde nubes y nieve se confundían, se alzaba una enorme roca, cuya allanada cima servía de refugio a unos cuantos hombres con sus caballos.

Reclinados en torno a una hoguera, había dieciséis tártaros y un lesguio, junto con otras tantas monturas, que mordisqueaban unas brazadas de hierba cortadas a puñal.

Unos pasos más allá, recostado en una alfombra, había un hombre de unos cuarenta años, de rostro agraciado y tranquila apariencia.

Iba vestido de forma sencilla; tan sólo el oro y la plata refulgían en la culata de su fusil, así como en la vaina y en la empuñadura de su canglar, no por ostentación, sino como mudos testigos de una vida azarosa.

Fumaba un chibuquí, y contemplaba con cariño a un muchacho

que dormía en sus rodillas. A veces, suspiraba y movía la cabeza; otras, suspiraba con pena y miraba, atento, a todas partes.

Era Mulá-Nur, el azote del Daguestán, el bandolero, acompañado por los forajidos que formaban su cuadrilla.

De pronto, vio a Yusuf, quien, mil pies por debajo de donde él se encontraba, buscaba un camino que le permitiera subir al
Shaj-Dag,
mientras avanzaba con cautela por aquellos peñascos. Apoyado en un codo,
Mulá-Nur
observó durante un rato los esfuerzos del viajero. Al cabo, sonrió, se inclinó sobre el oído del joven y le susurró:

—Despiértate, Gulshad —palabra que, en tártaro, significa *rosa*.

El joven abrió los ojos, y le devolvió la sonrisa.

—Gulshad —añadió Mulá-Nur—, ¿quieres que me incline ante ti hasta tocar el suelo?

—¡Ya lo creo! —respondió el joven—; sería una novedad verte a mis pies.

—¡Calma, Gulshad! No hay que olvidar el aguijón, si se quiere gustar la miel de la abeja. ¡Mira!

El muchacho bajó los ojos en la dirección que le indicaba
Mulá-Nur.

—¿Ves a aquel hombre?

—¡Por supuesto!

—Sé quién es y conozco su corazón. Intrépido como un leopardo, es el mejor tirador de Derbent… Llégate hasta él, desármale y tráemelo aquí. Si lo consigues, seré tu esclavo durante toda la velada, y te rendiré pleitesía en presencia de nuestros compañeros. ¿Aceptas?

—¡Faltaría más! —repuso Gulshad.

El joven se encaramó de un salto a un pequeño caballo de las montañas, y se lanzó a todo galope por un sendero tan estrecho que más bien parecía una línea pintada que un camino entre las rocas.

Ya no se le veía, pero aún podían oírse las piedras que saltaban al paso de su montura.

Los camaradas de Mulá-Nur miraron hacia abajo, con cierta curiosidad ante el espectáculo que iban a contemplar.

El jefe era quien más atento parecía, quizá porque lamentaba

haber expuesto al joven a aquel peligro. Cuando Gulshad se encontraba tan sólo a unos pasos de Yusuf, se le cayó la pipa de las manos y una cierta inquietud se reflejó en su rostro.

Hayi Yusuf permanecía ajeno a todo, sin darse cuenta de lo que se le venía encima. Más que animado por los tragos de aguardiente que había tomado, trataba de tranquilizarse a sí mismo hablando en voz alta, no sin dejar de repetirse que era más valiente que Schinderhannes o Jean Sbogar.

—¡Por algo mi fusil ostenta esa inscripción de «*guárdate; escupo fuego*»! Capaz sería de chamuscarle las barbas al primer bandido que se cruzase en mi camino. Además, no tengo nada que temer: llevo una coraza a prueba de balas. ¿Dónde estarán esos bandidos, esos forajidos? ¡Esos cobardes deben de estar escondidos! Pero seguro que me han visto. ¡Por Alá, qué poco me gustan los timoratos!

De repente, al salir de una curva del camino, cuando todavía no se había desvanecido en sus labios la última sílaba de la frase que acababa de pronunciar, oyó una ruda voz que le gritó:

—¡Alto! ¡Baja del caballo!

Aturdido, alzó la cabeza y se encontró con el cañón de un fusil que le apuntaba directamente al pecho, a diez pasos de donde estaba.

—¡Desmonta, vamos, deprisa! —le gritó por segunda vez una voz que le pareció aún más bronca que la primera—. ¡Ni se te ocurra echar mano del fusil o de la daga! Si tratas de huir, abriré fuego. ¡Entrégame el fusil, lo primero de todo!

—¡No sólo el fusil, señor bandolero, sino hasta mi alma si preciso fuera! —repuso Yusuf, muerto de miedo—. Soy un buen hombre, incapaz de hacer mal a nadie. No me mate, y seré su criado, cuidaré de su caballo, limpiaré sus ropas.

—¡El fusil, el fusil! —repitió la misma voz.

—¡Aquí está! —dijo Yusuf, mientras lo depositaba en una roca, con manos temblorosas.

—¡Ahora, todas las demás armas! La daga, el canglar, la pistola.

—Ahí van —respondió el pobre Yusuf a cada una de las exigencias del bandido, mientras tiraba las armas al suelo, una por una.

—Ahora, vacía los bolsillos.

Yusuf tiró al lado de las armas todo el dinero que llevaba encima, según las órdenes que recibía del forajido, sin dejar de implorar su clemencia.

—Si no te callas, te cortaré la lengua y se la echaré a los perros —dijo Gulshad—. Guarda silencio, o yo me encargaré de callarte para siempre.

—Perdón, señor bandolero. No diré ni una palabra más, si tal es su voluntad.

—¡Que te calles!

—¡Eso hago!

Pero hasta que Gulshad no le apuntó con la pistola, Yusuf no se calló la boca.

Gulshad le maniató, recogió las armas y ambos se pusieron en marcha hacia la planicie en la que

Mulá-Nur

y sus camaradas aguardaban el final de aquella escena.

Tras una ascensión de un cuarto de hora, Yusuf se encontró en presencia del cabecilla de los bandidos.

Todos los demás estaban a su alrededor, y guardaban un silencio amenazador.

Gulshad depositó a los pies de

Mulá-Nur

las armas de Yusuf.

Entonces, Mulá-Nur se inclinó tres veces ante Gulshad hasta tocar la tierra, y le dio un beso en la frente. A continuación, se dirigió a Yusuf:

—¿Sabes quién te ha desarmado, Yusuf? —le preguntó.

Al escuchar aquella voz, Yusuf se estremeció.

—¡El más valiente de todos, el más fuerte! ¿Qué podía hacer yo, si el león, ante él, es poco más que una liebre, y Goliat, un niño de pecho?

Los bandidos se echaron a reír.

—Contempla al más valiente, al más fuerte —repuso

Mulá-Nur,

al tiempo que retiraba la papaja blanca que cubría la cabeza de Gulshad.

Unos largos cabellos negros le cayeron hasta los hombros, y la joven se ruborizó hasta adquirir el color de la flor cuyo nombre

llevaba.

Mulá-Nur le abrió los brazos, y ella se apretó contra el pecho del bandolero.

—Yusuf —añadió Mulá-Nur—, tengo el placer de presentarte a mi mujer.

Una inmensa carcajada resonó en los oídos del pobre prisionero, que se puso rojo de vergüenza. Pero, al punto, se sobrepuso, y dijo:

—Ten piedad de mí, señor. No me vendas en las montañas. Te pagaré un buen rescate.

Mulá-Nur frunció unas cejas tan oscuras como dos nubes cargadas de electricidad.

—¿Sabes a quién te atreves a proponerle un rescate, cobarde? —gritó Yusuf—. ¿Piensas acaso, miserable, que soy como esos carniceros de Derbent que venden carne pasada por fresca? ¿Crees que pediría oro por ti, que no vales ni una onza de plomo? ¿Para qué iba yo a venderte en las montañas, si eres como un pájaro sin cola? No sirves ni para cavar la tierra con tus narices. Ya sé que me dirás que, como nodriza o como ama, valdrías para contar leyendas de ogros y gigantes a los niños. Pero, para eso, tendrías que vestirte de mujer y, en lugar de divertir a las pobres criaturas, las asustarías. Ya ves que te conozco bastante bien, Yusuf, y que no tengo pelos en la lengua. Dime tú ahora qué piensas de mí, porque yo soy Mulá-Nur.

Al oír tan terrible nombre, Hayi Yusuf se postró hasta tocar el suelo con la frente, como si hubiera sido alcanzado por un rayo.

—¡Por Alá! ¿Pretendes que te diga lo que pienso de ti, que sea tu juez, yo, que consideraría un orgullo realizar mis abluciones con el polvo que levantan tus sandalias[16]? ¡Que Hussein y Alí me guarden de tamaño disparate!

—Escúchame, Yusuf —dijo Mulá-Nur—, y recuérdalo para siempre, porque no me gusta repetir dos veces lo mismo. Te he preguntado una primera vez qué piensas de mí. Lo hago ahora una segunda, pero ten en cuenta que es la última. Te escucho.

—¿Que qué pienso de ti? ¡Que el diablo me abra la cabeza como si fuera una avellana, si la idea que tengo de ti te disgustase en algo! ¿Cómo puedo pensar mal de ti, yo que no soy sino un cero a la

izquierda, una mota de polvo?

—Yusuf —replicó Mulá-Nur, mientras se impacientaba y golpeaba el suelo con el pie—; te he dicho que jamás repito tres veces una misma orden.

—¡No te enfades, no te enfades, gran
Mulá-Nur!
¡Que no me consuma el fuego de tu cólera! Tus órdenes han hecho que las ideas que bullen en mi cabeza sean como perlas, aunque tales perlas no valgan más que cuentas de vidrio en comparación con tus cualidades. ¿Que qué pienso de ti, ilustre
Mulá-Nur?
Te lo diré, puesto que tal es tu deseo. Pienso que tu inteligencia es como un fusil con adornos de oro y plata, cargado de sabiduría, que abre fuego siempre en honor de la verdad y que jamás yerra el tiro. Pienso que tu corazón es como un frasco de esencia de rosas, que derrama el perfume de sus virtudes sobre todos nosotros. Pienso que tu mano siembra el bien con tanta largueza como el labrador voltea el trigo. Pienso que tu lengua es como una rama cuajada de las flores de la justicia y de los frutos de la bondad. Me parece que ya te oigo decirme que me vuelva a mi casa y que me acuerde durante toda mi vida de
Mulá-Nur.
¿O no es así, gran hombre?

—No puedo negar que eres un gran orador, Yusuf. Pero no eres tan bueno como adivino. Para demostrarte que has mentido, ésta es mi decisión. Como, a pesar de ser un bey, has permitido que una mujer te desarme, te maniate y te haga prisionero…

—¿No es mujer también la muerte? —replicó Yusuf—; ¿y más terrible que el más temible de los hombres?

—Permíteme que acabe, Yusuf. No será largo. Como quien tiene tanto miedo a la muerte no es digno de la vida, mi sentencia es que mueras —se oyó un gemido de Yusuf—. Mañana será para ti el último día de tu vida, y si dices una sola palabra, si oigo una sola queja, si se te escapa un susurro —prosiguió
Mulá-Nur,
tras llevarse la mano al puñal—, no llegarás a ver el día de mañana. Maniatadlo aún mejor, llevadle a la caverna y dejadle solo, para que pueda hablar con entera libertad y cuanto quiera.

Mulá-Nur hizo un gesto, y se llevaron al pobre Yusuf como si fuera un saco de harina.

—Se morirá de miedo antes de que llegue mañana —dijo Gulshad a su compañero—. No le hagas pasar tan mal rato, amado mío.

—Bueno —repuso Mulá-Nur, con una sonrisa—, le servirá de lección. ¡Que aprenda ese cobarde que el miedo no salva a nadie! Cien veces muere el gallina; el valiente, sólo una, y hasta ésa le cuesta.

Se volvió a continuación a los bandidos:

—Amigos, me voy durante una hora. Si me ocurriera algo, si no regresase, Gulshad asumiría el mando. Hoy ha demostrado que tiene arrestos para estar al frente de hombres. ¡Caiga mi maldición sobre quien no la obedezca! Adiós, Gulshad —dijo, al tiempo que estrechaba a la joven y le daba un beso en la frente—. Te digo adiós y te beso, porque voy en busca de una aventura un poco más arriesgada que la tuya. Hacía mucho que deseaba medir mis fuerzas con Iskander y, gracias a mi escudero, sé dónde encontrarle. Si no regreso antes de que anochezca, seguid mis huellas hasta que deis con mi cuerpo en las montañas, para que mi cadáver no sea devorado por los chacales como un caballo reventado. Aunque oigáis voces y tiros, nadie ha de mover un dedo. Si Iskander resulta vencedor, que nadie me vengue. Porque valiente ha de ser quien acabe con la vida de
Mulá-Nur,
y deberéis respetarle. Me voy. Adiós.

Se echó el fusil al hombro y partió.

El precipicio

Entretanto, Iskander había encontrado un sendero que rodeaba la montaña.

Por la parte derecha, se hundía en un precipicio; a la izquierda, se veían unas cuantas rocas parcialmente quemadas por la acción del rayo.

Aquel camino sólo tenía un inconveniente, que no ofrecía posibilidad de volver atrás: el intrépido viajero se veía obligado a seguir siempre adelante, porque la senda era demasiado estrecha

como para que el caballo pudiera dar media vuelta, y, además, el animal marchaba en primer lugar.

Llegó, por fin, a una especie de bóveda rocosa, bajo la que tenía que pasar.

Allí se cortaba el camino. Sin embargo, un trozo de hielo desprendido de la montaña hacía las veces de un transparente y frágil puente.

Abajo, en el fondo del abismo, rugía un torrente.

El joven se detuvo. Por un momento, palideció y el sudor bañó su cara. Pero el recuerdo de Kassim le devolvió la sangre fría.

Sus ojos avezados le permitieron distinguir con rapidez las huellas de otro caballo en aquel trozo de hielo. Empujó a su montura, con las rodillas y a voces. Y trató de cruzar deprisa, para que el peso resultase más liviano, aunque tras sus pasos oía cómo algunos pedazos de hielo se precipitaban al vacío.

Al verse por fin al otro lado de la bóveda, respiró hondo; desde allí, gracias al reflejo en la nieve, la luz aún resultaba más viva.

De repente, bajo la bóveda, apareció un jinete, a quien tomó por un gigante a causa de una ilusión óptica.

—¡Detente y arroja las armas al suelo, o eres hombre muerto! —gritó el jinete a Iskander—. Soy
Mulá-Nur.

Sorprendido por aquel encuentro inesperado, Iskander y su montura se detuvieron, pero, tras oír el nombre de
Mulá-Nur,
el peligro le hizo olvidar su anterior inquietud.

Espoleó al caballo y empuñó el fusil.

—¿Eres Mulá-Nur? —quiso saber—. Si es así, apártate de mi camino,
Mulá-Nur.
Ya ves que no hay sitio para los dos.

—¡Que Dios decida, pues, quién ha de pasar! —exclamó el forajido, mientras apuntaba con una pistola al pecho de Iskander, que no se encontraba a más de diez pasos de distancia—. Dispara tú primero.

—Hazlo tú; ya ves que no me parapeto tras el caballo…

Durante unos segundos, permanecieron frente a frente, con las armas a punto, a la espera de ver quién abriría fuego primero.

Al cabo, los dos bajaron la pistola y el fusil, respectivamente.

—¡Eres valiente, Iskander! —reconoció
Mulá-Nur
—. Ningún hombre valeroso ha de verse privado de su arsenal. Entrégame tu caballo y ve por donde te parezca.

—Habrás de apoderarte de mis armas, en primer lugar; quizá, luego, puedas adueñarte del caballo. Pero mientras disponga de una sola carga de pólvora en el fusil, mientras mi alma anime este cuerpo, ninguna vergonzante mano se posará sobre esta brida.

Mulá-Nur sonrió.

—No necesito ni tu fusil ni tu caballo —repuso—; me basta con que me obedezcas. No creas que es sólo por miserables botines como éste por lo que
Mulá-Nur
ha llegado a ser el cabecilla de unos cuantos forajidos, sino porque sabe y está acostumbrado a mandar. ¡Y ojo con quien no se pliegue a mis órdenes! Muchas veces he oído hablar de ti, y siempre me han encomiado tu valor. Ahora tengo ocasión de comprobar en persona que, en verdad, eres valiente, Iskander. Pero no creas que he buscado cruzarme en tu camino por casualidad. No nos separaremos hasta que no nos hayamos batido a sable. Ésa es mi última palabra. Y ahora, inclínate y pídeme que seamos amigos. Entonces te franquearé el camino.

—¡Ahí va mi respuesta! —replicó Iskander, tras apuntarle con el fusil y apretar el gatillo.

Pero no se produjo ningún disparo, probablemente porque una gota de agua, procedente de la bóveda rocosa, había humedecido la mecha.

Furioso, Iskander se deshizo del fusil, sacó la pistola del cinturón y abrió fuego.

La bala quedó aplastada contra las cartucheras de plata que adornaban la casaca de
Mulá-Nur.

El bandolero no movió ni un músculo. Se cruzó de brazos y se limitó a devolver una sonrisa burlona a un encolerizado Iskander.

—¡No te librarás de mí, bandido! —exclamó Iskander.

Con el chascás enhiesto, se abalanzó sobre
Mulá-Nur.

El sable del bandolero abandonó la vaina, tan rápido como un relámpago cruza el cielo.

La hoja de Iskander silbó por encima de la cabeza del forajido, y descargó un golpe sólo comparable al de la cólera divina.

Entonces, en medio de un espantoso estruendo, el puente de hielo se quebró bajo los pies de ambos contendientes. El caballo de Iskander se había alzado sobre las patas traseras en el mismo instante en que el sable de su amo se abatía sobre la cabeza de Mulá-Nur.

Pero no le llegó a rozar siquiera, pues el bandolero se había caído al precipicio.

Tras echarse atrás, Iskander se aferró al saliente de una roca, y lo hizo con las dos manos, al notar que el caballo se le escurría entre las piernas: el puente de hielo se inclinaba, y el caballo se deslizaba por una pendiente muy pronunciada.

Pero el animal, haciendo un supremo esfuerzo, reunió todas sus fuerzas en los cuartos traseros y, gracias a esos resortes de acero, cruzó la quebrada, yendo a caer al otro lado del precipicio, empapado en sudor y temblando de espanto.

Por fortuna, Iskander había tenido tiempo de sacar los pies de los estribos, porque, con el jinete encima, el caballo no habría sido capaz de cruzar aquel abismo. Tras él, debido al peso, el puente helado se precipitó al vacío con enorme estruendo, y el precipicio aulló de contento, como el tigre que devora a su presa. Un silencio mortal sucedió a aquel rugido.

Iskander estaba colgado de la bóveda rocosa.

A sus pies, ahora al descubierto tras haberse resquebrajado la capa de hielo, sobresalía una enorme roca, de unos dos o tres pies de superficie. Alrededor de ella, el vacío.

Iskander, con los nervios de punta, sintió que los brazos se le dormían. Sintió que no podría aguantar mucho tiempo en aquella posición; si soltaba la roca, estaba perdido de cualquier modo.

Calculó a ojo la distancia, con la frialdad de un hombre habituado a las montañas, estiró los brazos, para que la distancia se acortase lo más posible gracias a la altura de su cuerpo, y se dejó caer a plomo sobre la roca.

Y allí se quedó de pie, sobre aquel pedestal de granito, como si fuera una estatua de bronce erigida en honor de la Voluntad.

Al menos, de momento, estaba a salvo. Pero, para no ceder al vértigo, se vio obligado a cerrar los ojos durante unos instantes.

No tardó en abrirlos de nuevo para echar un vistazo a su alrededor y buscar una salida.

Aquel saliente de la roca se prolongaba hacia el exterior, resbaladizo, erosionado y, sin embargo, asequible para un pie habituado a andar por el monte.

Con ayuda de manos y pies, Iskander llegó a rodear a medias aquella inmensa columna, con lo que alcanzó la vertiente exterior del barranco.

Tratar de ascender hasta el camino que había seguido para llegar allí era imposible de todo punto: hubiera sido como escalar una muralla.

No le quedaba otro remedio, pues, que bajar hasta el fondo del precipicio y, una vez allí, seguir el torrente hasta encontrar un sendero transitable.

A Iskander le atormentaba, además, la idea de no saber en qué habría terminado
Mulá-Nur.

Por muy ladrón que fuera, no cabía duda de que era un hombre valeroso. Si estuviera herido, tenía que ayudarle; si muerto, debía arrebatar el cadáver a las fauces de las fieras salvajes.

Sin embargo, para cualquier otro que no fuera Iskander, o un consumado montañero, aquel descenso era prácticamente imposible. Empero, se puso a ello.

El sendero o, más bien, la vereda que había seguido a caballo estaba cortada por una profunda hendidura, sobre la que se encaramaba el puente helado que habían destrozado los cascos de las caballerías. Alcanzó uno de los extremos de aquella grieta y descendió por los salientes.

Más de una hora tardó en bajar un cuarto de versta. Finalmente, llegó al fondo del precipicio. Sólo entonces se atrevió a mirar hacia arriba.

Quizá Mulá-Nur, al caer desde una altura de no menos de quinientos pies, hubiera atravesado varios de aquellos puentes helados y superpuestos, y hubiera dado con sus huesos en la inmensa capa de nieve de la que, como si de un glaciar se tratase, brotaba el torrente.

Aunque carecía de la solidez de la piedra o del hielo, aquella nieve bien podía soportar el peso de un hombre. Iskander se aventuró por ella, aun a riesgo de quedar sepultado.

Una luz pálida, lechosa, penetraba hasta aquel lugar; estaba oscuro y hacía frío.

Al ver una serie de puentes de hielo desbaratados por encima de su cabeza, Iskander comprendió que debía de haber llegado al lugar en el que se había precipitado
Mulá-Nur.

En su caída, jinete y montura habían abierto un enorme agujero en la nieve. Iskander se dejó caer y, al poco, sintió algo duro bajo sus pies. Acababa de dar con el caballo, que se había partido la cabeza en el percance.

Buscó al hombre, y palpó un brazo. Tiró de él, tras utilizar como punto de apoyo el cadáver del caballo, y consiguió sacar el cuerpo de debajo de la capa de nieve que lo había sepultado. Mulá-Nur estaba pálido como un muerto. Tenía los ojos cerrados y no respiraba.

Pero no tenía ningún hueso roto, ni tampoco parecía, a primera vista, que tuviese ninguna herida grave. En virtud de la ley de la gravedad, el animal había adelantado al hombre en la caída y le había franqueado el camino: el caballo había salvado al jinete.

Iskander se las compuso para echarse el cuerpo a la espalda, abandonar aquel agujero en la nieve y llegar al fondo del valle. Frotó la cara de
Mulá-Nur
con la manga de su casaca, le golpeó con fuerza en la palma de las manos y, finalmente, le echó agua helada por la cara. Pero
Mulá-Nur
seguía sin sentido.

—¡Vamos a ver! —susurró Iskander—. Si no estás muerto, voy a despabilarte.

Se sentó, colocó la cabeza de
Mulá-Nur
sobre sus rodillas, cargó la pistola y la disparó junto a la oreja del bandido. El disparo sonó como un trueno. Mulá-Nur abrió los ojos e inició el gesto de echar mano a su canglar.

—¡Lo sabía! —musitó Iskander.

La mano de Mulá-Nur, sin embargo, no fue capaz de alcanzar lo que buscaba, y la dejó caer de lado. Tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida. Trató de articular algunas palabras, mas la lengua no le obedecía. Exhaló un suspiro. Al recuperar la capacidad de pensamiento, se le iluminaron los ojos con un destello de inteligencia. Fijó la mirada en Iskander, le reconoció, comprendió que le debía la vida, hizo un esfuerzo y susurró:

—¡Bey Iskander!

—¡Menos mal! —respondió éste—. Pues claro que soy Iskander, y no quiero que mueras, ¿me oyes? Porque eres un valiente; chacales y zorros hay muchos, pero los leones escasean.

Una lágrima rodó por los rudos párpados del bandolero, que estrechó la mano del joven.

—Después de Dios, a ti te debo la vida, así que, al igual que para con Él, siempre contarás con mi eterno reconocimiento. No te doy las gracias por haberme salvado la vida, sino por haber arriesgado la tuya para conseguirlo. El resto de la humanidad me ha insultado, despreciado, traicionado. Me he visto movido a devolverles sus maldades, y les he pagado con odio. Aunque deba mis malas tendencias a la naturaleza, los hombres me han atribuido peores instintos de los que había heredado. Pero ningún amigo, ni ningún enemigo, podrá acusar jamás de ingratitud a
Mulá-Nur.
Óyeme, pues, Iskander —prosiguió el forajido, mientras se recostaba—; la desgracia se cierne sobre todos nosotros y, a lo peor, has de ver el día en que se abata sobre ti. Cuenta entonces con mi mano y mi corazón, Iskander, que nunca han tenido miedo a nada. Me vendería y permitiría que me cortasen la cabeza con tal de salvarte. A los hechos me remito… Y ahora, vamos a ver qué tengo roto.

El salteador se incorporó y, no sin esfuerzo, se puso en pie. Se palpó los brazos, los muslos y las piernas. Aun vacilantes, se atrevió a dar algunos pasos.

—Tengo la cabeza todavía un poco aturdida, pero creo que el cuerpo está entero. ¡Gracias sean dadas a Alá, que me ha salvado! Parece que aún necesita de mí para sus designios.

—¿Por dónde saldremos de aquí? —aventuró Iskander.

—Me haces pensar —repuso

Mulá-Nur
—, pero me veo obligado a decirte eso que tanto cuesta reconocer a los hombres: no tengo ni idea.

—Pues no vamos a quedarnos aquí para morirnos de hambre —contestó Iskander.

—Antes de que eso pasara, nos comeríamos mi caballo y, a continuación, el tuyo. A pesar de que no veía gran cosa mientras me precipitaba al vacío, pude comprobar que llevaba mi misma trayectoria.

—Gracias a Dios —dijo Iskander, con sincera alegría—, mi caballo de Karabaj se ha salvado del peligro… ¡Por Alá! ¡Ahí le oigo relinchar!

Ambos se volvieron hacia el sitio por el que le habían oído relinchar, y comprobaron que el caballo se acercaba hasta donde estaban ellos por el lecho del torrente.

—¿Y eras tú quien me preguntabas cómo saldríamos de aquí? La respuesta nos la da el caballo; raro sería que no fuéramos capaces de subir por el mismo lugar por el que ha bajado hasta aquí.

Contentísimo, Iskander se acercó al caballo, al tiempo que éste trotaba hacia su dueño tan rápido como se lo permitían los obstáculos del camino que seguía. Cuando caballo y jinete estuvieron juntos, el hombre tomó la cabeza del animal en sus manos y le besó como si de un amigo se tratase. El caballo relinchaba de contento; el hombre lloraba de alegría.

—Bueno, ahora que ya os habéis reconocido —añadió
Mulá-Nur,
que había contemplado aquella escena con una sonrisa—, pregúntale al caballo qué senda debemos seguir. No hay razón para que nos quedemos aquí.

Iskander hizo que el caballo se pusiera al frente, como un perro, y éste comprendió al instante el tipo de servicio que se esperaba de él, porque echó a andar por el mismo camino por el que había llegado hasta allí.

Una media versta más lejos, se detuvo, olisqueó la tierra, alzó la cabeza y, sin sombra de duda, se internó en la espesura de la montaña. Si se observaba el terreno con atención, se descubría un sendero apenas visible, un camino que las cabras salvajes utilizaban para ir a beber al torrente. El caballo siguió aquella senda.

—Ponte detrás del caballo y sujétate a la cola del animal: no lo digo por si te falla la cabeza; sólo para el caso de que no te respondan las piernas.

—La montaña es como mi hogar; me siento como en casa —replicó
Mulá-Nur,
mientras ladeaba la cabeza—; soy yo quien debe hacer los honores, así que pasa tú delante.

Iskander se colocó detrás del caballo. Al cabo de una media hora de ascensión casi impensable, llegaron al sendero que había seguido el bandido para ir en busca de Iskander. Como es natural, aquel camino conducía hasta la pequeña planicie en la que se habían quedado Gulshad y los compañeros de
Mulá-Nur.

El sol acababa de ocultarse. Gulshad y los bandidos, al ver que su jefe no aparecía en el plazo que él mismo había establecido, se disponían a ir en su busca. Pero, al verle, Gulshad se echó al cuello de su amado, mientras los demás se arremolinaban en torno a ellos.

Mulá-Nur se apartó de Gulshad, abrió un hueco entre sus compañeros y obligó a Iskander a situarse en medio de aquel círculo de rostros radiantes que, al observar al joven, se ensombrecieron de nuevo.

—Él es mi hermano mayor —tal fue la presentación—. A partir de ahora, le debéis las tres cosas que me habéis jurado a mí mismo: amor, respeto y obediencia. Dondequiera que se encuentre con uno de vosotros, podrá darle órdenes como si fuera yo mismo. Me consideraré en deuda con todo aquel que le preste un servicio, por pequeño que sea, y tendrá derecho a reclamármela con creces. Y aquel que le ofrezca una gran ayuda, contará conmigo hasta la muerte si es preciso. Pero quien le toque no más que un pelo de la cabeza, no escapará a mi venganza, ni en el fondo del mar ni en el sepulcro. ¡Así lo juro, y que el diablo me arranque los dientes con sus garras, si no lo mantengo! Y ahora, a cenar.

Extendieron una alfombra y se sirvió una cena corriente, porque la preocupación de los forajidos ante la ausencia del jefe les había obligado a no prestar demasiada atención al rancho. Según la costumbre de las mujeres tártaras, Gulshad no cenaba junto a su amado, sino que, tímidamente, permanecía de pie, apoyada en una

roca. Al contemplar aquellos ojos tristes, Iskander solicitó que se le hiciera un sitio en la alfombra.

—Sea —contestó Mulá-Nur—, porque, a partir del día de hoy, Gulshad es un hombre, no una mujer.

Terminado el refrigerio, Iskander, emocionado por la belleza de aquella noche de verano y conmovido por las fraternales atenciones que recibía por parte de
Mulá-Nur,
le reveló el secreto que amenazaba con explotarle en el pecho, y le habló de su amor por Kassim.

—Si, como un pájaro, pudiera volar hacia el porvenir, aunque no fuera más que durante un mes, ¡cómo me gustaría estar junto a Kassim en estas alturas! Le mostraría todo lo que me da vergüenza y tristeza contemplar a solas, toda esta belleza a nuestro alrededor. Me encantaría leer la admiración en su rostro y, cuando me hubiera confesado que el paisaje le parecía espléndido, la estrecharía contra mi corazón para decirle que, ciertamente, todo esto es hermoso, pero que más hermosa era ella, lo mejor del mundo. Se lo diría a ella, a la que amo más que a las montañas y a los valles, más que a los torrentes, más que a la naturaleza. Mulá-Nur, mira cómo la tierra, bajo los dulces rayos de la luna, se adormece entre las miríadas de sonrisas de toda la creación. Con todo, creo que es aún más dulce para el hombre entregarse al sueño acompañado por los besos de la mujer que ama. Dichoso tú,
Mulá-Nur,
que eres libre como el viento, a quien presta el águila sus alas para volar más allá de las más altas cumbres. Tienes una intrépida compañera, cosa que no me extraña, pero que hace que te envidie.

Mulá-Nur balanceó la cabeza con tristeza al escuchar cómo le hablaba aquel joven, que aún se encontraba en el umbral de la vida.

—Todos tenemos nuestro destino —le respondió—. Pero créeme, Iskander, no envidies el mío y jamás sigas mis pasos. Si peligroso es vivir con los hombres, más triste es hacerlo apartado de ellos. La amistad que procuran es como el opio, que embriaga y adormece, pero créeme si te digo que es amargo convivir con su odio. Y no es porque yo lo haya buscado: fue la suerte la que me apartó de su lado. Nos separa un reguero de sangre, que no soy capaz de franquear. Ya sé que la libertad es un don del cielo, el más preciado

de todos. Pero el proscrito no disfruta de libertad, sólo tiene independencia. Aquí me tienes, señor de la montaña y rey de la estepa, pero en mis dominios sólo viven animales salvajes. Hubo un tiempo en que odiaba a los hombres y los despreciaba. A estas alturas, ya tengo el alma cansada de tanto rencor y desdén. Me temen; se echan a temblar al oír mi nombre. Las madres lo utilizan para que sus hijos dejen de llorar, pero el miedo que les inspira es un juguete más que, al igual que otros, pronto deja de surtir efecto. Por supuesto que procura un cierto contento el hecho de rebajar a los hombres, de burlarse de lo que les parece más preciado, de sacar a la luz sus bajezas de sepulcros blanqueados. Pero es una alegría momentánea, que te hace sentirte un poco más malvado y sin embargo menos despreciable que el resto de tu especie. Este sentimiento te conforta durante una hora, pero te entristece durante un mes. El hombre es malo, pero, a fin de cuentas, es hermano de sus semejantes. Mira a nuestro alrededor, Iskander: la grandeza de estas montañas, el frescor de los bosques, la riqueza de las tierras del Daguestán. Pero los montes carecen de grutas; los bosques, de árboles, y la llanura, de casas, en las que pueda descansar y decirme a mí mismo que hay un lugar en el que puedo dormir tranquilo, donde no seré malherido por una bala enemiga, o donde no caeré atrapado como un animal salvaje. Las ciudades, como la tuya, están pobladas, incluso rebosan de habitantes; pero en ellas, todos, ricos y pobres, encuentran un lugar, un techo bajo el que guarecerse de la lluvia o un refugio en el que ponerse a buen recaudo del frío. El *burka* es mi única casa, mi hogar, mi techo. De la ciudad no he de esperar ni siquiera un palmo de terreno para reposo de mis huesos. La melancolía es como la mujer del kan, que sabe andar sobre alfombras de terciopelo, pero que, si la situación lo exige, también sabe saltar de roca en roca, como las cabras. Esta pena es como mi sombra; ya ves que es alargada, y ni aquí me abandona.

—¿Tan mal lo has pasado,
Mulá-Nur?
—preguntó Iskander, con sincero interés.

—No quiero ni acordarme, amigo mío. Si alguna vez tienes que atravesar las entrañas de una garganta, como ésa en la que me hundí yo y de la que me ayudaste a salir, no preguntes si ese abismo de granito ha sido consecuencia de los hielos o del

relámpago; pasa lo más rápidamente que puedas, porque los puentes son frágiles y pueden hundirse bajo tus pies. Sembramos flores en los jardines, pero no es allí donde enterramos a los muertos. No me gustaría ensombrecer el alba de tu juventud con los dislates del mediodía de la vida. Lo que pasó ya ha sucedido, y nada puede cambiarse de ese pasado, ni siquiera por voluntad de Alá. ¡Hasta mañana, Iskander! ¡Quiera Dios que nadie tenga que padecer, ni en sueños, todo lo que yo he sufrido! Mañana te diré cuál es el camino más corto para llegar hasta el
Shaj-Dag.
¡Buenas noches!

Y se cubrió con el *burka*; los demás ya llevaban dormidos una hora.

Iskander tardó mucho en conciliar el sueño: pensaba en los acontecimientos que había vivido a lo largo del día, así como en las lóbregas palabras de
Mulá-Nur.
Una vez que se quedó dormido, le asaltaron las más terribles pesadillas, como que una bala le atravesaba el pecho, o que se despeñaba por un abismo sin fondo.

Los sueños son como el recuerdo del trayecto que hemos recorrido. Nos traen la turbación e inquietud de los acontecimientos que nos han tocado en suerte. Sólo hay una dormición carente de sueños, el sueño eterno, es decir, la muerte.

En donde Yusuf cuenta lo que no ha visto, pero mucho se guarda de relatar lo que vio

El sol tiñó de colores la cumbre de la montaña y despertó a
Mulá-Nur
y a sus hombres. Antes de nada, rezaron sus oraciones, para, a continuación, revisar las armas, cepillar los caballos y preparar el desayuno.

—Tu compañero de viaje ha pasado una mala noche —le comentó
Mulá-Nur,
entre risotadas, a su invitado.

—¿Te refieres a Yusuf? —le preguntó éste.

—El mismo.

—¿Sabes dónde está?

—Claro que sí.

—Dos veces te pedí ayer que enviaras a alguien en su busca y no me dijiste nada.

—Porque sabía dónde encontrarle.

—¿Dónde está, pues?

—A cincuenta pasos de aquí.

—¿Cuál será su suerte?

—No le haré nada. Te lo devolveré, y tú serás quien decidas qué hacer con él. Amigos —añadió
Mulá-Nur,
dirigiéndose a sus hombres—: llevadle algo de comer al prisionero, y decidle que no es deseo de
Mulá-Nur
que muera a fuerza de ayunar.

Acto seguido contó a Iskander cómo Gulshad se había hecho con Yusuf, le había obligado a entregarle las armas y le había llevado prisionero hasta aquel lugar. Cuando hubieron acabado de desayunar,
Mulá-Nur
tomó a Iskander por la mano y se la llevó al corazón y a la cabeza.

—Considérate uno de los nuestros. Siempre serás bienvenido y jamás te faltará mi reconocimiento agradecido. Ahora que ya te he indicado el camino que has de seguir para ascender al
Shaj-Dag,
así como el de regreso, no tardes en llevar a cabo el servicio que te han encomendado tus paisanos. La verdad es que yo he de ir en dirección contraria: otros son los asuntos que me reclaman… ¡Adiós, y guarda buen recuerdo de
Mulá-Nur!
Si alguna vez tienes necesidad de un amigo, pronuncia mi nombre, y tardarás menos en verme a tu lado que lo que tarda un alud en rodar hasta los pies de la montaña.

Igual que una bandada de palomas torcaces, así desaparecieron los bandoleros. Iskander se acercó a la caverna. Allí estaba Yusuf, tumbado, con las manos atadas y los ojos vendados. El joven no fue capaz de resistirse a comprobar por sí mismo el valor de su

acompañante.

—Ponte en pie, y disponte a morir —dijo, con voz fingida y en tono desabrido.

Yusuf se echó a temblar de pies a cabeza. Con inaudito esfuerzo, consiguió ponerse de rodillas, pálido como un muerto. Hasta su nariz parecía desprovista de aquella base sólida que, en circunstancias normales, formaba un ángulo agudo con la boca, y otro, obtuso, con la barbilla, para colgar, inerte, sobre sus labios. Alzó las manos al cielo e imploró perdón con voz lastimera.

—Ángel Asrael [17] —exclamó—, haz que conserve la cabeza, que aún no estoy preparado para morir. ¿En qué y por qué te he ofendido?

—No cumplo mi voluntad, sino la de

Mulá-Nur,

quien me ha dicho que Yusuf había luchado como un tigre y que, como ahora sabe dónde se encuentra su guarida, ya no se siente seguro en estos parajes. Me aseguró, además, que la sangre de sus camaradas, la misma que tú habías derramado durante el asalto a Derbent, clamaba venganza y estaba dispuesto a concedérsela.

—¿Yo, yo? —replicó Yusuf—. ¿Que yo luché durante la toma de Derbent? ¿Quién es el calumniador que tal cosa asegura? ¡Que el oprobio cubra las tumbas de sus padres y de sus antepasados hasta la décima generación! ¡Eso no es así! Yo no soy hombre que luche contra sus paisanos. En cuanto la trompeta o el tambor nos reclamaban en las murallas, yo bajaba al bazar; cuando ya me tocaba ir a mi puesto, me refugiaba en la mezquita, y allí dormitaba tranquilo y a conciencia para mayor gloria del Profeta. Cierto que un día efectué tres disparos, pero el enemigo se encontraba a no menos de cinco verstas de distancia. En cuanto a mi sable, trata tú mismo de desenfundarlo, y si eres capaz de sacarlo de la vaina, te doy permiso para que me cortes la cabeza con él. ¿Por qué había de luchar yo contra

Kasi-Mulá,

un hombre valeroso, un santón, un profeta? Si no hubiera rebanado el gaznate a todos los bebedores y fumadores, ten por seguro que hoy yo sería un ferviente muridista.

—Sea. Pero también hay un componente religioso en la venganza que reclama

Mulá-Nur.
Asegura que eres partidario de Alí, y ha jurado matar a todos los fieles seguidores de Alí.

—¿Quién, yo? ¡Las barbas le arrancaría a Alí y a sus doce califas! Si hubiera vivido en Egipto durante la época de los fatimidas, también yo los habría destronado. Soy sunita, ¿me oyes? ¡Sunita, de alma y corazón! ¿Quién es Alí? Nadie; le soplas y desaparece como el polvo. Eso es, como un grano de arena que aplastas con el pie al andar.

—Pero, por encima de todo, lo que jamás te perdonará
Mulá-Nur
es que seas amigo de Iskander, su mortal enemigo.

—¿Amistad? —casi gritó Yusuf.

—¿No es prueba de amistad que te hayas ofrecido a acompañarle al
Shaj-Dag?

—Por amistad, sí, está claro. Pero, sobre todo, para pasar un buen rato.

—Las cosas le han ido peor que a ti. Su cabeza ya cayó, antes que la tuya.

—¿Su cabeza, dices? —repitió Yusuf—. Bueno, no es una gran pérdida, no valía gran cosa. En lugar de detestarme,
Mulá-Nur
debería estarme agradecido, puesto que le he traído a Iskander, atado de pies y manos. ¿Iskander, amigo mío? ¡Menudo amigo! Incluso cuando estaba vivo, lo hubiera cambiado por un pan de especias. ¡Amigo mío! ¡Uno de los peores libertinos de Derbent, muy dado a comer jamón con los soldados rusos! ¿Amigo mío, alguien que sería capaz de quemarle las barbas a su madre?

—¡Calla, deslenguado, y deja en paz a los muertos! Si el miedo no te aturdiese la cabeza, te habrías dado cuenta de que su madre carecía de barba.

—¿Que no tenía barba? Te aseguro que se la afeitaba. ¡Por Alá, y cuántas navajas de afeitar no me habrá mellado! ¿Yo, amigo de Iskander? ¿Cómo crees que habría cometido la estupidez de hacerme amigo de un hombre cuyo padre era un forajido, su madre una loca y su tío un zapatero remendón?

—¡Ya estoy harto de tus perjurios, renegado, mentiroso, lengua

de perro! Agacha la cabeza; ya tengo el sable levantado.

E Iskander pasó su chascás por la cabeza de Yusuf, aunque en lugar de rozarle con la parte cortante, con habilidad le tocó con la punta y consiguió arrancarle el pañuelo que le tapaba los ojos. Yusuf miró aterrorizado a su pretendido verdugo, y descubrió a Iskander. Estupefacto, no pudo menos que lanzar un grito.

—¿Qué miras, estúpido jabalí? Repíteme ahora eso de que mi padre era un ladrón, que mi madre estaba loca y que mi tío era zapatero remendón.

En lugar de pedir disculpas o de mostrarse aturdido, Yusuf se echó a reír y se arrojó en brazos de Iskander.

—¡Así que he conseguido enojarte! No está mal en lo que a mí se refiere. Me ha costado, pero lo he logrado. Ya ves, pones trampas para ruiseñores y atrapas un cuervo. ¿De verdad piensas que, desde el momento en que comenzaste a hablar, no reconocí tu voz, la voz de mi mejor amigo? ¡La reconocería hasta entre aullidos de chacales, maullidos de gato o ladridos de perros!

—¡Muy bien! ¡Supongamos que me habías reconocido!

—¿No me crees?

—No; me has insultado.

—Pero sólo era una broma, una chirigota, nada más. ¡Qué cosas tienes!

—¿Cómo es posible que te hayas rendido a la compañera de Mulá-Nur?
¿Cómo permitiste que te desarmase una mujer?

—¿No recuerdas haber visto en las estancias del comandante de Derbent un grabado en el que se representaba a una joven muy hermosa, que retiraba la coraza a un joven que respondía al nombre de Marte? Al pie, había una leyenda en ruso: *Marte, desarmado por Venus*. Yo me dejé desarmar del mismo modo, amigo mío. Porque a una criatura tan hermosa le habría entregado todo, Iskander, desde el capote hasta el corazón. ¡Ya me habría gustado ver, sinvergüenza, qué habrías hecho tú si te hubieras encontrado con ella! ¡Qué nariz, qué ojos! ¡Y esa boca, no mayor que el taladro de una perla! ¿Y la figura? Un buen conocedor como tú, ya habrá reparado en ella. ¡Me hubiera gustado arrebatarle el cinturón para hacerme un anillo!

—O sea ¿que aseguras que es por amor por lo que te dejaste

maniatar y le seguiste los pasos al cabo de un cordel?

—¡La hubiese seguido hasta enlazado a uno de sus cabellos!

—Sea. Pero dime que no propalarás por Derbent, y menos en mi presencia, tus amoríos con Gulshad.

—¿Así se llama? ¡Qué nombre tan encantador! Pero… no me hagas hablar más, porque no me has permitido ni siquiera preguntarte cómo has llegado hasta aquí.

En dos palabras, Iskander relató lo que les había ocurrido a Mulá-Nur y a él. Cuando llegó al momento en el que el bandolero caía por el precipicio, Yusuf le interrumpió.

—¿Así que está muerto? —le preguntó.

—No.

—¿Cómo que no?

Iskander le contó cómo había rescatado a Mulá-Nur y le había acompañado hasta su guarida.

—¿Así que nuestro Mulá-Nur aún está ahí? —insistió.

—No; se ha ido.

—¿Adónde?

—A una batida.

—¿Estás seguro?

—He visto cómo se deshacía en el aire el polvo que levantaban los últimos de la cuadrilla.

—¿Y dices que cayó desde una altura de quinientos pies? ¡Ojalá el diablo le hubiera partido el cuello! ¿Y que no se le rompieron brazos y piernas en mil pedazos? Habría que escupir en esa maldita garganta. Si hubiera venido a por mí él mismo, en lugar de mandar a su mujer, ya le habría enseñado yo cómo se deletrea la palabra *valiente*. ¡Pero ese cobarde no tuvo valor!

—¿Cuándo callarás la boca, fanfarrón? Si te hubieras topado con Mulá-Nur en persona, bien que se habrían acabado todas tus mentiras y tantas chulerías. ¡Estarías muerto, pero de miedo!

—¿Miedo, yo? Que sepas, mi querido Iskander, que sólo hay un hombre en el mundo capaz de inspirarme miedo, y ése no es otro que el de la imagen que me devuelve el espejo cuando me contemplo en él.

Iskander no pudo soportarlo más. Era tan grande el farol, hasta para un tártaro, que tuvo que echarse a reír.

—¡Ya basta! Me acabas de mostrar una nueva faceta de ti, a mí que creía conocerte tan bien. ¡Monta, y adelante, valeroso Yusuf!

—¿Ya sabes cuál es el camino que hemos de tomar?

—Sí, gracias a Mulá-Nur, que tuvo a bien indicármelo.

—Ve delante, pues, que yo te seguiré, y ¡que a nadie se le ocurra atacarnos por la retaguardia!

Iskander tomó la senda que le había indicado el forajido. Vista desde abajo, nadie hubiera creído que unos seres humanos fueran capaces de aventurarse por allí.

Cuando llegaron a la región de las nieves, Iskander dejó el caballo al cuidado de Yusuf y, vasija en mano, se dispuso a escalar hasta la más alta de aquellas cumbres. Era la primera vez que aquella nieve virginal era hollada por un pie humano.

Iskander se postró en aquel pico que, hasta su llegada, sólo había sido visitado por los ángeles para adorar a Dios. Cuando levantó la cabeza y miró a su alrededor, contempló una tierra maravillosamente bella.

Ante él, se desplegaba la cordillera de montañas que se extiende desde el mar Caspio hasta Avaria. La vista descendía hasta el fondo de los valles y allá, en las honduras, era capaz de distinguir unos ríos tan finos y brillantes como hilos de seda. Todo era silencio y tranquilidad. Iskander se encontraba demasiado lejos como para distinguir a hombres o bestias, y demasiado arriba como para percibir el más mínimo ruido.

Si no hubiera sido porque, en aquellas alturas, libre de toda emanación terrestre, el aire resultaba demasiado puro para los pulmones de un hombre, habría dedicado más tiempo a la contemplación de tan maravilloso espectáculo. Pero las arterias del joven comenzaron a latir con fuerza, como si la sangre, al no estar lo bastante comprimida por la atmósfera, luchase por escapársele a través de los poros.

Comprendió, entonces, que había llegado la hora de cumplir su misión y, con una fe profunda en que todo era posible para aquel Dios del que ya casi nada le separaba, formó una bola de nieve, la introdujo en la vasija y comenzó el descenso, con el recipiente por encima de su cabeza para cumplir con el requisito de que no entrase

en contacto con la tierra.

El descenso era mucho más difícil que la ascensión. Pero, a lo largo de todo el viaje, un poder superior parecía velar por Iskander. Una hora después, más o menos, ya había llegado a donde le esperaba Yusuf. Éste le hizo algunas preguntas, pero Iskander negó con la cabeza. Yusuf trató de gastarle algunas bromas, pero calló al ver que Iskander alzaba un dedo al cielo, muy serio: ahíto, regresaba a la tierra, desde aquellas sublimes cumbres.

—Da la impresión de que, allí arriba, hubieras comido sol y tuvieras miedo de quedarte sin una porción si abrieses la boca —le comentó Yusuf.

Pero por más que habló, no consiguió arrancar ni una sola palabra de Iskander. Con lo que optó por callarse también. A pesar de que cabalgaron deprisa, los viajeros no llegaron a Derbent hasta que la noche ya iba muy avanzada; las puertas de la ciudad estaban cerradas desde mucho antes.

A Iskander se le salía el corazón del pecho; cada latido reavivaba en él temores, dudas y esperanzas. Colgó la vasija de la rama de un árbol, mientras contemplaba, ora la muralla oscura que le separaba de aquélla a quien más quería en el mundo, ora el cielo que veía oscurecerse por momentos. Parecía que quisiera formular una pregunta a la naturaleza acerca de lo que debía hacer, si temer o esperar.

Al poco, observó con satisfacción cómo se arremolinaban unas cuantas nubes en el cielo hasta llegar a empañar la resplandeciente superficie de la luna. Lleno de contento, sacudió por el brazo a Yusuf, que se estaba quedando dormido, y le dijo:

—¡Mira, Yusuf, mira esas nubes que corren por el cielo más deprisa que un rebaño de ovejas!

—¡Un rebaño de ovejas! —acertó a decir Yusuf—. Compra la más pequeña, y sírvete del junquillo de mi escopeta para hacer un guiso. ¡Estoy muerto de hambre!

—Éste es mi animalito —repuso Iskander—, capaz sólo de pensar en su estómago. Las ovejas de las que te hablo, Yusuf, son nubes. Va a llover, amigo mío.

—¡Si llovieran alondras, ten por seguro que me pondría en el extremo de un canalón con la boca bien abierta!

—Duerme, pues, borrico, porque ya dice el refrán que quien

duerme es como si cenase.

—¡Buenas noches, Iskander! —contestó Yusuf, entre bostezos.

Y se quedó dormido encima del *burka*. Iskander, sin embargo, no pegó ojo en toda la noche y no dejó de escudriñar el cielo, cada vez más cubierto.

Al alba, se abrieron las puertas de Derbent y, tan sólo unos minutos más tarde, la población entera ya estaba al tanto de que Iskander había regresado con la nieve del
Shaj-Dag.
Todos los habitantes de la ciudad se arremolinaron en el santuario de la mezquita, en las otras partes del templo y hasta en el patio exterior. Había multitud de curiosos que no querían perderse el momento en que se llevase hasta el mar el agua de la nieve derretida del
Shaj-Dag.
Tras una breve oración, los *mulás*, seguidos por el pueblo, enfilaron el camino que conducía al puerto.

Tímidamente, Iskander portaba la vasija que contenía la nieve licuada, mientras que Yusuf, en medio de un enorme gentío, narraba a voz en cuello los acontecimientos del viaje; aunque, en su relato, la figura de Iskander desaparecía por completo. Por lo que se refiere al propio Yusuf, sin embargo, contaba a quien quería oírle que había estado tan cerca del cielo que había oído cómo roncaban los siete durmientes **[18]** y hasta las voces de las huríes.

Había pasado también un frío espantoso, pero, por suerte, había entrado en calor tras plantar cara a dos osos y a una serpiente de tamaño descomunal. Le hubiera gustado mostrarles la piel del ofidio, que había desollado, pero su caballo se había espantado tanto al verla que tuvo que abandonarla por el camino. Aun así se acordaba perfectamente del lugar donde la había tirado y, al día siguiente, enviaría al muecín en su busca.

Pero por más entretenidos que resultasen los percances de Yusuf, se quedó sin auditorio en el instante en que Iskander se preparó para arrojar al mar el contenido de la vasija. Desde por la mañana, se había levantado un fuerte viento, pero aire no significa necesariamente lluvia, y nadie había visto caer ni una gota. Cuando, tras una larga oración recitada por el *mulá*, Iskander se dispuso a vaciar el contenido del recipiente en el Caspio, se volvió hacia

Festahli, que se encontraba en primera fila.

—Recuerda tu promesa —le dijo.

—Recuerda tú también las condiciones —repuso Festahli—; tu suerte no depende de la nieve, sino de la lluvia. Si Alá te acepta, yo también lo haré.

Iskander alzó la vasija por encima de su cabeza y, a la vista de todos, arrojó al mar el agua en que se había convertido la nieve del Shaj-Dag.

Al punto, como por obra de un milagro, se formó una gran tormenta. Nubes que parecían preñadas de agua cubrieron el cielo; se oyeron truenos a lo lejos, y las hojas, agitadas con violencia por el viento, se vieron limpias del polvo que las cubría. Aunque el aire se los levantaba, las jóvenes tártaras contemplaban todo alegremente a través de sus velos. Todos tenían las manos en alto para sentir las primeras gotas de aquella lluvia tanto tiempo esperada. Por fin, un relámpago desgarró la bóveda brumosa que oprimía Derbent, y pareció que, como dispuestas para un nuevo diluvio, todas las cataratas del cielo se hubieran abierto al mismo tiempo.

Comenzó a caer una lluvia torrencial, que anegó las tierras del Daguestán. Pero, en esta ocasión, a nadie se le pasó por la cabeza ponerse a cubierto o abrir un paraguas. Aquello no tenía nada que ver con una explosión de alegría; era un delirio.

Las papajas volaban por el aire para ir a parar al agua. Plegarias y gritos de júbilo ascendían juntos al cielo. Las gentes se abrazaban, se felicitaban unos a otros, señalaban el agua que caía como una gigantesca cascada, como cien torrentes, desde la ciudad tártara hasta la ciudad rusa, para, desde la fortaleza, precipitarse en el mar.

Iskander estaba más contento que todos los habitantes de Derbent juntos. A él, con la lluvia, también le caía una mujer del cielo.

Dos santones

¿Qué es una juventud sin amor? ¿Qué es el amor sin los jóvenes? La llama siempre arde con más facilidad si el aire es puro, y ¿alguien sabe de un aire más puro que el de la primavera? Cierto que son altas las paredes que rodean los patios musulmanes, y que

sus puertas están cerradas con sólidos candados. Pero el viento se cuela por encima de los muros y hasta por los ojos de las cerraduras.

Por otra parte, los corazones de las mujeres hermosas se encuentran a buen recaudo, atenazados como están por miles de prejuicios. Mas el amor es como el viento: siempre encuentra el modo de llegar hasta ellos.

Aun sin atreverse a reconocerlo, Kassim ya estaba enamorada. Iskander se había convertido en su mejor pensamiento a lo largo del día y, por las noches, en su más dulce sueño. Mientras, como toda joven tártara, bordaba con hilo de oro la funda de la pistola de un prometido al que aún no conocía, Kassim hablaba para sus adentros:

—¡Si esto llegase a ser para Iskander!

Imaginémonos, pues, su alegría, cuando su tío apareció para comunicarle de forma oficial que era la prometida del joven. Se puso más roja que una cereza, y el corazón se le aceleró como el de una paloma en libertad. Se cumplían, así, sus más queridos y secretos deseos. Y a partir de aquel momento, sus esperanzas, carentes de nombre propio, se identificaron con Iskander. Desde entonces, ya podía recibir, orgullosa, los parabienes de sus amigas y charlar con ellas acerca de su futuro marido.

En cuanto a Iskander, se sentía en el paraíso. Como consuelo por no ver a su prometida, su imaginación no dejaba de vagar:

—Sentada en esta alfombra, trabajará; beberá de esta taza; utilizará esta vasija de plata para refrescar sus sonrosadas mejillas, y dormirá cubierta por esta colcha de seda.

Es usual que, hasta aquellas regiones del Cáucaso que siguen la religión de Alí, lleguen *mulás* y clérigos desde Persia, que explican el Corán y cuentan los milagros realizados por sus imanes. Normalmente, esto suele suceder en el mes de mayo. Desde el primer día de tal mes, los chiítas celebran la muerte de Hussein, hijo de Alí, quien, tras la muerte de su padre, se sublevó contra Yesid, hijo de Moaviah, para arrebatarle el califato. Derrotado por el general Obeid-Alá, murió en combate[19]. Los chiítas celebran con gran magnificencia el aniversario de este acontecimiento. La fiesta se celebra de noche, a la luz de innumerables antorchas. En la época de nuestra narración, desde Tapsos, había llegado el *mulá*

Sedek para presidir los festejos, y se había quedado en Derbent durante un mes.

El *mulá* tenía cuarenta y cinco años, pero la exagerada gravedad que afectaba le obligaba a caminar como si fuera un hombre de setenta. A veinte pasos de él, ya se respiraba olor de santidad y aceite de rosas.

Aunque, con frecuencia, elevaba los ojos al cielo, no por eso Sedek se olvidaba absolutamente de este mundo. Tenía pocos amigos, pero en cuanto alguien se le acercaba con dinero en las manos, siempre era bienvenido. En Derbent había recibido innumerables regalos. Pero albergaba la esperanza de llevarse consigo algo más que joyas o dinero. Había pensado en tomar esposa en aquella ciudad y, tras haberse enterado de los mejores partidos, inició algunos avances con los ojos puestos en la sobrina de Hayi Festahli, a quien suponía titular de una enorme dote. Y comenzó por adular al santón. Como el orgullo era el punto flaco del tío de Kassim, en poco tiempo Sedek se convirtió en su amigo más íntimo.

—El fin del mundo no puede estar muy lejos —le decía—. El pez Huta[20], sobre cuyo lomo reposa el universo entero, está cansado de cargar, además de con los hombres, con el fardo más que pesado de sus pecados. Los musulmanes están corrompidos: adoran el dinero, llevan insignias en la solapa y cintas coloreadas les cuelgan de los sables. No sé lo que habría pasado con Derbent cuando sobre la ciudad se abatió la amenaza del Señor, si tú no hubieras estado aquí para que la fuerza de tu virtud paliase los pecados de sus habitantes. Para mí, que eres un hombre puro, respetable; un santón, un verdadero chiíta, que nunca has entrado en tratos ni con los armenios ni con los rusos. Lo que no me puedo creer, y no me gusta nada, es que hayas tomado la decisión de casar a tu sobrina con ese inútil de Iskander, que es más pobre que el perro de un derviche. Cuando me lo contaron, pensé que era imposible, que un hombre como Hayi Festahli jamás arrojaría la perla del Profeta a un lodazal, y que no daría a la hija de su hermano al primer llegado. De verdad, debe de tratarse de una broma, o de una mentira.

—Pues así es —repuso Festahli, confuso.

Y contó a Sedek cómo había pasado todo, la forma en que Iskander había puesto sus condiciones y cómo él se había visto

obligado a consentir en aquel matrimonio.

—Cierto es —añadió— que en Derbent no hay jóvenes pretendientes ricos; parece una maldición, pero todas las fortunas están en manos de personas ancianas.

—¡Todo nos viene de Alá y a Él ha de volver! —repuso Sedek, mientras se atusaba la barba—. ¿No hay también verdaderos fieles seguidores de Hussein en Irán? El sol se alza y se pone dos veces cada día en el imperio del gran rey. Ahí es donde debes elegir un marido para tu sobrina. Santo profeta, si quieres casar a la luna con una de las más hermosas estrellas del cielo, te enviaré a mi primo Mir Herulah Tebri, un apuesto chico, y creyente. Es tan rico, que ha perdido la cuenta de las perlas y diamantes que posee. Y a pesar de todo, es tímido y se sonroja como una muchacha. Cuando pasea por el bazar, todos los comerciantes le saludan, y jamás faltan en su casa las mejores frutas, los pasteles más exquisitos, las más dulces uvas. Todos los que van a visitarle le llevan algún regalo. Si tu sobrina llegase a convertirse en su esposa, ten por seguro que ocuparía un lugar preferente en los baños de Tapsos.

Tal propuesta complacía tanto más a Festahli, por cuanto podía sumir en la desesperación a Iskander, a quien no soportaba. Sin embargo, estaba convencido de que, con ello, faltaba a una promesa sagrada.

De modo que replicó a Sedek que, si tal proyecto se llevase a cabo, él se sentiría el hombre más orgulloso y feliz del mundo, pero que mucho se temía que la madre de Kassim no diera su aprobación. Por otra parte, el comandante de Derbent podría no dar su consentimiento para que una mujer de su ciudad —y rusa por tanto— se casase con un persa. Y en último término, ¿qué pensarían los habitantes de Derbent? El qué dirán, que aún representa algo en París o en San Petersburgo, en las orillas del mar Caspio, como en todo Oriente, equivale a la segunda voz de la conciencia para aquellos que no escuchan la llamada de la primera.

—¿Qué dirán? —replicó Sedek, en tono burlón—. ¡Pues, qué van a decir! ¡Que eres un hombre inteligente! Las faltas siempre son disculpables, pero también conviene repararlas en la medida de lo posible. Francamente, ¿qué tiene en su favor el tal Iskander? ¿Crees de verdad que la nieve que trajo fue la causante de la lluvia? Permíteme que te eche una mano, y te dé mi opinión acerca de

cómo resolver esta cuestión. Mientras tanto, puedes contar que tu hermana se encuentra gravemente enferma y que, por temor a la muerte, ha jurado no casar a su hija más que con un descendiente del profeta, con un imán. Obliga a tu hermana a que no salga de su alcoba y procura que esté callada, o en ningún caso atiendas a sus peticiones. ¿Acaso no has leído en los libros sagrados que Job llegó a pegar a su mujer, porque ésta le aconsejaba que se hiciera amigo del demonio? Por otro lado, ¿acaso es tu esposa la madre de Kassim? ¿Qué es, en realidad, para ti? ¡Una hermana, eso es todo! Haz caso omiso de su voluntad.

—¿Y el comandante? —preguntó Festahli, en un suspiro.

—¿Qué puede hacer él? Además, ¿no podrías engañarle? ¿Qué obstáculos hay para que te hagas con un pasaporte para ir a Persia a ver a tus parientes?

Festahli asintió o, más bien, hacía ya rato que había cedido.

Al día siguiente, Iskander vio cómo le devolvían el *kalmi*, el equivalente al ajuar, que ya había entregado a modo de promesa. Como el joven ya no tenía cabellos que mesarse, casi se arrancó las orejas. Tardó mucho tiempo en aceptar el escarnio de que era objeto. Sin embargo, allí estaba aquella bolsa ante sus ojos, con todo el dinero en su interior. Su anciana tía reconoció no entender nada tampoco, y no dejaba de compadecerse de su sobrino.

Iskander estaba destrozado, y no hacía más que cavilar acerca de la forma de vengarse de Festahli sin quebrantar las leyes rusas. ¡Si en Derbent hubiera habido un kan en lugar de un coronel…! Una puñalada bien dada y todo habría quedado resuelto: Kassim sería sólo suya.

Pero, por muy expeditiva que resultase esa medida, no había ni que pensar en algo así. Iskander se encerró en sí mismo y permaneció mudo como un muerto; ni siquiera reparó en Hayi Yusuf, que llevaba un rato delante de sus narices. Aparte de ser un vago y un mentiroso, el tal Hayi Yusuf era un buen hombre: compartía, pues, la pena de su amigo y, de haber sabido cómo, hasta habría llorado. Tocó con suavidad a Iskander y le preguntó con timidez:

—¿Qué te pasa, mi querido Iskander?

—¿Tú? —repuso Iskander, con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres ahora?

—Venía a decirte que han llegado tres embarcaciones cargadas de trigo, y que todo el mundo está muy contento. Ya ves que se trata de una buena noticia, Iskander.

—Si me hubieras dicho que los barcos han llegado cargados de naderías, la noticia aún sería más placentera.

—¿Así que no estás de humor? Dime qué te molesta tanto.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Acaso no lo sabes? ¿No lo sabe ya todo Derbent?

—¿Así que es cierto que la madre de Kassim no te acepta como yerno?

—¿Su madre? —e Iskander soltó una carcajada, que estremeció a Yusuf—. ¿Su madre, dices? Quia; es ese miserable de Festahli —añadió—; pero ¡acabaré con él!

—¡Cómo se nota, pobre Iskander, que nunca has llevado la vida de los que se esconden en las montañas! En realidad, no es difícil acabar con un hombre y huir al monte; pero, eso sí, hasta el final de tus días, habrás de renunciar a la ciudad que te vio nacer. Si aceptas mi consejo, creo que debería bastarte con una buena somanta de palos. Y luego, te retiras tranquilamente a Bakú. Si persistes en tomar mujer por encima de todo, puedes casarte allí por tres meses. No te costará más que veinticinco rublos. Este tipo de matrimonios son un invento estupendo, sobre todo para personas que viajan mucho. Yo lo he vivido en mis propias carnes. Aquí donde me ves, una vez, estuve casado durante seis semanas. No tuve paciencia bastante como para prolongar la situación. Es más, al cabo de un mes, creo, me escapé de allí, porque cuando estaba dormido, siempre temía que mi mujer, tan desabrida y arisca como era, me mordiese la nariz. Yo que tú lo intentaría. Y estoy convencido de que regresarías aquí con un regalo para mí en muestra de agradecimiento.

Iskander permaneció pensativo y callado.

—Mi querida alma hermana, mi flor de lis, mi orgullosa palmera…, Iskander —prosiguió Hayi Yusuf—, ¿por qué no me haces caso? ¿O es que tienes agua en los oídos? ¡Mira que eres terco con eso de tu prometida! Toma un puñado de rublos, abre la mano en la plaza de Derbent y pide a gritos una novia: verás que se acercarán a ti como aves de corral.

Iskander mantenía la boca cerrada.

—¿Por qué estás tan triste, Iskander? ¡Qué demonios! ¡Ni que tu Kassim fuera una estrella! Mira: tiene un ojo más grande que el otro y, además, es de piel tan oscura que te arruinarías sólo en blanco de España. Incluso te diría que, en mi opinión, es un poco contrahecha. Y no me digas que no, que la conozco, que la he visto con mis propios ojos.

En esta ocasión, Iskander sí que había oído, y agarró a Yusuf por el cuello.

—¿La has visto? ¿Dónde? ¿Cómo estaba? ¿Cuándo? ¿Cómo te atreviste a posar sobre ella esos ojos de basilisco que tienes? ¡Responde, miserable!

—¿Cómo quieres que te responda, si me estás ahogando? ¡Suéltame, en nombre de Alá! ¿No ves que te estoy tomando el pelo? Ya sabes que no tengo ojos más que para mi bolsillo, que, gracias a Dios, carece de agujeros. ¿Dónde podría haberla visto yo? Y aunque así hubiera sido, ¿crees que me hubiera atrevido a mirarla? ¡Como si no supiera que es la prometida de mi mejor amigo! Nunca te cases, Iskander. Eres demasiado celoso como marido para ser un hombre que mantiene tan buenas relaciones con los rusos. Te pasarías las noches en vela y, durante el día, no dejarías de fijarte en todo aquel que pasara por tu casa. Además, ¡no sé cómo lo hacen esos malditos rusos! Dos días llevan en la ciudad y ya han hecho buenas migas con todas las mujeres hermosas. Conoces a Mulá-Kasim; ya sabes lo celoso que es. Bueno, pues se permitió el lujo de comprarse una mujer encantadora. Como el precio pagado había sido alto, se pensó que la iba a tener sólo para sí. Su mujer sólo tenía una amiga; qué menos. Tres veces por semana, la amiga iba a verla a casa de Mulá-Kasim. La conducía él mismo hasta donde se encontraba su esposa y se quedaba a la puerta para evitar que ambas mujeres saliesen a la terraza a contemplar la calle. ¿A que no sabes quién era la amiga? ¡Un joven e imberbe abanderado ruso!

Iskander tomó por el brazo a Yusuf, pero sin dar muestras de enojo.

—¿Un hombre vestido de mujer? —preguntó—. Podría ser la solución. Gracias por tu relato, Yusuf. Muy divertido.

—¡Menos mal! Bueno, te dejo, ahora que veo que estás de mejor humor. ¡Tengo un montón de cosas que hacer! Esta noche, he de

comparecer en la puesta en escena de *Yesid*, en el papel del embajador francés. Y tengo que probarme antes un pantalón muy ceñido, no sea que no quepa en él. ¡Ojalá el diablo se haga un chaleco con la piel de un ruso! ¡Ellos tenían que ser los inventores de esos malditos pantalones! Si por el camino se me cruza un gallo, ya puede estar tranquilo, porque me limitaré a arrancarle las plumas de la cola para hacerme un penacho. Ya verás qué aire más marcial tengo cuando me vea el público. Estoy seguro de que toda la guardia me deseará lo mejor, porque me tomarán por un noble. Y ahora, adiós. No puedo perder ni un minuto más, si no quiero faltar al espectáculo.

Yusuf se fue, no sin antes subir hasta los hombros las mangas de la chilaba para andar más ligero. Iskander se quedó solo y pensativo, aunque sonreía para sus adentros. En medio de tanto parloteo inútil, la anécdota que le había contado Yusuf le había ayudado a madurar una idea: aprovecharse de la fiesta que iba a celebrarse, una especie de carnaval musulmán, para disfrazarse de mujer y poder acercarse a Kassim.

Hay que aclarar que nada se presta mejor a esta estratagema que el traje típico tártaro: amplios pantalones, un *arkaluk* —la túnica típica de los uzbecos— y un enorme velo. Una vez tomada aquella decisión, Iskander ya no pareció estar tan desesperado.

—¡La veré —se decía—, y será mía! ¡Ya verás, Festahli, lo que has conseguido con molestar a un tigre! ¡Kassim, Kassim, espera a tu Iskander, aunque la senda que le conduzca hasta ti se halle plagada de puñales!

Y al instante, Iskander se fue al bazar para comprar un traje completo de mujer, con la excusa de que quería hacerle un regalo a su prometida.

De vuelta a casa, como temía alguna indiscreción por parte de su escudero, le mandó a pastar con los caballos. A continuación, se rasuró por completo la incipiente barba; se pintó los párpados, las cejas y los labios; se puso los pantalones, el *arkaluk* y el velo y, con aquella nueva indumentaria, trató de andar al estilo de las mujeres tártaras, al tiempo que ocultaba entre los ropajes un cordel para, en caso de que se viera obligado a defenderse o atacar, pudiera hacerlo vestido de hombre.

Y esperó con impaciencia a que cayera la noche. Pero el día,

como un tío que deja herencia, se resistía a morir. Finalmente, un repique de tambor llamó a la oración y se encendieron las luces del recinto en el que iba a tener lugar la representación.

Momento que Iskander aprovechó para ponerse en las mejillas las dos plaquitas de oro de rigor, mientras se colgaba de un lado del cinturón el canglar y, del otro, una pistola; a continuación se envolvió en un inmenso velo blanco de la cabeza a los pies y se lanzó a la calle, con un farol en la mano.

Un cuarto de hora más tarde, la joven salía también de su casa, acompañada por dos amigas. Las tres muchachas se disponían a asistir al drama religioso que se representaba en Derbent en conmemoración de la muerte de Hussein, y que guarda muchas semejanzas con los misterios que los cofrades de la Pasión representaban en la Francia medieval.

Todas las plazas y calles estaban repletas de gente a pie y a caballo. Hay que aclarar que en todos los espectáculos que tienen lugar en Oriente, por muy apretados que estén los espectadores, siempre hay un tercio de ellos al menos que va montado a caballo, y que van y vienen como Pedro por su casa, sin preocuparse de si pisan a unos o chocan con otros: quienes van a pie son los que han de apartarse y mirar por su seguridad. La exclamación que más se oye es la de *kabarda! kabarda*!, que equivale a nuestro *¡cuidado!*

Las azoteas, único lugar hasta el que no llegaban los jinetes, estaban abarrotadas de mujeres envueltas en largos velos de colores.

El drama aún no había comenzado. En el escenario, dispuesto para la representación de *Yesid*, que tal era el título de la tragedia, y flanqueado por dos musulmanes, el *mulá* Sedek leía el prólogo, deteniéndose en los pasajes más emotivos, en los que exhortaba a llorar a los espectadores. Y todo el mundo respondía a sus requerimientos con ayes y lamentos.

Aún furioso, Iskander, que había seguido los pasos de Kassim, subió tras ella por la escalera de una casa hasta llegar a una azotea, atestada ya de mujeres musulmanas e iluminada con antorchas. Al verse y reconocerse, las mujeres se besaban, y reían y charlaban unas con otras en un parloteo que parecía no tener fin. Todas llevaban ricos vestidos, y collares de oro y de plata, mostrándose unas a otras el aderezo que acababan de estrenar, más para

presumir que por amistad.

Aunque viva cien años, quien no haya tenido tratos con mujeres asiáticas no sabrá, ni llegará a comprender nunca, la forma de ser de los asiáticos. Frente a los infieles cristianos, los musulmanes llevan siempre una máscara. Fuera del harén, los orientales no muestran el fondo de su corazón, o de su bolsillo, ni a su hermano. A todos los pueblos del mundo les domina la pasión de ponderar sus propias costumbres. Mas, por encima de todos ellos, están los musulmanes. Si hubiera que dar crédito a sus palabras, pensaríamos que son todos santos. Es más, que maridos y mujeres van de la mano por la senda del Corán en el cumplimiento de sus deberes, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda. Un musulmán se muestra tal como es sólo ante sí mismo: entonces no tiene que dar cuentas a nadie de sus acciones, ni a su mujer ni a sus hijos. Sin embargo, la mujer, en ausencia del marido, disfruta de plena libertad: en cuanto ve la parte de atrás de las babuchas del esposo, se torna irreconocible. La que se mostraba callada y humilde ante él, se convierte en charlatana, orgullosa y hasta impúdica con sus amigas, con quienes se expresa siempre con total sinceridad, habida cuenta de que no existen los celos entre las mujeres de Oriente, salvo en lo que se refiere a la riqueza de los ropajes o al valor de los aderezos que lucen.

De ahí que cualquiera tenga la impresión de encontrarse ante un mundo con dos caras, que nada tiene que ver con el europeo, razón por la que aspiramos a que el presente libro sea uno de los primeros en señalar y hacer notar las diferencias que nos separan. Se trata de un mundo aún más inaccesible a los hombres que a las mujeres, dado que el hombre siempre se abre a la mujer, mientras que esto jamás ocurre en sentido contrario.

Supongamos que, de alguna manera, y no me corresponde a mí decir de cuál, el lector se encontrase junto a una musulmana. Imaginemos que haya llegado hasta los baños, y la haya escuchado mientras charlaba con una amiga; que se haya internado en el harén, y allí la haya visto retozar, que es la única palabra que se nos ocurre —está claro que el griego es una lengua más rica que la nuestra—, junto a sus compañeras. Si esto ocurriese, es evidente que nuestro lector habría llegado a saber más por sí mismo que lo que pudiera contarle cualquier musulmán, incluso más de lo que

éste sabe.

Sólo así llegaremos a darnos cuenta de lo extraño que se sintió Iskander en medio de aquellas indiscreciones femeninas. Perdido entre aquel tropel de muchachas bonitas y charlatanas, el joven, que jamás había hablado con una mujer que no tuviese más de sesenta años, las devoraba con la mirada y trataba de enterarse de todo lo que hablaban.

—¡Qué precioso peinado! El roñica de mi marido ha estado en Snizili y me ha traído estos pantalones bordados en oro. Hago mal en decir que es agarrado, porque conmigo no lo es. Nunca me dice que no a nada. Bien es verdad que es muy exigente y que yo, ya sea invierno o verano, procuro hacer todo lo que me pide, sin atender a la estación del año o a la temperatura que haga [21].

—¿Sabías, Fátima —comentaba otra—, que el viejo mono de mi marido ha tomado una segunda esposa en Bakú? Me he quejado y he llorado ante él. ¿A que no sabes lo que me dijo? Que cómo iba a pasarse sin la sal de la vida. ¡Ya me vengaré! Una segunda mujer, ese viejo truhán que no es capaz ni de festejar el sábado conmigo. ¡No, querida, no! ¡Es increíble! ¿No te parece? Pero así son las cosas. Por cierto, ¿sabías que se ha dictado un edicto en Rusia por el que se obliga a todas las mujeres a llevar pantalones? Ya he visto a algunas señoras de aquí, de Derbent, con pantalones blancos, bordados y festoneados con calados. ¡Ya era hora! ¡Vergüenza daba verlas cuando hacía aire!

—¡Jamás te agradeceré lo bastante el magnífico jabón que me regalaste, mi querida Sheker! —pregonaba una tercera—. Me ha bastado con lavarme una vez para que se me quede la piel tan suave como si fuera de raso.

—Murió —comentaba una cuarta mujer—. ¡La mató! ¡Qué pena! En cuanto quería yacer con otro hombre, siempre tenía que andar a hurtadillas. Pero en cuanto el marido se ausentaba, ella se iba de picos pardos, y sin tapujos. ¡La dejó seca!

—¡Qué harta estoy de mis hijos! —decía otra—. ¡Nunca he visto chavales que hayan crecido tan deprisa! Cualquiera pensaría que su madre es una vieja. Además, me traen de cabeza. No lo entiendo. Yo, ni siquiera he tenido un grano nunca. Eso es herencia de su padre.

—Si tienes quebraderos de cabeza por culpa de los chicos, a mí

me duele el alma, pero por culpa de los mayores. Meshli no deja de darme la tabarra: está empeñado en que le compre una mujer.

—¡Pues, cómprasela! Ya es mayor, y tiene edad como para tener esposa. Ayer mismo le vi por la calle.

—¡Mira qué graciosa! ¡Como si fuera cosa de dos copecas! ¡Anda, y que no es caro conseguir una mujer! ¿De dónde sacaría el dinero? ¡Dímelo, lista!

—¡Qué vergüenza! —exclamaba otra—. ¿Y dices que está con un armenio? Como si ya no hubiera musulmanes o rusos…

—¡Mi marido es estupendo! —afirmaba otra de ellas—. ¡Y tan guapo, que se diría que se parece al Profeta en persona! Aunque está un poco gordo, no te imaginas lo ligero que resulta. Imagínate…

Iskander escuchaba todos esos chismorreos con tanta atención, que casi llegó a olvidarse del motivo por el que se encontraba allí. Pero el aviso de que la representación iba a comenzar hizo que se acallaran todos los comentarios.

Todo el mundo se volvió hacia el escenario, dispuestos a contemplar la obra. Con caftán rojo y turbante verde, Yesid estaba sentado en el trono. A su izquierda, y cuatro escalones por debajo, se encontraba el embajador europeo, representado por Yusuf, que lucía un aderezo increíble: un tricornio con un inmenso penacho, un enorme sable y espuelas de seis pulgadas. El séquito de Yesid, unos cuantos comparsas con turbante blanco, formaba un semicírculo alrededor del trono.

Pero ni Yesid en su trono, ni el soberbio acompañamiento de turbantes blancos provocaron un efecto comparable al de Yusuf, con aquel sombrero, que no era capaz de mantener derecho en su afeitada cabeza; con aquel sable, que no sabía dónde guardar, y aquellas espuelas, que se enganchaban en los pantalones de los señores más nobles y adustos de la corte de Yesid.

Mas lo que provocaba mayor hilaridad entre los hombres y entre las mujeres, las más acaloradas discusiones, eran su gigantesca nariz y aquel penacho colosal.

—¡Mirad —exclamó una niña de noble cuna— a ese animal al lado de Yesid! ¿Qué tipo de bestia será?

—Es un león, tontita —le replicó su hermana—. ¿No te acuerdas de que aquel abominable tirano, Yesid, verdugo de califas, siempre

tenía un león a su lado? Si alguien no le caía en gracia, lo arrojaban al león, que lo devoraba. Escucha cómo Yesid le dice a Hussein que abrace su religión o que lo matará, y cómo Hussein estornuda, lo que significa que no lo hará.

—No es un león —insistió la pequeña testaruda—; los leones no tienen pico; es un pájaro.

—¿Un pájaro? ¿Con esa cola en la cabeza? ¿Dónde has visto pájaros así?

—Yo creo que es una abubilla.

—A mí me parece la melena de un león.

—Tiene razón la niña —terció otra chiquilla—. ¿No ves que es un loro? El loro, que hacía de secretario e intérprete de Yesid. ¿No ves cómo le acaricia el califa?

—¿Por qué grita, entonces, como un demonio?

—¡A ver si os calláis la boca! ¡Vosotras sí que parecéis las sobrinas de un loro! —exclamó una señora tártara, de unos ciento cincuenta kilos, que ocupaba como cuatro y que deseaba oír todo, como si ella sola representara un auditorio.

Ante tal advertencia, la discusión se extendió a todas las jovencitas presentes. Unas estaban de acuerdo en que era un león; otras sostenían que se trataba de un pájaro. Pero lo que más debió de halagar a Yusuf era la opinión común de que se trataba de alguna especie de animal. Sin imaginarse siquiera que todos aquellos comentarios se debían a su nariz y a sus plumas, él continuaba con su discurso ante el tirano.

—Sabedor de tus conquistas —decía—, mi rey y señor del Frangistán me ha enviado ante ti para ofrecerte su amistad.

—Que tu rey no coma cerdo, que encomiende a sus aliados que hagan lo mismo y que les ordene que se hagan musulmanes —replicaba Yesid.

—¿Y si no lo aceptasen? —respondía el embajador.

—Que siga mis métodos.

—¿En qué consisten? —aventuró el embajador.

—Mostrad mi método —ordenó Yesid.

Entró un verdugo con un sable en la mano. Yusuf negó con la cabeza.

—¿Qué quiere decir ese gesto? —preguntó Yesid.

—Significa, gran príncipe, que tu método no tendría éxito en

Europa.

—¿Por qué?

—Porque resultaría imposible cortarle la cabeza a un europeo como tú haces con los árabes.

—¿Imposible? —replicó Yesid—. ¡Ahora veremos!

Se dirigió a la guardia y al verdugo:

—Aprehended al embajador europeo —dijo—, y cortadle la cabeza para que compruebe en sus propias carnes que mi método es aplicable en cualquier país.

Guardias y verdugo dieron un paso hacia Yusuf. Pero hacía tan poco tiempo que éste había participado como involuntario actor en una escena parecida en presencia de

Mulá-Nur,

que confundió fábula y realidad a sus ojos y en su imaginación. Y así, al reparar en que la guardia se disponía a detenerle, trató de huir. Y cuando vio cómo el verdugo levantaba el sable, comenzó a chillar como un descosido. Menos mal que llegaron a tiempo de sujetarle, cuando se disponía ya a saltar del escenario, en medio de los frenéticos aplausos de aquella multitud que nunca había visto representar una escena de terror con tanta verosimilitud. Y aunque llevaba ya un buen rato entre bambalinas, aún se le oía pedir auxilio a Iskander.

Pero éste tenía algo más que hacer que acudir en su ayuda. Finalmente, había conseguido acercarse a Kassim: casi no podía respirar de contento; le ardía el corazón y sentía el calor que irradiaban las mejillas de la muchacha; llegaba a aspirar incluso el aroma de su aliento. ¡Normal! ¡Estaba enamorado! Tenía veinte años, y era la primera vez que se sentía así. Pero ya no pudo contenerse cuando, para acomodarse mejor, Kassim se levantó y apoyó una mano en la rodilla del joven.

—Kassim —le susurró al oído—; he de hablar contigo.

Y le apretó la mano con dulzura. El corazón y el alma de la muchacha estaban rebosantes de su Iskander, a quien esperaba ver durante aquella fiesta a la que asistía todo el pueblo de Derbent. Ella no había ido por el drama de Yesid; tenía otras cosas en qué pensar, aparte de aquel sicario de califas.

Había buscado a Iskander por todas partes, pero no había logrado atisbarle. De modo que cuál no sería su sorpresa, su alegría,

cuando oyó aquella voz tan conocida y tan querida. No tuvo fuerzas para resistirse.

Iskander se puso en pie, y ella le siguió hasta el rincón más oscuro de la azotea. La concurrencia estaba tan ocupada con Yesid, que nada había que temer por ese lado. Aun así, Iskander se dio cuenta de que no tenía ni un segundo que perder.

—Kassim —le dijo—, ¿sabes que te amo, que te adoro? Mira lo que me he obligado a hacer para verte un instante, para cruzar cuatro palabras contigo. Ahora entenderás mejor lo que sería capaz de hacer si me dices que no me quieres. ¿Sí o no, Kassim? ¿Sí o no?

A través del velo que los cubría, los ojos de Iskander parecían dos tizones. Tenía la mano izquierda en la cintura de Kassim; la derecha en el gatillo de la pistola. Temblorosa, la joven miraba a su alrededor.

—Iskander —le dijo—, sólo te pido dos cosas, que no me mates y que no me deshonres. Sería feliz si pudiera estrecharte entre mis brazos, como la correa del sable que llevas puesta. Pero ya sabes cómo es mi tío.

Y, tras un momento de duda, se dejó llevar y exclamó:

—¡Iskander, te quiero! —y sus labios se unieron con los del hombre, como el hierro al imán—. Y ahora —añadió—, deja que me vaya.

—Sea; pero con una condición, amor mío: que mañana, por la noche, volvamos a vernos.

Kassim no contestó. Pero en la mirada que dirigió a su amante, al separarse de él, se leía con tanta claridad que sí, que *al día siguiente*, que Iskander dio por concertada la cita.

No podríamos aventurar cómo pasó la noche Kassim, pero sí podemos asegurar que Iskander gozó de dulces sueños. Porque hay pecados que nos permiten dormir mejor que cerrar un buen trato.

De acusado a hombre libre

Dos días después de aquella festividad, se celebraba una gran recepción en la fortaleza de Nasenkal, cerca de la residencia del comandante de la plaza.

Unos cuantos escuderos, armados, sostenían las bridas de las monturas de sus amos. Había gente en los patios, al lado de la

fuente y por las escaleras. El salón ya estaba repleto de invitados, y eso que éstos eran los ciudadanos principales de la villa. A la puerta de la estancia, el intérprete del comandante relataba calurosamente un hecho sin duda extraordinario, a juzgar por la forma en que se le escuchaba e inquiría. En el resto de la sala, se hablaba en voz baja, mientras que los más ancianos se encogían de hombros. No era difícil de adivinar que iba a pasar algo extraño e inusual, si no había ocurrido ya.

—Sí —aseguraba el intérprete—, así es como ocurrió todo, literalmente. Unos bandidos horadaron un agujero en la muralla y llegaron hasta el cuarto del bey Solimán. Aunque éste se despertó, uno de los bandidos ya se había adueñado de las armas que tenía a la cabecera de la cama. Entonces Solimán sacó una pistola de debajo de la almohada y abrió fuego, pero no le dio a nadie. Entretanto, otros dos o tres forajidos habían maniatado a su mujer en la habitación contigua. Al oír el disparo, fueron en ayuda de los que se encontraban en la alcoba de Solimán. Debido a la oscuridad reinante, ni un solo disparo dio en el blanco. Solimán hirió, sin embargo, a tres o cuatro de los asaltantes, pero fue asesinado de cuatro o cinco puñaladas. Los tiros, así como los gritos de Solimán y de su mujer, alertaron a los vecinos. Pero entre que se vistieron, se hicieron con unas cuantas antorchas y acudieron a casa de Solimán, los ladrones habían descerrajado y vaciado los cofres, y se habían dado a la fuga sin que nadie llegase a verlos, y mucho menos a reconocerlos.

—¿Así que no han detenido a ninguno de esos malhechores? —preguntó un recién llegado.

—No; pero parece ser que han atrapado a uno de sus cómplices.

—¿Alguien que les esperaba?

—Sí; hacía las veces de centinela. Llevaba una cuerda enrollada al cuerpo, probablemente para ayudar a sus compañeros a escalar la muralla. Además, iba armado, con puñal y pistola al cinto. Como bey tenía derecho a llevar armas, todo hay que decirlo.

—¿Cómo que es un bey? ¡Es imposible que uno de nosotros sea cómplice de esos ladrones! —clamaron varias voces a la vez.

—¿Por qué imposible? —replicó un mirza, al tiempo que lanzaba una desafiante mirada a su alrededor—. La juventud tártara gusta de llamar la atención.

—Así es; pero el hombre al que me refiero es un bey de pies a cabeza, perteneciente a una de las mejores familias de Derbent, y cuando les diga su nombre, no se lo van a creer. Se trata de Iskander Ben Kalfasi Ogli. Miren: en este instante, el comandante está leyendo el informe del jefe de policía; dentro de un momento, verán a Iskander. Se ha dado orden de traerlo aquí.

La noticia, en efecto, dejó a todo el mundo patidifuso, y muchos eran los que se compadecían de Iskander. ¿Cómo un joven de conducta tan intachable, elegido para ir a buscar la nieve del Shaj-Dag, podía ser cómplice de aquellos bandidos?

Pero la entrada del comandante silenció las discusiones y se hizo un espeso silencio. El militar era un hombre de los que conocen el carácter de los asiáticos al dedillo: inteligentemente afable, para que se apreciase mejor su amabilidad, y severo, pero sin esa rudeza que envenena incluso la más justa de las justicias. Hizo su entrada en el salón vestido con uniforme de gala. Todos los asistentes le saludaron llevándose una mano al corazón y dejándola resbalar hasta la rodilla.

El comandante saludó a la concurrencia y se puso a hablar de asuntos sin importancia. A unos les reprochó con delicadeza sus negligencias, y a otros les dio las gracias por cumplir a conciencia con su deber; estrechó la mano a algunos de los propietarios de Derbent —hay titulares del derecho de propiedad en todas partes—, e invitó a dos de ellos a cenar con él al día siguiente. A continuación, se dirigió a todos los asistentes:

—Ciudadanos, les supongo enterados de lo que pasó anoche. Pienso, con toda razón, que se trata de una hazaña más de nuestros *amigos* de las montañas, y que nada tienen que ver los ciudadanos de Derbent con tales hechos. Les ruego que hagan cuanto esté en su mano para capturar a los ladrones y entregarlos a la justicia. ¿Ya ha interrogado el *mulá* a Iskander? —preguntó al mirza—. Y si así es, ¿qué ha respondido?

—Como es natural, Iskander ha respondido que es tan inocente respecto a todo este asunto como un infante que acaba de ver la luz. Asegura que llevaba la cuerda para irse de paseo fuera del recinto de la ciudad y saltar la muralla a su regreso, fuera cual fuese la hora a la que le apeteciera volver aquí, porque, sostiene con firmeza, se

ahoga entre los muros de la ciudad. En cuanto a las armas, y a modo de explicación, se ha limitado a decir que, como bey que es, tiene derecho a llevarlas.

—¡Bonito paseo —exclamó el comandante—, con una cuerda enrollada al cuerpo! Aunque tengo que reconocer que todo en el pasado de Iskander está en contra del crimen del que se le acusa. Me gustaría verle e interrogarle en persona. Hacedle pasar.

Iskander hizo su entrada cubierto con la papaja, según la costumbre asiática. Saludó con respeto al comandante, y con orgullo a la concurrencia. A continuación, aguardó a que le indicasen el lugar en el que debía situarse. El comandante le observó con frialdad. Ante la sola idea de la sospecha que se cernía sobre su persona, el joven se ruborizó, pero mantuvo firme y limpia la mirada.

—Jamás hubiera imaginado, Iskander —comenzó el comandante—, que algún día tuviera que ver cómo te traían a mi presencia, como a un criminal.

—No hay delito; si me encuentro aquí, es debido a una fatalidad.

—¿Sabes las consecuencias de los hechos de que se te acusa?

—Hasta que no me he visto aquí, nadie me había dicho nada del crimen del que soy sospechoso. Confieso mi imprudencia, y me doy cuenta de que todas las apariencias están en mi contra. Pero ¡pongo a Dios por testigo de que no soy culpable de nada!

—Por desgracia, Iskander —continuó el comandante—, los hombres hemos de ceñirnos a pruebas palpables, y hasta el momento en que tu inocencia quede establecida, deberás permanecer en manos de la justicia. No obstante, si alguno de los presentes se atreve a responder por ti, estoy dispuesto a dejarte en libertad.

Iskander lanzó una mirada interrogante a su alrededor, pero nadie se ofreció como garante.

—¿Cómo? —se extrañó el comandante—. ¿Nadie?

—Es asunto suyo, comandante —respondieron los asistentes, con una inclinación.

—Yo respondo por él y me ofrezco como garante —dijo Hayi Yusuf, tras dar un paso adelante.

El comandante esbozó una sonrisa, y todos los demás se echaron a reír. Pero el militar frunció el ceño, lo que ensombreció a los

asistentes.

—De verdad que me extraña, señores —añadió el comandante—, que ustedes que tan fácilmente salen a favor de la peor canalla que habita en nuestra ciudad, de miserables por los que han respondido mil veces, y que han acabado por huir a las montañas, duden en responder por un joven al que, hace tan sólo ocho días, tenían por el más puro y honrado de todos ustedes. Pero su buena reputación no le ahorrará la pena; es más, si resulta culpable, será castigado con mayor severidad. Mas, hasta que llegue ese momento, es un bey y su vida, hasta ahora ejemplar, habrá de ser respetada. Vete a tu casa, Iskander. Caso de que nadie hubiera respondido por ti, ten por seguro que yo lo habría hecho.

El comandante dirigió un saludo a los reunidos y se fue a la iglesia. El joven regresó a su casa, con lágrimas de agradecimiento en los ojos.

El sol de la mañana doraba la entrada de la mezquita de Derbent. Gracias a sus rayos vivificantes, unos cuantos ancianos entraban en calor y hablaban de tiempos pasados. Dos o tres mendigos merodeaban a la puerta del patio.

No lejos de ellos, un viajero dormía envuelto en su *burka*. A su lado, sentado en una alfombra, se encontraba el *mulá* Sedek.

El santón se disponía a abandonar Derbent al día siguiente por la mañana, y repasaba de memoria todos los pequeños beneficios que le había reportado aquel viaje. Mientras llevaba a cabo tales cálculos, comía una especie de dulce, que remojaba en leche y ajo. De vez en cuando, mojaba una pluma de madera de rosal en un tintero de madera y escribía algo en un trozo de papel. Resultaba curioso observar el apetito con que comía el santón y la satisfacción con que repasaba sus cuentas.

Tan metido estaba en aquel doble placer, que no reparó en el pobre lesguio que, de pie ante él, le pedía limosna. El mendigo solicitaba una copeca con una voz tan desgarradora que hubiera sido un crimen no dársela. Finalmente, el *mulá* Sedek reparó en la especie de monserga que recitaba aquel pobre diablo: levantó la vista, pero al punto la fijó de nuevo en las cifras.

—Señor, hace tres días que no como —decía el lesguio, con la mano extendida.

—Diez, veinticinco, cincuenta, cien… —contaba el *mulá* Sedek,

por su parte.

—Una copeca me salvaría la vida y te abriría las puertas del paraíso.

—Cien, quinientos, mil… —continuaba el *mulá* Sedek.

—Como *mulá* que eres —insistía el lesguio—, acuérdate de lo que dice el Corán: «la caridad es el primer deber de un musulmán».

Al *mulá* Sedek se le agotó la paciencia.

—¡Vete al diablo! —le dijo, enfadado—. ¿Crees que Alá inventó la caridad para los miserables como tú? Mendrugos hay en la ciudad y hierbas en los campos. Cuando tenéis la fuerza de vuestra parte, os dedicáis a robar; cuando no es así, pedís limosna y, en cuanto la habéis conseguido, os burláis del ingenuo que os la ha dado. Nada sacarás de mí. Yo también soy un pobre viajero, y todo lo que tenía me lo quitó ese ladrón de
Mulá-Nur.

El otro viajero, el que se cubría con el *burka* y que no había abierto la boca hasta entonces, se incorporó despacio, se alisó la barba con la mano y preguntó educadamente al *mulá* Sedek:

—¿Tan despiadadamente se portó
Mulá-Nur
como para dejar sin un céntimo a un santón como tú? Había oído decir que era un hombre de principios, y que rara vez se apoderaba de más de dos rublos por cada viajero que caía en sus manos.

—¡Dos rublos! ¡El judío de
Mulá-Nur!
¡Fíate de él, y bien irás si no te saca los dos ojos! ¡Ojalá le fulmine el ángel exterminador y lo ponga a hervir, junto con el oro que me robó, por toda la eternidad, aunque fuera yo mismo quien me viera obligado a fundirlo! ¡Si hasta quiso quedarse con mi chilaba de piel de camello!

—Es cierto —dijeron los ancianos—; el *mulá* Sedek llegó aquí sin esa prenda; sólo llevaba un sobretodo encima. Hicimos cuanto pudimos para vestirlo con dignidad. ¡Maldito sea el bandido
Mulá-Nur!

El viajero del *burka* se puso en pie y, con una sonrisa en los labios, sacó una moneda de oro del bolsillo.

—Maldice al Mulá-Nur como acaban de hacerlo estas buenas

gentes —le dijo al lesguio, con la moneda en la mano—, y tuya será esta moneda de diez rublos de oro.

En un primer arranque, el lesguio tendió la mano, Pero, al punto, la retiró, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No —replicó—; Mulá-Nur ayudó a mi hermano en la desgracia, y le entregó cien rublos. En otras diez ocasiones, al menos, ha ayudado a otros compatriotas míos. No le conozco en persona, pero sé cómo es su corazón. Guarda ese oro, porque no maldeciré a

Mulá-Nur.

No vendo ni mis bendiciones ni mis maldiciones.

El viajero contempló con sorpresa al lesguio, al tiempo que dirigía una mirada de desprecio al *mulá* Sedek. Sacó otras cuatro monedas de oro, y le entregó las cinco al mendigo. A continuación, puso una mano en el hombro del *mulá* Sedek, al tiempo que alzaba la otra por encima de su cabeza.

—Hay en el cielo un Dios de la verdad —exclamó—, y gente bondadosa en la tierra.

Tras lo cual, recogió el *burka*, se lo echó a la espalda, montó en el caballo que había dejado amarrado al muro de la mezquita y se dirigió lentamente hacia el bazar. Tras cruzarlo tranquilamente, enfiló la calle en la que estaba situada la casa del jefe de policía.

El funcionario estaba a la puerta, rodeado de varias personas, e impartía justicia. Aunque ya era viejo, se teñía tan bien la barba que hasta él mismo se hacía ilusiones sobre su edad, y se creía con diez años menos de los que en realidad tenía. Llevaba la casaca cubierta de galones, como un galán; y, a modo de reminiscencia de lo que había sido en su juventud, tenía cuatro mujeres, conservaba tres amantes y, cada noche, trasegaba varias botellas de vino. En una palabra, que de no ser por las lentes, por estar tan arrugado como una manzana vieja y por exhibir una tripa tan enorme como una calabaza, cualquiera hubiera pensado, por lo que comentaba acerca de sí mismo, que estaba en la flor de la edad.

Aquel día Su Excelencia estaba de mal humor, se enfadaba con todo el mundo e injuriaba a todo el que pasaba por delante. En ese estado de ánimo, vio que un jinete se bajaba del caballo y se dirigía adonde él estaba.

—¡*Salam Aleikum*, bey Muzaram! —saludó el viajero.

El policía se sobresaltó como si le hubiera picado un escorpión, y echó mano de la pistola. Pero el forastero se le acercó y le dijo al oído:

—Un consejo, bey Muzaram: no se te ocurra tocar ni un pelo a tus viejas amistades. He venido hasta aquí por tu bien. Puedo hacerte un favor. Entremos en tu casa, y te revelaré algo por lo que todo Derbent me quedará agradecido. Pero, al menor gesto dudoso, sabes que mi pistola está cargada con una bala, que alcanza exactamente donde yo quiero, como si en vez de dirigirla con la vista la guiara con mis dedos. Al menor indicio, abriré fuego. Aunque parezca que vengo solo, no te fíes. Una docena de hombres valientes no me pierden de vista, y acudirán a mi llamada. Vamos, ve tú delante, bey Muzaram.

El jefe de policía no puso objeción alguna, y entró en primer lugar. ¿Qué pasó allí? Como la entrevista se realizó sin testigos, nadie sabría decirlo a ciencia cierta.

Lo único cierto es que, un cuarto de hora después de haber entrado, el desconocido salió de la casa, montó tranquilamente en su caballo, tiró un rublo de plata al mozo que había estado pendiente de la brida de su montura y abandonó la ciudad.

Dos días más tarde, se rumoreó que el célebre bandolero
Mulá-Nur
había tenido la osadía de pasearse por la ciudad. También que, gracias al celo del jefe de policía, que se había percatado de tal circunstancia, fueron enviados tras él doce guardias que no llegaron más que a atisbar las herraduras de la montura de
Mulá-Nur.
Las gentes de más baja extracción decían cosas peores. Pero ya se sabe que nunca hay que creer lo que dicen las personas de escasa educación.

Mientras esto ocurría, el pobre Iskander languidecía entre las cuatro paredes de su casa. Bastaba con que dijese una sola palabra para demostrar su inocencia, pero prefería morir cien veces antes que mancillar el honor de Kassim. Para cualquier poblador de Asia, la espera de un juicio es un verdadero infierno; un asiático acepta con más entereza un suplicio no merecido que una demora en el proceso en el que ha de comparecer.

—Mejor encadenado para siempre, o las nieves de Siberia

—exclamaba con impaciencia—, que la sospecha de los rusos, que me obligan a mostrarles mi estima, o que las burlas de mis conciudadanos, a quienes detesto. Morir a sable, no me importa; pero la horca es como morir dos veces.

Atado por la palabra que había dado, rugía y daba saltos, como un tigre enjaulado, se hacía trizas las mangas de la chilaba y lloraba como un niño.

Por la noche, a esas horas en que ya no hay un alma por las calles de la ciudad, y los hogares se llenan de voces y luces; cuando los musulmanes casados buscan la paz del espíritu junto a su esposa, o incluso junto a las cuatro mujeres que el Profeta les permite tener, y los solteros se dan a la melancolía junto al hogar, Iskander estaba con la cabeza hundida entre las manos, cuando oyó cómo se hacía añicos uno de los cristales de la ventana por algo que le habían arrojado, y que estaba en el suelo del cuarto en el que se encontraba. Descubrió que era una piedra, a la que iba adherido un papel. Lo desdobló.

«Mulá-Nur saluda a Iskander. Mejor cautivo e inocente que culpable y libre; créeme. Sé todo. Haré cuanto esté a mi alcance para que se restablezca tu inocencia. ¡El resto lo dejo en manos de Alá! Paciencia y esperanza. No tardarás mucho en verte libre».

Al día siguiente, Iskander fue requerido para presentarse ante el comandante. Aún no había llegado al despacho del militar, cuando ya todo el mundo le felicitaba por el feliz desenlace. Los ladrones habían sido capturados: se habían reunido en Baktiara para repartirse el botín, les habían rodeado y hecho prisioneros. Dos de ellos eran lesguios; los otros dos, ciudadanos de Derbent. En casa de uno de ellos había una pared doble y, entre ambos lienzos, habían aparecido los objetos robados. El bey Iskander era inocente.

Profundamente conmovido por las atenciones que el comandante había tenido con él, Iskander solicitó entrevistarse con él en privado, y le contó todo: su amor por Kassim y la promesa rota por Festahli. El comandante le escuchó entre alegre y apesadumbrado.

—Iskander —le dijo—, ya ves adónde te ha conducido tu imprudencia. Te concedo que Festahli ha obrado mal. Pero no se venga a un mentiroso con otra mentira. Sólo comete hurto quien roba dinero. Un hombre honrado no hace nada a escondidas. El

secreto y las tinieblas de la noche son refugio de ladrones y bandidos. Tu futura felicidad se halla en tu corazón. Haré todo lo que pueda para que colme también tu vida. ¡Adiós, Iskander! En nombre de todos los que te queremos, sé siempre como has sido hasta ahora, lo mismo que has estado a punto de dejar de ser: un hombre honrado.

Le estrechó la mano con afecto y le reiteró sus deseos de felicidad. Declarado inocente, Iskander ya era libre. Pero la alegría por aquella doble felicidad no le duró más que un segundo, porque le resultaba muy triste pensar que tendría que renunciar a su amada Kassim.

En cada latido de su corazón, sentía el beso que había recibido de sus labios. Recordaba hasta el más mínimo detalle de la última vez que había visto a su amada, y parecía que el alma se le escapase del cuerpo ante el recuerdo de aquella dulce voz que había llegado a convertirse en el eco de su espíritu.

—No —se decía—; la nota de

Mulá-Nur

es una tontería. Y en cuanto a lo que me ha dicho el comandante, a la vista está que no es él el enamorado. Estoy dispuesto a conseguir a Kassim, aunque para lograrlo tenga que cometer un delito, porque sé que, pese a eso, seré feliz a su lado. Incluso aunque me viera obligado a llevármela conmigo a las montañas, de buen grado o por la fuerza. La raptaría, no fuera más que durante una hora, porque anhelo que mi corazón guste de las delicias del cielo.

También la pobre Kassim estaba triste. Y en su soledad, a costa de muchas lágrimas, aprendió a contar lo que son las largas horas de una separación.

—Una rosa se ha adherido a mi pecho —musitaba—, y me ha susurrado que era la primavera. Un ruiseñor me ha regalado con el canto del amor, y yo lo he confundido con *la alegría*. Iskander me ha mirado, me ha dado un beso y, gracias a ese beso, sé lo que es el amor. ¿Dónde estáis, hermosa rosa, dulce ruiseñor? ¿Dónde tú, Iskander mío? Estáis allá a donde ha huido mi felicidad.

El molinero

¿Alguna vez han oído hablar del Tengua? Unas veces parece un

arroyo; otras, un torrente; a veces un riachuelo, y otras un gran río. A lo largo de un cuarto de versta, fluye pegado a una estrecha gruta, que acaba por engullirlo, aunque la corriente la atraviesa con fuerza. Ni siquiera las tormentas de muchos siglos han logrado borrar de las paredes de esa caverna las manchas negras de unas cuantas fogatas.

Rocas enteras, caídas desde las cimas de las montañas hasta el abismo, constituyen el lecho sobre el que golpea y discurre, turbulento, con furia. Se trata de un paraje sombrío y aterrador, cuyo acceso resulta sobrecogedor. La orilla derecha del torrente proyecta sobre el valle la sombra de los macizos rocosos que la albergan. La margen izquierda inunda un estrecho sendero que discurre a través de un bosquecillo.

Que Dios se apiade del jinete que se exponga, sin un guía adecuado, a entablar combate con ese infierno líquido, especialmente en el momento del deshielo, cuando la nieve empieza a fundirse. Y lo mismo hay que decir de aquel que se encuentre con unos bandoleros en tal lugar, propicio como es para cualquier tipo de emboscada, porque tan imposible resulta defenderse como huir.

En dicho sitio, Mulá-Nur, el bandido del que ya hemos ofrecido al lector algunas pinceladas, junto con doce bandidos más, dio el alto a tres regimientos, cuando regresaban con un sustancioso botín fruto de la expedición comandada por el general Pankratief. En el momento en que las tropas estaban a punto de bajar hasta el río, se presentó el forajido, armado y a caballo, arrojó el *burka* al suelo y dijo:

—¡Salud, compañeros! ¡Que Alá os conceda la victoria y el botín! ¡Recibid todos los honores! Pero sería propio de buenos cristianos, como vosotros, que me hicierais partícipe de vuestra alegría. Ya veis que no os lo exijo; simplemente, os lo ruego. Sed compasivos, y que cada uno me entregue lo que quiera. Pensad, hermanos, que regresáis a casa ricos, con regalos para vuestros familiares. Sin embargo, yo soy pobre: no tengo hogar y, si quiero tomarme un respiro en casa de otro, he de pagar un buen puñado de oro. Porque habéis de saber, hermanos, que los hombres me han despojado de todo. Pero, gracias a Alá, aún conservo el don del arrojo, quien, además, me ha concedido habitar en esas cavernas oscuras y en esas peladas rocas que juzgáis despreciables. En estos

lugares, sobre grutas y piedras, soy el rey, y nadie puede pisarlas sin mi permiso. Sois numerosos; bravura no os falta. Pero si pretendéis pasar por la fuerza, no sólo desperdiciaréis mucha sangre, sino mucho tiempo también. Porque no lo conseguiréis hasta que el último de nosotros haya muerto. Incluso las piedras se pondrán de mi parte, y estoy dispuesto a dejarme aquí hasta la última gota de sangre, hasta que no me quede ni un gramo de pólvora. Elegid, pues, porque tenéis mucho que perder; nada, yo. Mi nombre es Nur, *luz*, aunque mi vida sea más triste que las propias tinieblas.

Entre los jinetes, se alzó un clamor. Algunos fruncieron el ceño; otros se enfurecieron de veras.

—¡Pondremos a Mulá-Nur a los pies de los caballos, y pasaremos! —gritaban estos últimos—. ¡Mirad los que somos, y cuántos vosotros! ¡Adelante, y acabemos con esos bandidos!

Pero ninguno se aventuró a dar el primer paso hacia el turbulento río, cuyo vado estaba defendido por los fusiles de aquellos doce forajidos. La osadía cedió a la reflexión, y los tres regimientos consintieron en atender a las exigencias de
Mulá-Nur.

—Te daremos lo que nos parezca, y nada más —le dijeron; y cada jinete arrojaba algo de dinero en el *burka* del bandolero—. Mas recuerda que, por la fuerza, no hubieses conseguido arrancarnos ni uno solo de los clavos de las herraduras de nuestros caballos.

Y así pasaron, de uno en uno, por delante de
Mulá-Nur,
que les saludaba y sonreía.

—¡Por Alá! —aseguraba, tras esta escaramuza, de la que había sacado tres o cuatro mil rublos—. No son tan difíciles de esquilar estos corderos del Daguestán, al menos para mí, que he tenido que despellejar lobos en Karabaj. No se me alcanza la razón de que se quejen tanto de sus cosechas. Yo mismo, sin sembrar, ni labrar la tierra, sin rastrillar, me planto en el camino, pido, y mi súplica me reporta una enorme cosecha. Hay que saber cómo hacer las cosas, y no sólo de las caravanas, sino también de los cañones de nuestros fusiles, obtendremos una buena renta.

Sin embargo, a comienzos del verano de aquel año en que transcurren los acontecimientos que ahora relatamos, nadie había

mencionado ni oído que
Mulá-Nur
se hallase en las proximidades del río Tengua. ¿Dónde andaría? Quizá en el gobierno de Sheki; o en Persia, en busca de asilo, o muerto. Nadie sabía nada, ni siquiera el *mulá* Sedek, quien pretendía haber sido desvalijado por el bandido en el transcurso de su viaje desde Persia hasta Derbent.

El honorable y digno *mulá* Sedek había salido muy temprano de Kuba y, a eso del mediodía, había llegado al lugar en el que el río Tengua, liberado de las ataduras de la caverna, fluye con libertad. Como era tan avaro como la arena del desierto, no quiso contratar a ningún guía, porque habría tenido que pagarle con alguna de aquellas monedas que había conseguido a espuertas en Derbent.

El sol del mes de junio calentaba mucho, y nuestro viajero no dejaba de pasarse el fusil del hombro derecho al izquierdo. No es extraño, pues, que en cuanto divisó el bosquecillo, se pusiera muy contento. Pero, al observar el río más de cerca, comenzó a desesperarse, porque nunca había bajado tan crecido, tan agitado, tan turbulento.

—¡Maldita sea! —murmuró—. Si hubiera sabido cómo era este río, aunque en lugar de rocas arrastrase plata y oro, no se me habría ocurrido intentar vadearlo sin ayuda de un guía. Ha sido una torpeza por mi parte no ajustarme con alguien.

Aterrorizado, contempló el paraje que le rodeaba, en el que no había ni un alma. Pero, tras mirar con más atención, descubrió, atado a un árbol del bosque, un caballo, ensillado y embridado; y bajo dicho árbol, a un aldeano tártaro, que sólo llevaba un puñal, arma que siempre acompaña a los nativos de ese pueblo cuando se encuentran fuera de casa.

Paso a paso, el *mulá* Sedek se le acercó y le observo con precaución. La harina que blanqueaba tanto la ropa como la barba del tártaro indicaba que se trataba de un molinero, que comía a aquella hora. El santón, que, por un instante, había sentido verdadero miedo, se tranquilizó.

—¡Amigo! —gritó al desconocido—. Eres de por aquí, ¿no es así?

—Claro que sí —respondió el molinero, con la boca llena.

—Entonces, conocerás todos los vados del río.

—Claro que me los conozco, puesto que ni el río fluye sin mi permiso. Ahí donde lo tienes, es uno de mis criados.

—Podrías serme de gran utilidad, buen hombre, si me pasaras al otro lado de la gruta; y Alá te bendecirá.

—Espera a que se haga de noche —repuso, con calma, el molinero—. Para entonces, el nivel del río habrá bajado, el caballo estará descansado y yo habré tenido oportunidad de reposar un rato. Entonces, no nos llevará más de un cuarto de hora cruzar al otro lado. Pero, ahora mismo, es peligroso.

—¡En el nombre de Alá, y de Alí y de Hussein, y de todas las plegarias que he recitado! Soy un *mulá*: ayúdame a cruzar ahora mismo, al instante.

—No hay oraciones ni bendiciones que valgan —replicó el molinero—. Jamás me atrevería a vadear el Tengua con semejante crecida.

—Inténtalo, buen amigo, y ten por seguro que Alá te recompensará, porque habrás hecho algo por un *mulá*.

—Por muy *mulá* que sea, no me arriesgaría a morir ahogado ni aunque me obligasen a cruzar al Profeta.

—No eches en saco roto lo que digo. Quizá no sea tan pobre como aparento, y si me ayudas, ten por seguro que algo habrás de recibir.

—¿Qué me darías? —preguntó el molinero, mientras se rascaba la barba y esbozaba una sonrisa.

—Te daré dos monedas[22]; supongo que te parecerá razonable.

—¿Cómo? ¿Sólo dos? Con eso no tengo ni para herrar al caballo. No te ayudaría a pasar al otro lado ni por dos rublos; por lo menos, dos rublos dan para comprar una cabeza nueva, como repuesto de la que me arriesgo a perder si trato de cruzar por este sitio tan espantoso.

El regateo duró un buen rato, al cabo del cual, el *mulá* Sedek acabó por acordar con el molinero la suma que le pedía. Al permitir que fuera el guía quien llevase la brida del caballo, el *mulá* se había puesto en manos de aquel hombre experimentado. Al empezar a cruzar el río y mientras se internaba en la caverna, nuestro santón a punto estuvo de morir de miedo. Pero cuando comenzó a atisbar el otro extremo, un valle cubierto de hierba, sol y flores, recuperó el valor y pensó que ya no había nada que temer.

—¿Por qué no vamos más deprisa, truhán? —requirió al guía.

El *mulá* había recuperado el coraje quizá demasiado pronto, porque precisamente al final del vado, era donde el río se hacía más profundo y peligroso. El guía se detuvo en aquel lugar, mientras sujetaba al caballo.

—¡Bueno, Sedek! —le dijo—. Basta con que avances diez pasos, y te encontrarás en la otra orilla. Vamos a hacer cuentas, tú y yo. Me he ganado una moneda de oro, ¿no?

—¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Te burlas de mí? Ni que te hubiese requerido para que me ayudases a cruzar un puente de plata. Acabemos con esto, amigo mío, y, una vez en la otra orilla, te entregaré las dos monedas apalabradas y te largarás.

—Me parece que habíamos ajustado una cantidad algo mayor.

—Claro, claro. A la fuerza… Me has puesto en un brete, y yo tenía que cruzar el río. ¿Cómo puedes creer que un viajero lleve tanto dinero encima? ¡Con la de veces que me han robado! Vamos, vamos, condúceme hasta la otra orilla, hermano, y, una vez allí, tú, a tus cosas, y yo, a las mías.

—Por supuesto que no —respondió el molinero, al tiempo que negaba con la cabeza—. Ya te lo he dicho, y te lo repito ahora: no me moveré de aquí mientras no haya echado cuentas contigo, y las nuestras no sólo tienen que ver con el hecho de vadear el río hoy. Quizá carezcas de conciencia, *mulá* Sedek, pero sin duda que tendrás memoria. En Derbent, para que la gente fuese más caritativa contigo y te diese más dinero, te inventaste que

Mulá-Nur

te había dado el alto y te había despojado de todo lo que llevabas. Cuéntame cómo ocurrió eso.

—¡Jamás he dicho eso! —exclamó el *mulá* Sedek—. ¡Sea Alá mi testigo!

—Acuérdate del patio de la mezquita, Sedek; de lo que le dijiste al mendigo lesguio, y de lo que le contaste a aquel viajero que dormitaba envuelto en un *burka*. Y ahora, mírame como yo lo hago, cara a cara, y quizá hasta seas capaz de reconocerme.

El *mulá* Sedek fijó la mirada en el guía; al principio, por culpa de la harina, no le había reconocido, pero ahora ya no le quedaba casi harina encima y, poco a poco, la barba blanca se había vuelto negra; bajo dos cejas arqueadas, refulgían un par de ojos, negros

también. Como aun así, no viera el *mulá* que llevaba más armas que el puñal, echó mano del fusil, pero antes de que lo amartillase, sintió la punta de aquella hoja en el pecho.

—¡Si mueves uno solo de los pelos del bigote —le amenazó el fingido molinero—, te advierto que, al igual que Jonás, irás a predicar a los peces, que no han de probar el vino ni beber aguardiente! ¡Vamos! ¡Deshazte del fusil y del sable! A lo que tú te dedicas, de verdad, es a engañar a la gente, tanto en las tiendas como con tus prédicas; mientes por la mañana y por la noche, a todas horas. Pero luchar es un privilegio reservado a corazones valientes, y el tuyo no lo es. ¡Te he dicho que no te muevas, hijo de perra! No voy a desperdiciar contigo ni un gramo de pólvora; por eso no llevo armas de fuego. Si soltase ahora mismo la brida de tu caballo, bastarían cinco minutos para que no fueses más que un cadáver.

Al oír aquellas palabras, el *mulá* Sedek se puso lívido como la cera y se agarró a las crines del caballo: la cabeza le daba vueltas y tenía la sensación de que iba a caerse de la silla, pero no perdía en ningún momento de vista aquel maldito puñal que, como un rayo, brillaba en su pecho.

—¡Piedad; soy un *mulá*! —exclamó.

—Yo también lo soy —repuso el guía—, e incluso más que eso: soy
Mulá-Nur.

El *mulá* Sedek dio un grito y se dejó caer sobre la crin de su caballo, mientras se agarraba al cuello del animal con las dos manos, como si ya sintiera en la nuca el cortante frío del acero. Al ver a Sedek aterrorizado,
Mulá-Nur
se echó a reír y, obligándole a alzar la cabeza, le dijo:

—Con tus mentiras, has mancillado mi honor a los ojos de los habitantes de Derbent. Has hecho creer a todo el mundo que te había robado hasta la última copeca, hasta la camisa. Y eso lo has dicho precisamente de mí, que entrego un trozo de pan al pobre que ha mendigado, sin conseguir nada, a la puerta del rico; de mí, que ni siquiera les arrebato más de una moneda a los comerciantes, para dársela a mis compañeros, los cuales, de no ser por mí, saquearían y matarían sin freno y sin remordimientos. Digo más: tú sí que eres

un ladrón, porque has querido robar a tu guía, y le has negado lo que le habías prometido. Y por si fuera poco, eres un asesino porque, cuando te he reclamado lo que me debías en puridad, has pretendido acabar conmigo.

—¡Ten piedad de mí! ¡Perdóname, buen
Mulá-Nur!
—respondió Sedek.

—¿Alguna vez has llegado a compadecerte de la suerte del pobre a quien veías muerto de hambre? Si me hubieras matado, ¿habrías sentido algún remordimiento? Por supuesto que no, porque eres un miserable: has sacado todo el dinero que has podido de cada letra del Corán y, sólo en tu propio beneficio, has sembrado la desunión en familias enteras. Te conocía; sabía qué clase de hombre eras y, sin rozarte siquiera, te dejé pasar por aquí cuando te dirigías a Derbent. De modo que ni me has visto ni has cruzado palabra alguna conmigo; sin embargo, aun sin conocerme, ya me injuriabas. Ahora ya no tendrás ocasión de mentir más cuando cuentes que te he robado. *Mulá* Sedek, entrégame todo el dinero que llevas encima.

El santón comenzó a dar alaridos, al tiempo que derramaba gruesas lágrimas; estaba atrapado, y tenía que ceder. Uno tras otro, arrojó, pues, todos los rublos que llevaba en el saco que le presentó
Mulá-Nur,
acariciándolos antes de soltarlos, como si quisiera conservar el aroma del dinero entre los dedos. Por fin tocó la última moneda.

—Ahí lo tienes —dijo.

—¿Aun muerto habrías de mentir? —exclamó
Mulá-Nur
—. Vamos a ver, Sedek: si no quieres entablar un conocimiento más íntimo con mi puñal, haz el favor de contar mejor. Aún hay más plata, qué digo, oro, en el bolsillo interior de la chilaba. Sé a cuánto asciende. Te lo puedo decir: algo así como mil quinientos rublos, ¿no es eso?

Sin dejar de lamentarse, Sedek se vio obligado a entregarle hasta la última de las monedas de oro. Mulá-Nur tenía razón: sabía de qué cantidad hablaba. A continuación, llevó a Sedek a la tan anhelada orilla opuesta del río y le obligó a desmontar. El *mulá* pensó, por un momento, que ya estaba en paz con el bandolero, pero se

equivocaba.

—No he terminado todavía —le dijo Mulá-Nur—. Has frustrado el matrimonio del bey Iskander, y habrás de recomponer lo que estropeaste. Llevas un tintero colgado del cinturón. Escribe a Hayi Festahli. Dile que, por el camino, has recibido una carta de tu hermano, en la que te comunica que el matrimonio no entra dentro de los planes de su hijo, que ha preferido ir en peregrinación a La Meca. Puedes decirle incluso que ha muerto, si te parece. Pero arregla las cosas de forma que Iskander se case con su prometida. Si no lo haces, seré yo quien te una a ti en matrimonio, pero con las huríes del paraíso.

—¡Nunca! —exclamó el *mulá* Sedek—. ¡Nunca! ¡No, no y no! ¡Eso no lo haré! Me has quitado todo lo que llevaba encima; habrás de contentarte con eso.

—¿Con que ésas tenemos? —dijo Mulá-Nur; dio tres palmadas; a la tercera, aparecieron doce bandidos más, como si hubieran brotado de las rocas—. El honorable *mulá* Sedek desea escribir —les explicó Mulá-Nur—; os ruego que le echéis una mano, amigos míos, ya que se encuentra en tan loable disposición.

Si tal era el deseo del *mulá* Sedek, al instante comprobó que más no se podía pedir. Uno de los bandidos le desprendió el tintero del cinturón; otro mojó la pluma en la tinta; otro más le puso papel ante los ojos; y un cuarto, tras apoyar las manos en las rodillas y bajar los hombros, le ofreció la espalda a modo de escritorio. Por tres veces, el *mulá* Sedek comenzó a escribir, y otras tantas hubo de interrumpir su tarea, ya fuera por mala voluntad o porque se había equivocado.

—¿Y bien? —le preguntó Mulá-Nur, con un tono de voz pausado que resultaba aún más amenazador.

—La tinta es mala, y estoy tan aturdido que no doy con las palabras precisas.

—Escribe con tu sangre, pues, y piensa con la papaja —repuso Mulá-Nur,

al tiempo que le mostraba otra vez la brillante hoja del puñal—; pero hazlo con presteza. De lo contrario, te llevarás tal puñetazo entre las cejas, que sólo el diablo podrá saber con qué letra del alfabeto guardas parecido.

El *mulá* Sedek comprendió que sus vacilaciones ya habían durado demasiado, y se decidió, por fin, a escribir.

—Pon tu sello al final —le exigió
Mulá-Nur,
cuando hubo terminado de escribir.

El *mulá* Sedek así lo hizo.

—Y ahora, entrégamela —añadió
Mulá-Nur
—; yo me encargaré de que llegue a su destino.

Tomó la carta, la leyó, comprobó que estaba redactada en los términos pertinentes y se la guardó en el bolsillo. A continuación, tiró a los pies del *mulá* Sedek todo cuanto le había robado.

—Ahí tienes tu oro y tu dinero, Sedek —le dijo—; cuéntalo, y comprobarás que no falta ni una copeca. Y ahora, respóndeme: ¿quién de los dos, tú o yo, es más avaro y más ladrón? No creas, sin embargo, que esto es un regalo. Se trata de un anticipo. Como difamaste mi nombre en Derbent, habrás de restituirme la fama en la mezquita de Schumaka. Ve, pues, y no olvides que si no cumples mis órdenes, por mucho que te escondas, una de mis balas siempre estará reservada para ti. Ya has comprobado que lo sé todo; te demostraré también que todo lo puedo.

El *mulá* Sedek se plegó a cada una de las exigencias del bandido. Feliz y contento, recogió el dinero y se lo metió en los bolsillos, no sin antes asegurarse de que éstos no estaban agujereados; se subió al caballo y abandonó el lugar a galope tendido.

Dos días más tarde, el *mulá* Sedek escandalizaba a los habitantes de Schumaka con un sermón en el que elogiaba a
Mulá-Nur
y le comparaba con un león con corazón de paloma.

Conclusión

Es probable que la carta escrita por el mulá Sedek a su amigo

Festahli no permitiera que éste albergara esperanza alguna respecto al matrimonio que tenía pensado. Porque, una semana después de que la misiva hubiera llegado a su destinatario, un día, al atardecer, se oían música y cánticos por las calles de Derbent.

Era el cortejo que acompañaba a la hermosa Kassim a casa de Iskander, su prometido. Todo Derbent les seguía, entre gritos y aclamaciones que retumbaban en el aire, mientras que de las azoteas de todas las casas brotaban innumerables descargas de fusil, tan brillantes como cohetes. Iluminada, toda la ciudad parecía alegrarse con la felicidad de Iskander.

Atento al estruendo y la música, el bey Iskander se había acercado a la puerta de su casa no menos de veinte veces; pero la costumbre le impedía abrirla. Por fin, en la siguiente ocasión, como la comitiva ya había llegado casi al umbral, entreabrió la puerta y asomó tímidamente la cabeza, entonces oyó cómo un jinete le tendía la mano y le decía:

—Iskander, ¡que Alá te conceda toda la felicidad que yo te deseo en este momento!

Tras lo cual, dio media vuelta al caballo, para no quedar atrapado entre la muchedumbre. Pero al llevar a cabo esta maniobra, se dio de narices con Yusuf, quien, como es natural, era el primer testigo de los esponsales de Iskander. Yusuf reconoció al jinete, y no pudo evitar un grito aterrorizado.

—¡Mulá-Nur! —exclamó.

La sola mención de aquel nombre provocó una enorme confusión entre la multitud, que no dejó ya de repetirlo.

—¡Por aquí! ¡Por allí! ¡Atrapadlo! —clamaban diez mil voces a la vez.

Mulá-Nur había desaparecido tan rápido como un relámpago. Los jóvenes que seguían a caballo el cortejo de la novia se lanzaron tras él. Pero se diría que
Mulá-Nur,
más que correr, volaba por las calles de Derbent: en las sombras del atardecer, sólo eran perceptibles las chispas que producían las herraduras de su montura.

Como las puertas de la ciudad ya estaban cerradas, todos pensaron que
Mulá-Nur

no podría escapar. Tras disparar varias veces contra él, se dieron cuenta de que su vertiginosa cabalgada le conducía al mar, donde quedaría atrapado entre las murallas y el agua.

El bandido se detuvo un momento. El mar estaba agitado: las olas saltaban y volaba la espuma; se oía el terrible bramido de las aguas.

—¡Ha caído! ¡Ya es nuestro! ¡Muerte a Mulá-Nur! —gritaron sus perseguidores.

Pero el látigo de Mulá-Nur silbó como el viento, resplandeció como el rayo, y el caballo se arrojó, desde las rocas en las que se había detenido durante unos instantes, a las olas. Los que le perseguían se detuvieron cuando las aguas del mar Caspio ya mojaban las patas de sus caballerías. Y todos miraron al mar, con las manos sobre los ojos, para ver mejor en la oscuridad.

—¡Nada que hacer! ¡Ahogado! ¡Muerto! —dijeron al unísono.

Pero la respuesta a tales afirmaciones fue una formidable carcajada, al tiempo que se escuchaban los vítores de otras doce voces, desde un islote que se alza a un cuarto de versta de Derbent, y que anunciaban a los decepcionados perseguidores que no sólo Mulá-Nur estaba a salvo, sino que se encontraba ya entre los suyos.

En casa de Iskander, las puertas están ya cerradas a cal y canto. En el dormitorio, reina la calma, apenas se oye un débil murmullo. Porque, igual que ruidosa es la alegría desbordante, la felicidad prefiere el silencio y la soledad.

Jacquot el Desorejado

Prólogo

Voy a narrarles la historia del montero de un boyardo, del último representante, probablemente, de las antiguas tradiciones moscovitas, allá en los tiempos de Pedro el Grande y de Byron.

Como comprobarán, el relato tiene más que ver con el señor y la señora de la casa que con el criado, de forma que bien podría haberlo titulado *La princesa Varvara* o *El príncipe Grubenski* en lugar de encabezarlo como *Jacquot el Desorejado*. ¡Qué se le va a hacer! En una época en la que lo primero que se busca para una novela o un drama es el título, antes incluso de contar con el argumento, y habida cuenta de que gran parte del éxito de la obra se deberá precisamente al título, me pareció que *Jacquot el Desorejado* contenía los ingredientes precisos de originalidad como para excitar la curiosidad del lector. Esto en lo que hace al encabezamiento.

En múltiples ocasiones había oído hablar del príncipe Alexis Ivanovitch Grubenski, unas veces en San Petersburgo, otras en Moscú; pero, sobre todo, en Nijni-Novgorod. Siempre que se le nombraba, no faltaban alusiones a sus múltiples excentricidades, algunas bastante increíbles. Pero tales rarezas, que bien podrían haber pasado por rasgos propios de un acusado y desarrollado sentido del humor al estilo inglés, siempre se veían empañadas, incluso en su vertiente más histriónica, por una especie de siniestra nube que las oscurecía y que se cernía sobre aquella vida tan llamativa. Tuve siempre la impresión de que, por encima de las peripecias del *último de los boyardos*, como se le recordaba en las esferas oficiales de Nijni-Novgorod, borradas a medias por el paso del tiempo o por los esfuerzos de quienes preferían olvidar cosas

así, se proyectaba siempre una mancha de color rojo oscuro, como las que se observan en el suelo de madera de la Galería de los Ciervos de Fontainebleau o en el Gabinete Real de Blois[1], signo evidente del derramamiento de sangre.

Por donde quiera que pasaba, todo el mundo me recomendaba que si, por casualidad, hacía un alto en Makarief, no dejase de ir a ver, enfrente del convento, en la otra orilla del Volga, las ruinas del castillo de Grubenski. Tampoco debía perderme la galería de retratos de aquella fortaleza.

Sólo quienes han viajado alguna vez conmigo sabrán dar fe de la tenacidad que muestro ante circunstancias como las que refiero. Allá donde me encuentre, en cuanto intuyo una leyenda, una tradición o una crónica, no hay observación, inconveniente o autoridad capaces de impedirme que, una vez olfateado el rastro, no lo siga hasta el final.

Le hice prometer al capitán del barco de vapor, que había tomado en Nijni con destino a Kazán, que no dejase de atracar en Makarief cuando pasásemos por allí, ya fuera de día o de noche. De modo que desde el punto más lejano desde donde es posible observar, no diré la propia localidad, porque no se divisa Makarief desde el Volga, sino los muros almenados del antiguo convento que se adelantan hasta el río, el capitán, fiel a su promesa, vino a avisarme:

—Señor Dumas, si aún tiene intención de bajar a tierra en Makarief, prepárese, porque en diez minutos atracaremos allí.

Allí estábamos diez minutos más tarde, en efecto. Tras atisbar una seña que le hice, desde la orilla izquierda del Volga, un barquero se aproximó al barco para recogerme. En aquel momento me di cuenta de que un joven oficial ruso, con el que había charlado en alguna ocasión durante aquella travesía fluvial, hacía los mismos preparativos que yo.

—¿Paráis en Makarief, señor? —me interesé.

—¡Así es, por desgracia, señor! ¡Estoy destinado en esa guarnición!

—Eso dice poco en favor de Makarief…

—¡Es un lugar espantoso! No dejo de preguntarme cómo es posible que hagáis un alto aquí, sin tener ninguna obligación. ¿Qué diablos se os ha perdido en Makarief?

—Dos cosas muy importantes: tengo que comprar un baúl y, además, ir a ver el castillo de Grubenski. Debo añadir que, al ver cómo preparabais vuestro equipaje, me he sentido tan encantado como vos desesperado; porque parecéis persona cortés, me dije a mí mismo: «Acabo de encontrar un guía tanto para efectuar mis compras como para la visita que planeo realizar».

—En cuanto a eso —repuso el joven oficial—, no andáis descaminado, y estoy encantado de ponerme a vuestra disposición. Como no hay posibilidad de diversión en Makarief, y como os ofrecéis a dispensarme vuestra grata compañía, acepto de todo corazón. Para mí, será como la miel que se pone en los bordes del vaso de medicina que ha de tomar un niño. Permitidme, sin embargo, que os ponga algunas condiciones.

—¡Os lo ruego! ¡Aceptadas están de antemano!

—Como comprenderéis, desde que la feria se trasladó a Nijni-Novgorod, ya nadie para en Makarief…

—¡Menos quien se ve en la necesidad de adquirir un baúl y de dar una vuelta por el castillo de Grubenski!

—Sí, claro; pero eso no es lo normal. Así que, en Makarief, no hay nada parecido a una posada, o si lo hay, peor que si no lo hubiera.

—¡Adivino lo que vais a decirme! ¡Pretendéis haceros cargo de mi alojamiento y manutención! Ya veis que estoy acostumbrado a los corteses modales rusos…

—Exacto.

—Otro, en mi lugar, inventaría excusas, pero yo acepto encantado —y le estreché la mano.

—¡A fe que no me lo esperaba! ¡Es una suerte! ¡Bajad, por favor, os lo ruego!

En aquel instante, la barca que debía llevarnos a tierra acababa de abordar nuestro vapor. Me despedí del capitán y de algunas personas con las que había llegado a tener cierta familiaridad a lo largo de aquellos tres días de navegación por el Volga, y ocupé un sitio en el esquife; el joven capitán venía conmigo.

—¡Por fin estáis de vuelta, señor conde! —exclamó el barquero, tras haberle reconocido—. El coche os espera desde ayer por la noche.

—Ya —respondió el joven—; pensé que llegaría ayer, pero estos

malditos barcos van a paso de tortuga… ¿Todo bien por Makarief?

—Sí, señor conde, a Dios gracias.

—Hubiera preferido que me dijerais que había habido un incendio en la ciudad, que ya no quedaba ni una casa en pie y que el destacamento había sido destinado a San Petersburgo o, cuando menos, a Kazán. Como veo que no es así, ¡sometámonos a la voluntad de Dios!

Y el conde suspiró con tanto sentimiento que parecía que de verdad confiase en que se hubiera declarado un incendio. En la orilla del río, nos esperaban un coche y un doméstico ataviado con una librea de estilo francés. El carruaje no era el típico *drovski*, sino un elegante coche americano.

Aquello me hizo concebir grandes esperanzas; como, por ejemplo, que en la alcoba que mi anfitrión iba a poner a mi disposición encontraría una cama y una palangana, dos cosas que no había vuelto a ver juntas desde mi salida de Moscú. No estaba equivocado. La residencia del conde Varinkof, pues tal era el apellido del joven oficial, estaba amueblada al gusto francés. Así que, a poco más de una versta del Volga, me encontré con algo parecido a mi dormitorio de París.

Nos esperaba el té, un genuino té ruso, fuerte y perfumado, preparado con toda la sabiduría y el arte que un ayuda de cámara moscovita es capaz de desplegar con tal infusión. Mientras dábamos cuenta de nuestros vasos —en Rusia, el té se toma en vaso; sólo a las señoras les está permitido beberlo en taza—, convinimos en que al día siguiente, después del desayuno, haríamos una excursión al castillo de Grubenski.

Aquella misma noche quedó concertado que, entre las diez y las once de la mañana, habría un barco a nuestra disposición. Antes, el conde Varinkof y yo nos daríamos una vuelta por dos o tres tiendas de baúles, de las mejores surtidas en este tipo de artículos.

A las nueve de la mañana, el conde ya estaba en pie y, juntos, nos fuimos a dar una vuelta por la ciudad. En coche, claro está. Como todo noble ruso que se precie, aquel joven oficial era incapaz de dar más de cien pasos a pie, a no ser por causa de fuerza mayor. Compré dos baúles. Ni que decir tiene que mi anfitrión no me permitió pagarlos. Así son las costumbres de aquel país. ¡Y hay que acostumbrarse a ellas!

Tras haber disfrutado de un opíparo desayuno —el conde tenía un cocinero francés a su servicio—, subimos de nuevo en el carruaje y, de ahí, al barco, para pasar al otro lado del Volga.

En la otra orilla, y al cuidado de dos criados, nos esperaban los caballos. Había que subir una colina tan alta como la de Montmartre, pero la ascensión resultaba fatigosa en extremo para un hombre como el conde, capaz, sin embargo, de escalar las cimas del Cáucaso por senderos propios de gamuzas y cabras monteses, si de lo que se trataba era de ir a luchar contra Shamil [2] y perderse entre las nubes o en los más hondos precipicios. Montamos a caballo, pues, y diez minutos más tarde, nos encontrábamos frente a las ruinas del castillo de Grubenski.

Se trataba de una espléndida construcción, de mediados del siglo XVIII, erigida según planos del famoso arquitecto Rastrelli [3], el mismo que proyectase el Palacio de Invierno, en San Petersburgo, y el Palacio de la Zarina, no lejos de Moscú. Abandonado desde hacía treinta o cuarenta años, había sufrido el destino de todas las cosas dejadas de la mano de Dios, de modo que, aparte de algunas edificaciones destinadas al personal de servicio, una galería y un pabellón, el resto se encontraba en ruinas.

Una vez que los propietarios dejaron de ir por allí, se estableció a sus pies una especie de poblado marítimo llamado Niskevo. Desde la cima de la colina, el antiguo castillo parecía contemplar con mirada taciturna el juvenil ajetreo de aquel hijo que le había nacido ayer como quien dice.

Si se deja vagar la mirada más a lo lejos para seguir el curso del Volga, el granítico espectro del castillo se da de bruces con el monasterio de Makarief. Y a buen seguro que, por las noches, cuando todo duerme, los dos antiguos edificios, con la ayuda del viento, hablan con sigilo entre sí acerca de la fragilidad de las cosas terrenales. A buen seguro, el castillo deplorará los tiempos en que salones, pabellones y galerías resplandecían de luces, rebosantes de anfitriones e invitados, que alimentaban el eco con el estrépito de sus canciones y de sus instrumentos festivos, con el entrechocar de las copas. El monasterio, por su lado, añorará otras épocas de solemnidades litúrgicas, cuando regía los destinos de sesenta pueblos, vasallos suyos, con el repicar de sus doce campanas y los cánticos de doscientos monjes.

Hoy sólo quedan doce religiosos en el cenobio. En lo que hace al castillo, parece como si la raza de sus ilustres señores se hubiese extinguido por completo. Ahora pertenece a un granjero, que tiene la concesión, un tal maese Kirdiapin, cuyo padre sirvió como mozo en el albergue de Razgulai, la mejor fonda de Makarief, cuando allí había posadas, o, mejor dicho, cuando en Makarief había feria.

Habíamos venido desde Makarief por el río, tras pasar de la orilla derecha a la ribera izquierda del Volga, y habíamos subido la pendiente que conducía hasta las ruinas. Ésa había sido la parte fácil de nuestra excursión. Faltaba que diésemos con las llaves del castillo.

Como es natural, los dos o tres criados a los que se había confiado la custodia de aquellas venerables ruinas jamás habrían imaginado que a alguien se le pasara por la cabeza ir a verlas. Como, por otra parte, tampoco les preocupaba demasiado que cualquier banda de desalmados las destruyese, habían estimado oportuno, desde su punto de vista, irse un poco más lejos, y ofrecer sus servicios como estibadores y porteadores a los patrones de los barcos que por allí atracaban. Ese trabajo, además, les procuraba el dulce regalo de compartir mesa y disfrutar de uno o dos vasos de té y un *par de azucarillos*, el placer más apreciado por los rusos de clase inferior.

Pero aquel día, los criados habían comenzado la jornada en el punto en que deberían haberla concluido y, aunque apenas era mediodía, aquellos tres haraganes estaban ya en la taberna. Mediante la promesa de veinte copecas que, en nuestro nombre, les hizo el ayuda de cámara del conde, uno de ellos consintió en abandonar su sitio y, al rato, apareció con las llaves.

Indagación y negociaciones nos habían llevado casi una hora. Pero, mientras tanto, no habíamos perdido el tiempo. Por una brecha, nos habíamos colado en los jardines que antiguamente, y quizá todavía hoy, pertenecían al castillo: era un inmenso parque que se extendía más allá de dos verstas, a lo largo de la cima de la colina, y una de cuyas lindes, gracias a la pendiente, bajaba hasta el Volga. Al contrario de la devastadora acción sobre los edificios, el paso del tiempo había resultado no sólo beneficioso para aquel paraje, sino que lo había convertido en un lugar pintoresco. Dejados a su aire, los árboles solitarios habían experimentado un gigantesco

desarrollo, mientras que los que estaban agrupados se entrelazaban de forma maravillosa. Algunas de las avenidas de tilos, probablemente plantadas durante la época de la reina Isabel, resultaban tan impenetrables para los rayos del sol que, una vez en ellas, uno tenía la impresión de haber bajado al fondo de una mina, como si hubiera seguido una de esas galerías que surcan las entrañas de los Urales.

En los extremos de los paseos, o en medio de praderas invadidas por malas hierbas y espinos, se veían pedestales de piedra sobre los que, en otros tiempos, debieron de asentarse estatuas, obras maestras o copias de esculturas antiguas. En uno de ellos, aún pudimos distinguir las letras *Jov… OMNIPOT*, y en otro, la inscripción *Venus et Adonis*.

Tras abandonar el paseo principal, al torcer a la izquierda, nos encontramos con el lecho profundo, y ya casi seco, de un río artificial. En el fondo, aún corría un exiguo reguero de agua cristalina, procedente de una fuente cercana a la que nos costó trabajo llegar, oculta como estaba entre hierbas de considerable altura. Como, entre vueltas y revueltas, iba de un extremo a otro, es muy probable que, antiguamente, este riachuelo fuese el adorno más gracioso del jardín. Unos cuantos arcos, de magnífica inspiración, cruzaban aquel arroyuelo y remedaban preciosos puentecillos, todavía practicables, aunque ya no sirvieran para nada.

En el lugar más retirado del parque, encontramos un pabellón. Era el recinto que utilizaba el príncipe Alexis. Pero hacía ya tiempo que los vendavales invernales, sus únicos visitantes, habían arrancado y lanzado lejos puertas y ventanas. Si aquellas paredes que, en su día, tuvieron ojos y oídos hubieran tenido también lengua, seguro que contarían todavía hoy historias capaces de ruborizar a las paredes de Monceau y del Gran Trianón [4]. Pero permanecen mudas, salvo cuando la tormenta les presta su grave y oscura voz, la que cada día recuerda a los monumentos lo mismo que la experiencia repite incansablemente a los seres humanos, que nada es seguro, que nada es eterno, salvo la muerte.

En las paredes, aún podían contemplarse algunos frescos mitológicos, bastante bien conservados, que parecían haber sido ejecutados, casi con toda seguridad, por algún pintor francés de la

escuela de Boucher[5]. Representaban escenas como Venus y Marte en las redes de Vulcano, el rapto de Europa por el toro blanco —apariencia adoptada por Júpiter para la ocasión—, una Leda que abrazaba amorosamente contra su pecho a un divino cisne, y una Diana en el baño, sorprendida por Acteón[6]. El techo se había venido abajo.

Frente al pabellón, había unas cuantas piedras y algunos ladrillos cubiertos de hiedra y zarzas. Pregunté a mi joven acompañante qué significaban aquellos montones de escombros.

—Creo haber oído decir —me respondió—, durante la primera visita que realicé a estas ruinas, que pertenecen a otro pabellón idéntico a éste, que había aquí hace tiempo.

—¿Y qué ocurrió? ¿Se derrumbó?

—No. Se asegura que fue demolido adrede.

—¿Sabéis por qué?

—No sé más que lo que se cuenta sobre este particular.

—¿Y qué se dice? Os aseguro que soy el mayor preguntón que existe sobre la faz de la tierra.

—Cuentan que el último príncipe, Danilo-Alexiovitch, cuando vino por aquí hace veinticinco o treinta años, descubrió algo tan fuera de lo común, que no sólo se decidió a demolerlo, sino que él mismo dio el primer golpe de pico.

—¿Qué fue lo que se encontró en el pabellón?

—Ahí está el misterio. Dicen que había una habitación enladrillada, clausurada, condenada, en la que nadie había querido ni tenido valor para entrar. Sin que nadie lo supiera, el príncipe Danilo penetró en ella, y a fe mía, que vio algo tan terrible, que salió de allí pálido como un muerto, y dio orden de echarlo abajo.

En aquel instante, se acercó a nosotros el criado del nuevo propietario, maese Kirdiapin, el mismo al que la promesa de las veinte copecas había bastado para alejar de la taberna. Le pregunté acerca del pabellón destruido. Pero sabía menos aún que el capitán Varinkof, quien, como hemos visto, no estaba muy al tanto del asunto.

El criado traía las llaves del castillo y se ofreció a abrírnoslo. Aceptamos, a la espera de encontrar algo que nos ayudara a establecer una relación entre el castillo y el pabellón.

El criado iba delante de nosotros, y nos introdujo en el castillo

por una puerta de servicio que daba al vestíbulo.

En cuanto abrió la puerta, un aire húmedo, de mohosa vetustez, nos entró por la garganta. Cada paso que dábamos por aquellas losas levantaba una densa polvareda, y el aire, que se había colado detrás de nosotros por la puerta abierta, agitaba jirones de un espléndido tapiz, pariente próximo de los gobelinos, objeto de algún regalo principesco o real.

—Lo mejor conservado del castillo —nos informó nuestro cicerone— es la galería de retratos.

Como, con toda probabilidad, sería lo más interesante de ver, allá nos fuimos, tras dejar de lado el resto de las dependencias del edificio. No sé si fue aprensión o realidad, si se debía a un efecto producido por los pinceles de los diferentes pintores o a la iluminación de cada uno de los cuadros. Pero el caso es que me pareció que todos aquellos retratos, de apagadas tonalidades, arrojaban miradas de odio y rencor sobre quienes veníamos a importunarlos en su muda reunión, en su soledad secular. Parecía que, desde lo alto de aquellos marcos tan ricamente trabajados, aunque retorcidos y deformados por el paso del tiempo, estuviesen prestos a decirnos: «¿Quiénes sois vosotros, seres vivos carentes de discreción, inoportunos visitantes? ¿Quién os ha dado derecho a perturbar el silencio de los muertos? Alejaos; no os conocemos, y nosotros somos unos desconocidos a vuestros ojos. Por más que nos miréis, por más que nos preguntéis, nada sabréis de nuestra desenfrenada vida, de nuestros homéricos festines, de nuestras desquiciadas pasiones».

—Ése es el príncipe Alexis-Ivanovitch Grubenski —afirmó nuestro acompañante, como respuesta a la pregunta no formulada que yo había dirigido a los más recientes de aquellos retratos.

Mi mirada se paró entonces en la figura de un hombre alto, de frente despejada, espesas cejas, nariz romana, labio inferior caído y abultado; rasgos todos que denotaban una fuerte y enérgica voluntad, tan implacable como férrea. Aunque tenía una sonrisa en la boca, había algo de fiero y de amenazante en aquel gesto. Tuve la impresión de que la más mínima contrariedad hubiera bastado para que su frente mostrase las arrugas del odio, para que aquellos ojos negros, tan llenos de picardía y ligeramente acuosos, refulgiesen como resultado de un estallido de cólera fulminante.

Al lado del príncipe, vestido a la usanza de la época de Luis XVI —ya se sabe que en lo que a la moda se refiere, Rusia, en aquella época, llevaba un cierto retraso respecto a Francia—, había otro cuadro que representaba a una mujer alta. Llevaba un vestido de raso amarillo, bordado y con encajes, propio de finales de la era del rey mártir, lo que para un francés vendrían a ser los inicios del Imperio. De rostro encantador, sus ojos traslucían una despierta inteligencia y una indefinible tristeza. Con toda seguridad, aquella mujer habría llevado una vida desgraciada, y los pocos momentos de felicidad que conoció hubieron de ser tan fugaces como un relámpago.

—Se trata de la princesa Marfa-Petrovna —me indicó el criado, quien se dio cuenta de la atención con que contemplaba yo aquel cuadro—; era la esposa del príncipe Alexis.

Por muy interesante que me hubiera parecido el cuadro, mis ojos ya se habían apartado de aquella pintura para ir a fijarse en el retrato de otra mujer, que llevaba un vestido azul, con ballenas, según la moda imperante en la corte rusa hasta 1806 o 1807. Era delgada, y arqueaba la silueta con gesto coqueto; en una de sus manos, encantadora, fina y aristocrática, sostenía una rama de verbena. Pero había algo raro: el rostro de aquella encantadora criatura estaba cubierto por una espesa capa de pintura de color negro.

—¿De quién es ese retrato? —pregunté con avidez al criado que ya me había informado sobre los anteriores.

—En cuanto a esa pintura —me contestó—, no cabe hacer más que algunas suposiciones. Nadie sabe a ciencia cierta de quién se trata. No obstante, la idea más aceptada es la de que representa a la nuera del príncipe Alexis, es decir, a la esposa del príncipe Boris-Alexiovitch, y madre, por tanto, del último príncipe, Danilo.

—Pero ¿por qué esas pinceladas negras que le cruzan el rostro?

—¡Sólo Dios lo sabe! A lo peor, la dama en cuestión no era demasiado bella…

—¿Y no hay rumores sobre un hecho tan extraño?

—No siempre hay que prestar oídos a todo lo que se dice —me replicó, no sin cierta vacilación.

—Pero ¿qué se cuenta?

El criado negó con la cabeza.

—Sólo hay un hombre en el mundo que sepa la verdad de todo este asunto; pero nunca ha querido decir nada.

—¿Quién es ese hombre?

—Vos le conocéis, señor conde.

—¿Yo? —inquirió el joven capitán.

—Sí; se trata de Jacquot el Desorejado.

—¿Ése cuyo nieto está al servicio de mi padre…?

—El mismo.

—¿Vive todavía?

—Acaba de cumplir cien años.

—¿Dónde podemos encontrarle? —pregunté.

—En Makarief.

—¿Habéis oído, capitán?

—Sí. Pero había hecho una promesa: si llegaba a cumplir cien años, iría en peregrinación hasta el monasterio de Troitza. Su cumpleaños fue anteayer, y ayer mismo se puso en camino para cumplir el voto.

—¡Vaya por Dios! ¡Hoy no es mi día de suerte! —exclamé.

—Vamos a ver —me comentó el capitán—. Si os decidís a quedaros conmigo un día más en Makarief, os prometo una cosa.

—Veamos.

—Estar al tanto de la vuelta de Jacquot, pedirle que me cuente de cabo a rabo la historia del príncipe Alexis Grubenski, y hacérosla llegar.

—¿Haríais eso por mí, conde?

—Tenéis mi palabra de honor.

—En ese caso, me quedaré no sólo un día más, sino dos.

Y allí hubiera permanecido no sólo dos días, sino ocho y hasta quince, incluso un mes, de no haber sido por dos compañeros de viaje que me esperaban en Kazán.

El conde Varinkof no sólo era un cortés caballero sino, además, un hombre de palabra.

La prueba es que, dos meses después de mi regreso a Francia, recibí el manuscrito que el lector tiene en sus manos, tal como me fue remitido, y al que, por miedo a restarle un ápice de originalidad, sólo me atreví a modificarle el título, que era, en realidad, *Los años antiguos*. Parecía escrito por un antiguo intendente del príncipe Dando, hijo del príncipe Boris, hijo a su vez

del príncipe Alexis.

Acerca de dónde y cómo encontró el conde Varinkof dicho manuscrito, no sé absolutamente nada, y tampoco creo que el lector tenga gran interés en averiguarlo. Con tal de que lo que sigue le entretenga, habré hecho mi trabajo.

El pabellón rosa

El príncipe Danilo y yo llegamos al castillo de Grubenski el 17 de junio de 1828. El príncipe no conocía aquella residencia. Educado en San Petersburgo, nunca había visitado aquellos parajes en vida de su abuelo, el príncipe Alexis, que había muerto dos años antes de nuestra llegada.

El príncipe Danilo acababa de perder a su padre, el príncipe Boris, y decidió hacerse una idea de cómo era el castillo de Grubenski, del que tantas veces había oído hablar. Llegamos hacia las diez de la noche. El príncipe se acostó nada más llegar, porque estaba muy cansado.

A las ocho de la mañana del día siguiente, reclamó mi presencia en su alcoba. Cuando llegué, se encontraba todavía en la cama.

—Iván —me preguntó—, ¿qué son esos aullidos que he oído durante toda la noche y que no me han dejado pegar ojo ni un solo instante?

—Señor —le respondí—, con toda seguridad habrán sido los perros. Desde la perrera, habrán olisqueado a algún animal salvaje que rondase por aquí.

—Así que —prosiguió el príncipe Danilo-Borisovitch, al tiempo que fruncía el ceño— hay una perrera en el castillo…

—¡Claro que sí, mi señor! —contesté, creyendo que le comunicaba una buena noticia—. Hay una soberbia jauría a vuestra disposición. Nada menos que quinientos perros corredores, ciento veinte de muestra y sesenta lebreles. Además, hay cuarenta mozos que se encargan de la perrera.

—De modo que tengo en casa —reflexionó el príncipe— entre seiscientos y setecientos perros, y cuarenta hombres a su cuidado…

—Más o menos, monseñor —respondí.

—Pero esos malditos animales —replicó el príncipe— deben de comer tanto pan en un solo día como para saciar a ciento cincuenta

pobres durante un mes…

—¡Y mucho más, monseñor!

—Pues, bien; te encargo, Iván, que todos esos perros sean ahorcados o ahogados esta misma noche; en cuanto a los criados, búscales otra ocupación. Despide a quienes sean capaces de ganarse la vida en otro lugar. El dinero que, hasta hoy, se destinaba a la jauría servirá para erigir una escuela primaria en Makarief o en Niskevo.

—Se hará según vuestras órdenes, Excelencia —repuse.

Tras hacer una reverencia, abandoné la estancia para ordenar que los seiscientos ochenta perros corredores, perdigueros o galgos, fueran ahorcados o ahogados esa misma noche, tal y como quería nuestro amo.

Media hora más tarde, cuando la matanza iba a dar comienzo, apareció por el castillo un hombre de unos sesenta años: tenía la cara arrugada, y sus blancos cabellos le llegaban hasta los hombros. No tenía más que un diente, pero sus ojos refulgían con tanta intensidad, que parecían proclamar que aún faltaba mucho para que llegase al final de su vida. En cuanto a su vestimenta, llevaba un traje de terciopelo de color frambuesa, con pasamanerías doradas, unos calzones de piel y enormes botas de estilo francés. Iba ceñido con un cinturón circasiano, y portaba un cuchillo de caza al costado. En la mano, llevaba un tricornio.

Aunque un poco duro con los perros, como se habrá comprobado, el príncipe Danilo era todo un filántropo y dispensaba un magnífico trato a todo el mundo. Recibió al viejo con afabilidad, y se interesó por saber quién era.

—Estoy a vuestras órdenes, monseñor —declaró, con voz firme—. Soy un anciano siervo de Vuestra Excelencia. Me llamo Jacquot el Desorejado y, hasta el momento de su muerte, ostentaba el cargo de primer escudero del príncipe Alexis, vuestro abuelo.

Sin duda, aquel nombre no le sonó extraño al príncipe Danilo, porque rápidamente se fijó en aquella cabeza desprovista de orejas, apéndices cuya carencia había obligado a Jacquot a adoptar el apodo por el que era conocido.

—Sé bienvenido, amigo mío —dijo el príncipe Danilo—, y toma asiento, que vendrás cansado.

—Gracias, monseñor, pero no estaría bien que yo me sentase en

presencia de Vuestra Excelencia. No vengo más que a postrarme ante vos, y a solicitaros que atendáis a un ruego que he de haceros.

—¿De qué se trata, buen hombre? —preguntó Danilo-Borisovitch.

—Se dice, monseñor, que habéis permitido que caiga sobre nosotros vuestra principesca cólera.

—Pero ¿qué dices, Jacquot? Sin duda, has perdido el juicio…

—Monseñor, no sería raro que alguien perdiese la cabeza ante un acto tal de inhumanidad como el de dar la orden de exterminar a seiscientos ochenta perros, que ningún mal han hecho a nadie. Desde mi punto de vista, es una decisión comparable a la matanza de los Santos Inocentes, que ordenara Herodes. ¿En qué os han ofendido esos pobres animales? Oídme bien: no es baladí verter tanta sangre y, aunque se trate de bestias tan sólo, también deberéis responder de ella ante Dios.

—¡Basta ya, vejestorio! He decidido que se haga así, y tú no eres quien para…

Pero, con arrojo, el anciano interrumpió a su señor.

—¿Por qué no habría de hacerlo? ¿No soy el único defensor que Dios ha concedido a esos pobres animales? Si yo me callase, ¿quién alzaría la voz por ellos? Así que pienso seguir adelante con mi defensa. Monseñor, ¿cómo podéis ser tan cruel como para ordenar la matanza de esos pobres perros? Esa jauría, iniciada por vuestros antepasados, ha llegado a formar parte de la familia. Existe desde hace más de cien años; siempre renovada, pero siempre la misma manada. Su fama ha traspasado las fronteras de Rusia, y ha llegado hasta Francia y otras cortes extranjeras, hasta el punto de que diferentes soberanos se pusieron en contacto con vuestros antepasados con el fin de tener algún animal de la misma raza. Y de repente, sin ninguna razón, vos queréis proceder a la extinción de una raza tan apreciada. ¿Qué es lo que se te ha pasado por la cabeza, padrecito? —preguntó el anciano, más que exaltado—. Si llevaras a la práctica tan horrible mandato, los huesos de tus padres se revolverían en sus tumbas, y hasta el espectro del pobre Alexis abandonaría su ataúd para señalarte con un brazo descarnado y maldecirte… Tened en cuenta, dignísimo señor y venerado amo, que la rehala de los príncipes Grubenski permanece intacta, aunque su número haya ido en aumento, desde los tiempos de Pedro el

Grande, de feliz memoria. ¿Qué razón puede guiaros a tomar una decisión tan cruel como la de hoy? No debéis olvidar que la matanza de los *strelitz* [7] fue una mancha que le costó mucho lavar a aquel gran emperador, y eso que eran culpables. Estos perros no tienen culpa de nada, y tal acto representaría para vos y para vuestra descendencia una vergüenza eterna, una imborrable humillación. Y no sólo por el hecho de perder la jauría, sino por los remordimientos de vuestra propia conciencia, que habría de soportar el enorme peso de tamaño desatino. Mi señor, también los perros son criaturas de Dios. Y las Escrituras afirman que bienaventurados serán aquellos que amen a los animales. Padrecito, ¿cómo es posible que, con ese rostro tan bondadoso, os atreváis a ir en contra de la voluntad divina? Ya veis, monseñor, que para acudir a vuestra presencia, me he vestido con los ropajes que utilizaba cuando tuve el honor de ser palafrenero de confianza o, lo que es lo mismo, escudero de vuestro abuelo, de feliz recuerdo, el príncipe Alexis. Hace, pues, más de seis años que estas ropas dormían en un armario. Pensé que no habría de llevarlas hasta el día de mi muerte. Observad, monseñor, que llevo ceñido hasta el cinturón circasiano que él me entregó tres días después de la honrosa llegada de vuestra madre al castillo, cuando vos estabais aún en la cuna. A los tres días de aquel acontecimiento, que todo el mundo temía, pero que Dios se dignó bendecir, se organizó una gran cacería. Ninguno de nosotros llegó a cazar el zorro, excepto nuestro vecino, Iván Ramirof, quien estuvo cerca de conseguirlo. A la vista de las circunstancias, yo mismo me lancé tras el maldito animal, y lo cacé, con lo que quedó a salvo el honor de esta familia. Y ahora que ya os he expuesto todo lo que tenía que deciros, actuad según vuestra voluntad, monseñor. Pero os advierto que no abandonaré esta estancia hasta que no haya obtenido gracia para esos perros.

—¿Qué es, pues, lo que quieres? —se interesó el príncipe, que ya comenzaba a ablandarse tras tan larga requisitoria.

—Os ruego, mi príncipe, que si, a pesar de lo que os he dicho, vuestra voluntad inflexible es la de ahogar o ahorcar a esos perros, Vuestra Graciosa Excelencia me corte antes la cabeza. A continuación, podréis acabar con la vida de esos pobres animales, ya que ninguna otra voz se alzará para solicitar vuestra clemencia. Con esta ropa y este cinturón, con esta vestimenta, compareceré

ante vuestro padre, ante vuestros abuelos, ante vuestros antepasados y ancestros. Y les mostraré a los pobres perros degollados, los mismos que ellos cuidaban con tanta solicitud como a la niña de sus ojos. Qué dirán ante tal panorama, si me permitís que formule una pregunta así. Soy un hombre a la vieja usanza —continuó el anciano, tras negar con la cabeza—, y vuestros modales de ahora se me antojan extraños. Así que os ruego que dispongáis de mi vida cuanto antes para que llegue a unirme con aquéllos cuyas costumbres honraba, y que me dieron muestras de su afecto por el mero hecho de que yo quería a mis pobres perros.

No le quedaban fuerzas al pobre anciano para nada más. A la vibrante energía que le había sostenido hasta ese momento siguió un completo decaimiento. Su voz se apagó, su respiración se volvió entrecortada, y las piernas le temblaban con violencia. De no haber sido por el apoyo que el príncipe le brindó, se habría desplomado en aquel instante.

Se lo llevaron sin conocimiento. Pero la calurosa intervención del viejo Jacquot el Desorejado salvó a los perros. Y la jauría, que más tarde habría de desaparecer, fue preservada. Y no sólo conservó la manada, sino que el príncipe Danilo-Borisovitch cobró un cierto afecto al anciano Jacquot. En ocasiones, le mandaba llamar para que le contase cosas de tiempos ya pasados y, a veces, permanecían juntos durante horas enteras.

En una de esas ocasiones, tras una de aquellas largas conversaciones con Jacquot, y siendo ya de noche, el príncipe mandó a buscarme. Cumplí inmediatamente sus órdenes. El príncipe estaba vivamente emocionado.

—Iván-Andreovitch —me espetó—, ¿serías capaz de pasar unas cuantas horas conmigo?

—Espero estar a vuestro lado toda la vida, mi príncipe —le respondí.

—Sí, sí, así será. Pero espero algo más. ¿Serías capaz de ayudarme a demoler…? —y el príncipe guardó silencio.

—¿Qué hay que hacer? —pregunté.

—Demoler, o perforar, un muro de piedra. Jacquot acaba de relatarme una historia muy extraña, que tiene que ver con mi familia y, de forma especialísima, conmigo. Ya ves, Iván-Andreovitch: necesito saber con certeza si lo que me cuenta es

verdad, o si, por el contrario, se trata de historias de viejos. Pero no puedo llevar conmigo a ningún extraño, y mucho menos a alguno de mis siervos. Espero que no me digas que no, Iván…

Como es natural, asentí al instante, no sin preguntar al príncipe por lo que le había contado Jacquot.

—Mañana, mañana —me respondió el príncipe—. Quizá, a fin de cuentas, no sea más que una tontería. A veces, tengo la impresión de que el pobre Jacquot comienza a desvariar, porque lo que me ha contado me parece increíble. Pero debo cerciorarme por mí mismo. Así que, mañana, sabremos a qué atenernos con respecto a sucesos tan extraños. Cuento contigo, Iván.

Una vez que hube renovado la promesa de ayudarle en todo lo necesario al día siguiente, el príncipe comenzó a hablarme de asuntos relacionados con la explotación de las tierras, la siembra y la tala de árboles. Aunque disertaba sobre todo eso con soltura, a la vista estaba que otra era la cuestión que le preocupaba, porque no prestaba atención a nada de lo que yo le decía, y lo que él me explicaba guardaba tan poca coherencia, por otro lado, que se me hacía difícil seguirle.

—¡Hasta mañana! —exclamó, tras ponerse en pie, y me estrechó la mano.

—Al igual que hoy, mañana estaré al servicio de Vuestra Excelencia.

Tengo que confesar que el halo de misterio que rodeaba todo aquel asunto se había adueñado de mi espíritu, y aguzó tanto mi imaginación que no pegué ojo en toda la noche. Más me valió que las cosas transcurriesen de aquella manera, porque, en cuanto despuntó el primer rayo de sol, el príncipe mandó a buscarme.

—¿Dispuesto, no? —me dijo en cuanto entré en su gabinete—. Yo también estoy listo; así que vamos allá.

Y para dar ejemplo, fue el primero en bajar por la escalinata, no sin haber dado antes órdenes muy precisas para que nadie fuese al jardín, ni siquiera Jacquot el Desorejado. Atravesamos casi todo el parque, cruzamos los dos puentes sobre el río artificial y nos dirigimos al pabellón rosa. En la antecámara del mismo, había dos picos, unas cuantas velas de cera y una caja de madera negra y de mediano tamaño. Todas aquellas cosas las había llevado allí el príncipe antes de nuestra llegada.

El pabellón tenía cinco o seis estancias. Después de atravesar tres de ellas, el príncipe se detuvo, golpeó un ancho muro con una palanca que llevaba en la mano y exclamó:

—¡Aquí es!

Nos pusimos manos a la obra y, al cabo de una hora y media, habíamos practicado en la pared un boquete lo bastante amplio como para que pasase un hombre. El príncipe encendió dos velas, me dio una y penetramos en aquella oscura estancia, hasta entonces cerrada a cal y canto. A punto estuve de quedarme del otro lado del muro, en cuanto percibí el hedor que emanaba de aquella especie de tumba. Pero, al ver que el príncipe se introducía en aquel agujero, seguí sus pasos.

Nada más entrar, los pelos se me pusieron de punta. No era sólo el olor a cadáver que impregnaba mis narices, sino que, en medio de aquellos restos de muebles medio carcomidos, apareció, en el suelo, un esqueleto humano.

A la vista de aquello, el príncipe se persignó y exclamó:

—¡Señor, ten piedad del alma de tu sierva, que quizá murió presa de la desesperación!

Pasados unos minutos en silencio, se volvió hacia mí y me dijo:

—El viejo no había mentido.

—Pero ¿qué es todo esto? —pregunté, apenas repuesto de la fuerte emoción que acababa de sufrir.

—Mi querido Iván-Andreovitch, éstos son los pecados de los viejos tiempos. Algún día te lo contaré. Ahora mismo, sería incapaz. Ayúdame a recoger todo esto.

Una vez más, me dio ejemplo, y se dispuso a apilar piadosamente los huesos esparcidos a sus pies. No sin un esfuerzo inaudito, me puse a ayudarle. Colocamos aquellos despojos en la caja que el príncipe había traído al efecto, y que cerró con una llave que se guardó en el bolsillo. Mientras reuníamos aquellos restos mortales, aparecieron un par de pendientes de diamantes, fragmentos de un collar de perlas, una alianza de oro, unos hilos metálicos y algunos fragmentos de ballenas que llevaban adheridos todavía jirones medio podridos de un vestido de seda, cuyo color hubiera resultado imposible de adivinar. Con cuidado exquisito, el príncipe recogió los pendientes, los restos del collar y la alianza. Cargamos la caja entre los dos y, muertos de cansancio y

extenuados por tan fuertes emociones, regresamos al castillo.

—Enviadme de inmediato cincuenta obreros con picos y palancas —le dijo el príncipe al capataz, que pasaba por el patio.

Me fui a mi aposento para asearme y cambiarme de ropa. Cuando volví al castillo, no encontré al príncipe en el despacho que solía ocupar habitualmente.

—¿Dónde está el príncipe? —le pregunté a uno de sus lacayos.

—Ha ido a la galería de retratos —fue la respuesta del sirviente.

Me encaminé hacia allí y, en efecto, en aquella estancia le encontré, cubierto de polvo y yeso de los pies a la cabeza, en el mismo estado en el que le había visto cuando abandonamos el pabellón rosa. Inmóvil y sumido en un profundo silencio, contemplaba el retrato de una mujer, el cual, por un extraño capricho de alguno de los antiguos moradores del castillo, tenía el rostro cubierto con una gruesa capa de pintura negra. La caja que contenía la osamenta estaba en el suelo, a los pies del retrato. Miré al príncipe, y observé que lloraba quedamente. Alguien vino a avisarle de que los obreros ya habían llegado. Se limpió el rostro, anegado en lágrimas, y salió tras hacerme una indicación de que le siguiera.

El príncipe condujo a los albañiles hasta el pabellón rosa y, una vez allí, dio orden de arrasarlo hasta los cimientos, con el encargo de que todos los materiales de construcción que de allí se extrajesen fuesen transportados a la iglesia de Niskevo, templo cuya construcción él mismo había propiciado. Antes de que los obreros se entregasen a la faena, quiso penetrar una vez más en aquella estancia sepulcral con el propósito de echar una última ojeada a los objetos que por allí pudieran quedar. Y no fue en vano. En una de las paredes, grabada con un objeto punzante, había una inscripción de la que no pude leer más que «Año de 1807, 14 de octubre… ¡Adiós, Boris, mi bienamado! Tu querida Varvara…, aquí, por la crueldad de tu…».

—¡Un hacha! —gritó el príncipe—. ¡Un hacha!

Con mano temblorosa, le tendí el hacha. Porque de aquellos nombres, Boris era el de su padre, y Varvara, el de su madre. Tomó el hacha y destrozó la piedra en la que se encontraba la inscripción, mientras gritaba repetidamente a los obreros:

—¡Demoledlo! ¡Arrasadlo y destrozadlo todo! ¡No quiero que

quede ni rastro de este pabellón antes del anochecer!

Y aquella misma noche, de aquella construcción no quedaron ya ni los cimientos.

Al día siguiente, al alba, un carruaje del príncipe nos esperaba a la puerta del castillo. Subimos en él, y nos llevamos con nosotros la caja que contenía el esqueleto, envuelta, como si de un ataúd se tratase, en un paño negro bordado con una cruz plateada.

—Al monasterio de Makarief —ordenó el príncipe al cochero.

Una vez allí, nos encontramos a todos los monjes reunidos en el patio. Depositamos la caja en el panteón de los príncipes Grubenski y después asistimos a unas exequias por el alma de la princesa Varvara.

Aquella misma noche, el príncipe Danilo-Borisovitch, último vástago de la estirpe de los príncipes Grubenski, partió para San Petersburgo, conmigo como único acompañante, tras haber despedido y otorgado la libertad a la servidumbre.

Tres años después, murió, y no se olvidó de mí ni de Jacquot el Desorejado en su testamento.

En seguida, comenzaron a circular rumores entre el populacho sobre nuestra misteriosa indagación y la demolición del pabellón rosa. Como algunos nos habían visto volver de allí con una caja negra, se especuló con que el príncipe había encontrado un cofre repleto de oro y piedras preciosas. Para dar más alas a todos aquellos chismes, tras su vuelta a San Petersburgo, el príncipe Danilo se encargó de propalar él mismo que Jacquot el Desorejado le había revelado la existencia de un escondrijo en el que el príncipe Alexis había depositado algunas de las joyas pertenecientes a la familia. Y todo el mundo felicitó al príncipe por tan venturoso hallazgo. Como, por otra parte, tanto Jacquot como yo mismo habíamos recibido instrucciones precisas de ofrecer idéntica versión, todo el mundo se creyó la historia a pies juntillas.

El príncipe Alexis

—No, padrecito —me comentó un día Jacquot el Desorejado, en una de las conversaciones que sostuvimos tras su afortunada intervención a favor de los perros—; no, en los viejos tiempos, no se vivía como ahora. Antiguamente, cuando alguien era un gran señor

llevaba una vida como convenía a su categoría. Pero, actualmente, en el reinado de nuestro buen emperador Nicolás, que Dios guarde, todo se ha vuelto pequeño y mezquino. Los esplendores de la vieja época declinan y desaparecen con cada día que se va. Es muy probable que el mundo se encamine ya hacia sus años postreros y marche hacia el final a pasos agigantados… Te repito, padrecito Iván-Andreovitch —continuó Jacquot, tras un prolongado suspiro—, cuando miro a mi alrededor, a veces cometo el pecado de pronunciar palabras tan impías como éstas: «¿Por qué, Señor, en vuestra cólera, habéis tomado la decisión de que me cuente aún entre el número de los vivos? Porque creo que ya ha llegado la hora de que mis viejos huesos duerman el sueño eterno. ¡Por lo menos, mis ojos no estarían obligados a ver los tiempos que corren, y no verterían tan amargas lágrimas!». Todo ha quedado reducido a unas dimensiones tan pequeñas y mezquinas que nos hacen sentirnos avergonzados a quienes hemos conocido días más gloriosos.

Déjame poner como ejemplo a mi señor, el príncipe Dando, que ejerce su señorío sobre un millar de almas, y que cuenta con treinta o cuarenta criados para todo el castillo. ¡Nada más! ¿A quién se le ocurre que un servicio así sea suficiente para una casa como ésta? Ya sé que la jauría es preciosa; pero, ya comprobaste que, de no haber sido por mí, los perros se habrían perdido. Bueno, por lo menos nos queda la rehala… ¿Dónde están los músicos, los cazadores, los enanos, los bufones, los negros, los ojeadores, los mudos? Y sin embargo, antiguamente, eran personal variable; fíjate en lo que te digo: no eran sino los aderezos de cualquier apellido que se preciase un poco. Ya puedes buscar, Iván-Andreovitch, porque no verás ni rastro de ellos. Y no sólo en el castillo de mi señor; en ninguna de las casas de ninguno de los grandes señores rusos de hoy en día. ¡Todos viven en una dejadez deplorable! Me atrevería a apostar que, entre la generación de los actuales señores, no encontrarías a ninguno capaz de conducir una carroza de seis caballos. Porque todos ellos, sin excepción, llevan a lo sumo dos caballerías. ¡Y no se avergüenzan de que los tomen por pobretones o por mercaderes! Aunque bien mirado, ¿qué valor ha de dar a los caballos una gente así? Hemos llegado a tal aberración que les basta con aparejar una sola montura a un único carruaje, apenas visible, de forma que el lacayo se sienta al lado del señor y, tras cruzar los

brazos, consiente en que sea el mismo señor quien le guíe, ¡su señor, convertido en cochero de su sirviente!

Querido Iván-Andreovitch, mira que soy yo quien te lo dice y, me creas o no, no soporto el contemplar, sin ponerme enfermo, el grado de bajeza en el que hemos caído. ¡Podría decirse, con toda tranquilidad, que ya no hay dignidad sobre la faz de la tierra, y sólo Dios sabe lo que de una situación así puede derivarse!

¡Ya ves adonde han llegado algunos de nuestros nobles! Los hay que no se avergüenzan de dedicarse a quehaceres industriales; otros se han casado con hijas de comerciantes, y ellos mismos son los que llevan los libros de contabilidad… ¿Por qué no habrían de dejarse, a renglón seguido, crecer la barba y llevar el pantalón metido por dentro de las botas y la camisa por fuera? Si al menos, gracias a esas actitudes, lograsen incrementar su riqueza…; pero se endeudan cada día más, hasta el punto de que deben más dinero de lo que serán capaces de economizar a lo largo de toda su vida. Y en cuanto al dinero que creen producir, no paran de quejarse de lo que tarda en llegar a sus manos.

¡Si sus padres, sus abuelos, sus antepasados, que Dios guarde en su reino eterno, levantasen la cabeza, les enviarían a las caballerizas para ser azotados, ellos, sus descendientes! Y, según las antiguas y buenas costumbres, les harían padecer tan generosas raciones de látigo y azotes que, ten por seguro, estos que se hacen llamar ahora señores juzgarían más prudente cambiar de hábitos de vida.

Ahí tenemos el ejemplo de nuestro señor, Danilo-Borisovitch… Aún dependen de él un millar de almas, más o menos, y podría ejercer la autoridad como tal. Pero ¿te has fijado que carece hasta de los gestos más elementales? Mucho estudiar en la Universidad de Moscú (y, como ellos mismos reconocen, sólo sé que no sé nada), pero no son ni más ni menos que los hijos del tendero del puente de los Mariscales o de la Grande Millione[8]. Por lo que cuentan, parece ser que en la universidad se sientan, aunque me cuesta creerlo, en los mismos bancos que los hijos de un zapatero o de un sastre… Así que tú, Iván-Andreovitch, tú que eres hombre razonable y prudente, dime, por el amor de Dios, si es posible que zapateros y sastres puedan ser camaradas de un príncipe. ¿Qué habrá de resultar de todo eso? Pues que nuestro príncipe no habrá ennoblecido ni a zapateros ni a sastres, y lo que es peor, tras

frecuentarlos, habrá adoptado los modales que ya habrás observado.

Cuando vino por aquí, en lugar de organizar una espléndida cacería, en vez de ofrecer a los nobles de la vecindad uno de esos magníficos banquetes que solían preparar sus antepasados, ¿cuáles fueron las primeras órdenes que oímos?: «¡Colgad y ahogad a los perros!». No debo criticarle, puesto que tal orden jamás llegó a ejecutarse… Pero está claro que prefiere pasar las veladas con los *mujiks*, bailar con sus hijas, escuchar historias del zar Iván el Terrible[9] que le cuente algún anciano o cantar alguna canción antigua propia de cosacos o de *strelitz*. ¿Son ésos los pasatiempos dignos de un príncipe? Por no hablar de la compra de libros antiguos y grabados a precio de oro…

Un día, vio a un mendigo ciego que, apoyado contra la pared del bazar, cantaba, con voz gangosa, una vieja canción en honor de san Vladimiro[10]. ¡Por los Santos Apóstoles! Al escuchar la romanza, el príncipe experimentó un estremecimiento de placer. Tomó al viejo mendigo de la mano, le obligó a montar en su carruaje, le condujo al castillo y, una vez allí, le llevó directamente a su estudio y exigió que aquel tunante se acomodase en un precioso sillón, le atiborró de vino y de aguardiente, ordenó que le sirvieran los más exquisitos platos, hasta que, al final, le rogó, y eso que podía ordenárselo, o mandarlo a las caballerizas si se negaba a hacerlo, que volviera a cantar aquellas coplillas de san Vladimiro. Convencido entonces de que el príncipe no se burlaba de él, el truhán empezó a cantar a voz en cuello, y rebuznó cuanto quiso, mientras el príncipe se tomaba la molestia de escucharlo, como si de algo maravilloso se tratase. Durante tres días, y tú lo viste, padrecito, porque estabas aquí, acogió a aquel sucio mendigo; durante tres noches, aquel perro viejo durmió en un colchón de plumas; y cuando hubo cantado todo lo que sabía, el príncipe le dio veinte rublos, un traje completo y ordenó que le llevasen hasta el sitio en que lo había recogido, mientras exclamaba: «¡Estas canciones son oro, oro puro! Por tesoros como éstos, daría hasta el último acre de mis tierras…». Veamos, Iván-Andreovitch, ¿no te parece una clara señal de que ha perdido el juicio? Y, cuando, como él dice, le da por hacer excavaciones, ¡ésa es otra! Y se pone a echar por tierra antiguos panteones… ¡Dios le perdone por perturbar así a los muertos en su última morada! ¿No has visto cómo blande el pico y se pone a cavar

la tierra junto a dos *mujiks*? Si da con una vieja baratija de cobre o con algún jarrón de arcilla hecho añicos, que no sirve ni para poner la comida a un perro, da saltos de alegría, y lo envuelve todo entre papeles, como si hubiese encontrado el collar o la pulsera de la reina Subika[11].

Que no, que no, por san Sergio[12], padrecito, que era otra la forma de vida que llevábamos antiguamente… Eran tiempos en los que los grandes señores sólo tenían tratos entre ellos. Y no sólo no consentían que escorias, como ese mendigo ciego, pisasen sus palacios o se apoltronasen en sus sillones, sino que ni siquiera hubieran demostrado la más mínima familiaridad en el trato con quienes no fueran de su rango o poseyeran parejas fortunas. Y aun a estos últimos, yo sólo los veía de vez en cuando, recibían el trato de simples conocidos, y no se sentaban a la mesa del señor más que cuando éste precisaba reunir un número superior de invitados del que fuera capaz de convocar su vecino. Además, y como se decía entonces, tenían que andarse con ojo, porque si se desmandaban un poco, se les obligaba a volver a la fila, pero a latigazos. Así es como hay que proceder. Si la helada no cayese sobre los guisantes, éstos llegarían a ser tan altos como los olmos… ¡Así, así era la vida en el pasado!

Tomemos como ejemplo al príncipe Alexis. ¡Por Dios, qué vida la suya! En cuanto a riquezas y abundancia de todo, el castillo era como el paraíso. Sólo la cubertería de plata pesaba ciento cuarenta libras, el equivalente a dos mil trescientos diez kilogramos, como se dice ahora. En las bodegas, el príncipe atesoraba barriles y barriles repletos de rublos, porque la moneda de vellón, igual que el trigo, se depositaba en unas enormes cajas, en el granero. Había dos coros de sesenta cantores y músicos cada uno. Quinientos caballos de montar y doscientos de tiro. Mil perros, dieciocho locos, doce negros y otros tantos mudos. Sin contar el resto de los servicios dispuestos, en la mesa principal no se sentaban menos de cuarenta invitados. Nuestra casa era, entonces, como una copa llena hasta los bordes. ¡Y puedo jurarte que el dueño de todo aquello era un gran señor! Aunque recorriéramos el mundo entero en nuestros días, con antorchas encendidas o a pleno mediodía, no encontraríamos a nadie como él. Pero, ¡ay!, todo eso forma parte ya del pasado. Todo se ha ido ya, todo ha desaparecido. Aquellos tiempos no volverán

jamás. Ya se sabe que ningún año tiene dos veranos…

Y bien que hay que darme crédito cuando hablo del príncipe Alexis, porque no siempre tuve el honor de estar en las mejores relaciones con él. Al principio, fui rehalero. Más tarde, llegué a palafrenero. Tal era mi puesto cuando, un buen día, tras una cena íntima con algunos amigos, al príncipe se le ocurrió llamarme a los postres para que pelease con su oso. Cuando el príncipe Alexis ordenaba alguna cosa, nadie se atrevía a llevarle la contraria. El oso se alzó sobre las patas traseras y los dos emprendimos una lucha cuerpo a cuerpo. Todo iba bastante bien para mí, y creí que, con una zancadilla, podría hacerlo caer de espaldas. Pero el maldito plantígrado, que se sentía a punto de ser vencido, me atrapó una oreja y me la comió a grandes mordiscos.

—Saukinsin —le espeté—, ¿vas a soltarme o no? ¿Vas a soltarme? A la de una, a la de dos, a la de tres… ¿No?… Pues espera y verás…

Saqué el cuchillo de la faltriquera y se lo clavé hasta la empuñadura por debajo de la axila. El oso cayó muerto, fulminado, pero con mi oreja derecha entre las fauces. Tras esto, el príncipe Alexis me cortó la oreja izquierda para hacerme entender que no tenía que haber matado al oso sin su consentimiento. Desde entonces, me llaman Jacquot el Desorejado. Pero como al príncipe se le pasó el enfado, no me guardó ningún rencor. Disecaron el oso y lo colocaron en la antesala, apoyado contra el tronco de un árbol, en ademán de trepar a él. Poco tiempo después, fui promovido a la categoría de montero.

En la primera cacería en la que participé, por una fatalidad, permití que el zorro se escapase, y fui incapaz de conseguir que los perros encontrasen de nuevo el rastro del animal. Furioso, el príncipe tuvo a bien administrarme una corrección paternal de cincuenta latigazos. Cuando regresamos al castillo, me envió a las caballerizas, y allí me dieron otros cien vergajazos. Tras aquello, el príncipe decidió que no valía más que para cuidar cerdos, puso tierra por medio entre la residencia principesca y yo, y me envió a una de sus propiedades. Cinco años más tarde, se dignó concederme el perdón. Así sucedieron las cosas.

Una mañana, al alba, el príncipe salió a cazar. Helaba, y ya se apreciaba una ligera capa de hielo sobre el Volga, aunque tan fina

que un tacón podría quebrarla. Fue una caza a ojeo, en la que, entre zorros y liebres, se cobraron más de ciento cincuenta piezas. Cuando dio por finalizada la cacería, decidió hacer un alto en el otero de Niskevo, cuya pendiente desciende casi a pico sobre el río desde una altura de treinta archinas[13]. Encantado por el desarrollo de la jornada, el príncipe Alexis buscaba cómo pasar un rato aún más divertido. Sentado sobre un barril de vodka, y tras haber trasegado un primer y enorme vaso del licor, tuvo la gentileza de servir él mismo a todo el mundo. Luego, como muestra de buena voluntad para con sus invitados, ordenó a sus monteros que practicasen el ejercicio del *rejak*, actividad de asueto poco practicada en estos tiempos…

Como ni siquiera yo mismo sabía en qué consistía exactamente, tuve que preguntarle a Jacquot.

—Era un pasatiempo muy divertido —me respondió—. Desde la colina que domina el Volga, había que arrojarse de cabeza al río, romper la capa de hielo que se había formado, sumergirse en el agua y reaparecer en otro lugar del río más o menos alejado. Era la diversión favorita del príncipe Alexis, ¡qué Dios guarde en su morada!

Pero en aquella ocasión sucedió que nadie fue lo bastante diestro como para llevar a cabo el *rejak* a su entera satisfacción. Uno se dio un planchazo al caer al agua y, como la superficie de su cuerpo resultara demasiado extensa, no consiguió romper la capa de hielo. De inmediato, recibió quince latigazos para que aprendiera que no había que dejarse caer de barriga, cuando lo que se esperaba era que lo hiciera de cabeza. Otro, antes de tocar el agua, se rompió el cuello contra un saliente de la ribera. Y otros tres idiotas, tras haberse tirado muy bien, una vez quebrada la capa de hielo, no supieron traspasarla de nuevo de abajo arriba y allí se quedaron, en el río, para hacer guardia a los peces.

Entonces el príncipe tuvo un violento acceso de cólera. Cogió el látigo y gritó:

—¡Canallas! ¿Es así como queréis que pase un buen rato? ¡Voy a azotaros a todos hasta mataros!

Pero se serenó un tanto y, tras comprender que no podía exigir la realización de aquel ejercicio a sus palafreneros y escuderos, se dirigió a la pequeña nobleza que eran parte de sus invitados.

—Vamos a ver —dijo—. Hacedlo vosotros, y mostradles de una vez por todas que los caballeros son más diestros que *mujiks*.

Pero, en su caso, aún resultó peor. Tan sólo uno llegó a traspasar el hielo como Dios manda, con la cabeza por delante. Pero, una vez que se encontró bajo la capa helada, y por temor a que le obligaran a repetirlo, engañó al príncipe y actuó como si fuera incapaz de salir. Fue tal la vergüenza del príncipe que pudo con su cólera, y se echó a llorar como un niño.

—Me parece —reflexionó en voz alta— que mis días se acercan a su fin, pues no encuentro a mi alrededor a ningún hombre lo bastante valiente y ágil como para ejecutar el *rejak* propiamente. ¡Parecéis todos un hatajo de viejas!… ¿Dónde estará mi pobre Jacquot el Desorejado?

Se volvió hacia quienes le rodeaban y exclamó:

—¡Él sí que era valiente! ¡Hacía el *rejak* hasta tres veces seguidas! ¿Dónde estará? ¡Id en su busca!

Alguien se acercó al príncipe y le dijo tímidamente:

—Padrecito Alexis, ¿no te acuerdas de que lo mandaste al destierro porque no estuvo a la altura de las circunstancias en cierta ocasión durante una cacería?

—¡Que venga! ¡Aunque hubiera escupido sobre la tumba de mi madre, le perdonaría!

Dos o tres hombres se arrojaron sobre sus monturas y vinieron a buscarme a todo galope. Me hicieron subir a uno de los caballos y, un cuarto de hora más tarde, ya me encontraba en presencia del príncipe. Intentó explicarme cómo estaban las cosas. Pero no había tiempo que perder, porque el frío arreciaba y, a cada minuto que pasaba, la capa de hielo que cubría el agua se hacía más gruesa.

—Sé cómo se hace; sé de qué se trata, mi príncipe.

Y me tiré desde lo alto del otero, rompí el hielo con la cabeza y emergí de nuevo unos veinte pasos más allá. En menos de un cuarto de hora, repetí el mismo ejercicio por tres veces consecutivas, para mayor satisfacción del príncipe y general estupefacción del resto de sus acompañantes. Me disponía a hacerlo una cuarta vez, a pesar de que tenía ya la cabeza ensangrentada, pero el príncipe me gritó:

—¡Suficiente! ¡Ya basta por hoy! Te doy mi más sincero agradecimiento, y te nombro rehalero jefe de la jauría de perros corredores.

Ordenó, además, que se me gratificase con veinticinco rublos, al tiempo que me exigía que le acompañase en todas las cacerías. Algún tiempo después, me concedió su librea, me nombró jefe de todas las rehalas y me casó con una doncella a quien, en un momento de asueto, había honrado con sus bondades. Desde entonces, siempre mantuvimos una buena relación. Y me enorgullezco de haber sido su más afecto servidor.

Gracias a Dios, al año siguiente, tuve la oportunidad de realizar un servicio importante para tan gran príncipe, lo que terminó por hacer que siempre me mirase con buenos ojos. A veinte verstas de Niskevo, al otro lado del bosque de Undol, se encuentra el pueblo de Zabor. En aquella época, vivía allí un cabo retirado llamado Solmín. Estaba exento de la milicia tanto por su edad como por causa de algunas heridas recibidas en 1799, tras la batalla de Suvorov. Nuestro cabo, pues, vivía en Zabor, junto con su joven esposa, a la que había traído desde Lituania, y de quien se decía que era tan bella que no había otra como ella en toda Rusia. Como el príncipe Alexis era tan fino en su afición a las mujeres como en su gusto por los perros o los caballos, parecía natural que la mujer de Solmín reclamase su augusta atención de forma poderosa.

Como hombre de buenos modales, al principio quiso atraerla al castillo de Grubenski con pretextos honrados y respetables. Pero ella se negó en redondo. En cuanto al marido, se enfadó y profirió amenazas, juramentos incluso, de que llegaría hasta nuestro padrecito el emperador para quejarse por la afrenta de que era objeto. Hasta llegó a proclamar que sería capaz de matar al príncipe con sus propias manos.

Un día, ya en verano, me acuerdo como si fuera hoy, fuimos de caza al bosque de Undol y, tras haber capturado una docena de zorros, hicimos un alto cerca de Zabor. El príncipe estaba triste, y se mantenía apartado de todos. Ni siquiera la visión de las piezas cobradas sobre la hierba, ni los cinco o seis vasos de vodka que bebió fueron capaces de apartar de su mente las inquietudes que le tenían obsesionado. Y miraba hacia Zabor con ojos tan ardientes que parecía que pretendiese incendiar el poblado.

—¡Qué me importa la caza! —nos dijo al fin—. No es este tipo de cacería lo que echo en falta… ¡Lo que yo daría si alguien me trajera a la cierva que se oculta en ese pueblo!

Y, con gesto desesperado, el príncipe señalaba en dirección a Zabor. Apenas le oí formular tal deseo, me encaramé a mi caballo y partí al galope. Al llegar a la casa de Solmín, miré por encima del vallado y vi que su mujer estaba en el jardín y recogía frambuesas. Traspasé la valla de un salto, atrapé a aquella hermosa mujer y la monté en el caballo delante de mí: todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Galopé aún más aprisa de vuelta hacia el paraje en el que se encontraba el príncipe, y deposité a sus pies a aquélla por la que tanto suspiraba.

—Y ahora —le dije—, ¡que goce Vuestra Señoría!

Todo mi afán consistía en hacerle ver que yo era su más devoto servidor. Pero, de repente, vimos que el marido se aproximaba adonde estábamos. Venía tan furioso que, cegado por la ira, a punto estuvo su montura de cocear al príncipe. No sabría decir con exactitud lo que pasó a continuación. Tan sólo recuerdo que las cosas se calentaron, y que el cabo quedó tendido en el suelo. En cuanto a la hermosa lituana, se fue a vivir a Grubenski, en un pabellón apartado, del que no salió hasta tres años después para tonsurarse el cabello y tomar los hábitos en el monasterio de Zimorag. El príncipe Alexis, cuya generosidad era de todos conocida, dotó magníficamente al convento, erigió una iglesia y donó cien hectáreas de terreno a las religiosas.

La lituana era una mujer magnífica. ¡Dios la tenga en su celestial gloria! Durante todo el tiempo que permaneció en el castillo, supo siempre cómo apaciguar los arranques del príncipe. Es más, en cuanto veía que se enfurecía con algún *mujik*, siempre sabía cómo intervenir a tiempo, y de manera tan eficaz, que a más de uno libró de la paliza que se le venía encima. De modo que, cuando le llegó la hora de la muerte, fueron muchas las personas que la tuvieron presente en sus oraciones. Fui yo quien tuvo que anunciar el fallecimiento al príncipe. Y habría pensado que, en verdad, le había afectado, si no hubiera sido porque también hube de advertirle, al mismo tiempo, de la muerte de su perra favorita, Arabka. Fue la segunda vez que alguien veía llorar al príncipe.

—¡Pobre Arabka! —gimió—. Reconocería su ladrido entre los de miles de perros. Y cuando aullaba por la noche, ¿te acuerdas, mi pobre Jacquot?, yo mismo te despertaba y te decía: «Jacquot, Arabka se queja; vete a ver qué le ocurre a mi querido animalito».

Lo cual era verdad. El príncipe mandó que enterrasen a Arabka, obligó al pope a rezar algunas de las oraciones del oficio de difuntos y dedicó al animal un bonito mausoleo que, aún hoy, puede contemplarse en lo que queda del parque.

La feria de Makarief

Debes saber también, querido Iván-Andreovitch —continuó Jacquot— que, hace mucho tiempo, se celebraba en Makarief una magnífica feria que, más tarde, por voluntad de nuestro padre el zar, se trasladó a Nijni-Novgorod. A este acontecimiento no sólo acudían gentes de los alrededores, sino hasta comerciantes de países limítrofes e incluso de regiones mucho más lejanas. Allí se presentaban chinos que vendían té; kalmuks y tártaros que exhibían animales, o persas cargados de alfombras y turquesas. Hasta tal punto era importante que, en los días centrales de la feria, llegaban a congregarse de trescientas a cuatrocientas mil personas en Makarief.

Para mantener el orden, hasta aquí llegaban comisarios al frente de regimientos de dragones procedentes de Nijni, de Kazán, y hasta de Saratof. Sin embargo, toda la autoridad y el empleo de esta fuerza recaían sobre el príncipe Alexis.

La feria comenzaba el noveno viernes después de Pentecostés, y ya desde esa misma mañana, se formaba como un gigantesco hormiguero. Con los cabellos empolvados, a caballo o en carruaje, todo el mundo lucía sus mejores galas. Cuando todo estaba dispuesto, aparecía un subintendente —cargo confiado, por lo general, a algún miembro arruinado de la pequeña nobleza—, y se dirigía inmediatamente hasta el castillo del príncipe para hacerle saber que ya podía inaugurar la feria. El príncipe ordenaba entonces que todos nos pusiésemos en formación, para aparecer luego, cuando le avisaban de que ya estábamos todos preparados, vestido de gala: traje rojo bermellón bordado en oro, chaleco de brocado con botonadura de plata, peluca empolvada, tricornio, calzón corto y espada al cinto. Tras él iban, además de nosotros, un centenar de miembros de la pequeña nobleza, y los pajes, ataviados con ropas de seda y peluca. La princesa Marfa-Petrovna, con un vestido de estilo Pompadour, profusamente bordado en plata y con ribetes

rojos, los cabellos recogidos hacia atrás y empolvados, y el cuello y los hombros literalmente cubiertos de piedras preciosas, hacía su aparición en la escalinata, seguida por sus damas, todas con vestidos de seda y pelucas empolvadas, así como por las doncellas invitadas, vestidas como princesas.

Debo hacerte una aclaración sobre estas *invitadas*: eran las más hermosas de las esclavas del príncipe, y formaban parte de su harén, como si del Gran Sultán se tratase. Desde el momento en que la hija de cualquier labriego se convertía en amante del príncipe, tenía el porvenir asegurado: se le concedía una dote de mil rublos, bien para desposarla con alguno de nosotros, bien para entrar en un convento. Si prefería permanecer en el castillo, junto a sus compañeras, podía hacerlo, aunque siempre bajo la atenta supervisión de dos viejas brujas, Vasilika y Uliachka, quienes, en lo tocante a fealdad, eran abominables, y en cuanto a fuerza, capaces de pelear con los más fornidos de nosotros. Cuando había que administrar algún correctivo en el harén, eran ellas las encargadas de hacerlo, y a ello se dedicaban, empuñando los vergajos con el odio y el rencor que siempre guarda la fealdad hacia todo lo bello, o la vejez hacia la juventud.

Tras las invitadas, se situaban las criadas, con casacas bordadas en oro y unos sombreritos de marta.

—¡Vamos allá! —gritaba el príncipe.

Y el cortejo se ponía en movimiento.

Abrían la marcha cincuenta caballeros, con capa roja, pantalón azul celeste con banda y cinturón de plata, botas amarillas, peluca empolvada y sombrero también amarillo con una pluma roja, del mismo color que la capa. Detrás, aparecían las compañías de monteros, ojeadores, escuderos y cuidadores de perros, divididos en tres escuadrones: los primeros, vestidos de rojo y a lomos de caballos marrones; los segundos, de verde y con caballos bayos; los terceros, de azul, sobre caballos de color gris.

Les seguían los palafreneros, vestidos de color frambuesa, con sombreros amarillos y plumas del color de los trajes, y pañuelos de oro, con cuernos de caza bordados en plata. Tras ellos, aparecían los lugareños y los miembros de la pequeña nobleza, montados todos en caballos propiedad del príncipe, y vestidos cada uno según sus posibilidades, aunque con sus mejores atavíos.

Tras ellos, a corta distancia, venía el príncipe Alexis, en un carruaje dorado, tirado por seis caballos blancos, con las colas y las crines teñidas de negro; tras la carroza, cuatro heiducos, y seis corredores, a pie, con sombrero de plumas, calzones blancos, zapatos de raso y bastón de plata. Les seguían los negros, con túnicas de raso de color rojo oscuro, cinturones dorados, una cadena de plata al cuello y gorra roja.

A continuación, le tocaba el turno a la princesa María, en una carroza no menos rica que la de su esposo, y tirada por caballos que no desmerecían en hermosura a los del príncipe; alrededor del carruaje, zascandileaban una docena de corredores vestidos con túnicas de color rojo y oro, siendo el resto de su atuendo blanco y plata; lucían grandes pelucas empolvadas, y en la mano llevaban gorras con las que no les estaba permitido cubrirse.

Tras la carroza de la princesa, aparecían cuarenta carruajes, con tiro de cuatro caballos, en los que se acomodaban las mujeres que formaban parte del séquito de la princesa; dos lacayos con traje amarillo guardaban la parte trasera de cada uno de los coches.

Al llegar a la orilla del río, el cortejo embarcaba en unas balsas preparadas de antemano, engalanadas con terciopelo rojo, sobre el que los caballos resbalaban como si pisasen hierba, y las ruedas de los carruajes se deslizaban como en un camino pavimentado. Tras atracar al otro lado del río, la comitiva se dirigía al convento; allí oían misa, y participaban en una procesión alrededor de la iglesia. A continuación, todos se dirigían a la feria para bendecir los estandartes de cada gremio. Con sus propias manos, el príncipe presentaba al archimandrita el gallardetón de la ciudad. En ese momento, la música entonaba *La gloria del Señor de Sión*, al tiempo que disparaban los mosquetes y la artillería atronaba el aire. El archimandrita rociaba el estandarte con agua bendita, y el príncipe lo izaba a continuación hasta el extremo del mástil, entre detonaciones de artillería y descargas de mosquete, al tiempo que resonaba en el aire un inmenso hurra proferido por más de trescientas mil gargantas.

Todo aquel inmenso jaleo indicaba que la feria quedaba inaugurada y que, a partir de aquel mismo momento, se permitía la venta de toda clase de artículos. Si algún mercader malintencionado hubiera abierto el puesto antes de la señal, el príncipe le habría

vapuleado y arrojado al agua, o habría ordenado la quema de todas sus mercancías.

A continuación, el príncipe, seguido de su cortejo, se dirigía a la residencia del archimandrita, quien le invitaba a comer, mientras los habitantes de Makarief y de los pueblos cercanos iban en tropel a un lugar próximo a la feria, donde ya había mesas dispuestas para celebrar el festín. Porque en ese día, en efecto, el príncipe ofrecía un banquete a cinco o seis mil invitados, en el que se ponían a disposición del pueblo trescientos toneles de vino y cien barriles de aguardiente. En días como aquél, el populacho recibía la consigna de comer y beber cuanto quisiese. Y comían y bebían tanto, que se consideraba un mal año para la fiesta aquél en que no se superaba la cifra de cincuenta hombres muertos por ebriedad. Ese día, además, nadie podía importunar a un borracho, fuera cual fuere el lugar escogido por éste para reposar el vino ingerido. Si se recostaba en mitad de un camino, había que desviar el carruaje, aun a riesgo de caer en la cuneta. En cuanto a los que iban a pie, estaban obligados a pasar cuidadosamente por encima de los cuerpos de aquellos dignos émulos de Noé. Pero nadie podía tocarles un pelo, ni siquiera con el dedo, cualquiera que fuese el rango que ostentase. El príncipe era el primero en seguir estas consignas al pie de la letra, para dar ejemplo.

Al día siguiente, el príncipe daba una fiesta en el castillo de Grubenski, a la que invitaba a todos los grandes señores de los alrededores, los cuales acudían también con numeroso séquito. Ese día, también estaban invitados los principales comerciantes y los notables de Makarief. En los peores años, el número de invitados a la fiesta no bajaba de los mil o mil quinientos; en los mejores, su número era superior a los tres mil.

Tras el castillo, en el campo, se preparaba el banquete destinado al pueblo, de parecidas características al celebrado el día anterior, con la misma abundancia de viandas y bebidas. Apenas se podía oír lo que se hablaba, entre la música, los cánticos y las detonaciones de las armas de fuego; por la noche, todo el mundo se dedicaba a bailar a la luz de las antorchas. Al baile estaban invitadas todas las mujeres y chicas jóvenes que se encontrasen en la feria y sus alrededores, y, como la carne es débil, no es difícil imaginar que era casi imposible abandonar aquella fiesta sin haber pecado, mucho o

poco. Cuando las luces se apagaban, el príncipe, en compañía de sus íntimos, se dirigía hacia los pabellones, mientras que nosotros y la pequeña nobleza seguíamos la juerga hasta el amanecer. Y todo el tiempo que duraba la feria, unas seis semanas, era una inacabable sucesión de fiestas y diversiones.

Para asegurarse por sí mismo de que todo transcurría en orden, el príncipe Alexis se dignaba visitar personalmente la feria todos los días. ¡Y ojo con aquellos que pillaba en falta, porque el castigo no se hacía esperar! El príncipe era un hombre poco amante de que los asuntos se alargasen en demasía, por lo que una vez realizada la oportuna investigación y comprobado el delito, daba a conocer su veredicto de inmediato, sin necesidad de procesos verbales ni de papeleos. Todos los mercaderes le admiraban en extremo, y se referían a él como *padrecito* o *bienhechor*. Porque ellos tampoco eran muy dados a los papeles y a la burocracia, y la justicia rápida y expeditiva del príncipe les encantaba, ya que, aparte de ahorrarles un tiempo precioso durante la celebración de la feria, les ponía a salvo de comisarios, alguaciles y otras gentes de justicia. Y es que los buenos de los comerciantes sabían muy bien que si tuvieran que atender a todos y cada uno de los agentes de la ley, no sólo deberían entregarles todos los beneficios que obtuvieran en la feria, sino que, además, experimentarían en sus propias carnes cómo el fruto de todas sus transacciones desaparecería para siempre de las bolsas en las que lo guardaban.

La forma de dictar justicia del príncipe era muy sencilla. Pedía que el delincuente se presentase ante él y, una vez establecido el delito, quien lo hubiere cometido, ya fuese noble, mercader o *mujik*, recibía el mismo trato imparcial. El príncipe comenzaba por amonestarle, sin que faltasen en su alocución las palabrotas ni los insultos, si se hacía preciso. Incluso a veces apoyaba su discurso con un par de sonoros bofetones o con unos cuantos fustazos propinados por él mismo. Luego, ordenaba que el culpable fuera trasladado a las caballerizas, donde se le propinaba un número más o menos considerable de latigazos, sin tener en cuenta posición o rango, sino tan sólo el delito cometido. Hecho esto, el culpable volvía a ser conducido ante el príncipe para darle las gracias por su bondad y por las fatigas que se había tomado en el ejercicio de tan paternal solicitud. El príncipe le endilgaba un discursito, siempre apropiado

a las circunstancias de cada cual, alargaba su mano para que la besase, y ordenaba que le diesen de comer y beber. Así concluían estos pleitos.

Los feriantes tenían como consigna el vender tan caro como pudieran a los ricos y engañarles por todos los medios, ya fuera acerca de la calidad de las mercancías, o en el peso y las medidas. Pero, en lo tocante a los pobres, las órdenes eran más que estrictas: no se les podía engatusar de ninguna manera.

Una vez, el príncipe invitó a cenar al castillo a un comerciante de Moscú que, en cada una de las ferias que se celebraban en Makarief, se reembolsaba no menos de cinco o seis mil rublos de beneficio. Su puesto estaba dedicado fundamentalmente a la seda y a la mercería. Una vez acabado el yantar, príncipe y feriante entablaron el siguiente diálogo, con una taza de café en la mano cada uno.

—¿A cuánto vendes la levantina roja, Trifón-Egoritch?

—A una grivna y cuatro alinas, Excelencia —respondió el comerciante—, cuando es de primera calidad.

—Ayer compró en tu puesto la mujer del pope Atanasio.

—Es posible, monseñor, pero no me acuerdo. Son tantas personas al día, que me veo incapaz de recordar quién ha venido o no.

—Te digo que la mujer del pope compró ayer en tu puesto una vara de levantina. ¿A qué precio se la dejaste?

—No me acuerdo, Excelencia. Aparte de que es posible que haya comprado en mi casa y no fuera yo el que la hubiera atendido, sino alguno de los dependientes.

—¡Que venga un correo! —reclamó el príncipe.

He de aclararte, Iván-Andreovitch, que siempre había cerca del príncipe una docena de correos, con los caballos ensillados, dispuestos a partir tan pronto como él lo ordenase.

Y entró uno de los mensajeros. Consternado, el mercader ya se veía en las caballerizas. Pero no fue así. El príncipe le encargó al correo:

—Vas a ir con este feriante hasta su caseta, y allí te entregará una pieza de la mejor levantina que tenga. Después, te dirigirás a casa del pope Atanasio, pedirás ver a su mujer, Visigha, y le dirás: «Madrecita, traigo esta levantina que os envía como regalo el

comerciante moscovita Trifón-Egoritch Tchurin; como ayer os vendió esta misma tela a un precio demasiado elevado, os ruega que le aceptéis este presente como compensación». En cuanto a ti, Trifón-Egoritch, harás bien en vigilar más de cerca a tus dependientes para que no vuelvan a engañar a gentes de escasos recursos; de lo contrario, ya me encargaré yo de que me obedezcas a mi manera. Hasta aquí hemos llegado por esta vez. Pero, ¡ojo!, estaré atento y, si vuelves a hacerlo, me haré cargo de la venta de todo tu género.

Apenas habían transcurrido ocho días, cuando el príncipe se enteró de que Tchurin había engañado a un pobre agricultor en la medida de una pieza de bombasí. Pidió un caballo, y se fue inmediatamente a la feria.

—¿Y bien, Trifón-Egoritch? ¡Al parecer, pronto has olvidado mi recomendación! Tienes mala memoria, amigo mío. Menos mal que yo la tengo buena. ¿Te acuerdas de lo que convinimos? Pues bien, vengo a desempeñar el papel de dependiente en tu puesto… ¡Vosotros, artistas de la medición, salid de aquí tan rápido como podáis! A partir de este momento, me convierto en comerciante y dependiente.

Tchurin sabía perfectamente que no había lugar para bromas con el príncipe, y abandonó el puesto con celeridad, seguido de todos sus empleados. El príncipe Alexis se situó detrás del mostrador y comenzó a gritar con voz sonora:

—¡Eh, vosotros! ¡Gentes honradas! ¡Compradores! ¡Os ruego que acudáis a honrar nuestro puesto con vuestra confianza! Tenemos género para todos los gustos: rasos soberbios, bombasíes de Inglaterra, nanquines de China. ¡Disponemos de toda clase de aderezos para las damas! Medias, chales, hasta batistas de estilo Pompadour. Pedidnos lo que deseéis, que os lo venderemos a buen precio y sin engañaros en las medidas. Vendemos al contado; pero si alguien no tiene dinero, le damos crédito. ¡Cuánto más tardéis en pagar, mejor!

Como bien podrás imaginar, padrecito, ante tal anuncio, todo el mundo se abalanzó al puesto en el que se encontraba el príncipe. Detrás del mostrador, podía con todo: nunca entregaba cuatro medidas por cinco, pero sí hacía lo contrario con frecuencia. De modo y manera que, al cabo de tres horas, había liquidado todo el

género de Tchurin. Y, como era de esperar, no había mucho dinero en caja, puesto que había habido muchos menos compradores al contado que a crédito. Cuando todo hubo acabado, el príncipe hizo llamar a Tchurin.

—Bueno —le dijo—, ahí te dejo tu puesto. Te lo entrego limpio, completamente despejado. En el cajón encontrarás el dinero que he sacado. En este libro figuran los nombres y las direcciones de quienes han preferido comprar a crédito. Cuestión tuya es recuperar ese dinero lo más rápidamente posible. Así, no olvidarás lo que hiciste con la levantina de aquella mujer o con el bombasí del labriego. Vamos ahora a cenar algo al castillo, aunque, en buena ley, deberías ser tú quien me invitara, porque me merezco una jarra de buen vino por haber llevado tus cosas tan bien. Además, he logrado que des por finalizada tu presencia en la feria antes que ningún otro comerciante. Pero prefiero olvidar esos pequeños detalles, y ser yo quien corra con la invitación. ¡Vamos, pues!

Tchurin no parecía tener prisa por obedecer. Se le notaba especialmente inquieto.

—¡No temas nada, patrón! ¡Ven con toda confianza! —dijo el príncipe Alexis—. Ya sabes que si me pareciera correcto propinarte una somanta de latigazos, lo haría igual aquí que en Niskevo. Así que ven con toda tranquilidad.

Nada había que temer, tras palabras tan explícitas. Así que, una vez tranquilizado, Tchurin tomó asiento en la carroza, al lado del príncipe. Durante la cena, el mercader ocupó un lugar de honor. Mientras duró el banquete, el príncipe permaneció de pie, tras la silla de su invitado, para servirle las mejores tajadas y escanciarle los mejores caldos, sin dejar de referirse a él con el cariñoso apelativo de patrón. Tras despedirse del príncipe, el feriante recibió un regalo de su parte para demostrarle la alta consideración en que le tenía: nada menos que un perrito y una perrita de la misma raza que su muy querida Arabka.

Nunca jamás volvió a aparecer Tchurin, ni por el castillo ni por la feria de Makarief. Para explicar su ausencia al año siguiente, se comentaba que las pésimas ventas que había realizado en la anterior convocatoria del evento habían quebrantado de tal forma su fortuna que no tendría oportunidad de reponerse nunca más.

El príncipe Alexis distinguía con su amistad a quienes, en su

presencia, actuaban con valentía y franqueza. Una vez que se paseaba solo y sin escolta por la feria, se topó con un comerciante que le había desobedecido, porque había instalado el puesto en un sitio distinto del que tenía asignado. El encuentro se produjo en un lugar un poco apartado, en la parte de atrás del real de la feria, en una especie de arenal que, en suave pendiente, llegaba hasta un lago. El príncipe vio y reconoció al trasgresor, un muchacho alto, de veinticinco a treinta años, que le sacaba la cabeza.

—¡Ven aquí, chaval! —le gritó el príncipe.

Pero el feriante, convencido de que se jugaba la piel, no se movió del sitio, y se quedó a una distancia de unos cuarenta pasos, mientras respondía al príncipe en estos términos:

—¡Que no soy tonto, padrecito! Sé lo que me puede pasar, y no me interesa nada entablar un conocimiento más íntimo con vuestro bastón.

—¡Será granuja este feriante! —comentó el príncipe—. ¿Así es como me obedeces?

Y se dirigió hacia donde estaba el mercader, bastón en mano. El hombre comprendió el gran peligro que corría su espalda, en cuanto vio que el príncipe había montado en cólera. Así que no perdió el tiempo ni se quedó a esperar a su adversario, sino que corrió hacia el lago lo más rápidamente que se lo permitieron las piernas. Pero la arena le impedía avanzar con tanta celeridad como hubiera deseado, aunque lo mismo le ocurría al príncipe. Los dos hombres se hundían en la arena hasta los tobillos a cada paso que daban. No obstante, el feriante pensó que el príncipe, más viejo y menos ágil que él, se habría quedado rezagado. Se detuvo, pues, dio media vuelta y comprobó que así había sido.

—¡Bueno! —pensó—. ¡Tengo algo de tiempo!

Se sentó en el arenal y se quitó las botas para correr con más facilidad. Una vez realizada dicha operación, reemprendió la huida hacia el lago. Al verlo, el príncipe Alexis pensó que el mercader había obrado con sensatez. Y actuó del mismo modo. Se sentó y se desprendió de las botas. A continuación, se lanzó de nuevo en pos de él.

El feriante prosiguió su carrera hacia el lago; el príncipe le seguía de cerca. El primero se metió en el agua y, a renglón seguido, el príncipe le imitó. El comerciante se detuvo en un punto

donde el agua le llegaba ya hasta el cuello. Como el príncipe era más bajo que él, allí donde el agua sólo le cubría hasta las axilas al fugitivo, el príncipe tenía la barbilla ya en remojo. Así que los dos optaron por detenerse, a unos veinte pasos uno del otro. Como no podía ir más allá, el príncipe volvió a gritar al feriante:

—¡Ven aquí, bribón, que tenemos un asunto pendiente!

—¡Que no, padrecito, que no! ¡Que no soy tonto! —replicó el muchacho—. Nada tengo pendiente con vos; muy al contrario, parece que se trata de algo que sólo a vos preocupa. Así que, acercaos, porque no he de moverme de donde estoy.

—Pero ¿qué pretendes? ¿Que me ahogue, pedazo de cobarde? —le recriminó el príncipe.

Y allí permanecieron, enzarzados en una estéril discusión, más de media hora, sin que ninguno de los dos se moviera un milímetro. Aunque hacía buen tiempo, el agua estaba fría, y los dos comenzaron a tiritar.

—¡Está bien! —dijo el príncipe—. Eres valiente, y me gusta la gente con arrestos como tú, sobre todo, porque no es frecuente que me encuentre con alguien así. Te perdono tus bellaquerías. Vente a cenar conmigo al castillo.

—¡No mientas, padrecito! Que no hay tal cena en el castillo, sino un correctivo.

—¡Ni con un dedo he de rozarte! ¡Palabra de honor!

—¡Claro! Porque ordenaréis que sean otros quienes me peguen. ¡Que estoy muy escarmentado de esas cosas!

—¡Palabra de caballero!

—¡Haced la señal de la cruz!

Con el agua hasta los hombros, el príncipe se persignó varias veces, mientras juraba por su santo patrón que ningún daño sufriría el astuto feriante. Tranquilizado por las señales de la cruz y los juramentos, el mercader salió del agua. El príncipe hizo lo mismo, y ambos se dirigieron al castillo, donde el príncipe se cambió de vestimenta y ofreció ropa seca a su acompañante, hasta el punto de permitirle que hiciera uso de su propio guardarropa.

—Estoy convencido de que, si hubiera cometido la locura de acercarme más a ti, me habría ahogado —comentó el príncipe a Konón-Fadeitch, que tal era el nombre de nuestro feriante; y, cada vez que se encontraban, se lo volvía a repetir y a recordar.

—No lo sé, mi príncipe —respondía invariablemente el comerciante—. Habría hecho lo que Dios me hubiera inspirado en ese momento.

Era fino el tal Konón-Fadeitch.

En verano, el príncipe tenía la costumbre de descabezar una siesta tras los postres, recostado en un sillón. Con este fin, siempre había dispuesta una butaca en el umbral de la puerta que daba al balcón. Mientras el príncipe se echaba la siesta, todo el mundo debía guardar el más riguroso de los silencios. Y esta consigna alcanzaba no sólo al personal del castillo, sino a todos aquellos que, a tales horas, navegasen al pie de las murallas, subiesen o bajasen por el río. Quien no guardase silencio era conducido a las caballerizas.

Para que todos se dieran por enterados de que el príncipe se había entregado al deleite del sueño, se izaba en el castillo un guión azul celeste, que únicamente se usaba con esta finalidad.

Un día que estaba dormido, el príncipe fue bruscamente despertado por una voz que cantaba bajo el balcón en que él se encontraba. Era un miembro de la pequeña nobleza al que, mientras paseaba por el jardín, se le había ido el santo al cielo. Pero tenía una excusa. Y es que, al pasar por delante del lugar de reunión de los comensales, las miradas y bromas de las señoras le habían excitado tanto que, sabedoras las muy taimadas de que el príncipe dormía porque ya ondeaba el pabellón azul, el pobre noble perdió la cabeza y se puso a cantar a voz en cuello: «El senderito que cruza los campos…».

Pero, como es fácil de suponer, jamás se hubiera atrevido a esgrimir tal excusa en presencia del príncipe. Cuando se dio cuenta del error que había cometido, echó a correr tan rápido como podía.

—¿Quién ha cantado *El senderito*? —quiso saber el príncipe, ya despierto.

Los sirvientes a quienes iba dirigida la pregunta desaparecieron al instante en todas direcciones para perseguir al culpable, si es que daban con él. Por suerte, mientras corría, el noble se había topado con una bala de heno. Hizo un agujero, y allí se escondió, como un conejo en su madriguera, sin que nadie se hubiera percatado del hecho, salvo las damas que por allí andaban. Pero no había ningún peligro de que fueran a descubrir precisamente al hombre que sufría

persecución por su causa.

—¿Quién ha cantado *El senderito*? —preguntó el príncipe por segunda vez, en tono apremiante, mientras muebles y espejos volaban por los aires.

Los criados continuaban las pesquisas por todas partes, como si llevasen el diablo metido en los calzones. Pero no fueron capaces de dar con el culpable del desafuero.

—¿Quién ha cantado esa dichosa canción? —bramó, por tercera vez, el príncipe, con voz tronante, al tiempo que hacía acto de presencia en la escalinata con el látigo en la mano.

Nadie sabía darle razón. Unos indagaban; otros corrían, y no se oía más que la pregunta, lanzada por una voz amenazante, que repetía: «Pero ¿quién ha cantado *El senderito*? ¡O se me entrega al culpable de inmediato, o me responderéis de ello con vuestras espaldas!».

Las investigaciones continuaban, pero sin resultados. Furioso, el príncipe rugía como un oso acosado por los perros, y juraba de tal manera que temimos que las rocas de la gruta y de la cascada fueran a derretirse. El jefe de los heiducos, al pensar que su espalda corría aún mayor peligro que las del resto —dado que, en ocasiones, se producían flagelaciones de carácter sumarísimo para desenmascarar a algún culpable desconocido, y el príncipe en persona era quien azotaba a los jefes, sin olvidar jamás el latigazo número trece—, se dirigió a Vasko, el cantor, y le rogó que aceptase que la falta recayese sobre sus espaldas.

Al ver la que se le venía encima, Vasko rechazó tajantemente la proposición. Le suplicaron con lágrimas en los ojos, y hasta el intendente le prometió toda suerte de miramientos, si tenía a bien acceder, más una gratificación de diez rublos de plata. Vasko se lo pensó; guiñó un ojo, y se rascó la oreja. Diez rublos de plata era una suma considerable en aquellos tiempos. Pero, por otra parte, su espalda corría grave peligro, a la vista de la cólera que animaba al príncipe.

—¡Está bien! —repuso al fin, seducido por los rublos—; acepto. Sólo os pido una cosa: si no es el príncipe quien me azota, tened compasión de mí y no me flageléis demasiado fuerte.

Así se lo prometieron todos. Entre tanto, el príncipe había alcanzado el paroxismo de la iracundia.

—Todos los *mujiks*, toda esa canalla, mil latigazos a cada uno; a los invitados, quinientos; y en cuanto a las damas, que vengan Uliachka y Vasilika…

Para entonces, la consternación ya era general. Nadie osaba decir una palabra; apenas se atrevían a respirar.

—¡Que me traigan todos los látigos que haya en el castillo! —vociferó el príncipe.

—¡Ahí está el culpable! ¡Lo han atrapado! ¡Hurra! —gritaron los cosacos al ver que el intendente y los heiducos traían a Vasko atado de pies y manos.

El príncipe se sentó en un sofá y se dispuso a pronunciar el veredicto. Vasko fue conducido a su presencia. Todo el mundo esperaba con impaciencia el desenlace de tan terrible escena.

—¿Fuiste tú quien cantó? —preguntó el príncipe.

—Así, es Alteza —acertó a decir Vasko.

Durante unos instantes, el príncipe permaneció callado y con el ceño fruncido.

—¡Tienes una hermosa voz! —exclamó, al fin—. Que le den diez rublos y un traje nuevo.

Así era el príncipe Alexis, tan bueno como el pan. Eso sí: le gustaba el orden, y velaba por que se observaran las normas.

La fiesta del príncipe Alexis

La fiesta de nuestro padrecito el príncipe Alexis caía cinco días después de la festividad de la intercesión de la Santa Madre de Dios. Al príncipe le encantaba que su cumpleaños se festejase con gran pompa. Con ese motivo, siempre se organizaban banquetes y espléndidos bailes. Los invitados comenzaban a llegar al castillo entre quince días y tres semanas antes de fecha tan señalada. Entre los más importantes siempre se encontraban, en primer lugar, los grandes señores de la vecindad, así como el gobernador de Kazán, los funcionarios del zar de las provincias limítrofes y el general de la guarnición de dragones de Nijni. Había invitados que llegaban incluso desde Moscú y San Petersburgo, porque todos los amigos del príncipe Alexis se sentían especialmente felices de poder cumplimentarle el día de su cumpleaños.

Cada uno de los invitados disponía de una estancia propia en el

castillo. La elección de cada aposento se decidía en atención al rango y posición de la persona que había de ocuparla. El gobernador y el general disponían de un pabellón para ellos solos. En cuanto a los miembros de la pequeña nobleza que, con motivo de esta fiesta, acudían al castillo en número de mil doscientos o más, eran alojados entre las dependencias comunes del castillo y diversas casas de *mujiks*. Claro está que ellos se acostaban en el suelo o entre peroles.

La víspera del cumpleaños, por la noche, se ofrecía una recepción y, después, una cena, una auténtica cena de Cuaresma. Era voluntad del príncipe evitar, tanto para sí mismo como para sus invitados, cualquier ocasión de pecado que, esa noche, ensombreciera la celebración del día siguiente, o impidiera que alguien no estuviera en pie a una hora temprana de la mañana.

Al día siguiente, todo el mundo se acercaba a felicitar al príncipe. Éste, con atuendo de gala, les aguardaba en el salón de honor, con el gobernador a su derecha, y la princesa Marfa-Petrovna a su izquierda. Los demás se sentaban según el rango que ostentaban. De pie, en la parte de atrás, permanecía la pequeña nobleza, mientras la servidumbre se agolpaba a las puertas.

Era el momento escogido para que hiciera su entrada el poeta, a quien el príncipe mantenía únicamente para solemnidades tan señaladas. Se trataba de un tal Semión Tetich, hijo de un pope, que había sido enviado a Moscú para estudiar el arte de la versificación. El poeta vivía tranquilo y bien alimentado en un alojamiento separado del castillo. Todo su trabajo consistía en componer, cuando llegaba una de aquellas solemnidades, unos versos o una obra pastoril. Para ello, tres semanas antes, se le encerraba en el palomar, para evitarle cualquier perturbación que pudiera distraerle de su cometido y, más que nada, para impedir que se emborrachase.

Tetich, con un traje de seda nuevo y una peluca empolvada en la cabeza, se situaba en medio de los invitados y, tras hacer una profunda reverencia, desplegaba un papel y leía los versos que había compuesto y que todo el mundo escuchaba en el más respetuoso silencio. Cumplida su obligación, daba unos pasos para acercarse al príncipe, ponía la rodilla en tierra y le entregaba el papel. El príncipe, como muestra de su satisfacción, le tendía la mano para que se la besase, le regalaba algún objeto de plata y

ordenaba que le diesen de comer y de beber, no sin haber advertido antes que lo vigilasen, no fuera a morir por su intemperancia, lo que hubiera sido una lástima, pues habrían de pasar seis u ocho años para disponer de un poeta de tanto fuste. Todo el mundo, además, había sido conveniente y expresamente avisado de que no se le podía ocasionar ningún daño.

A pesar de aquella orden, un día, un miembro de la pequeña nobleza se permitió gastar una broma pesada al pobre Tetich. Se había dado de bruces con el poeta, adormecido ya por el vino que había bebido, justo en el momento en que acababa de encontrar un erizo. Ni corto ni perezoso, introdujo el animal entre la camisa y la piel del poeta. Éste se despertó sobresaltado, con un dolor muy agudo, cuya causa no era capaz de adivinar por culpa de la borrachera. Y echó a correr como alma que lleva el diablo, al grito de: «¡Guardias, al ladrón! ¡Al asesino!».

Por desgracia, se dio de morros con el príncipe, quien, al percatarse del motivo de los aullidos del infortunado poeta, festejó a lo grande y con fuertes risotadas la faena que acababan de gastarle. Pero, además de ordenar que dieran al noble un buen correctivo, le obligó a que llevase durante todo un día, entre la camisa y la piel, aquel mismo erizo.

Tras la declamación de Tetich, se servía el té, pero sólo a los personajes principales, porque, antiguamente, esta infusión era muy poco corriente y la forma correcta de tomarlo era privilegio exclusivo de los grandes señores. La pequeña nobleza no sabía cómo azucararlo ni cómo prepararlo.

Una vez consumido el té, se daba paso a los bufones, que hacían millones de gracias, como era su obligación. Cuando todo el mundo se había divertido bastante y los invitados empezaban a cansarse de ellos, se les ponía en la puerta mediante patadas en el trasero. Había una gran diferencia entre el trato que recibía el poeta y el que correspondía a los bufones.

Cuando se anunciaba que la comida ya estaba dispuesta, cada uno acudía al comedor según su rango y posición. Uno de los extremos de la mesa lo ocupaban nuestra madrecita Marfa-Petrovna y sus damas; al otro extremo se sentaban el príncipe Alexis y los grandes señores. A lo largo del banquete, se bebía en tres ocasiones a la salud del príncipe y, con cada brindis, los invitados

prorrumpían en sonoros agasajos, mientras retumbaban los cañones, sonaban las trompetas, el coro entonaba una cantata, los enanos saltaban, los negros bailaban y los convidados hacían añicos, con gran estruendo, cualquier pieza de la vajilla o de la cristalería que tuvieran al alcance de su mano. Todo para desear al anfitrión una larga y venturosa vida. Era entonces cuando el oso favorito del príncipe, el sucesor de aquel que me comió la oreja, se erguía, excitado, sobre sus patas traseras y comenzaba una danza en la que mostraba más salero, gracia y habilidad que las tres cuartas partes de los invitados, aturdidos ya por las numerosas libaciones.

A las siete, daba comienzo el baile. Se abría con una polonesa, que bailaban la princesa Marfa y el gobernador. A las diez, el baile se interrumpía para dar paso al drama bucólico y pastoril. Con este motivo, todo el mundo se dirigía a la galería principal. Para amortiguar el ruido ocasionado por este trajín, los músicos ejecutaban música italiana, aunque difícilmente podían disimular el alboroto. Una vez acomodados todos los espectadores, se alzaba el telón.

Se veía entonces a la heroína, que salía de detrás de un árbol. Por lo general, y mientras se mantuvo joven, el papel correspondía a la hermosa Duniaka, hija de Igor el tejedor, la más bella muchacha que había no sólo en Makarief sino en veinte leguas a la redonda. Llevaba los cabellos recogidos en la nuca, empolvados y adornados con flores. Su preciosa cara resultaba aún más atractiva gracias a dos o tres lunares dispuestos con primor. Lucía un magnífico vestido de raso azul y, en la mano, un cayado, adornado con cintas rosas. Tras hacer una reverencia al público, se dirigía al príncipe y recitaba una segunda felicitación en verso, obra también de Semión Tetich.

Una vez que Duniaka había declamado los versos, aparecía en escena su compañera, Paraka, vestida de pastor, con zamarra, chaleco y calzones de raso, y con los cabellos también empolvados. Entonces se ponían a hablar entre ellas, con frases rimadas, acerca de amores y corderillos. A continuación, pastor y pastora se sentaban juntos, y se acariciaban tan tierna y amorosamente que hasta los ancianos se estremecían de placer, mientras los jóvenes desfallecían de gozo.

Tetich había realizado considerables esfuerzos hasta conseguir

que las dos doncellas recitasen los versos como Dios manda. Como ninguna de ellas sabía leer y eran haraganas en extremo, hacían mohínes de no comprender los versos que les apuntaba el poeta, y alegaban que no eran capaces de memorizarlos. Pero el príncipe Alexis mandó llamar a Vasilika y a Uliachka. Las dos brujas hicieron acto de presencia, vergajo en mano, y procedieron a levantar las faldas de aquel par de recalcitrantes. Al día siguiente, como si hubiera sido cosa de un milagro, las dos se habían aprendido sus papeles a la perfección, sin necesidad de que nadie les soplase ni una palabra.

La representación bucólica solía complacer a todos los asistentes, y el príncipe Alexis llamaba de nuevo a Tetich para colmarle de las debidas atenciones. Pero, a esas horas, normalmente, Tetich ya no se encontraba en condiciones de comparecer ante el príncipe, porque dormía con ayuda del vino que había trasegado. Sin embargo, nada impedía que cada año fuera capaz de componer un hermoso drama pastoril. ¡Que Dios lo tenga en su reino!

A la una de la madrugada, se servía la cena. En el menú nunca figuraban más de sesenta platos, con el pretexto de que no es bueno comer en demasía antes de acostarse. Por el contrario, se escanciaban vinos y licores en abundancia. Todos estaban obligados a vaciar sus copas en el momento mismo en que les servían; de lo contrario, el príncipe vertía vino y licores por la cabeza y los trajes de aquellos convidados que no sabían beber como mandan los cánones. Tras la cena, cada uno era libre de hacer lo que mejor le pluguiese.

En cuanto al príncipe Alexis, acompañado de quince o veinte de sus más íntimos amigos, se retiraba a uno de los pabellones del jardín. Su primera ocupación era despojarse de todos los ropajes superfluos que llevaba; tras lo cual, pedía que le llenasen una enorme copa de oro con vino de Chipre, que bebía de un solo trago. A continuación, la copa circulaba entre sus amigos. Cuando el último de los íntimos del príncipe había vaciado la copa, Su Señoría pedía que bajase el Olimpo. En ese momento, unas veinte doncellas entraban en la estancia, vestidas como deidades paganas, las Nueve Musas o las Tres Gracias. Todas eran encantadoras tanto en belleza como en juventud. Y era entonces cuando daban comienzo aquellos

bailes capaces de encandilar los ojos, y aquellos cantos que deslumbraban los espíritus. Cuando al príncipe le parecía que todos sus invitados habían llegado al punto deseable, exclamaba: «¡Romanos, raptad a las sabinas!».

Y cada uno se apoderaba de la sabina que más le complacía, y desaparecía con ella. Así, querido Iván-Andreovitch, concluía la fiesta del príncipe.

El aniversario del 14 de octubre

—Pero ¿qué tienen que ver la princesa Varvara, el pabellón rosa, el cofre negro y la inscripción de la pared con todo esto? —pregunté a Jacquot el Desorejado—. Me parece que nos hemos ido un poco lejos del asunto que tratábamos.

—Que no, que no. Muy al contrario, estamos a punto de llegar al meollo del asunto, Iván-Andreovitch. Lo que pasa es que te cuento las cosas, no en el orden exacto en que se produjeron, sino tal y como yo tuve conocimiento de ellas.

Como ya habrás intuido, al príncipe Alexis le encantaba la caza, sobre todo, las de osos. En los viejos tiempos, nuestros bosques no estaban tan esquilmados como en la actualidad, y era frecuente en ellos la caza de cualquier especie. Cada invierno dábamos cuenta de treinta osos, o más.

Las cosas discurrían del siguiente modo: tan pronto como se dejaban sentir los primeros fríos invernales, el príncipe enviaba a unos cuarenta hombres a los bosques de los alrededores con objeto de descubrir cuáles eran las cuevas ocupadas por osos. Como se daba aviso a todos los agricultores del principado, e incluso a los de los señoríos vecinos, éstos tampoco faltaban nunca a la cita en el castillo para dar cuenta de sus hallazgos. Además, todos sabían que el príncipe recompensaba con creces a quienes, mediante una buena pista, contribuían a llevar a buen término su afición cinegética favorita.

Atacaba al oso de frente, y nunca permitía que nadie más lo abatiese. Siempre aseguraba, con toda firmeza, a quien quisiese oírle:

—No ataquéis al oso nunca, a no ser que, tras arrojarme al suelo, haya comenzado a devorarme. Ésa es la única excepción;

salvo en momentos así, jurad que no haréis nada y me dejaréis a mi aire.

Durante la cacería del oso no utilizaba lanza ni fusil; le bastaba con un cuchillo y un venablo para abatir al animal. Puedo asegurarte, padrecito, que mató con sus propias manos a más de ciento cincuenta plantígrados. A veces, llegó a encontrarse en situaciones extremadamente delicadas; incluso en dos ocasiones, pensó que no sobreviviría. La primera vez, un oso le devoró la mitad de un muslo; en la segunda, el oso lo atrajo contra sí con tal fuerza que todos los huesos le crujieron; esa vez sí que pidió auxilio, pero fue la única. Inconsciente, lo trasladamos en un trineo, y fue tan grave el percance que a punto estuvo de morir. Pero Dios se apiadó de él, y salió adelante.

A veces, casi siempre en otoño, cuando íbamos a cazar a sitios más alejados, permanecíamos hasta seis semanas fuera del castillo. En esas ocasiones, el príncipe llevaba a toda la jauría con su correspondiente séquito: cuatrocientos rehaleros, mil perros corredores, ciento cincuenta mozos y doscientos o trescientos miembros de la pequeña nobleza. Por el camino, a veces coincidíamos con dos o tres grandes señores, tan ricos y poderosos como nuestro príncipe, con lo que más que caballeros de cacería parecíamos mesnadas en pie de guerra.

De vez en cuando, hacíamos un alto en la hacienda de Peter-Alexiovitch Muranski. Era un señor riquísimo, pero de agrio carácter, debido a una constitución enfermiza; estaba baldado por un reúma que le obligaba a caminar con ayuda de un par de muletas. Pero, en cuanto oía los cuernos de caza, los gritos y todo el jaleo que armábamos, tales limitaciones no le impedían salir a recibirnos, con muletas y todo, hasta la escalinata.

Una vez —y préstame mucha atención, padrecito, porque nos acercamos a un terrible acontecimiento—, llegamos a los dominios de dicho señor con un tiempo espantoso. Llovía a cántaros, y el viento soplaba con tal fuerza que era capaz de derribar a un cosaco del caballo. Imposible que siguiéramos adelante en aquellas condiciones, así que, en lugar de hacer una simple parada en la mansión de Muranski, nos vimos obligados a pasar la noche bajo su techo. Llegada la hora de dormir, cada uno se las arregló como pudo. Muranski insistió en ceder sus aposentos a su amigo el

príncipe Alexis, pero éste rechazó cortésmente la oferta. Así que dispusieron para él un pabellón aislado, que no había sido habitado en mucho tiempo, y que sólo contaba con dos estancias. Como es natural, el príncipe optó por el cuarto en el que había una cama; yo me acosté en la habitación contigua, sobre una estera que habían extendido en el suelo a tal fin.

Para entonces, ya me había dado cuenta de lo triste que se había mostrado el príncipe a lo largo de todo el día. Cosa que, por otra parte, le ocurría siempre, desde hacía años, en cada aniversario del 14 de octubre. Por la mañana, al pasar por delante de una capilla, desmontó del caballo y entró en la iglesia. Oró y se persignó, todo acompañado de hondos suspiros.

El príncipe se acostó como de costumbre, pero sin decir nada. Tan sólo, en dos o tres ocasiones, me preguntó:

—¿Duermes en la habitación contigua, verdad, Jacquot?

—¡Por supuesto, mi príncipe! —hube de responderle todas las veces.

A medida que se acercaba la medianoche, el vendaval arreciaba, y el aire se colaba por las chimeneas y silbaba por los corredores con lamentos que oprimían el alma, semejantes a sollozos o quejidos. Las contraventanas golpeaban con estruendo contra los muros, y las ramas de los árboles emitían, de vez en cuando, unos crujidos tales que encogían el corazón. Oí que daban las doce. Dónde, no lo sé; pero me dio la impresión de que el reloj se encontraba en nuestros mismos aposentos. De repente, me llegó la voz del príncipe Alexis, no burlona ni altiva como de costumbre, sino dulce, casi suplicante.

—¿Duermes, mi querido Jacquot? —me preguntó.

—No; no duermo, padrecito. ¿Qué deseáis? —repuse.

—No sé lo que me ocurre —replicó el príncipe—, pero el caso es que tengo miedo.

Al principio creí que había oído mal. ¿Cómo iba a tener miedo el príncipe Alexis? Imposible. Él no temía ni a Dios ni al diablo, como suele decirse.

—¿Decís que tenéis miedo? —pregunté.

—Así es —repuso el príncipe, con voz casi inaudible.

—Pero ¿de qué?

—¿Acaso no oyes esos alaridos?

—Silbidos querréis decir, padrecito. Es el aire.

—No, no, Jacquot —continuó el príncipe—; no es el aire. Es otra cosa.

—¿Y qué puede ser?

—Escucha, escucha…

Y así lo hice.

—¡Ah, ya sé! —respondí—. ¡Son vuestros perros que aúllan!

—Pero, en medio de esa barahúnda, ¿no oyes algo que no deberíamos escuchar?

—Pero ¿qué? ¿Algún aullido que no deberíamos oír?

—¡Oh, sí! ¡El de mi pobre Arabka!

—¡No desvaríes, padrecito! —le dije, con un estremecimiento—. ¿Cómo pretendes que sea Arabka la que aúlle, si hace ya más de diez años que murió?

—¡Es ella! ¡Es ella, sin duda! —alzó la voz el príncipe—. Cuando vivía, reconocía su ladrido entre millones. ¿No habría de ser así ahora, y con más razón, puesto que está muerta? ¡Atiende, escucha! Se aleja de la rehala, y se aproxima a nosotros. ¿No la oyes? No ha de estar a más de quinientos pasos. ¿La oyes o no? Ahora debe de encontrarse a unos doscientos… Verás cómo viene hasta nuestra puerta.

Y, en efecto, un aullido aislado sonaba cada vez más cerca.

—Puede ser, padrecito, que uno de los perros se haya escapado y te haya seguido el rastro. Como a veces hasta les das de comer en tu mano…

—¡Te digo que es Arabka! ¡No te haces ni idea de las cosas sobrenaturales que acontecen en este mundo!

—Pero ¿qué habría de querer Arabka de nosotros, mi príncipe? Erigisteis un bonito mausoleo para acoger sus restos, y se rezaron hermosas oraciones por ella…

Pero, efectivamente, a la entrada del pabellón, se oía un aullido doloroso y prolongado, parecido a un lamento.

—¡Sí, sí! —exclamó el príncipe—. ¡Ya sé que vienes a anunciarme que mi fin está próximo, mi pobre Arabka!… ¡Ah, es terrible! ¡Dios mío, Dios mío, ten piedad del alma de tu siervo!

Aunque yo también estaba muy asustado, quise ofrecerle al príncipe una prueba de que no se trataba de Arabka, sino de un perro cualquiera de la jauría. Así que, en medio de la oscuridad, me

levanté y me dirigí a la puerta. El príncipe se percató de lo que pretendía.

—Pero ¿qué haces, Jacquot, qué haces? ¡Ni se te ocurra abrir la puerta! Si lo haces, entrará aquí…

Pero su advertencia llegó demasiado tarde. Yo ya había abierto la puerta y, con gran extrañeza por mi parte, comprobé que no había ningún perro, ni en el umbral ni rondando el pabellón. Lo que sí oí, sin embargo, fue la voz angustiada del príncipe.

—¡No me has hecho caso, Jacquot! ¡Has abierto la puerta y, mira, ahora Arabka está en mi aposento! ¡Vete, bestia maldita, vete de mi lado! ¡No te acerques a la cama! ¡Me lame las manos con su lengua de hielo, ese rostro…! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me muero!

Y la voz del príncipe se apagó en una especie de estertor. Como estaba completamente seguro de no haber dejado entrar a ningún perro, cerré la puerta con rapidez y, tras encender una vela, corrí al lado del príncipe. Estaba en la cama, desvanecido. Busqué por toda la habitación, pero allí no había ningún perro, ni Arabka ni ningún otro. El príncipe tenía el rostro empapado en sudor y los puños crispados por el pánico. Le eché un poco de agua en la cara. Se estremeció y abrió los ojos.

—¿Ya se ha ido? —quiso saber.

—Pero, padrecito, ¡si nunca llegó a entrar!

—Te digo que la he visto entrar por esa puerta y acercarse a la cama.

—Pero ¿cómo has podido distinguirla con la noche que hace? Además, la perra era negra como un tizón. Por eso la llamábamos Arabka.

—Sí, sí; pero sus ojos brillaban como dos brasas encendidas, capaces de iluminar toda la alcoba a su alrededor. El fiel animal ha venido para advertirme de que ya es hora de que piense en mi alma.

—Pero, vamos a ver, padrecito… ¿Otra vez con esas locuras…?

—No, no son locuras. Ya tengo setenta años y, todavía ayer, soñaba que me casaba con Macka, la vaquera. Soñar que uno se casa es señal inequívoca de muerte. El día que abandonamos el castillo, una cerda parió trece lechones. ¡Otro aviso de muerte! Además, en mi último cumpleaños se rompió un espejo sin razón aparente. ¡Signos de muerte todos, te digo, Jacquot!

—Pues bien, querido príncipe —le respondí—, ya que estáis

persuadido de que vuestra última hora se acerca, hay que ocuparse sin tardanza de los negocios del espíritu.

—¡Qué fácil te resulta a ti Jacquot! —agregó el príncipe, con voz ronca—. Son precisamente las cosas espirituales las que más me inquietan.

—¿Y qué es lo que tanto os preocupa? Si al primer pope que se presente por aquí, le dais cien rublos, os dejará la conciencia tan limpia como una patena… Habéis llevado una buena vida, agradable, no lo niego; pero ni habéis matado ni habéis asesinado.

Al oír estas palabras, el príncipe tuvo un acceso de tos, como si alguien hubiera pretendido estrangularle.

—¿Quién te ha dicho eso, Jacquot-Petrovitch? ¿Quién te ha contado que no he matado ni asesinado?

Puse unos ojos como platos.

—Jacquot —dijo—, deja aquí la vela, y reza por mí en tu cuarto. En cuanto amanezca, ve en busca de un sacerdote.

Obedecí; me retiré a mi habitación y, una vez allí, me puse a orar. Por lo que se refiere al príncipe, se pasó toda la noche entre suspiros, sollozos y golpes de pecho. En cuanto clareó, me levanté y asomé la cabeza por la puerta de la cámara del príncipe.

—¿Queréis que vaya en busca del pope, padrecito? —le pregunté.

—Por encima de todo —me replicó.

Me fui en su busca, y le conduje hasta el príncipe.

—Aquí está el pope. Ya podéis estar tranquilo: es un pobre diablo, de quien conseguiréis todo lo que deseéis por diez copecas.

Y el sacerdote entró en la habitación. Era un hombre joven, de entre veintiocho y treinta años, de frente pálida y mirada severa. Desde hacía un año, ejercía su ministerio en una mísera aldea de por allí. Les dejé solos. Todo transcurrió en paz durante los diez primeros minutos. Pasado ese tiempo, oí cómo la voz del príncipe se elevaba de tono, hasta adquirir tintes claramente amenazadores.

—¡Así que por esa miseria te niegas a concederme la absolución! Y si te ofrezco cien, quinientos, mil rublos…

—Mi príncipe —repuso el cura, con voz tranquila—, ni aunque me ofrecieseis todas las riquezas de nuestro padre el zar Nicolás, podría daros la absolución. Se trata de un asesinato, de un crimen con premeditación, de un hecho espantoso, largamente pensado y

ejecutado con frialdad. Acudid al archimandrita o al metropolitano: ellos tienen más poderes que este pobre pope. Lo siento, pero me es imposible.

—¡Miserable insecto, te haré azotar hasta desollarte vivo! —gritaba el príncipe.

—Mi vida está en vuestras manos, monseñor; pero mi alma está en las de Dios. Si es su deseo que padezca martirio, más pronto retornará mi espíritu a Él.

Pude oír, entonces, cómo la voz del príncipe se dulcificaba y se volvía susurrante, como si rezase.

—¡Ve, pues, miserable! —exclamó—, y no vuelvas a presentarte jamás ante mí.

El sacerdote abandonó la estancia tal como había llegado, sin mostrar la más mínima inquietud ante las amenazas que profería el príncipe. Al pasar, me bendijo, y franqueó la puerta del pabellón.

Tras él, pálido y con los cabellos erizados, apareció el príncipe, con un látigo en la mano. Abrió la puerta del pabellón, la misma que acababa de traspasar el pope, como si quisiera ir tras él. Pero, cuando observó cómo se alejaba con toda calma, el látigo se le cayó de las manos, al tiempo que gritaba:

—¡En el nombre de Dios, padre, rezad por mí!

Al ver que las fuerzas le flaqueaban, acudí en su ayuda, le cogí en brazos y le senté en un sillón. Estaba débil como un niño.

—Y tú, Jacquot-Petrovitch, también tú rezarás por mí, ¿verdad? Hoy mismo, regresaremos al castillo. Una vez allí, irás a ver al archimandrita de Kazán y le encargarás que rece unas cuantas oraciones por mí. Su obligación es orar, ¿no?, por la que le pago más de mil rublos al año. Así que si lo hace como es debido, le regalaré una campana para su iglesia, cuyos tañidos se oirán desde Saratof hasta Nijni. He redactado mi testamento. He nombrado a Muranski, sí, a nuestro anfitrión, albacea de mis últimas voluntades, ya que sólo en él puedo confiar para un asunto de tal gravedad. Muerto mi hijo Boris, no he llegado a conocer a mi nieto, Danilo, quien siempre ha vivido en San Petersburgo. Además, todos mis vecinos son unos borrachuzos, sin fe ni ley. Así que confío todos mis asuntos temporales a Muranski. Pero es a ti, Jacquot, y al archimandrita de Kazán, a quienes confío mi alma. Piénsalo bien: tanto tú como el padre Trifón habréis de responder por ello ante

Dios. Jacquot, cuando me llegue la muerte, quiero que depositen mi cadáver en el mausoleo de nuestra familia, a los pies de mi padre, y que te encargues de que se recen cuarenta oficios divinos por la salvación de mi alma. Además, pedirás que mi nombre quede inscrito en los libros de registro del sínodo, a fin de que se ore por mí a perpetuidad. Y te ruego que estés presente durante tal trámite, porque esos bribones de popes son todos unos taimados. He reparado en que la Santa Virgen de nuestra iglesia necesita un collar de perlas, y un mantel de plata para el altar. Me acuso de no haberme dado por enterado de que ambas cosas le hacían falta. Te entregaré una orden por escrito para mi intendente, quien te entregará las perlas y el lingote de plata. Encargarás que hagan ambas cosas en Moscú; no se lo pidas al pícaro de Zubrillof, que pretende que le he dejado a deber dos mil rublos y, como sabe a ciencia cierta que yo no se los pagaría jamás, es capaz de cobrárselos a cuenta del collar de perlas y del mantel de plata de la Virgen. ¡Es un abominable hijo de perra! —juró el príncipe, con los puños apretados, mientras daba enormes zancadas por la estancia—. ¡Si alguna vez cae en mis manos, morirá, pero tan sólo bajo mi látigo!

En aquel instante, una contraventana mal asegurada golpeó contra uno de los muros, empujada por el viento. El príncipe palideció y se echó a temblar.

—¡Que Dios se apiade de mi alma!

—Pero ¿no os dais cuenta, príncipe mío, de que no pasa nada? Es sólo una contraventana que golpea…

—A ti siempre te parece que no pasa nada… ¿En dónde nos habíamos quedado? ¡Ah, ya me acuerdo! No tendrás que comprar tela de seda para recubrir mi ataúd, habida cuenta de que cuando mi primo hermano, el príncipe Vladimiro, se fue a París el pasado año, ya le entregué el dinero necesario para que me comprase una pieza de seda Lyon. Con esa tela deberás revestir mi féretro. Pero tengo una duda sobre este particular.

—¿Y cuál es, padrecito? —le pregunté.

—Me parece que mi primo Vladimiro lleva en París una vida muy desordenada, y pierde enormes sumas de dinero en el juego. Así que bien puede haberse jugado mi dinero, igual que el suyo, sin inquietarse de que, por culpa de su vida disoluta, corro el riesgo de

partir hacia el otro mundo de forma poco decorosa, de presentarme ante el Padre eterno como un pobre diablo. Para mi entierro, invitarás a todos los nobles de los alrededores, al igual que a toda la pequeña nobleza. Me gustaría que mi entierro resultase un acto espléndido, al que asistiera mucha gente. Pero no has de invitar a Kartshagin, a quien detesto con todas mis fuerzas. Con el pretexto de que desciende de Rurik[14], se da unos aires de importancia y superioridad conmigo que me saca de quicio. Porque, se mire por donde se mire, yo soy muy superior a él. No olvides cubrirme la cabeza con un rico bonete de brocado de oro, bordado con perlas. Tú, en persona, te encargarás de que lo confeccionen con el mayor esmero. Hoy en día, estas cosas se confeccionan de manera deplorable, sin gusto ni medida.

—Estad tranquilo, mi príncipe, que me encargaré de todo. Pero ahora, una vez que el vendaval ha amainado y ya es de día, ¿no sería bueno que tratarais de dormir un poco?

El príncipe Alexis siguió mi consejo, y se acostó de nuevo. Yo me quedé sentado en el cuarto contiguo, dispuesto a acudir a su lado en cuanto me llamase. Le oí dar vueltas y más vueltas en el lecho, como si no fuera capaz de conciliar el sueño. Más tarde, con voz llorosa, pronunció mi nombre, y volví a su alcoba.

—Siéntate ahí —me indicó, al tiempo que me señalaba una silla, colocada a la cabecera de su cama.

Obedecí.

—Escucha —me dijo—, sólo en ti he puesto toda mi confianza, mi pobre Jacquot el Desorejado, y a ti es a quien he de confesar todo. Porque ahora mismo, y tras las advertencias que he recibido, tengo miedo de morir en uno de esos accidentes que sobrevienen a veces al hombre que se pone en camino, y cuando menos se lo espera. No me gustaría morir sin confesión ni absolución. Así que escucha aquello que confío que harás por mí. Si muriese de forma súbita, antes de haber alcanzado el perdón, irás a pie, ¿me oyes?, con un bordón de peregrino en la mano, hasta Moscú. Una vez allí, solicitarás ver al archimandrita, te confesarás por mí, y cumplirás, en mi lugar, la penitencia que tenga a bien imponerte. Sólo así, al menos eso espero, obtendrá algún alivio mi pobre alma. ¿Harás todo eso por mí, Jacquot?

—Lo haré —le aseguré—; tan cierto como que daría mi vida por

vos, padrecito.

—¡Está bien! Escucha, pues —me dijo el príncipe.

Y me contó una terrible historia.

La princesa Marfa-Petrovna

—¡Por fin voy a enterarme de lo que pasó con la princesa Varvara!

—Todavía no, Iván-Andreovitch —me respondió Jacquot el Desorejado—; cada cosa a su tiempo. Hay que comenzar por la historia de la princesa Marfa-Petrovna.

Esta princesa sufrió mucho a lo largo de su vida. La verdad es que disfrutó de pocos días felices. Fue una verdadera mártir. ¡Ojalá Dios la haya acogido en su seno!

Su padre, el príncipe Peter-Ivanovitch, había rechazado de entrada al príncipe Alexis, cuyos antepasados no le inspiraban mucha confianza. Pero el príncipe Alexis, que había participado en la expedición del conde Orlov contra el turco, fue enviado por éste como mensajero para anunciar a la emperatriz Catalina la victoria de Shesmé[15]. Y al preguntarle la emperatriz qué podría hacer por él, el príncipe Alexis, a la sazón muy enamorado de la hermosa Marfa-Petrovna, le respondió que nada deseaba tanto como contraer matrimonio con la hija de su favorito Peter-Ivanovitch Trotinski. Sin hacer comentario alguno, la zarina se sentó y escribió la siguiente carta:

> Habida cuenta de los servicios a Nos rendidos por el príncipe Alexis-Petrovitch Grubenski y, en recompensa por la buena noticia que nos ha comunicado, Nos deseamos que le concedas en matrimonio a tu hija Marfa-Petrovna, y que así lo hagas sin dilación alguna. Dios te guarde.
>
> Con afecto,
>
> Catalina

Al recibir esta carta, mientras la leía, el príncipe Trotinski se estremeció. Hizo a continuación tres genuflexiones ante una imagen de Cristo, y exclamó:

—Cúmplase la voluntad de la zarina, pues todos pertenecemos a Dios y a ella.

Quince días más tarde, se celebró el matrimonio. Pero la ceremonia no resultó festiva. Más parecía que la novia se dirigía a una muerte segura que a una bendición nupcial. Para que tal tristeza no fuera objeto de comentarios y maledicencias, se acortó el banquete de bodas, y así, una vez interpretada la polonesa, se dio por concluida la celebración.

El matrimonio se celebró en San Petersburgo. Bendecida la unión, el príncipe partió hacia sus posesiones del castillo de Grubenski, junto con su joven esposa.

Pasaron seis meses sin que nadie pudiera decir a ciencia cierta cómo les iba la nueva vida a los jóvenes desposados. Nadie tenía acceso al castillo. Cuando, por casualidad, alguien veía a la princesa María, siempre observaba en su rostro las huellas de una indecible tristeza.

Poco a poco, el príncipe Alexis volvió a sus antiguas costumbres. Abandonó a la princesa a su soledad. Para consolarse de lo que no hallaba en casa, el príncipe participaba en todas las fiestas, cacerías y diversiones que le ofrecían sus vecinos, señores como él.

En consecuencia, la princesa se sintió infeliz y, muy pronto, el matrimonio le resultó insoportable. Por su parte, el príncipe, harto de una melancolía que le resultaba tan poco atractiva, trataba a su esposa con tanta dureza que, a veces, sobre todo en la alcoba de la princesa, se formaba tal escándalo que más bien parecía que se lo fueran a llevar todos los diablos. Hasta hubo rumores de que, los días en que el príncipe regresaba bebido al castillo, o cuando se emborrachaba allí mismo, éste utilizaba con la princesa métodos más expeditivos, patentes durante los días posteriores, y que podían apreciarse con claridad tanto en el rostro como en las manos de la infortunada mujer.

La princesa era de carácter dulce y paciente. A los arranques de furia de su marido, sólo respondía con sollozos. Pero el dolor y la paciencia de que daba muestras, en vez de tranquilizar al príncipe, le exasperaban profundamente.

El príncipe comenzó por transgredir la ley conyugal durante sus visitas a Moscú y a San Petersburgo. Poco después, aunque fuera del castillo, mantenía a unas cuantas jóvenes livonias. Para, finalmente, llegar a tener en su casa su propio harén, como ya te he contado. Pero la princesa no se quejaba a nadie, acostumbrada como estaba a

guardar el dolor para sí. Poco a poco, la indiferencia del príncipe Alexis hacia su esposa se convirtió en odio. Dejó de tener relaciones con ella. Es probable que su estirpe se hubiera extinguido con él, si la princesa, al primer año de matrimonio, no hubiera traído a este mundo al príncipe Boris-Alexiovitch.

El tiempo que el chico permaneció en el castillo fue un gran consuelo para su madre. Ella miraba por su educación, impartida por tutores alemanes y franceses, y la seguía muy de cerca, atenta a los progresos que el príncipe realizaba en ambos idiomas, que ella hablaba como si fueran su lengua materna. De forma que, a los doce años, el joven príncipe Boris tenía un nivel de conocimientos similar al que se supone que han de tener, en Rusia, los hijos de buena familia cuando llegan a los veinte.

En cuanto el príncipe Boris cumplió quince años, el príncipe Alexis, temeroso de que aquella educación controlada por una mujer tomase una deriva demasiado femenina, llevó a su hijo ante el zar Pablo I, quien acababa de acceder al trono **[16]**. Como el azar había querido que el joven príncipe tuviera una nariz respingona, rasgo que siempre implicaba un trato de favor por parte del emperador Pablo I, éste le nombró al instante portaestandarte del regimiento Paulovski, que acababa de crear.

A partir del momento en que la separaron de su hijo, la princesa, para quien aquel vástago representaba su postrer alegría, llevó una vida de reclusión y comenzó a consumirse como una vela. Únicamente se dejaba ver durante las grandes ocasiones, como la inauguración de la feria o el cumpleaños del príncipe. Sólo entonces, por orden expresa de su marido, vestía sus mejores galas y asistía a las ceremonias oficiales; pero siempre permanecía callada, muda, y sólo respondía con movimientos de cabeza o con las manos. El resto del tiempo permanecía encerrada en sus habitaciones, y se pasaba todo el día dedicada a la oración y a la confección de ornamentos para diferentes iglesias.

Sin preocuparse de lo que hiciera o dejara de hacer su mujer, siempre solitaria, el príncipe organizaba fiestas y recepciones en el castillo. Así que, de un lado, reinaban la orgía, el desenfreno, el ruidoso bullicio, mientras que, de otro, sólo había oración y recogimiento. A veces la soledad de la princesa llegaba a tal extremo que tenía que irse a la cama sin cenar, porque no había ni

una sola doncella a la que pedir un refrigerio, dado que todo el servicio estaba destinado a la atención del príncipe y sus invitados. Llegó incluso un momento en que la princesa Marfa-Petrovna fue privada de una de sus mayores distracciones, la lectura. Lloró tanto por este motivo que sus ojos se le debilitaron hasta el extremo de quedarse casi ciega.

Por suerte, entre las personas que vivían en el castillo, había un miembro de la pequeña nobleza, de nombre Bielussof, que había perdido su modesto patrimonio como consecuencia de una mala jugada que le había gastado uno de sus poderosos vecinos. Sin medios de subsistencia, pues, se había asentado en el castillo del príncipe Alexis y allí, como tantos otros, vivía de sus larguezas. Era un hombre ya mayor y de muy buenas cualidades: amable y tranquilo, afable con todo el mundo, no se le conocía más que un solo defecto que le distinguiera de sus semejantes: resultaba de todo punto imposible que bebiese vino o aguardiente. Por el contrario, era muy versado en las Sagradas Escrituras, así como en todo lo concerniente a la religión, y se pasaba la mayor parte del tiempo dedicado a la lectura de gruesos volúmenes que trataban de toda clase de asuntos, sagrados y profanos. Por otra parte, era muy puntilloso con las obligaciones que impone la religión, de forma que siempre llegaba a la iglesia antes que el pope, para abandonarla en último lugar.

Como, con una vista tan débil, la princesa ya no podía leer, mandó llamar a Bielussof y le rogó que leyera para ella. Así pasaron otros cinco o seis años, durante los cuales la princesa se consumía a ojos vista.

Un día en que el príncipe Alexis salía de caza sufrió una gran contrariedad en el momento de partir. Nada más cruzar los últimos parterres del parque del castillo, un pope se le cruzó en el camino, y como todo el mundo sabe, padrecito, si te encuentras a uno de ésos cuando sales de caza, puedes estar seguro de que no cobrarás ni una pieza en todo el día. Como bien puedes imaginar, el príncipe Alexis no era de los que permiten que pase algo así sin consecuencias: ya que se le estropeaba la cacería, había que azotar al culpable. En cuanto al cura le cayeron encima los primeros latigazos, el caballo del príncipe se encabritó, y a punto estuvo de acabar con su vida, tras lanzarle, por encima de las orejas, a un barrizal. Pero el

príncipe se incorporó sano y salvo, aunque tuvo que cambiarse de arriba abajo, porque estaba cubierto de lodo de la cabeza a los pies.

Aquel día, levantamos once zorros y tres jabalíes. Pero los zorros corrieron tan deprisa y tan bien, que no cazamos ni uno; y los jabalíes plantaron cara a los perros, destriparon a unos veinte de los mejores, y escaparon sin que pudiéramos echarles mano. El príncipe, como es natural, nos azotó a todos. Pero eso no bastó para apaciguar su cólera. Por la tarde, regresó al castillo con un semblante tan sombrío y amenazador como una noche de tormenta.

Al llegar, le entregaron una carta del príncipe Boris. En cuanto la hubo leído, comenzó a rugir tan furioso como un león. A continuación, oímos un ruido enorme de espejos, muebles y cristales que volaban por los aires. Nadie podía adivinar la causa de tanta cólera. Todos nos acurrucamos donde mejor pudimos y, agazapados, dirigimos al cielo nuestras mentes suplicantes para rogar a Dios que alejase de nosotros las desgracias que se cernían sobre nuestras cabezas. Por fin, desde la estancia, oímos cómo bramaba:

—¡Que venga de inmediato la princesa Marfa-Petrovna!

Al instante, un heiduco salió disparado a cumplir la orden. Transcurridos unos instantes, regresó y le dijo al príncipe que la princesa se encontraba enferma y que le resultaba imposible ir a verle. Aún no había acabado de hablar el mensajero, cuando un puñetazo ya lo había derribado por tierra, sin que, desde entonces, le haya sido posible volver a contar todas sus piezas dentales, pues, desde aquel día, cinco o seis dientes jamás volvieron a comparecer al recuento de su dueño.

El príncipe se precipitó sobre el cuerpo del pobre servidor y, como un huracán, subió hasta los aposentos de la princesa. Ésta se encontraba tendida en un sofá, muy triste y enferma. A su lado, sentado a una mesa, se hallaba Bielussof, quien le leía en voz alta *El martirologio de santa Varvara*.

—¿No tenéis nada que decir, señora? —gritó el príncipe—. ¡Disteis tan buena educación y tan buenos principios a vuestro hijo, que acaba de casarse con una cualquiera! ¡Ya sabía yo que algo así tenía que pasar! Un hijo criado por una madre como vos, que se pasa día y noche con sus amantes…

La princesa gritó sólo una vez. Intentó incorporarse, pero le

fallaron las fuerzas y cayó de espaldas, desmayada, tendida cuan larga era sobre un canapé. Aquella noche, circuló el rumor de que la princesa había muerto. Al día siguiente, Bielussof desapareció, sin que nadie haya sabido dar nunca razón de su paradero.

El mismo día en que desapareció Bielussof, la princesa Marfa-Petrovna fue amortajada con sus mejores galas. ¡Que Dios haya acogido su alma en la paz del paraíso! El entierro fue realmente magnífico, oficiado por tres archimandritas y cien popes. Aunque la gente no la había tratado en demasía, como en su vida de soledad había dado tantas limosnas, todo el mundo lloró su desaparición, sobre todo los pobres. Pero el príncipe Alexis no derramó ni una sola lágrima. Se le notaba un poco triste y, de vez en cuando, experimentaba una especie de sacudida. Pero nada más.

Durante las seis semanas que siguieron a tan tristes sucesos, en el castillo se dio de comer a multitud de mendigos. Todos los sábados se les daba, además, una moneda. Sólo el entierro de la princesa costó unos cinco mil rublos. Durante el banquete que siguió al sepelio, el príncipe Alexis se dedicó a departir con los archimandritas sobre el mejor camino a seguir para llevar una vida de verdadero cristiano, así como sobre los medios más eficaces para conseguir la salvación de su alma. Hizo también algunos elogios conmovedores sobre las virtudes de la difunta, y dio muestras, en términos muy sentidos, del profundo dolor y de la inmensa desesperanza que le producía la pérdida de la princesa. Los archimandritas intentaron como pudieron animarle con palabras de consuelo. Pero el príncipe respondió al clérigo que se expresaba con mayor elocuencia:

—Está claro que no he de permanecer en este mundo sin ella; así que os suplico, padre, que me recibáis como un religioso más.

—Me parece una santa idea, caro príncipe —le respondió el archimandrita—. Pero como todo proyecto, si ha de llegar a buen puerto, ha de ser llevado a la práctica tras una serena reflexión.

—¿Para qué reflexionar? —exclamó el príncipe—. ¿Supones que no vaya a pagarte lo bastante, si me decido a entrar en religión? ¡Aleja tus temores! Porque mi dote será de cuarenta mil rublos, ya que no tendré necesidad de ahorrar.

—Pero no olvidéis —le replicó el archimandrita— que tenéis un hijo.

—¿A quién te refieres? —preguntó el príncipe—. ¿A Boris? Ése es un tunante que, si en algo estima su pellejo, más le valdría no presentarse jamás ante mí. ¡Ese loco es la verdadera causa de mi dolor! ¡Él, y sólo él, es el verdadero asesino de su madre! Acaba de casarse con una maritornes, sin nuestra bendición, sin habérnoslo advertido siquiera. Él ha sido quien ha matado a su madre. En cuanto la princesa Marfa supo del deshonor en que había sumido nuestro nombre, la pobre se desvaneció y cayó al suelo sin conocimiento. A continuación, le sobrevino la apoplejía. ¡Así acabó la vida de mi infortunada y querida mujer! ¡Pero me las ha de pagar, ese pillastre! Les dejaré en la calle, a él y a esa cualquiera. Caso de que no me admitáis en el convento, volveré a casarme enseguida para tener más hijos cuanto antes.

Al día siguiente, y como muestra de pesar, el príncipe se avino a administrar numerosos correctivos de su propia mano. Todo el que se cruzaba con él era responsable de una u otra falta. Nadie se libró: ni miembros de la pequeña nobleza, ni conocidos ni *mujiks*. Poco a poco, todos descubrieron que su situación bajo el techo que les proporcionaba el príncipe era insostenible, y optaron por desaparecer de forma paulatina.

A Dios gracias, el príncipe Alexis no perseveró más allá de dos semanas en tan mala disposición. Y así, pasado ese tiempo, una mañana salió a cazar un oso y, como todo fue a las mil maravillas, su dolor desapareció como por ensalmo. Desde aquel momento, su vida volvió a ser como antes. Pero, aun entre bailes, fiestas y diversiones, todos apreciábamos cómo envejecía. Con frecuencia le ocurría que, tras ir de caza y mientras estaba sentado sobre un tonel de aguardiente, el vaso se le caía de las manos, entonces, él mostraba una actitud sombría y pensativa. En esos momentos, tanto las risas como los alegres gritos de quienes le acompañaban enmudecían de inmediato. Transcurridos algunos instantes de ceñudo silencio, el príncipe levantaba la cabeza y entonaba a voz en cuello una antigua canción tabernaria, cuyo estribillo repetían todos.

La princesa Varvara

Justo un año después de la muerte de la princesa Marfa-

Petrovna, el príncipe Alexis recibió una carta de su hijo, el príncipe Boris. Después de leerla, y en medio de un torrente de juramentos, llamó al intendente y al mayordomo y les ordenó:

—¡Escuchadme bien y no olvidéis ni una sola palabra de lo que voy a deciros! Mañana llegará aquí el príncipe Boris, acompañado de esa mujerzuela. Prohíbo a todo el mundo que se les salude, salvo para insultarles. Se les conducirá a mi presencia, pero nadie desensillará los caballos que traigan, dado que sólo aspiro a darles una pequeña lección, tras la cual, abandonarán el castillo. ¿Me habéis entendido bien?

—Por supuesto, príncipe —respondieron ambos servidores—. Podéis estar tranquilo. Todo se hará según vuestras órdenes.

En efecto, así fue. Al día siguiente, a eso de las once de la mañana, alguien anunció que el carruaje del príncipe y la princesa se encontraba en las proximidades del castillo. No me veo con arrestos para contarte, mi querido Iván-Andreovitch, todo lo que los jóvenes esposos hubieron de padecer desde su llegada a Niskevo.

El príncipe permanecía en el carruaje, taciturno y silencioso. Aunque lloraba amargas lágrimas, la princesa devolvía dulces sonrisas ante las injurias y groserías que le llovían por doquier. Además, habían contratado, para la ocasión, a un centenar de granujas que no pararon de abuchearles desde la entrada del pueblo hasta el castillo.

En el salón de aparato, con un enorme látigo de cuero trenzado en la mano, el príncipe Alexis aguardaba el momento de la llegada de su hijo y de su nuera. Echaba fuego por los ojos, igual que un lobo que acecha por la noche un aprisco de corderos. A la vista de la terrible tormenta que se preparaba, todos nos escondimos lo mejor que pudimos en nuestros rincones preferidos. Con disimulo, yo había llamado a un pope, al que instalé en una sala retirada, no fuera que el príncipe se dejara llevar al paroxismo, y fuera necesaria la intervención del cura. En el castillo, reinaba uno de esos espesos silencios que se perciben en la naturaleza ante la llegada de un ciclón.

Por fin, los jóvenes desposados traspasaron el umbral del salón. Cuando los vio entrar, el príncipe no pudo evitar un brusco gesto de amenazante cólera, y alzó el látigo. Pero, a la vista de aquella joven tan hermosa, tan dulce y tan pura, el látigo se le cayó de las manos,

y se le mudó la expresión de la cara, que, de amenazadora, pasó rápidamente a mostrarse afable y sonriente. Los jóvenes hicieron ademán de arrodillarse ante su padre, aunque sólo el príncipe Boris llegó a hincar una rodilla en tierra. El príncipe Alexis no consintió que la joven realizara un gesto similar. Al contrario, le rodeó la cintura con uno de sus brazos, mientras con la otra mano le acariciaba la barbilla, al tiempo que exclamaba, con su voz más cariñosa:

—¡Por fin te has decidido a venir, bribonzuela! Claro, claro; ahora comprendo a mi hijo. ¡Eres tan hermosa! Bésame, *Duchinka*, y quédate tranquila, que ya nos iremos conociendo poco a poco —para, a continuación, dirigirse a su hijo—. ¡Sé bienvenido, Boris! Tenía pensado darte una lección; pero, al ver a tu mujercita, no me he atrevido. ¡Dios esté contigo!

El sesgo que habían tomado los acontecimientos nos dejó a todos sumidos en una profunda perplejidad. Hay que decir que la princesa estaba dotada de una belleza tan esplendorosa e irradiaba una dulzura tan angelical, que una mirada de aquellos preciosos ojos hubiera bastado para mitigar la furia de un tigre. Así que corrí a la estancia en la que tenía encerrado al pope y le obligué a abandonar el castillo sin que nadie lo viera.

Durante aquel día y los siguientes el castillo fue testigo de la celebración de magníficas fiestas. Todo eran banquetes y bailes, a cual más espléndido y maravilloso, como en los mejores tiempos del pasado. Con una diferencia, sin embargo; durante los convites, ya no había osos ni mujeres ni borrachos tendidos por los pasillos. Muy al contrario, un orden perfecto imperaba por doquier y cuando uno de los íntimos del príncipe se atrevía a decirle en voz baja que por qué no se acercaban hasta los pabellones para charlar un rato en el Olimpo, el príncipe le echaba una mirada tan severa, que el indiscreto sentía al instante cómo se le resecaba la lengua en la boca.

Se introdujeron innumerables cambios, todos debidos a la influencia y a los consejos de la princesa Varvara. Bastaba con que dijera «padrecito, ¡eso no está bien!», para que el príncipe Alexis actuara de forma inmediata según la recomendación recibida. Ya no se enviaba a nadie a las caballerizas. Es más, látigos, vergajos y disciplinas habían ido a parar al fuego para gran contento de todos.

Pero ahí no acabó la cosa. El príncipe Alexis casó, una por una, a todas aquellas mujeres de compañía que formaban parte de su harén; y todos los miembros de la pequeña nobleza o conocidos, de carácter pendenciero y aficionados a la bebida, tuvieron como destino aquellas propiedades más distantes del castillo. Comenzó, pues, entre nosotros, una época de orden y decoro en las costumbres como jamás habíamos conocido.

Incluso las cacerías, ya no eran como antes. El príncipe ya no se sentaba sobre toneles de aguardiente y bebía hasta caer rendido: se contentaba con dos o tres vasitos de vodka, y el resto lo repartía entre sus compañeros de caza. A diferencia del pasado, tanto el príncipe como todos los demás se mantenían en un estado de estricta sobriedad.

—No hay que beber demasiado —hacía saber a sus invitados—, porque si *Duchinka* se enterase, me regañaría.

Durante un año, así fueron las cosas. Llegaba el momento de reclamar la presencia de Danilo, el infante, que se había quedado con una nodriza, y a quien sus padres no se habían atrevido a llevar consigo al castillo, temerosos de lo que pudiera pasar. Pero el niño ya había cumplido trece meses, comenzaba a andar —a tenor de las cartas que recibían—, y el príncipe Alexis se moría de ganas de conocer a su nieto.

Entre tanto, por desgracia, la paz firmada tras la batalla de Austerlitz se rompió y comenzó la campaña de 1806 [17]. Como el príncipe Boris estaba en servicio activo, en cuanto llegó la noticia de que había que guerrear contra Francia de nuevo, partió para unirse al ejército del zar.

La princesa Varvara quiso acompañar a su marido. Pero el príncipe Alexis le suplicó, con lágrimas en los ojos, que no le abandonase en la vejez. Por su parte, el príncipe Boris opinaba que no era prudente ni conveniente la compañía de su mujer en aquellas circunstancias. La princesa, ante los ruegos de su suegro y los consejos del marido, consintió en permanecer en el castillo de Grubenski.

Me acuerdo perfectamente, como si fuera hoy, del triste y desgarrador adiós de los esposos. Parecía que tuviesen el presentimiento de que no habían de volver a verse nunca. El príncipe Alexis bendijo a su hijo, le impuso un santo escapulario, le

encareció que luchase siempre con bravura y que sirviese lo mejor que pudiese al emperador Alejandro.

—En cuanto a tu esposa —le dijo—, no te preocupes por ella. Haremos que su vida entre nosotros sea tan delicada y tranquila como la de una reina.

Tras la marcha del príncipe Boris, la vida en el castillo continuó como antes, incluso algo más reposada, puesto que la princesa se encontraba muy triste desde la marcha de su marido. Las visitas se espaciaban cada vez más, y ya no se celebraban bailes ni banquetes. El príncipe Alexis no abandonaba a su nuera ni un instante, y procuraba tranquilizarla sobre la suerte de su marido con todos los medios a su alcance.

Pero, por desgracia, el enemigo del género humano debió de sentirse despechado a la vista de tristeza tan serena y apacible, que tanto se asemejaba a la verdadera felicidad. Insufló pensamientos infames en el corazón del príncipe Alexis y le hizo concebir un amor pecaminoso por su nuera. Lo hizo tan bien, que el príncipe no escatimó en lances para convencer a la esposa de su hijo.

Como bien puedes imaginar, la princesa se quedó horrorizada al oír tales propuestas por parte del mismo que, ante su esposo, se había comprometido a velar por ella. Con toda la delicadeza de que era capaz, trató de hacer comprender a su suegro el horror y la infamia del crimen que anidaba en su corazón. Pero Satán ya se había adueñado del príncipe, de forma que éste no atendió a la voz de la razón. La lucha se prolongó durante varios meses.

Finalmente, un día que salían de cacería, cuando los monteros ya se encontraban al pie de la escalinata, el príncipe se llegó a la habitación de su nuera a eso de las seis de la mañana, con el pretexto de que quería despedirse de ella. Permaneció en aquella alcoba hasta una hora después. Al cabo, se le oyó gritar:

—¡Que vengan Uliachka y Vasilika!

Las dos mujeres acudieron de inmediato, dispuestas como siempre a obedecer las órdenes del príncipe. Y llegaron cuando éste forcejeaba con su nuera, que no podía gritar porque tenía un pañuelo metido en la boca.

—¡A ver, vosotras! —bramó el príncipe—. ¡Preparadme a esta palomita como sabéis!

Las dos le ataron con fuerza los brazos a la espalda, y se alejaron

con discreción.

—¡Que suene la fanfarria! —gritó el príncipe por la ventana, para cerrarla a continuación.

Al instante se escuchó el estruendo de doscientos cuernos de caza, a los que se unieron los aullidos de los perros, que se habían desperezado de repente. Con aquel ruido, fue imposible oír los gritos de la princesa Varvara…

Festines y orgías tornaron a ser habituales en el castillo de Grubenski. Aquellas mujeres que en otro tiempo habían sido damas de compañía, volvieron a ocupar sus aposentos, desiertos desde hacía dieciocho meses. Los pabellones se iluminaron de nuevo para recibir a las princesas del Olimpo y, entre tanto canto y tanto baile, volvieron a oírse los gemidos de quienes eran enviados a las caballerizas para ser azotados.

La sustitución

La princesa Varvara enfermó. Se puso tan enferma que nadie se acercaba ya a su habitación, ni la veían ni hablaban con ella. Si se hubiera caído en el estanque y se hubiera ahogado, no habría estado más ausente del castillo de lo que parecía estarlo. Lo único que se comentaba era que deseaba irse por encima de todo a Memel, donde estaba destinado su marido, pero que el príncipe Alexis se oponía tajantemente a tal idea.

Entre los criados del príncipe, había un tal Grinschka Chatún, quien, para librarse del servicio militar, había dilapidado diez años de su juventud con una banda de piratas de agua dulce que actuaba, a finales del siglo XVIII, en el Volga, y que se adueñaba de embarcaciones, robaba mercancías y secuestraba viajeros. Cansado de aquel género de vida, un buen día, se decidió a confesárselo todo al príncipe y solicitar su protección, es decir, la impunidad. Como al príncipe le encantaba entrometerse en la justicia de los gobernadores, para que tuvieran una idea más clara de su poderío y, así, satisfacer su orgullo, aceptó a Grinschka entre sus criados. Poco a poco, le dio confianza, y el sirviente llegó a tener libre acceso a la persona del príncipe. En agradecimiento por aquella protección, Grinschka se convirtió en el soplón del príncipe, quien, gracias a él, estaba al tanto de todo lo que pasaba en sus dominios.

Todo el mundo temía y odiaba al doméstico, hasta el punto de que se comentaba que, cuando formaba parte de la banda de piratas del Volga, una noche había vendido su alma al diablo, en el bosque de Saratov, y que, a partir de aquel momento, vivía entregado a la brujería y a toda clase de prácticas abominables.

Y ocurrió que, un día, Grinschka se hizo con una carta que la princesa Varvara había escrito a su marido, en la que se quejaba de su suegro. Nadie supo jamás qué acusaciones contenía aquella misiva contra el príncipe Alexis. Pero lo que todo el mundo observó fue que, tras la lectura de la carta, el príncipe se entregó a oscuras maquinaciones, mientras erraba todo el día por sus aposentos, con las manos a la espalda y sin dejar de silbar *La marcha de los strelitz*, señales claras de que andaba muy preocupado.

Al día siguiente, su inquietud aumentó tras recibir una carta del secretario del gobernador de Kazán. Aquel funcionario, que estaba de parte del príncipe, le rogaba que mantuviese los ojos abiertos, dado que el gobernador, aunque amigo del príncipe, pensaba darse una vuelta por el castillo para llevar a cabo una investigación, como consecuencia de un escrito de la princesa Varvara que había llegado a sus manos. El secretario añadía que él se las compondría para que dicha visita no tuviese lugar antes de cuatro o cinco días con objeto de que, si había pruebas de su culpabilidad, el príncipe se encargase de hacerlas desaparecer.

Tras haber leído la comunicación, el príncipe volvió a pasear por sus dependencias, mucho más sombrío y pensativo que la víspera. No comió ni bebió durante todo el día. Parecía un negro nubarrón, dispuesto a descargar truenos y relámpagos. Nadie, en consecuencia, osaba cruzarse en su camino. Llegada la noche, hizo llamar a aquella alma en pena de Grinschka Chatún, y se encerró con él hasta el amanecer. Si se entregaron a algún acto de brujería, nadie podría atestiguarlo, ya que sólo Dios sabe lo que tramaron ambos.

Por la mañana, el príncipe Alexis dio órdenes de disponer todo lo necesario para el proyectado viaje de la princesa Varvara, que la llevaría a reunirse con su esposo en Memel. El día se fue en los preparativos y, ya de noche, un carruaje se detuvo delante de la escalinata.

Con el rostro demacrado a causa de la enfermedad y de los

padecimientos morales, vimos cómo la princesa Varvara descendía la escalinata del castillo y avanzaba hacia la balaustrada exterior. Una vez allí, se despidió de todo el mundo. En cuanto al príncipe Alexis, se acercó a él con respeto, pero se limitó a besarle la mano, sin decir palabra. Todos observamos cómo, al rozar la mano del príncipe, su cuerpo se estremeció de forma convulsa, y a punto estuvo de caer desvanecida sobre las losas de la entrada.

—¡Vamos, vamos! ¡Que Dios te guarde, nuera! —le dijo el príncipe; para, a continuación, dirigirse a las mujeres y darles una orden—. ¡Que suba al carruaje!

Así se hizo. Ayudaron a la princesa Varvara a subir a la carroza. En el pescante, al lado del cochero, tomó asiento Chatún. Tras la princesa, se introdujeron en el coche Uliachka y Vasilika, las mismas que, un mes antes, la habían maniatado. Al verlo, todos los miembros del servicio intercambiaron miradas de tristeza, mientras pensaban, para sus adentros, que todo aquello no hacía presagiar nada bueno y que se avecinaba una gran desgracia.

A las once de la noche, el príncipe salió completamente solo del castillo, atravesó el jardín y se dirigió al pabellón rosa, donde pasó una parte de la noche. A las cinco de la mañana, abandonó el pabellón, cerró la puerta con cuidado y arrojó la llave al estanque. A partir de aquella mañana, todas las puertas de acceso al jardín fueron clausuradas o condenadas, y a todo el mundo se le prohibió no sólo la entrada al recinto, sino hasta andar por las proximidades del lugar.

La misma noche en que el príncipe abandonó el castillo para encerrarse en el pabellón rosa, ocurrió otro acontecimiento realmente sorprendente. Aringa, la hija del palafrenero Nikisof, desapareció sin dejar rastro y nunca se volvió a tener noticia de su paradero. Cuatro semanas antes de que esto sucediese, había padecido unas fiebres altas intermitentes, y resulta difícil de admitir que hubiera sido violentada por sus encantos, porque era muy poco atractiva, incluso cuando gozaba de plena salud. Tan extraña desaparición intrigó a todo el mundo, pero nadie se atrevió a traducir en palabras lo que pensaba.

Quince días después, Chatún regresó al castillo con las dos mujeres que habían acompañado a la princesa Varvara durante el viaje. Contaron cómo la enfermedad de la princesa se había

agravado a medida que se alejaban del castillo, hasta que se encontró en un estado tal que se vieron obligados a hacer un alto en una aldea. Una vez allí, la princesa pidió un médico que la atendiese. Pero sus remedios debieron de resultar a todas luces insuficientes, puesto que la princesa falleció al declinar el tercer día de su estancia en aquel lugar.

Chatún entregó al príncipe los documentos que atestiguaban el triste tránsito, y que no eran sino los certificados extendidos por el gobernador de la ciudad vecina al lugar donde había muerto la princesa, por el médico que la había atendido hasta el fatal desenlace y por el pope que había oficiado el funeral. El príncipe Alexis recogió todos los papeles y, una vez leídos, los guardó celosamente en un cajón de su escritorio.

He de decirte, padrecito Iván-Andreovitch, que la princesa Varvara, tras dar un rodeo, había sido conducida al pabellón rosa. Que el príncipe Alexis, con la ayuda de aquel demonio de Chatún y asistido por sus no menos aviesas acolitas, Vasilika y Uliachka, procedió a emparedar a la princesa Varvara en la misma estancia en la que fueron hallados sus restos. En el carruaje, en lugar de la princesa que iba al encuentro de su marido, obligaron a subir a la hija del palafrenero Nikisof, enferma y con fiebre, la cual murió por el camino y fue enterrada en lugar de la princesa Varvara.

Y poco más. No tardaron en borrarse por completo todas las pistas acerca de tan funesto asunto. Chatún y sus dos cómplices no duraron mucho en este mundo, ya que, al día siguiente de su regreso al castillo de Grubenski, el príncipe les ordenó que abandonasen inmediatamente el lugar y se trasladaran a una de las granjas que poseía al otro lado del río Volga. Esto sucedía en otoño, y el río ya arrastraba algunos trozos de hielo, de modo que vadearlo resultaba peligroso. No obstante, Chatún y las dos mujeres obedecieron, porque nadie habría osado oponerse a una orden del príncipe Alexis. El caso es que no se encontraban aún en mitad del río, cuando la frágil embarcación que los transportaba volcó por causa del hielo, cayendo todos sus ocupantes al agua, donde acabaron sus días, sin que nada pudiera hacerse por rescatarlos.

Como enseguida alguien nos alertó de que algunos de los nuestros se ahogaban en el río, todos acudimos allí al instante. Sobre un saliente rocoso y escarpado, vimos al príncipe Alexis, de

pie y con las manos a la espalda. El viento le había arrancado el bonete, que andaba por el suelo, a unos diez pasos de él, mientras el vendaval azotaba sus cabellos grises. Con aspecto tranquilo, contemplaba aquellos tres cuerpos que el río engullía con rapidez, aunque emergían a la superficie de vez en cuando. Cuando las aguas acabaron con todo, con los tres cuerpos y la embarcación que los transportaba y que no había sabido protegerlos, el príncipe Alexis se persignó con devoción, como si recitase una oración por las almas de aquellos que acababan de perecer ante sus ojos. A continuación, recogió el bonete y se dirigió al castillo.

Así desaparecieron para siempre todas las pistas de tan triste suceso. Hasta el día en que se encontró el cuerpo o, más bien, la osamenta, de la princesa Varvara en el pabellón rosa. Todo se llevó a cabo con tanto sigilo que aunque los gobernadores de Kazán y de toda Rusia hubieran emprendido veinte investigaciones, no habrían sido capaces de descubrir nada.

Pero, al igual que en el fondo del río yacían los cadáveres de quienes fueron tragados por la corriente, del mismo modo el remordimiento se adueñó del corazón del príncipe. Cuando, debido a los aullidos de Arabka, pensó que le había llegado su hora, el terrible secreto salió a la luz, y debo decir que no recuperó la tranquilidad hasta que no hubo terminado de contármelo todo.

Pero también es cierto que, dos horas más tarde, cuando la tormenta amainó y el sol volvió a brillar, cuando alguien avisó de que seguían el rastro de cinco o seis jabalíes, el príncipe pareció transformarse de súbito y, tras olvidar o simular que olvidaba lo que allí había pasado, brincó como un caballo de guerra al toque de corneta, y salió del pabellón que había ocupado con la vitalidad de un hombre de veinticinco años.

—¡A caballo, a caballo! —gritó, con voz estentórea.

Saltó sobre la silla y partió al galope, a medio vestir y sin despedirse de Muranski, su albacea testamentario. En cuanto a nosotros, seguimos sus pasos con celeridad y nos dirigimos, tan rápido como nos llevaban las caballerías, al bosque de Uraginski.

Conclusión

Ocho días después, estábamos de vuelta en el castillo. En el

salón de recepción, había un centenar de botellas de vino —la mayor parte de ellas, vacías; otras, a la mitad, y otras más que ni siquiera habían sido descorchadas—, así como cinco o seis barriles de aguardiente ya perforados, que hablaban por sí mismos, si no del buen gusto, cuando menos de la alegre vida de los allí reunidos, y explicaban las estruendosas risotadas que se oían salir por puertas y ventanas.

Habría unos treinta invitados. Todos bebían a discreción. Cuando el cansancio o la embriaguez obligaban a alguno de ellos a tomarse un momento de respiro, el afectado se echaba a dormir allí mismo, en el suelo o en algún sofá, entre cuerpos tendidos por todas partes, piernas estiradas y manos aferradas a los golletes de las botellas. Las *invitadas*, con atuendos mitológicos, entonaban cantos obscenos y bailaban danzas lascivas.

El príncipe —sin peinar, sin afeitar, sin empolvarse desde hacía varios días, sin casaca, sólo con un pantalón y una camisa— estaba sentado en un enorme sillón, desde el que parecía presidir la orgía.

—¡Vamos, diablos y diablesas! —gritaba—. ¡A ver si os mostráis un poco más ligeros, que me muero de aburrimiento!

No soy capaz de calcular, Iván-Andreovitch, el dinero que el príncipe derrochó en aquella época. A las mujeres, les regalaba perlas y piedras preciosas a puñados, sin olvidar pendientes, alfileres, broches, sortijas, cierres, todos de oro y con diamantes engastados. Tampoco hay que echar en saco roto las telas preciosas, de raso, seda o terciopelo. La verdad es que aquellos tiempos fueron una verdadera edad de oro para quienes le rodeaban. Más de un *mujik* se afeitó entonces la barba, y todavía hoy presume de una fortuna que data de aquella época. Sin embargo, creo también que, en aquellos momentos, el príncipe no estaba en sus cabales.

Una mañana, se anunció la llegada de unos magistrados que pretendían nada menos que realizar una investigación en el castillo de Grubenski. Al recibir la noticia, todos nos quedamos boquiabiertos. Hasta se interrumpieron las orgías, como si hubiera caído un rayo. Tan sólo el príncipe se echó a reír.

—¡Cada uno a sus obligaciones, y tened los látigos a mano! —gritó—. ¡Van a ver esos magistrados la investigación que les tengo preparada!

Al instante, todo el mundo se dispersó, y todo quedó colocado

en un santiamén. Un cuarto de hora más tarde, llegó al castillo un mayor de dragones, acompañado por dos magistrados, para llevar a cabo algunos interrogatorios y la investigación anunciada.

Con sus mejores galas y los cabellos empolvados, el príncipe Alexis les esperó en el salón de aparato. Cuando los magistrados y el mayor llegaron a dicha estancia, el príncipe Alexis hizo un simple ademán de levantarse del sillón y, sin ofrecerles asiento siquiera, les preguntó en tono frío y cortante en qué podía ayudarles.

—Hemos recibido órdenes, príncipe —respondió uno de los magistrados—, de proceder al esclarecimiento total de algunos hechos criminales que se os imputan en relación con la persona de la fallecida princesa Varvara, y que, por los indicios de que disponemos, os convierten en culpable.

—¿Y tú has recibido esa orden? —preguntó el príncipe—. ¿Y has venido hasta aquí para cumplirla? ¿Cómo te atreves a meter esa nariz de *mujik* que tienes aquí, en el castillo de Grubenski? ¿Sabes quién soy? ¿Quién te envía? ¿El canalla del voivoda o el truhán del gobernador? Que se anden con ojo, porque si vienes de su parte, habrán de vérselas conmigo, y hasta podría enviarles a las caballerizas. En cuanto a ti…

—Sosegaos, príncipe —le interrumpió el mayor—. Conmigo vienen cincuenta dragones, y no he sido enviado ni por el voivoda ni por el gobernador.

—¿De parte de quién vienes, pues?

—De la de nuestro padre y zar, el emperador Nicolás, que acaba de subir al trono.

En cuanto el príncipe oyó estas palabras, se estremeció y, tras llevarse las manos a la cabeza, musitó, con voz apesadumbrada:

—¡Estoy perdido, estoy perdido!

Porque jamás había imaginado, en modo alguno, que aquel asunto llegase hasta el zar. Con aspecto más calmado y humilde, se acercó al mayor. Y por todos los santos, le juró que ignoraba por completo de qué delito se le acusaba, y que, si la princesa Varvara estuviera aún en el mundo de los vivos, sería la primera en proclamar su inocencia.

—Es la propia princesa Varvara quien os acusa —afirmó el mayor—. Aquí está su demanda.

Aterrorizado, el príncipe dio un paso atrás. ¿Le habría

traicionado Chatún? ¿Habría quedado mal emparedada la princesa en aquel cuarto que debía ser su sepulcro? Con mano temblorosa, tomó el documento y lo leyó. Era de 1807. Databa, pues, de diecinueve años atrás. Pero el emperador Nicolás, al llegar al trono, había manifestado su interés por conocer todas las quejas que se hubieran producido contra grandes señores en los últimos veinte años, para, una vez examinadas, emitir su veredicto.

Al ver que la demanda estaba escrita por su nuera, de su puño y letra, el príncipe dejó caer los brazos, con profundo desánimo. Fue entonces cuando el mayor y los dos jueces se sentaron a una mesa, sobre la que esparcieron los papeles que llevaban. El príncipe Alexis les observaba, pero, con un aspecto de abatimiento tal que parecía no ver nada. Permaneció en pie, mientras miraba confusamente a su alrededor, sin dejar de repetir de vez en cuando:

—¡Estoy perdido, estoy perdido!

El mayor, que estaba al frente de la investigación, se dirigió al príncipe.

—Príncipe Alexis, en cumplimiento de una orden formal de Su Majestad Imperial, extendida en la Cámara de Asuntos Secretos, deberás responder con la más escrupulosa sinceridad a todas las preguntas que se te planteen relativas al abominable delito que tú…

—¡Tened piedad de mí! ¡No procuréis mi perdición! —le interrumpió el príncipe—. ¡Sed más bien mi padre y benefactor! Es posible que haya cometido delitos en mi juventud, incluso en la edad madura. Pero, hoy, ya lo veis, soy un pobre anciano, que peina canas. Tengo más de setenta años…

El príncipe Alexis se arrojó a los pies del mayor. ¡Ya ves, querido Iván-Andreovitch, lo que es el temor del zar! Y eso que el príncipe Alexis era un gran señor, tan grande que ni siquiera habría dudado en azotar con sus propias manos a un gobernador o a un ministro, si éstos le hubieran incomodado. Pero ante la majestuosa y terrible cólera del zar, se reconoció tan humilde y pequeño, que hubo de postrarse a los pies de un mayor.

—¡No causéis la perdición de un pobre viejo! —prosiguió, con voz lastimera—. Ya no me queda mucho por vivir. Quienes me han precedido en el otro mundo, ya me han enviado señales de que me esperaban allá… Tened piedad. Me encerraré en un convento; tomaré los hábitos. Pero, tened misericordia de mí. Os cubriré de

oro. Es más, todo lo que veis es vuestro. ¡No seáis mi perdición!

—¡Basta! —replicó el mayor—. ¡Vamos, levántate! ¿No te avergüenzas de arrastrarte a mis pies? ¿Olvidas tu condición de noble? ¿No recuerdas que eres un príncipe? ¡Ponte en pie, y responde a las preguntas que voy a formularte, en virtud de las órdenes recibidas de Su Majestad!

Así lo hizo el príncipe, quien intentó adoptar una cierta entereza.

—Puesto que exigís que os responda, sabed que lo haré. Pero que conste que no sé a qué os referís.

—¡Cuidado con lo que dices, príncipe, y procura que esta sala no se convierta para ti en una cámara de tortura! Si no aceptas decir la verdad de buen grado, disponemos de medios eficaces para hacerte hablar por la fuerza.

Ante tales amenazas, el príncipe se dejó caer en un sillón, y palideció tanto que se puso lívido. Miraba a su alrededor con ojos despavoridos, y comenzó a respirar con dificultad.

—¡Estoy perdido y sin remedio! —susurró el pobre desgraciado—. Estoy demasiado débil como para soportar la tortura. Creo que el dolor me volvería loco, si es que no lo estoy ya.

El mayor le observó, y dedujo que, en efecto, no estaba del todo en sus cabales. Así que dejó para el día siguiente la investigación, tras haber tomado las medidas precisas para que el príncipe no pudiera hablar con nadie.

Profundamente desesperado, éste paseaba como alma en pena por las amplias, numerosas y desiertas estancias del castillo. Se arrancaba los blancos cabellos y emitía lúgubres gemidos. Mientras deambulaba de esta manera, sin saber adónde dirigir sus pasos, llegó a la galería de retratos y, a su pesar, echó un vistazo al cuadro que representaba a la princesa Varvara. De repente, se quedó inmóvil: se le erizaron los cabellos, mientras las pupilas se le quedaron fijas en un punto. Le dio la impresión de que el rostro de la princesa, en el lienzo, cobraba animación, y que aquella cabeza, hasta entonces inmóvil, le hacía gestos y se movía levemente de arriba abajo. Luego, le pareció oír la dulce y angelical voz de la princesa que, por tres veces, le susurró:

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

El príncipe Alexis se desplomó, como un cuerpo muerto. Se le

paralizó la lengua, y ya no pudo articular palabra. Hasta sus miembros se le rebelaron y se negaron a moverse. Y así lo encontraron, tendido en el suelo. Le recogieron y le acostaron en la cama. Entonces le sobrevino un espantoso delirio, que le llevaba a articular palabras sin sentido, que nadie comprendía. Terrorífico era el brillo de aquellos ojos.

El mayor se apiadó de él y mandó a buscar un médico. Incluso dio el correspondiente permiso para que el príncipe fuera atendido por su propio servicio doméstico. El médico le sangró, tras lo cual el príncipe experimentó una notable mejoría. Desde aquel momento, fue capaz de hablar de nuevo, aunque su lengua le obedecía con dificultad. Fue entonces cuando mandó llamar a su intendente, y le indicó que se aproximara a él.

—Ordenarás —le dijo, en voz baja— que pinten una capa de color negro sobre el rostro del retrato de la princesa Varvara.

El intendente dio las instrucciones precisas para que tal orden se cumpliera, y regresó para informar al príncipe de que sus deseos habían sido atendidos.

—Está bien —le comentó éste—. Así no le podrá hablar al mayor como me habló a mí.

Todo el mundo pensó que, de nuevo, comenzaba a delirar. Pero no fue así: había muerto. Muerto el príncipe, no tenía sentido llevar a cabo ninguna pesquisa. Así que no hubo investigación.

Ésa y no otra fue la causa de que, en lugar de ser descubiertos por el mayor y aquellos dos magistrados, los restos de la princesa Varvara fueran hallados, gracias a mis confidencias, por el príncipe Danilo.

ALEXANDRE DUMAS (Villers-Cotterêts, Francia, 1802 - Puys, Francia, 1870). Fue uno de los autores más famosos de la Francia del siglo XIX, y acabó convirtiéndose en un clásico de la literatura gracias a obras como *Los tres mosqueteros* (1844) o *El conde de Montecristo* (1845).

Dumas nació en Villers-Cotterêts en 1802, de padre militar —que murió al poco de nacer el escritor— y madre esclava. De formación autodidacta, Dumas luchó para poder estrenar sus obras de teatro. No fue hasta que logró producir *Enrique III* (1830) que consiguió el suficiente éxito como para dedicarse a la escritura.

Fue con sus novelas y folletines, aunque siguió escribiendo y produciendo teatro, con lo que consiguió convertirse en un auténtico fenómeno literario. Autor prolífico, se le atribuyen más de 1200 obras, aunque muchas de ellas, al parecer, fueron escritas con supuestos colaboradores.

Dumas amasó una gran fortuna y llegó a construirse un castillo en las afueras de París. Por desgracia, su carácter hedonistas le llevó a despilfarrar todo su dinero y hasta verse obligado a huir de París para escapar de sus acreedores.

Notas

[1] El 20 de mayo de 1811, nació en París Napoléon-François-Joseph-Charles, hijo de Bonaparte y de María Luisa de Austria, apodado *El Aguilucho*. Heredero del trono imperial y rey de Roma, nunca llegó a reinar, tras fallecer de forma prematura en el palacio de Schönbrunn, en Viena, el 22 de julio de 1832. < <

[2] Los dos primeros fueron escritos por Charles Perrault (París, 1628-1703), y han llegado a formar parte del imaginario colectivo de todos los niños desde entonces. Todos estos cuentos tradicionales los reunió su autor en un volumen titulado *Cuentos de la madre Oca*. *El pájaro azul* es obra de Marie-Catherine Jumel de Berneville (1650-1705), más conocida como Madame d'Aulnoy, cuyos cuentos de hadas tuvieron tanta aceptación como los de Perrault. < <

[3] Los burgraves eran príncipes o barones, nombrados por el emperador, el rey o el obispo, y estaban considerados como pertenecientes a la primera nobleza. Sus atribuciones, aparte de ostentar la jefatura del castillo del lugar, pasaban por vigilar las tierras y, en caso de guerra, ponerse al frente de los hombres de su jurisdicción. < <

[4] El milagro de las bodas de Caná, al inicio del magisterio público de Jesús, está recogido en el Evangelio según San Juan (2, 1-12).
< <

[5] En Alemania, las leyendas de brujas llegaron a adquirir un carácter poético y tenebroso. Así, los montes Harz, en el Brocken, y los alrededores de las ciudades de Nuremberg y Maguncia fueron identificados por la fantasía popular como lugares de conciliábulos sabáticos, en los que se celebraba la famosa noche de Walpurgis, que inspiraría una de las escenas de *Fausto*, de Goethe. < <

[6] Bucéfalo, el nombre del caballo de Alejandro Magno, que le acompañó en todas sus campañas. Astolfo, arrojado caballero de *Orlando furioso*, de Ariosto, era hijo del rey de Inglaterra, y poseía una lanza y un cuerno con fantásticos poderes; entre otras muchas aventuras, fue raptado por el hada Alcina, hermana de Morgana, y convertido en arrayán. Durandarte es el nombre de la espada que, al verse abandonado por los suyos tras la batalla de Roncesvalles, Roldán lanzó contra las rocas para que sus enemigos no se apoderasen de ella, pero ésta atravesó la montaña y abrió el paso que hoy se conoce como Brecha de Roldán. < <

[7] Daniel-François-Esprit Auber
(1782-1871)
fue un célebre compositor francés que perfeccionó sus estudios musicales al lado de Cherubini. En 1833, estrenó con bastante éxito su ópera *Gustave III*. < <

[1] El conjunto Smolni alberga el monasterio del mismo nombre; construido en 1764, por orden de Catalina II, fue sede de la primera escuela para mujeres de Rusia. Situado cerca del embarcadero del río Neva, frente a la fortaleza de Nienschanz, se dice que la acústica de la catedral del recinto es perfecta. La educación que se impartía en esta residencia de señoritas era singular para la época. Además de bailar, bordar o cocinar, las alumnas recibían enseñanza de idiomas, geografía, matemáticas y física. Aunque la disciplina era muy estricta, la educación que allí se impartía era de talante progresista. < <

[2] Génesis, 41, 1-49. < <

[3] El movimiento muridista fue considerado como una reforma política y social islámica, pujante entre las tribus del Cáucaso oriental. Fundado, pues, en el Corán, es una aplicación pura y simple del sufismo y del esoterismo. < <

[4] Hussein era hijo de Alí y de la hija del Profeta, Fatma-es-Zhora, y nieto, en consecuencia, de Mahoma. Tras el asesinato de Alí, instigado por los vengadores de Otmán con las bendiciones de Axa, viuda del Profeta, le sucedió su hijo, Hussein, de carácter débil y tímido, muy devoto, pero indolente. Cuando Moaviah se hizo con el califato
(661-680)
y fundó la dinastía Omeya, no sólo trasladó la capital a Damasco, sino que instauró un régimen hereditario, nombró sucesor a su hijo Yesid, y fijó las condiciones para la abdicación de Hussein. Así lo hizo éste, y se retiró a Medina para dedicarse a la vida contemplativa. Se cuenta que Moaviah prometió a la esposa de Hussein, Asma, que se casaría con ella si envenenaba a Hussein. Dicho y hecho; pero, cuando acudió a reclamar la recompensa, el omeya le cortó la cabeza. Según sus deseos, Hussein fue enterrado junto a su abuelo, Mahoma. < <

[5] Gorro alto de gala, utilizado por los cosacos, de piel de carnero negro, por lo general. < <

[6] Provincia persa, sita a lo largo de la costa oriental del Golfo Pérsico, cerca de las ruinas de Persépolis. < <

[7] Uno de los picos más elevados del Cáucaso meridional, con una altura de 4.255 metros. < <

[8] Se trata del naturalista francés Georges-Léopold-Chrétien-Frédéric-Dagobert, barón de Cuvier
(1769-1832),
quien, a partir de sus investigaciones sobre los elefantes, esbozó las líneas generales de una clasificación de los animales. Estudioso de moluscos y fósiles, se le considera precursor de la paleontología de los mamíferos. < <

[9] Roberto el Diablo, Guillermo Tell y Fra Diavolo son personajes de sendas óperas de Meyerbeer, Rossini y Auber, respectivamente. Sébastien Érard
(1752-1831)
fue un famoso constructor de pianos, inventor del de doble escape. En cuanto a las trompetas fabricadas por la familia Sax, tales instrumentos gozaban de un gran renombre. A uno de los miembros de dicha familia, Antonio José, debemos la invención del saxofón. < <

[10] Sopa fría cocinada con hojas de remolacha o con pescado. < <

[11] Tras la toma de Troya, Ayax penetró en el templo de Minerva, derribó una estatua de la diosa y abusó de la sacerdotisa Casandra. Por esta razón, Minerva le hizo naufragar. Ayax consiguió aferrarse a una roca, desde la que amenazó a los dioses con el puño en alto. Mas Neptuno hundió la roca, y Ayax desapareció. < <

[12] Luis II, príncipe de Condé
(1621-1686),
fue el vencedor de los tercios españoles en Rocroy (1643) y del Ejército español en Lens (1648). Participó activamente en la Fronda a favor de la Corte, pero Mazarino optó por encarcelarle ante la alta recompensa que exigía por sus servicios. < <

[13] El actor francés Jean-Baptiste Gourgaud, más conocido como Dugazon
(1746-1809),
fue un ferviente partidario de la Revolución. Como autor, escribió algunas piezas dramáticas que alcanzaron cierto éxito. < <

[14] Medida rusa de longitud, de origen turco, introducida durante la dominación tártara, y equivalente a 0,711 metros. < <

[15] La leyenda hindú del diluvio cuenta que, un día, Manú, el primer hombre, después de lavarse, se encontró con un pez en las manos, que le pidió auxilio porque iba a producirse un gran desastre; le rogó que lo preservase en una vasija y, cuando sobreviniera la lluvia, lo devolviera al océano. Manú construyó un barco. El pez se desarrolló, y lo devolvió al mar. Llegó el diluvio, y el pez, que ya era enorme, ató el barco de Manú a su cola, y le aconsejó que se amarrase a un árbol, con lo que sobrevivió a la catástrofe. < <

[16] A falta de agua, los musulmanes pueden hacer sus abluciones con arena o con el polvo del desierto. (*Nota del Autor*) < <

[17] Ángel de la muerte en la religión mahometana, encargado de recibir el último suspiro y de acompañar a las almas de los finados. <<

[18] Los siete santos o durmientes de Éfeso fueron encerrados vivos en una cueva por orden de Decio. Mucho después, bajo el reinado de Teodosio el Menor, salieron vivos de su encierro, tras despertar del sueño que les había infundido el Señor. < <

[19] Tras haber sido apartado durante largo tiempo y de forma sistemática del poder, elegido califa Alí, yerno del Profeta, en el año 656, tuvo un reinado agitadísimo, turbado por sus luchas contra Moaviah, hasta que fue asesinado en el 661. < <

[20] Animal mitológico sobre el que reposan los diferentes espacios y regiones de todo el universo, según el mito de la creación relatado en el *Brihadarnyaka Upanishad*. <<

[21] Nos ha resultado imposible reproducir literalmente el texto tártaro correspondiente, dado que el pudor es algo completamente desconocido para las mujeres orientales. (*Nota del Autor*) < <

[22] Equivalente a un franco con ochenta céntimos. (*Nota del Autor*)
< <

[1] Alusión a dos sangrientos sucesos que tuvieron lugar en estos célebres castillos de Francia. En Fontainebleau, la reina Cristina de Suecia hizo que asesinasen a su amante, Monaldeschi, en 1657. En cuanto a Blois, esta fortaleza se convirtió, en 1589, en el escenario de la muerte violenta del duque de Guisa, pretendiente católico al trono de Francia, cuyo asesinato fue ordenado por Enrique III. < <

[2] Líder musulmán (1797-1871) que, durante veinticinco años, encabezó una revuelta islámica contra el imperio ruso en las regiones de Daguestán y Chechenia. Tras rendirse en 1859, fue condenado al exilio en Moscú. Un año antes de su muerte, se le permitió viajar a La Meca. < <

[3] Aunque de padres italianos, el conde Bartolomeo Francesco Rastrelli nació en París (1700). Tras ostentar los máximos honores como arquitecto de los zares, cayó en desgracia cuando Catalina la Grande ascendió al trono. Diseñó el palacio de
L'Hermitage,
el palacio Vorontsov, el monasterio Smolni, así como los Palacios de Invierno y Verano. Murió en 1771, en San Petersburgo. < <

[4] Remanso de verdor, la construcción encargada por el duque de Chartres a Louis Carmontelle, en 1769, el parque de Monceau se convirtió en un exótico paisaje, rebosante de fantasías arquitectónicas. En 1687, Luis XIV mandó construir, en Versalles, el Grand Trianon, pequeño palacio de piedra y mármol rosa, para escapar de las obligaciones de la vida cortesana y mejor disfrutar de la compañía de madame de Maintenon. < <

[5] El pintor y grabador François Boucher
(1703-1770)
fue uno de los máximos exponentes del estilo rococó en Francia.
< <

[6] Alusión a diversos episodios de la mitología griega. Venus, casada con Vulcano, cometió adulterio con Marte; tras descubrirlo, el marido engañado los envolvió en una red mágica que sólo él manejaba. Europa fue raptada por Júpiter, transformado en un toro blanco, quien la arrastró por el mar hasta la isla de Creta. El mismo Júpiter, también, se unió a Leda, metamorfoseado en cisne para el evento. Diana, hija de Júpiter, fue espiada por Acteón cuando tomaba un baño; como castigo, Acteón fue transformado en ciervo y devorado por sus propios perros. < <

[7] Eran los mosqueteros o cuerpo de guardia personal del zar. Cuando Fiodor III murió sin dejar sucesor en 1682, los *strelitz* se sublevaron contra Pedro el Grande
(1672-1725),
uno de los pretendientes al trono. Sus revueltas se sucedieron en los años siguientes, hasta que, en 1698, cuando ya era zar de Rusia, Pedro ordenó la ejecución o el exilio de todos ellos y el cuerpo de guardia quedó disuelto. < <

[8] Tras el establecimiento de una colonia francesa en Moscú, en tiempos de Catalina II, muchos de ellos establecieron negocios de venta de libros extranjeros en el Puente de los Mariscales, que no eran muy bien vistos por los libreros rusos, instalados en el Puente de San Salvador. La avenida en la que se alzaban los hoteles particulares de los moscovitas más ricos desembocaba en el Puente de la Grande Millione. < <

[9] El zar Iván IV (1530-1584), así apodado, centralizó la política de su país y estableció los cimientos del imperio ruso. Son célebres su crueldad y sus métodos expeditivos para acabar con el poder de la nobleza mediante sangrientas purgas. < <

[10] Gran duque de Kiev y emperador de todas las Rusias desde el año 980, vivió entre el 956 y el 1015 de nuestra era. Aunque pagano, llegó a interesarse por el cristianismo. En 988, envió mensajeros a Basilio II, a Constantinopla, para solicitar la mano de su hermana Ana. Al no ser cristiano, no era posible la celebración del matrimonio. Pero se bautizó, y casó con Ana, tras repudiar a todas sus concubinas. Ordenó la destrucción de los ídolos de su país, y sus súbditos, al contemplar cómo se derrumbaban, abrazaron en masa el cristianismo. < <

[11] La reina Subika, o Sumbeka (en la grafía que utiliza el propio Dumas en *Voyage en Russie*) es uno de esos personajes populares, elevados a la categoría de leyenda, de la ciudad de Kazán, donde su presencia es inevitable. Tras los continuos enfrentamientos entre Iván el Terrible y los tártaros de Kazán durante el siglo XV, a esta reina le corresponde el honor de ser la última encarnación de la independencia de la nación tártara. < <

[12] Fundador del monasterio de la Santísima Trinidad, no lejos de Moscú, el más rico y numeroso de toda Rusia. Falleció en 1292, y sus restos reposan en el mismo monasterio. Es un santo muy venerado a lo largo y ancho de las fronteras rusas. < <

[13] Medida de longitud rusa, equivalente a 0,711 metros. < <

[14] A mediados del siglo IX, Rurik el Normando, caudillo de los varegos escandinavos, se estableció entre los eslavos, al sur del golfo de Finlandia. Se apoderó de Novgorod, que erigió en capital, y dio a aquel territorio el nombre de Rusia. Su dinastía se extinguió en 1610. <<

[15] Diez hombres, al menos, ocuparon el puesto de favoritos y amantes de la emperatriz. Al menos dos de ellos, Grigori Orlov y Grigori Alexandrovitch Potemkin, resultaron cruciales a la hora de diseñar la política exterior e interior del país. < <

[16] Descendiente del Pedro III y Catalina II, el zar Pablo I ascendió al trono tras la muerte de su madre en 1796. Su gobierno fue tiránico, despótico y de tendencia absolutista. En 1801, fue asesinado en sus aposentos, como resultado de una conspiración de los grandes señores. Le sucedió Alejandro I. < <

[17] Tras su victoria sobre las tropas austríacas y rusas, el 2 de diciembre de 1805, Napoleón firmó la paz con sus adversarios. Sin embargo, Rusia se alzó en armas de nuevo a principios del año siguiente. < <